

*Te necesito,
nena*



Natalia Román



Te necesito, nena
Natalia Román

Primera edición en digital: octubre 2017

Título Original: Te necesito, nena.

©Natalia Román 2017

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada: ©somjaicindy

©somjaicindy ©kulkson

Diseño de portada: SW Dising

ISBN: 978-84-16927-63-0

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

 Romantic
ediciones

¿Es posible que la vida se ría de nosotros y juegue a complicarnos la existencia haciendo que algunas personas pululen a nuestro alrededor de un modo u otro? Y es que uno a veces se pregunta: ¿existe la casualidad o la causalidad? ¿Es esta última la que rige nuestro devenir y confirma que cada uno de nosotros tenemos un destino ineludible del que no podemos escapar?... ¿Se puede encontrar a quien te destrozó tu corazón con ardientes copos de nieve y con frías nubes de ausencia cuando precisamente huías de ese alguien? Ironía de esta vida es tropezar de nuevo con esa persona que te cambió para siempre todo tu sistema de valores y el concepto que del amor tenías, anidado en el corazón desde siempre como una joya que te podía elevar al cielo de la felicidad, pero transformada en dagas de desconfianza y amargura. Por ello ya te habías resignado a vivir acompañado de la quietud de la soledad en mares de nostalgia y en vacíos del alma... Pero las personas nunca aprendemos...”

Segundo Brufal Miralles.

*Quiero dedicarle este libro que fue el primero que escribí a mi cuñada
Antonia.*

*Ella fue la primera persona en leerlo y darme los ánimos que necesitaba
para comenzar esta increíble, pero maravillosa aventura.*

PRÓLOGO

Era su primera noche de trabajo y Natalia estaba muy nerviosa. Le había costado mucho convencer a Josemi para que le diera trabajo pero al final lo había logrado, y todo gracias a que no podía negarle nada. Y aunque no le hiciera mucha gracia que trabajara con él, porque sabía que acabaría dejando los estudios, no podía negárselo, por más que supiera que ella se merecía algo mucho mejor que ser una simple camarera, o al menos eso pensaba Josemi, ya que Natalia siempre había querido ser médica, y él acabaría haciendo cualquier cosa para que no cambiara de idea.

Josemi le prometió a su abuela que cuidaría de ella, y no iba a dejar que se pusiera a trabajar en cualquier garito de mala muerte. Por esa misma razón, y para tenerla cerca, había acabado cediendo a sus peticiones y había contratado una camarera más sin tener necesidad de hacerlo.

CAPÍTULO 1

Natalia conocía a Josemi desde que era una cría y acompañaba a su abuelo a llevarle los tomates, patatas, lechugas y todo lo que Josemi necesitara para el bar. El abuelo de Natalia tenía un pequeño huerto, y a ella le gustaba ayudarle y acompañarle a hacer los repartos.

Su abuelo era un hombre alto, robusto y un bonachón. Eso era lo que decía su nieta cuando hablaba de él con mucho orgullo. Se había quedado cojo de una pierna en la guerra, pero era un hombre muy fuerte, y eso no le impedía hacer cualquier cosa que se propusiera.

Cuando su hija y su yerno fallecieron en un accidente de tráfico, su nieta tenía ocho años, así que sus abuelos se hicieron cargo de ella ya que no tenía más familia, y todo el pueblo les ayudó. La gente empezó a comprarle las verduras y hortalizas que cultivaba en su pequeño huerto, y poco a poco comenzó a llevar los pedidos a domicilio. Con lo que sacaba de las ventas, y la pequeña paga que le quedó de la guerra por su cojera, podían vivir bastante bien, sin demasiados excesos pero sin faltarles de nada.

Era un pueblo muy pequeño, tan pequeño que casi podía ser una aldea. Con sus calles estrechas, sus casas blancas, con muchas cuevas y una plaza grande, que era justo donde Josemi había montado el bar con su padre, y también era el sitio preferido de Natalia cuando acompañaba a su abuelo a hacer los repartos, ya que, mientras él entraba a dejar los pedidos en la cocina y hablaba con el padre de Josemi para futuros repartos, ella se sentaba en un taburete en la barra mientras Josemi le ponía un vaso de agua.

Siempre tenía algo bonito para decirle.

–¡Hola preciosa! ¿Cómo te ha ido el día?

–Bien, ya hemos terminado.

–¿Debes de estar cansada? –preguntó poniendo delante de ella, sobre la barra, un vaso de agua–. Tómate el agua. Está fresquita. Mañana termina el cole, ¿verdad? –Natalia asintió con la cabeza, mientras bebía agua y le miraba por encima del vaso–. ¿Ya sabes las notas? Espero que lo hayas aprobado todo.

–Sí –contestó ella sin darle mucha importancia.

–¡Lo sabía! Eres muy lista. ¡Enhorabuena! –chocó su vaso con el de ella como en un brindis, haciéndola reír.

–¿Se necesita ser muy lista para ser camarera?

–¿Por qué dices eso? –preguntó extrañado.

–Porque cuando sea mayor quiero trabajar contigo.

–Pues yo espero que estudies mucho y no tengas que trabajar para mí.

–¿Por qué? A mí me gusta este sitio, y me gusta estar contigo.

–A mí también me gustan tus visitas, y sabes que puedes venir siempre que quieras. Y también sabes que eres mi chica preferida ¿verdad? –Natalia asintió con la cabeza mientras él le sonreía y le guiñaba un ojo–. Y por eso creo que te mereces algo mejor que ser una simple camarera. Tú vales mucho más que eso y debes estudiar para ser alguien importante.

A ella le encantaba cuando él le decía esas cosas, y muchas veces soñaba que algún día serían novios, estaba enamorada de él e imaginaba que se casarían y tendrían unos niños tan guapos como él. Y es que Josemi era el hombre más guapo que había visto nunca. Era alto, delgado, moreno, con el pelo un poco ondulado y unos ojos azules muy bonitos. Tenía siempre una sonrisa en los labios para ella, y era tan simpático que siempre le hacía reír.

Tenía veintidós años, diez años más que ella, pero no le importaba, y siempre se enfadaba mucho cuando sus amigas le decían que era un viejo.

Cada vez que su abuelo salía de la cocina y tenían que irse, se ponía de mal humor. El tiempo pasaba volando cuando estaba con él y no quería marcharse nunca.

–Vamos, cariño, tu abuela nos estará esperando.

–¡Jooo! ¿Tan pronto? –le decía un poco enfadada.

–Vamos. Es muy tarde.

A su abuelo no le gustaba dejar a su mujer mucho tiempo a solas, porque estaba delicada del corazón y ya habían tenido algún que otro susto con ella.

–Bueno, tengo que irme. Nos vemos dentro de dos días –decía con tristeza Natalia mientras miraba a Josemi.

Era el tiempo que tardaban en llevarle otro pedido.

–¡Adiós, preciosa! Te estaré esperando.

Con esas palabras hacía que su corazón se revolucionara y latiera con fuerza, deseando que el tiempo transcurriera muy deprisa para volver a verlo.

CAPÍTULO 2

Habían pasado cuatro años y ella seguía haciendo las mismas cosas, y es que en un pueblo tan pequeño la rutina era inevitable.

Una tarde, cuando llegó del instituto, Josemi la estaba esperando en la puerta de su casa.

–¡Hola! –le dijo sonriendo mientras le preguntaba–. ¿Estás esperando a mi abuelo? –en ese momento ella se dio cuenta de que algo estaba pasando, él estaba muy serio y parecía muy nervioso, como si le diera miedo lo que tenía que decirle–. ¿Qué ocurre? –preguntó asustada.

–Es tu abuelo, ha tenido un accidente y está muy grave.

–¡Oh, Dios mío! ¿Y mi abuela? –inquirió con voz temblorosa.

Tenía un mal presentimiento y le costaba asimilar lo que estaba pasando.

–En el hospital –Josemi se acercó a su lado, le pasó el brazo por los hombros y la acompañó hasta el coche–. Vamos, sube, te llevo al hospital.

–Sí, vamos.

El hospital estaba a veinte minutos del pueblo, y fueron los veinte minutos más largos de su vida. No podía hablar. Estaba muy nerviosa. No dejaba de darle vueltas al anillo que llevaba, que era de su madre, y cuando se ponía nerviosa, hacerlo rodar por su dedo la ayudaba a relajarse y a pensar. Aunque en ese momento no le servía de mucho, ya que imaginar que algo pudiera ocurrirle a su abuelo era tan doloroso que nada podía calmarla.

–No te preocupes, todo saldrá bien.

Josemi puso su mano entre las suyas intentando tranquilizarla, pero era inútil. Nada podía hacer para aliviarla.

–¿Falta mucho? ¿Cuándo llegamos?

–Ya estamos llegando. ¡Tranquilízate!

–¡No puedo! No me pidas eso. Si algo le pasa a mi abuelo, no podré soportarlo.

Cuando llegaron al hospital, encontraron a su abuela llorando desesperadamente, abrazada a su vecina que la había acompañado. Al verla así, Natalia presintió que su abuelo había muerto. No podía respirar. Estaba

paralizada, y cuando Josemi la abrazó, rompió a llorar.

–No puede ser, no puede ser –repetía una y otra vez entre sollozos.

–¡Ssshhh! Tranquilízate.

Josemi la abrazaba cada vez más fuerte. Quería consolarla, que dejara de llorar, pero era inútil. No había nada que pudiera consolarla. Se le partía el corazón viéndola así, y eso le ponía de muy mal humor.

Ella de repente se apartó de sus brazos y echó a correr hacia su abuela. Las dos se abrazaron sin poder dejar de llorar, y cuando consiguió tranquilizarse un poco le preguntó a su abuela.

–¿Qué... ha pasado? –la voz casi no le salía del sofoco que tenía.

Su abuela, como pudo y entre sollozos, le contestó.

–No lo sé... Me...me dijo que iba a arreglar la valla... debió de fallarle la pierna y por eso se cayó de la escalera. Tardaba mucho y cuando salí lo...lo encontré en el suelo con la escalera encima y un golpe en la cabeza. Estaba todo lleno de sangre, no sé cuánto tiempo llevaba allí... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a hacer sin él? –empezó a llorar nuevamente. Estaba temblando y Natalia no podía más que abrazarla con fuerza.

Nunca había sido una mujer muy fuerte, por eso cuando murió su hija tuvo el primer infarto, y nunca pudo superar esa pérdida.

Adoraba a su nieta, pero le recordaba tanto a su hija. Sus ojos, su sonrisa, sus gestos. Era como volver a verla crecer, y aunque le daba muchas alegrías, también le recordaba que su hija ya no estaba, que no iba a volver, y que se había ido para siempre.

Había sido una mujer muy hermosa, pero el dolor y su enfermedad la habían desmejorado mucho. Era alta, muy delgada, tenía una mirada triste, pero aun así era en lo primero en que se fijaba la gente cuando la miraba.

Su abuelo le contaba que se enamoró de ella la primera vez que vio esos dos ojos verdes, que eran como esmeraldas, brillantes y luminosos, y que le habían robado el corazón. Luego se reía y decía que ella también rompería muchos corazones, porque había heredado los ojos de su abuela, al igual que su madre.

Pero en ese momento, Natalia vio que los ojos de su abuela se habían apagado del todo, que el brillo había desaparecido, y que nunca iba a poder superar la muerte de su marido, y eso la asustaba.

–Por favor, debes tranquilizarte. Sabes que no puedes ponerte así porque no es bueno para tu corazón.

–¡Y qué me importa mi corazón ahora! ¿Qué voy a hacer sin él?

–No digas eso. Me tienes a mí –le dijo con tristeza–. Yo voy a estar siempre contigo. Nunca voy a dejarte, y te necesito.

Al escucharla decir esas palabras, su abuela se dio cuenta de lo asustada que estaba su nieta, y la abrazó con fuerza.

–Lo siento, cariño. No te preocupes. Estoy bien.

Respiraba con un poco de dificultad mientras hablaba, así que Natalia se preocupó.

–¿Seguro? Puedo llamar a un médico.

–Sí, estoy segura –le hizo una mueca en forma de sonrisa para tranquilizarla–, solo necesito tranquilizarme un poco.

Natalia le pidió a su vecina que cuidara de ella para así poder ir y hablar con los médicos, pues quería saber lo que le había pasado a su abuelo. Josemi la acompañó, cogiéndola por los hombros con un fuerte abrazo.

El médico les explicó que, con el golpe tan fuerte que había recibido en la sien, no le había dado tiempo a sufrir, porque había fallecido casi en el acto. Eso no hizo que el dolor de perder a su abuelo desapareciera, pero sintió un gran alivio al pensar que no había sufrido mucho.

Natalia se volvió hacia Josemi, que estaba a su lado, y rompió a llorar una vez más. Él la abrazaba sin decirle nada porque sabía que lo único que necesitaba era un hombro donde llorar, y lloró y lloró, hasta desahogarse, pues no quería que su abuela la viera así.

–Gracias por estar aquí... No sé si voy a poder soportar esto. Aún no puedo creer lo que ha pasado –le dijo a Josemi con voz temblorosa cuando por fin consiguió calmarse–. ¿Qué vamos hacer sin él?

–Seguir adelante, y no tienes nada que agradecerme. Sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa que necesites.

–Lo sé.

Josemi le secó las lágrimas y le dio un beso en la frente, hablándole con ternura.

–Será mejor que vayamos con tu abuela. En estos momentos te necesita más que nunca.

Ella asintió con la cabeza. Josemi volvió a abrazarla por los hombros y la acompañó con su abuela.

Y así fue, él estuvo a su lado en todo momento: cuando tuvo que ir a la

funeraria para arreglar todo lo del entierro, en el tanatorio, el día del entierro. No la dejó sola ni un momento.

Cuando por fin había pasado todo y llegaron a casa, su abuela se desvaneció y perdió el sentido, justo después de enterrar a su abuelo, así que Josemi fue en busca del médico inmediatamente.

El médico estaba examinando a su abuela en la habitación mientras Natalia no podía dejar de moverse. Parecía un león enjaulado y no dejaba de dar vueltas. La espera la estaba matando y no podía dejar de pensar en lo peor. Josemi no soportaba verla así y, cogiéndola por los hombros, le gritó.

–¡Para, maldita sea! Si no te tranquilizas un momento, te va a dar algo a ti también.

–¡No puedo! ¿Y si es otro ataque? ¿Y si la pierdo a ella también?

–No pienses en eso, no puedes tener tan mala suerte.

–Si se muere... ¿qué voy a hacer yo? Me quedaría sola, no creo que pudiera soportarlo.

Él le sonrió tiernamente al darse cuenta de que estaba aterrada, y que tenía mucho miedo de perder a su abuela porque aún era demasiado joven para quedarse tan sola.

–Tú nunca vas a estar sola. Me tienes a mí, y yo no voy a dejarte. Eres mi chica preferida. ¿Recuerdas?

Ella le sonrió. En ese momento salió el médico y, cuando Natalia lo vio sonreír, empezó a respirar. No podían ser malas noticias si él le sonreía.

–No te preocupes, Natalia. Solo ha sido un susto. Se está recuperando bastante bien y no quiere ir al hospital. Es terca como una mula, y por más que le he insistido, prefiere quedarse aquí. Quiere verte.

–Gracias doctor.

Cuando iba a entrar en la habitación, el médico la cogió del brazo.

–Natalia, tienes que tener cuidado. Esto ha sido un golpe muy duro para ella y su corazón está muy débil.

–Pero usted ha dicho...

–He dicho que se estaba recuperando de este golpe, no que su corazón se hubiera recuperado. Por eso necesita mucha tranquilidad y reposo.

–No se preocupe, yo voy a cuidar muy bien de ella y se va a poner bien. Ya lo verá.

–Eso espero, niña, eso espero. He de irme. Cualquier cosa me llamas, no importa la hora que sea.

–Gracias. Lo haré. ¿Puedes acompañar al doctor? –le pidió a Josemi.

Se fue enseguida a ver a su abuela.

–No vuelvas a darme otro susto como este, porque si no seré yo quien se muera –le dijo muy seria al entrar.

Y se sentó a su lado abrazándola y dándole un beso. Su abuela vio sus ojos llenos de lágrimas y apretó sus manos, sonriéndole.

–No te preocupes. No voy a morirte. Aún no. Te lo aseguro.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó extrañada–. ¿Acaso sabes cuándo vas a morirte? ¿Tienes fecha de caducidad? –le dijo bromeando con una sonrisa.

Su abuela se rio con mucha fatiga.

–Bueno, por lo menos hasta que cumplas los dieciocho años, seas mayor de edad y así nadie tenga que mandar sobre ti.

–No digas eso. Tienes que ver nacer a tus biznietos, y enseñarme a cambiar pañales. Yo no tengo ni idea y creo que no soportaría el olor –las dos se rieron, pero Natalia veía mucha tristeza en la sonrisa de su abuela, y por desgracia sabía que no llegaría tan lejos–. Tienes que ponerte bien. No puedes dejarme sola. Eres lo único que tengo. No podría seguir adelante sin ti.

Su abuela, al oírla decir eso, la cogió de la barbilla y la miró a los ojos.

–No vuelvas a decir eso. Tú tienes que salir adelante conmigo o sin mí. ¡Eres fuerte como tu abuelo! Tienes que prometerme que terminarás la carrera y serás una médica excelente, y también que te casarás y serás muy feliz –le dijo su abuela muy seria.

–Pero...

–¡Prométemelo!

–Está bien, te lo prometo... ¡Ay va! –de repente se acordó de que había dejado a Josemi afuera–. Josemi me está esperando.

–¡Ves! Ese sí sería un buen marido para ti. Si te casaras con él, podría morirte tranquila.

–¡Anda! No digas tonterías. Y si verme bien casada puede hacer que te mueras de tranquilidad, creo que me quedaré para vestir santos, y así serás la abuela más vieja de la historia –sonrió al ver la cara de desaprobación de su abuela.

–No seas zalamera.

–No soy zalamera, solo sincera. Tú eres la persona que más quiero. Haría cualquier cosa para tenerte más tiempo a mi lado, y eres lo único que me queda –se levantó de la cama y se dirigió a la puerta–. Bueno, será mejor que

dejemos el sentimentalismo y le diga a Josemi que estás bien, o acabará pensando que nos hemos olvidado de él.

–Dile que pase, quiero hablar con él.

–¿No se te ocurrirá...?

–¡No! Solo quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotras estos días.

–Está bien.

Natalia salió a buscarlo. Josemi estaba paseando de un lado a otro.

–¿Ocurre algo? –le preguntó preocupado cuando la vio salir.

–No. ¿Por qué?

–Tardabas tanto en salir.

–Lo sé. Discúlpame. Mi abuela quiere verte.

–¿Está bien?

–Sí, más o menos.

Lo acompañó hasta la habitación. Cuando su abuela lo vio, le sonrió y dio unas palmaditas en la cama.

–Ven, siéntate aquí, hijo –le dijo, y le cogió de las manos cuando se sentó–. Quería agradecerte todo lo que has hecho por nosotras estos días.

–No tiene importancia. Lo he hecho con mucho gusto –le sonrió con ternura, apretando sus manos con las suyas–. Ahora lo que tiene que hacer es ponerse bien y no volver a darle otro susto igual a su nieta.

–Me tranquiliza que te preocupes así por mi nieta. Si alguna vez me pasara algo, prométeme que cuidarás de ella.

–Abuela, por favor –protestó un poco avergonzada Natalia.

–Se lo prometo. Puede estar tranquila. Yo siempre cuidaré muy bien de su nieta, aunque eso no va a hacer falta. Está usted estupenda.

Los dos se rieron, menos Natalia, que estaba un poco molesta por el comentario de su abuela.

–No hagas caso a mi abuela. Está un poco preocupada por mí. No quiero que te sientas obligado a nada conmigo por lo que te ha dicho mi abuela. Y espero que me dure muchos años, pero, cuando llegue el momento, sabré cuidar de mí misma yo solita –le dijo Natalia a Josemi cuando salieron de la habitación.

–Siempre que me necesites voy a estar aquí, y no por lo que me ha dicho tu abuela sino por ti. Pero eso ya lo sabes. ¿Verdad?

–Sí, gracias.

Al acompañarle hasta la puerta, él le dio un beso en la mejilla.

–Mañana vendré a ver cómo sigue tu abuela. Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Cerró la puerta y volvió con su abuela.

CAPÍTULO 3

Las semanas iban transcurriendo y Natalia se pasaba los días del instituto a casa y de casa al instituto, para cuidar de su abuela. Por las mañanas temprano limpiaba algunas casas, ya que necesitaba un dinero extra para coger el tren todos los días e ir al instituto. A veces tenía que comer allí. Eso no le gustaba nada porque no soportaba tener que dejar a su abuela tanto tiempo a solas, pero no podía hacer otra cosa si quería seguir estudiando, ya que en su pueblo no había institutos y el más cercano estaba demasiado lejos, por eso debía coger el tren. Aunque le tranquilizaba saber que cuando ella no estaba su vecina pasaba de vez en cuando y le echaba una mano, cuidando a su abuela.

Tres meses después de cumplir Natalia los dieciocho años, su abuela falleció, pues su corazón ya no quiso seguir adelante. Fue un golpe muy duro para Natalia, pero ella presentía que su abuela no quería seguir adelante, no sin su abuelo. Ni pudo, ni quiso superar su muerte, y eso a Natalia le dolía mucho, pero lo entendía.

Se habían querido mucho y nunca discutían. Siempre estaban de acuerdo en todo, y muchas veces les había oído decir que no podrían vivir el uno sin el otro.

–Cuando yo me case, me gustaría ser tan feliz como lo sois vosotros –les decía siempre Natalia cuando los veía así.

–Te va a costar mucho encontrar un marido tan maravilloso como tu abuelo, y de eso depende que una sea feliz en la vida, de la persona que tengas al lado –contestaba siempre su abuela, mientras ambos reían.

–Estoy seguro de que encontrarás a esa persona y que te hará muy feliz, si no tendrá que vérselas conmigo –decía su abuelo sonriendo.

Ella sonreía, recordando esos momentos, hasta que oyó la voz de Josemi.

–Natalia. ¿Qué te pasa? ¿En qué piensas?

Josemi acababa de aparcar el coche en la puerta de su casa. El entierro había terminado y estaba agotada.

–Estaba pensando en mis abuelos.

–¡Por favor, no te tortures más! Tienes que superarlo. ¿Quieres que me quede un rato?

–¡Sí, por favor!

Cuando entraron en su casa, se sentaron en el sofá. Ella se acurrucó en sus brazos, intentando encontrar algo de consuelo para la pena tan grande que sentía.

–Me dijo que no me dejaría sola hasta que no fuera mayor de edad –recordó en voz alta lo que su abuela le había dicho–. Al parecer era cierto y sí tenía fecha de caducidad –decía entre lágrimas nuevamente.

Josemi no entendía lo que decía, pero la besaba en la cabeza y la abrazaba muy fuerte, queriéndole dar todo su apoyo.

–No pienses más en eso. Voy a hacerte algo de cenar y quiero que te acuestes. Ha sido un día muy largo. Estás agotada y tienes que descansar.

–No creo que pueda comer nada. Solo déjame estar así un momento. Me gusta sentirte cerca.

Se apretó más contra él, ya que su abrazo la reconfortaba, y se quedaron unos minutos en silencio.

Él seguía abrazándola con tanta fuerza que podía sentir los latidos de su corazón retumbando en su antebrazo, y cómo su respiración se relajaba poco a poco. Después de haber llorado tanto, le agradaba que por fin empezara a tranquilizarse y, sobre todo, que lo hiciera entre sus brazos.

–Te quiero –le dijo armándose de valor, sin poder contenerse un segundo más.

Besándole la cabeza esperaba nervioso una respuesta por su parte. Nunca se había atrevido a decirle lo que sentía por ella, pero en ese instante necesitaba hacerlo. Necesitaba que ella lo supiera para que no se sintiera tan sola, y ahora que se lo había dicho, no entendía por qué ella seguía tan callada, por qué no decía nada. Entonces bajó la cabeza para mirarla y se dio cuenta de que estaba dormida. Resignado, la cogió en brazos y la subió a su habitación. En el mismo instante que la dejó en la cama, ella se despertó.

–No te vayas, por favor. No quiero estar sola.

–Estaré abajo en el sofá. Ahora tienes que dormir y descansar, y no te preocupes, no voy a marcharme a ningún sitio.

Josemi quería que estuviera tranquila y haría cualquier cosa para conseguirlo.

–Eso está muy lejos. Esta noche necesito que estés cerca, que me abrases, que me hables, no quiero pensar en nada, y me duele tanto pensar en ella.

Ella asió su mano para que no se fuera y le sonrió con mucha tristeza.

–Está bien.

Él se tumbó a su lado y ella se acurrucó en sus brazos nuevamente, suspirando con fuerza.

–¡Gracias! Estos dos días han sido como una pesadilla para mí. Menos mal que estabas conmigo, porque no hubiera podido soportarlo –levantó la cabeza mirándole a los ojos, y entonces le preguntó–. ¿Sabes qué?

–¿Qué? –le respondió él con una pregunta, y besándole la frente sin poder evitarlo.

–Eres como el hermano mayor que me hubiera gustado tener.

Al oírlo decir eso sintió un golpe en el pecho y una gran decepción, ya que él jamás podría ser para ella como un hermano. No después de todo lo que sentía por ella, de ese sentimiento tan grande que invadía todo su ser.

–¿Por qué dices eso? –le preguntó muy serio, intentando comprender por qué le decía eso.

–Cuando te quedas tan sola –prosiguió–, te das cuenta de lo importante que es la familia, y ser hija única es ¡una mierda! Si alguna vez me caso, te juro que voy a tener familia numerosa.

Él le sonrió y ella se volvió a recostar en su pecho. Al volver a abrazarla se dio cuenta de que esa noche iba a ser una tortura para él. Tenerla tan cerca entre sus brazos, sintiendo su cuerpo tan cerca del suyo, oliendo su perfume... ¡Diiiioos! Esa noche iba a hacerse muy larga, ¡sí! Esa noche iba a ser una tortura.

Pero no podía irse, ella lo necesitaba, y aunque tuviera que aguantarse las ganas que tenía de besarla, de abrazarla, de perderse en sus brazos y hacerle el amor para demostrarle todo lo que sentía, tendría que tener paciencia y controlarse. La deseaba como nunca había deseado a nadie en toda su vida, pero no podía decírselo, y menos aún después de lo que acababa de decirle. ¡Joder! Ella lo veía como a un hermano, y eso era como un abismo entre los dos, ya que ninguna mujer se enamoraría jamás de un hombre al que quiere como a un hermano.

Al darse cuenta de ese pequeño detalle dio gracias de que se hubiera quedado dormida cuando le había dicho que la quería. Pero le producía tanta tristeza saber que nunca podría tener una oportunidad con ella, y más estando tan seguro como estaba de que podrían llegar a ser muy felices los dos juntos.

–Josemi, ¡Hey!

Él estaba inmerso en sus pensamientos y le costó un poco reaccionar.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–Estabas pasmado. ¿En qué pensabas?

–Estaba pensando... cuando te conocí. Hace ya mucho tiempo. ¿Te acuerdas? Esas palabras son las primeras que se le ocurrieron, ya que no podía decirle lo que estaba pensando en realidad.

–Pues fue un poco después de que abrieras el bar del pueblo, cuando mi abuelo empezó a llevarte los pedidos –dijo sonriendo.

Le gustaba recordar esos años. Entonces era muy feliz.

–Sí. Hace poco más de seis años que mi padre y yo abrimos el bar.

–Entonces yo era una cría. Tendría unos doce años, y recuerdo que estaba enamorada de ti hasta los huesos. Pero ahora no quiero que sigamos viéndonos. Esta tiene que ser la última vez.

–¿Por qué?

–No quiero quererte, ni a ti ni a nadie. Y si no fuera porque estoy hecha polvo y necesito que me abracen, te echaría ahora mismo. Nunca más voy a volver a querer a nadie, ¡lo juro!

–¿Por qué dices eso? –le preguntó muy confuso.

No entendía por qué le decía todas esas cosas tan absurdas. Temía que se hubiera dado cuenta de lo que sentía por ella, y por esa misma razón no quería volver a verle.

–Porque no quiero que te pase nada.

–¿Y qué tendría que pasarme? –le preguntó más confuso todavía

–Pues no sé, pero con la suerte que tengo podrías morirte. ¿No te das cuenta? Es como si tuviera una maldición y todas las personas que quiero se mueren.

–No digas tonterías. Eso no va a ocurrir –le dijo más tranquilo al comprobar que solo decía eso por miedo a todo lo que le había pasado.

–No son tonterías. Es la verdad –dijo enfadada–. Primero fueron mis padres, luego mi abuelo, y por último mi abuela. Todas las personas que quiero se mueren, y lo siento mucho pero ya no quiero perder a nadie más. Tú eres la única persona que me queda, y aunque no llevemos la misma sangre, para mí eres como un hermano. Por eso...

–¡Ssshhh! –él la hizo callar poniéndole un dedo en la boca–. No digas esas cosas o si no, me marchó. No me gusta que pienses en todas esas tonterías. No vas a librarte de mí tan fácilmente –de repente ella empezó a bostezar–. Anda, vamos a dormir que para eso me he quedado, ¿no? Para que puedas dormir y no pensar en nada, y mucho menos en esas chorradas.

–Ya te he dicho que no son tonterías. Es lo que pienso. Pero tienes razón, estoy cansada y no tengo ganas de discutir contigo. Tengo sueño –volvió otra vez a bostezar–. Buenas noches y gracias por estar aquí.

–Buenas noches, preciosa.

Le dio un beso en la frente y sintió cómo se relajaba en sus brazos y se quedaba dormida.

Él no podía coger el sueño. No podía dejar de pensar en lo absurda que era la vida. Hacía seis años ella estaba enamorada de él y él solo podía verla como a una niña, ya que no debía verla de otra manera, pues en ese tiempo la diferencia de edad era abismal, él era un hombre de veintidós años y ella una niña de doce. Pero, según fueron pasando los años, ella fue creciendo y se convirtió en una muchacha muy linda, y justo entonces él fue viéndola de otra manera, así que, sin darse cuenta, se enamoró de ella poco a poco.

Cuando quiso darse cuenta, ya era demasiado tarde. Estaba loco por ella, y cautivado por sus ojos de color verde esmeralda. Eran grandes y rasgados, los ojos más increíbles y bonitos que había visto en su vida. Su pelo era negro como el azabache, largo y rizado, estaba muy delgada y tenía una sonrisa muy bonita y contagiosa, porque cada vez que ella se reía, a él siempre le hacía sonreír. Era dulce, cariñosa, alegre, divertida. Para él era perfecta. No podía ver un solo defecto en ella. Bueno, sí, esos ojos capaces de hechizar y doblegar al hombre más indomable del mundo. Sabía que cualquiera que los mirara, acabaría rendido a sus pies. Y eso lo martirizaba. Y más después de saber que ella nunca podría enamorarse de él, a no ser que sus sentimientos cambiaran, dejara de verle como a un hermano y volvieran a resurgir en ella esos sentimientos que antes sentía por él. Eso era justo lo que él tenía que conseguir, que ella volviera a enamorarse de él y entonces podría tener una oportunidad para conquistarla.

Nada ni nadie podría evitar eso. Costara lo que costase, haría que ella se enamorara de él nuevamente, como cuando era una cría. Si hacía seis años ella estaba loca por él, él podría volver a hacer que ese sentimiento reviviera, porque como solían decir, «donde hubo fuego, cenizas quedan». Eso lo sabía todo el mundo, ¿no?

Pensando en eso, consiguió conciliar el sueño. Bueno, eso y abrazar a Natalia mucho más fuerte, esperando despertar con sus brazos ese amor que dormía dentro de ella desde hacía tanto tiempo.

CAPÍTULO 4

Cuando Natalia entró en el bar esa tarde, habían pasado seis meses desde la muerte de su abuela, y en ese tiempo Josemi la había visto muy pocas veces. Y siempre era porque él iba a su casa a verla o porque ella necesitaba algo. Parecía que se había tomado muy en serio lo de dejar de quererle, y eso lo ponía de muy mal humor, ya que no podía aceptar que ella creyera en esas tonterías de que estaba maldita y que, si le quería, podía morir.

Pero era comprensible que creyera eso después de todo lo que le había pasado, y por eso se mantenía alejado de ella, porque, por más que le costara hacerlo, tenía que darle tiempo hasta que el dolor por la muerte de su abuela desapareciera y pudiera demostrarle por fin lo mucho que la quería.

Cuando la vio entrar, se acercó corriendo a su lado.

–¿Qué haces aquí? ¿Te pasa algo?

–¿Tiene que pasarme algo para que venga a verte? –le contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella casi nunca iba al bar.

–Pues sí. Hace más de tres semanas que no nos vemos. Solo hablamos por teléfono –se quejó molesto–. Y porque siempre soy yo el que llama o el que va a verte. O sea, que si estás aquí, es porque te pasa algo.

Ella le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

–No te enfades, que te pones muy feo –poniéndole una cara fea, consiguió hacerle reír. Como siempre, no podía enfadarse con ella–. Puede que lo que vengo a pedirte te guste. Así podremos estar juntos más tiempo. Y si no he venido a verte antes, es porque estoy muy liada arreglando todo el papeleo para matricularme en la universidad. No puedes ni imaginarte toda la documentación que piden.

–Bueno, está bien, ¿qué es lo que quieres?

Ella le puso cara de circunstancia porque sabía que no le iba a gustar nada lo que le iba a pedir.

–¡Huy! Creo que no quiero oírlo –dijo inquieto al ver su cara.

Pero ella no dejaba de mirarle con esos ojos tan cautivadores, y eso lo ponía muy nervioso, porque cada vez que ella le miraba así, a él le daban ganas de comérsela a besos.

–No seas malo.

–¡Está bien! Suéltalo ya – instó con un gran esfuerzo.

–Necesito trabajo –Josemi la miró muy serio y frunció el ceño–. Vamos, Josemi, no te lo pediría si no lo necesitara de verdad.

–Ya tienes trabajo –afirmó secamente.

–No puedo seguir con las casas este año. El horario de la universidad no es como el del instituto. Y no puedo compaginarlo todo. Me es imposible.

–¡No! –le cortó muy bruscamente–. Si empiezas a trabajar aquí, terminarás dejando los estudios...

–¡No lo haré! ¡Te lo juro! –le interrumpió ella.

–¡Sí lo harás! Trabajar de noche es muy pesado. Empezarás por no ir un día a la universidad porque estés muy cansada. Luego será otro y otro hasta que acabes por dejarlo del todo. Y si eso ocurre, acabarás siendo una camarera el resto de tu vida. ¿Es lo que quieres?

–¡No! No es lo que quiero, pero es lo que necesito para seguir estudiando. Aquí podría trabajar de noche, dormir antes de las clases, y por las tardes podría estudiar. Luego están las dos horas que paso en el tren para ir y venir de la universidad todos los días, que también podría aprovecharlas para estudiar. ¡Podría hacerlo todo! Además aquí, entre semana, no tiene que haber mucha faena. Tampoco cerrarás muy tarde. ¿No es así? –le preguntó con una sonrisa picarona, pero él seguía mirándola muy serio y sin contestarle–. Bueno, pues, si tú no me das trabajo, tendré que buscar en otro bar –le advirtió desafiante, haciéndole reír.

–Sabes que no hay otro bar en varios kilómetros a la redonda. Solo el de mi padre. Y él seguro que piensa lo mismo que yo.

–Bueno, entonces tendré que dejar los estudios y buscar trabajo en cualquier otro sitio.

–Tus abuelos te dejaron dinero, ¿por qué quieres trabajar?

–Porque el dinero se termina, y yo le prometí a mi abuela, cuando vendió el huerto de mi abuelo, que ese dinero sería para terminar la carrera. Y no voy a romper mi promesa. Ese dinero es intocable. Pero tengo que comer, pagar luz, agua. Una casa tiene muchos gastos, ¿lo sabías? Y, si tengo que dejar de limpiar las casas por los estudios, acabaré gastándome el dinero y no podré seguir estudiando –le informó muy enfadada.

Él le sonrió tiernamente. Sabía todo el peso que llevaba sobre sus hombros desde que murió su abuela.

–¡Está bien! Vamos a probar un tiempo, y si me demuestras que puedes con

todo, podrás seguir trabajando aquí hasta que vaya a tu consulta cuando me ponga malo –le dijo él para tranquilizarla.

–¡¡Biiiiieeen!! –ella pegó un grito. Se le tiró a los brazos y le dio un beso–. Gracias. No te vas a arrepentir. Te lo juro. Además, cuando tenga mi consulta, serás mi paciente preferido y te cuidaré como a un bebé –le sonrió, y le hizo sonreír otra vez.

–Eso espero. ¿Por qué siempre consigues lo que quieres de mí?

–¿Porque soy irresistible? –le sonrió con picardía.

–Debe de ser eso.

Y tenía razón. Para él era irresistible. Podía pedirle el mundo y él pondría el mundo a sus pies.

–Lo bueno es que vamos a vernos todos los días. ¿No era eso lo que querías?

–Eso es lo que me da miedo.

Sabía que verla todos los días riendo y hablando con los clientes iba a ser un martirio para él.

–¿Por qué dices eso? –preguntó extrañada–. Pensé que te gustaría que estuviéramos más tiempo juntos.

Él cambió de tema bruscamente.

–Empiezas mañana. Es sábado y estará a tope, si aguantas toda la noche puede que seas capaz de conseguir lo que te propones.

–¡Lo haré! –afirmó muy segura de sí misma.

–Hay algo que aún no sabes –la miró muy serio mientras le dejó caer con voz profunda–: soy un jefe muy exigente.

–No vas a asustarme. Te conozco bien y eres como un corderito –dijo riéndose.

Él, con una sonrisa socarrona, siguió su broma.

–Eso es porque aún no has visto el lobo que llevo dentro.

A ella le dio tanta risa que acabó contagiándole, y los dos se echaron a reír.

–Tengo que irme. ¿A qué hora vengo mañana?

–¿No quieres saber los días que vas a trabajar ni lo que vas a ganar?

–Pues los días que me necesites. Y en cuanto al dinero, sé que no me vas a engañar. Lo que tú dispongas estará bien –le dio un beso en la mejilla–.

¡Hasta mañana! ¿A qué hora? –volvió a preguntar antes de irse.

–A las ocho.

–Aquí estaré –le aseguró mientras se alejaba.

Él no podía dejar de mirarla hasta que salió del bar. Se sentía feliz. Por fin parecía que se le iba pasando la pena por la muerte de su abuela, ya que era

capaz de bromear y reírse, y tenerla tan cerca le daba la oportunidad de poder empezar a conquistarla. Solo por ese motivo valía la pena contratar una camarera más, aunque no le hiciera ninguna falta.

–¿Quién es? –le preguntó Lola acercándose a él.

Lola era una de sus empleadas, además de su mejor amiga, con quien compartía problemas, secretos y, muchas veces, la cama.

–Es mi nueva camarera.

–No sabía que buscaras otra camarera.

–Y no lo hacía.

–Entonces, ¿por qué la has contratado?

–Porque no puedo negarle nada –le contestó enojado–. No voy a dejar que ande por ahí buscando cualquier trabajo. Podrían aprovecharse de ella. Es muy inocente. Además, le juré a su abuela que siempre cuidaría de ella, y nunca voy a dejar de hacerlo.

–Aunque no hubieras hecho esa promesa, cuidarías de ella igualmente. ¿Es Natalia, verdad?

–Sí. ¿Por qué sabes que es ella?

–Solo tengo que fijarme en cómo la miras –ella sabía todo lo que él sentía por Natalia.

–No te vas a poner celosa a estas alturas, ¿verdad? Entre tú y yo está todo bastante claro –aclaró poniéndole la mano en su brazo suavemente.

–No, no te preocupes, sé cuál es mi sitio. Solo que ya sabes lo tontos que a veces se ponen los tíos, y si te molesta que se pongan así con cualquiera de nosotras, imagínate con ella. Vas a arrepentirte, y lo sabes.

–¡Basta! Ya veré qué hago cuando llegue el momento.

Pensar en lo que Lola acababa de decir lo enfurecía, y sabía que tenía razón y que iba a arrepentirse.

CAPÍTULO 5

“La cueva”. Así se llamaba el bar.

Hacía un par de años que Josemi compró el antiguo matadero. Estaba abandonado a las afueras del pueblo, cerca del polígono industrial que unía varios pueblos colindantes, igual de pequeños que el de Natalia. Su pueblo era el de al lado, bastante más grande que el de Natalia.

Al principio montó un *pub*, no demasiado pequeño. Quería que la juventud tuviera un sitio donde reunirse y divertirse, y en cuanto corrió la voz, todos los fines de semana se ponía a reventar. Fue entonces cuando decidió ampliarlo, pues el matadero era gigantesco y pudo hacer maravillas.

Nada más entrar, montó el bar. Era amplio, lleno de mesas y sillas, todo decorado en madera: los pilares, las vigas del techo, las ventanas y la puerta. La pared que estaba dentro de la barra era de azulejo de cara vista, con muchas estanterías llenas de bebidas de todas clases. La barra era de mármol negro y madera, y las paredes estaban chapadas a media altura con azulejos. El resto estaba pintado. Las lámparas que colgaban del techo y los farolillos en las paredes eran de hierro forjado, y las cortinas hacían juego con los manteles de las mesa. Todo estaba decorado con muy buen gusto.

Entre semana era un bar tranquilo de polígono, donde iba la gente que trabajaba por allí a almorzar y a comer todos los días.

Cuando cruzabas el espacio del bar, había una sala grande con mesas y butacas de mimbre, dos mesas de billar y dos futbolines. En las paredes colgaban varias dianas. La sala parecía un pequeño salón recreativo.

Tenía un patio enorme en el que estaba el *pub-discoteca*. La entrada al patio estaba decorada con piedras rústicas que formaban una especie de arco, lo que producía la sensación de entrar por la boca de una cueva. Por eso le había puesto ese nombre al bar.

Su interior estaba lleno de mesas, sillas y sillones. No había techo. La oscuridad de la noche y las luces de colores parpadeantes, que colgaban por todo el recinto, creaban un ambiente íntimo y agradable. Cuando en invierno, o los días de lluvia, tenían que poner el techo desmontable, perdía casi todo su encanto, aunque fuera acristalado.

Tenía una barra solo para servir bebidas, y en el fondo había una gran pista de baile, con un pódium en alto donde el disc-jockey pinchaba música los

viernes y sábados a partir de las doce.

Había invertido mucho dinero para convertir el antiguo matadero en “La cueva”, pero había valido la pena. Muchas veces recordaba cuando su padre le dijo que estaba loco y que no era una buena inversión, después tuvo que reconocer que estaba equivocado. Josemi le había dicho en varias ocasiones que fuera su socio, pero él no quiso dejar el bar del pueblo. Estaba a gusto allí y decía que “La cueva” era demasiado jaleo para él, que eso era cosa de jóvenes y que él ya no estaba para llevar algo así.

De ser un bar tranquilo de polígono entre semana, que solo necesitaba a Lola sirviendo las mesas, a una cocinera y a él en la barra, los fines de semana se transformaba en hamburguesería, bocadillería, *pub* y discoteca.

Siempre estaba lleno y por eso necesitaban refuerzos, como otra cocinera y dos camareras más, Alba e Inma. Las dos eran altas, tenían un tipazo y unas buenas delanteras, simpáticas y divertidas. Eso era casi imprescindible para ese tipo de trabajo.

También contaban con Toni, que ayudaba a Josemi en la barra del bar, y a partir de las doce, que era cuando se abría la *disco-pub*, se encargaba de la barra de la discoteca. Por último, estaba Alex, que era el disc-jockey. Los dos eran guapos y musculosos, agradables y alegres. Siempre estaban bailando y animando el ambiente. Todas las muchachas estaban locas por ellos.

Cuando Natalia entró a las ocho, preparada para empezar a trabajar, se quedó un poco parada. El local estaba casi vacío. Solo había tres personas en una mesa, y entonces pensó que Josemi le había tomado el pelo.

–Había tanta gente que no podía pasar. He tenido que estar esquivando a los clientes –le dijo dirigiéndose a él y sonriendo con sarcasmo.

Él le devolvió la sonrisa.

–Espérate a las nueve o nueve y media y ya hablaremos. Ahora ve con las chicas. Están en el vestuario cambiándose. Ponte el uniforme y ellas te dirán lo que tienes que hacer. Segunda puerta a la derecha.

–Vale.

Cuando entró en el vestuario, estaban las tres cambiándose.

–Hola, soy Natalia –les dijo con una sonrisa.

–Hola, soy Alba –le dio dos besos y le devolvió la sonrisa.

–Yo soy Inma –le dio otros dos besos, tras levantarse del banco.

–¿Y tú? Debes de ser Lola –le preguntó Natalia dándole dos besos–. Me ha dicho Josemi que me ponga en vuestras manos. ¿Qué tengo que hacer?

Cuando le proporcionaron el uniforme, Natalia se quedó sorprendida. Era un pantalón negro elástico y un top negro de tirantes con bastante escote. Era tan corto que se le veía el ombligo. A la altura del pecho tenía impreso en rojo fuego “LA CUEVA”. Cuando se lo puso y se miró al espejo, dio en ese mismo momento gracias a Dios de no tener celulitis. Sin embargo, no estaba segura de poder salir así. Ella nunca había ido tan ceñida en toda su vida. A pesar de que las chicas le habían explicado más o menos lo que tenía que hacer, no se decidía a salir.

De pronto llamaron a la puerta y dio un brinco. Estaba tan pensativa, mirándose al espejo y preguntándose si sería capaz de salir así vestida, que le sorprendió el golpeteo en la puerta.

–Adelante.

Acto seguido entró Josemi.

–Me has asustado –le dijo.

–¿Por qué?

–Nada. Estaba pensando. ¿De verdad tengo que salir así? Me da mucha vergüenza. ¿No podría usar mi ropa? Esta es demasiado exagerada, ¿no crees?

–Todas lo llevan. Además, te queda muy bien –le respondió mirándola de arriba abajo–. Demasiado bien, diría yo. Voy a tener que estar espantándote a los clientes.

–No seas tonto. Parezco una butifarra.

Él se rio.

–Tú querías trabajar aquí.

Eso era una de las cosas que más le gustaba de ella, su pudor y su inocencia.

–Sí, pero no sabía que había que ponerse esto tan ceñido –señaló su cuerpo de arriba abajo–. A mí me queda horrible.

Entonces él la puso frente al espejo y se quedó pegado a su espalda.

–Estás preciosa. Tienes un cuerpo estupendo, y con esos ojos vas a volver locos a todos mis clientes, y a mí también –le sonrió con una mirada picarona–. Al final tendré que cambiar el bar por un manicomio –añadió.

Los dos se echaron a reír.

–Anda, no seas tonto.

–Si no quieres salir no tienes por qué hacerlo. Podría pasarte dinero todos los

meses...

–¡No! –le interrumpió bruscamente–. No hagas eso, por favor. No quiero limosnas.

Al oírla decir eso, la giró de golpe y ella se apoyó en su pecho para no caer.

–No vuelvas a decir eso –la miraba muy enfadado y su voz sonaba muy seca–. Sabes que no me refería a eso.

Ella se dio cuenta inmediatamente de que sus palabras le habían dolido.

–Lo siento. Perdóname. Pero no quiero sentirme como una mantenida, y si aceptara tu dinero, me sentiría así. Prefiero trabajar, aunque tenga que llevar este uniforme. Me acostumbraré a ir como una butifarra. Ya lo verás –le sonrió, pero él no le devolvió la sonrisa.

–No me has dejado terminar. No quiero mantenerte ni darte limosnas. Más bien sería como un préstamo y, cuando empezaras a trabajar, podrías devolvérmelo poco a poco.

–No, gracias. Pero no te enfades, por favor –le miró tiernamente y le acarició el mentón–. No soporto que te enfades conmigo, y lo sabes. Además, he de acostumbrarme a solucionar mis propios problemas, ¿no crees? –le dijo con una voz muy mimosa.

–Como quieras.

Ella no se daba cuenta de lo que esa caricia provocaba en todo su cuerpo, ya que parecía que le ardiera la piel justo por donde ella ponía sus manos. A él cada vez le costaba más reprimir sus impulsos. Entonces, no se pudo contener y le pasó el brazo por la cintura. La acercó hacia él poco a poco, mirándola fijamente a los ojos, y cuando estaba a punto de besarla, cuando sus labios estaban a punto de rozar los de ella, Lola abrió la puerta y Natalia se alejó de él bruscamente.

–Lo siento, pero hay mucha gente y te necesitamos en la barra.

Él aún seguía abrazándola.

–¡Ya voy! –le dijo a Lola muy cabreado por la interrupción, sin dejar de mirar a Natalia–. Te espero fuera. Estás preciosa. No lo olvides –añadió.

La soltó con suavidad, como si no quisiera alejarse de ella, y se fue.

Natalia estaba alucinada, por un momento pensó que él estaba a punto de besarla. Entonces se echó a reír y se dijo a sí misma que él nunca haría eso. Respiró profundamente. Volvió a mirarse al espejo una vez más y salió hacia el bar, dispuesta a coger el toro por los cuernos. No iba a dejar que unos pantalones ajustados y un top minúsculo le estropearan sus planes, así que

haría lo que fuera para conseguir sus metas y lo que le prometió a su abuela.

CAPÍTULO 6

Cuando Natalia salió y vio cómo estaba el bar de abarrotado, volvió otra vez a ponerse nerviosa. Había tanta gente que justo en ese momento se dio cuenta de por qué Josemi le había dicho que, si aguantaba esa noche, podría conseguir todo lo que se había propuesto. Y es que para ser su primera noche iba a ser muy movidita. Solo esperaba no tirarle a nadie algo encima. Eso sería lo peor que le podría ocurrir en el estreno de su trabajo.

Como todos los sábados, el bar estaba a reventar. La gente era asidua a cenar y a ver el partido de fútbol. Había una televisión gigantesca colgada en la pared. Era tan grande que parecía que estabas en el mismo campo de fútbol. El ambiente era perfecto, ya que en las dos horas, más o menos, que duraba el partido solo se oían gritos, silbidos e insultos al árbitro o a los jugadores, como si de verdad estuvieran en el estadio. Por eso estaban tan a gusto y repetían todas las semanas.

A Natalia le habían asignado algunas mesas. Tomaba los pedidos y servía las mesas como le habían dicho las chicas que lo hiciera, con mucho cuidado. Todo iba bastante bien hasta que alguien tropezó con ella cuando estaba a punto servir unas bebidas. Las cervezas se le cayeron de la bandeja y puso perdido al hombre con el que acababa de tropezar.

—¡Lo...lo siento mucho!

Se disculpó inmediatamente, mientras con un trapo le limpiaba la camisa con manos temblorosas de lo nerviosa que estaba.

—¡¡Joder, podrías mirar por dónde vas!! —le gritó muy enfadado, de modo que consiguió que todo el mundo los mirara—. ¡¡No deberías llevar una bandeja, más bien una mesita con ruedas!! —seguía gritándole y provocaba que Natalia se muriera de vergüenza.

—¡Yo! Tú... tú te has tropezado conmigo. Andabas hacia atrás como los cangrejos. No he podido evitarlo.

Intentaba defenderse ante su agresión, mientras seguía limpiándole la camisa sin poder mirarlo a la cara, pues se moría de vergüenza por él y por todos los demás que no dejaban de mirar la escena. De todas las cosas que podían pasarle, esa era la que más le había estado preocupando, y justamente tenía que pasarle en su primera noche y con ese hombre tan desagradable.

–¡El que está empapado y huele a cerveza soy yo, no tú! –dijo con sarcasmo–. Por lo menos podrías disculparte.

–¡Ya lo he hecho, y si dejaras de gritar puede que me hubieras escuchado! ¡No querrás que me ponga de rodillas y te suplique! –estaba tan furiosa por la brusquedad de ese hombre que no podía dejar de temblar, sobre todo porque había sido él quien se le había abalanzado y le había hecho perder el equilibrio con la bandeja–. ¡Ha sido sin querer! –volvió a gritar enfadada.

En ese momento llegó Josemi.

–¿Qué ha pasado?

–Que tu nueva camarera me ha puesto perdido. Podrías cogerlas con más experiencia, macho.

Natalia se volvió hacia Josemi.

–Mira, Josemi, ha sido él el que ha tropezado conmigo, y aun así me he disculpado, y dos veces. Yo ya no sé qué más puedo hacer –le dijo muy nerviosa y enfadada por la poca sensibilidad de ese hombre.

–¡Está bien! No le echas la bronca. Puede que haya sido culpa mía. Pero una buena camarera sabe esquivar a los cangrejos –dijo en un tono burlón, acercándose a ella y pegándose a su espalda.

Natalia ya no pudo soportarlo más. Entonces se giró con una furia inmensa, y con los ojos muy abiertos y brillantes por la ira empezó a gritarle.

–¡¡No necesito que me defiendas!! ¡¡Puedo hacerlo yo solita!!

Ahora miraba a los ojos del cliente, enfrentando su mirada por primera vez. Él se quedó fascinado, sin poder dejar de mirar esos ojos tan verdes y tan intensos. No se había fijado en ella hasta ese momento, justo en el que ella lo había atravesado con la mirada y le clavaba dos dagas de color verde esmeralda, tan atractivas y tan brillantes por la ira, que lo habían dejado sin palabras. Algo que nunca solía pasarle con ninguna mujer.

–Yo...

–¡Puedes seguir ignorando mis disculpas como lo has hecho hasta ahora!

–Vamos, Natalia, no puedes ponerte así con un cliente, aunque no tenga razón. Ya sabes lo que dicen, que el cliente siempre tiene la razón. Y aunque sea un gilipollas, tendremos que dársela.

Josemi golpeó a Jaime en el hombro y eso le hizo reaccionar y apartar la mirada de Natalia. Los dos se echaron a reír y Natalia se quedó sorprendida, ya que Josemi acababa de insultar a un cliente y este ni siquiera se enfadaba con él, sino que se reían juntos. Entonces ese hombre, sin dejar de mirarla a los ojos, se dirigió a Josemi.

–Déjalo, no importa. Con esos ojos puede echarme todas las broncas que quiera –se acercó para mirarla más de cerca–. ¿Son tuyos? –le preguntó confuso.

–No, son de mi vecina, que me los deja el fin de semana –contestó con sarcasmo y aún enfadada.

–Seguro que son lentillas. No puede existir un verde tan sumamente verde. Parecen dos esmeraldas.

–Te puedo asegurar que no son lentillas –le aclaró Josemi–. Anda, vamos, te dejaré una camiseta –le agarró por los hombros y se lo llevó hasta su despacho.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó Lola, que venía con la fregona para recoger la cerveza del suelo.

–Ese estúpido tropieza conmigo. Me tira la bandeja, y luego me echa la culpa de todo.

–¡Ay, niña! Como ese vas a encontrar muchos. Será mejor que te vayas acostumbrando y que pongas buena cara aunque en realidad quieras matarlos. Eso es lo malo que tiene este trabajo.

–Bueno. Me va a costar, pero me acostumbraré. Menos mal que no se me ha roto ningún vaso.

–Si en tu primera noche no se te rompe ningún vaso, te mereces una medalla –las dos se echaron a reír.

–Gracias por animarme. Lo necesitaba.

Terminaron de limpiar el suelo y volvieron a la barra.

–No te preocupes por lo que ha pasado. Lo estás haciendo muy bien. Todas hemos manchado a alguien alguna vez. ¿Verdad, Alba?

Alba acababa de llegar y estaba a su lado, dejando la bandeja en la barra.

–¡Huy! En mi segundo fin de semana se me cayó un cubata de la bandeja en la cabeza de un cliente. Creí que me moría de vergüenza.

–¡Dios mío, eso aún es peor! –exclamó Natalia asombrada.

–Pues sí. No puedes ni imaginarte la cara que se le quedó al hombre y el bochorno que pasé yo. Quería desaparecer.

–No me extraña, aunque yo más bien tengo ganas de matar a ese estúpido. Él es el que me arrolla, me tira la bandeja, y después me culpa de todo. ¡Oh, sí! Me gustaría matarlo –dijo bromeando y poniendo cara de asesina, cosa que las hizo reír.

–No os estaréis riendo de mí ¿verdad? –preguntó alguien detrás de ellas, cuando estaban aún entre carcajadas.

Cuando Natalia se giró y lo vio, intentó marcharse, pero Josemi la cogió por la cintura.

–No te vayas. Voy a presentarte a mi primo Jaime –la puso frente a su primo–. Jaime, esta es Natalia.

Jaime le dio dos besos, y ella le miró con cara de pocos amigos.

–¿Tu primo?! Ahora lo entiendo. Pensé que te habías vuelto loco. Porque, aunque tuvieras razón, eso de insultar a los clientes no está bien –Josemi se echó a reír–. Tengo que trabajar –dijo nerviosa mientras intentaba alejarse de ellos, pero antes de irse, Jaime la tomó del brazo.

–Un momento. ¿Acabas de llamarme muy sutilmente gilipollas?

–Yo no. Fue tu primo, ¿recuerdas? Ahora, ¿puedes soltarme? Tengo que trabajar.

Jaime se quedó mirándola embobado mientras se alejaba.

–¡Joder con la niña! ¡Qué carácter! –le espetó a su primo.

–¿Y qué esperabas? –preguntó Lola, que seguía al lado de ellos–. Tú le has hecho perder el equilibrio tropezando con ella, y encima le echas la bronca delante de todo el mundo. Es su primera noche y eso pone de mal humor a cualquiera.

–Puede que tengas razón, pero verme empapado de cerveza saca mi lado más agresivo.

–Pues deberías controlarlo, guapo. O, por lo menos, saber disculparte, ya que has cometido un error –sugirió también enfadada por cómo había tratado a Natalia.

–Bueno. Tampoco seas tan dura con él –le defendió Alba mirándolo embobado–, al fin y al cabo tampoco ha sido para tanto.

Cuando Natalia volvió a la barra para dejar lo que llevaba en la bandeja, Jaime seguía hablando con su primo. Nada más verla, se puso a su lado, pues Lola le había hecho darse cuenta de que había cometido un error con ella, y como bien había dicho Alba, tampoco era para tanto.

–Siento lo que ha pasado antes. Me he puesto muy burro y tú no tenías la culpa.

Natalia lo miró a los ojos muy fríamente.

–Tienes razón. Te has puesto muy burro –le soltó, dejándolo pasmado.

Nada más decir eso, volvió a centrarse en su bandeja.

–¿Eso es todo lo que vas a decir? –preguntó sorprendido.

–Como bien ha dicho tu primo, el cliente siempre tiene razón, y yo solo te la estoy dando –Josemi no pudo evitar echarse a reír–. Además, ¿qué esperas

que te diga?

–Pues que aceptas mis disculpas y que aquí no ha pasado nada.

Entonces ella comenzó a reír con sarcasmo.

–Eres un engreído, ¿lo sabías? ¿De verdad crees que por disculparte a mí se me puede olvidar que me has gritado y humillado delante de todo el mundo? Pues no. A no ser que tu primo me obligue a hacerlo, no voy a aceptar tus disculpas.

Nada más decir eso miró a Josemi, que estaba asombrado al ver a Natalia tan alterada, cosa extraña en ella.

–Yo jamás te obligaría a nada, preciosa. Tú verás si lo perdonas o no. Eso es cosa vuestra –dijo Josemi, poniéndose de su parte.

–Bien, entonces vuelvo al trabajo. Y no te preocupes porque aprenderé a esquivar a los cangrejos –le dijo con sarcasmo mientras miraba a Jaime.

Josemi se rio al ver la cara de su primo, que estaba pasmado, ya que pocas mujeres lo ponían en su sitio y lo dejaban con la boca abierta.

–Estoy seguro de que lo conseguirás, preciosa. Y si no, tendremos que prohibir la entrada a los cangrejos –decía Josemi, muerto de la risa.

Ese comentario la hizo reír, pero también consiguió que su primo lo mirara con una mirada asesina.

–Estás muy gracioso esta noche –mientras Natalia se alejaba con la bandeja, Jaime no dejaba de mirarla–. ¿De dónde la has sacado? No es la clase de chica que sueles tener por aquí.

–¿A qué te refieres?

–Demasiado flaca, poco pecho y sin pintar. Pero eso sí, tiene carácter, mucho carácter, y sus ojos son... ¡impresionantes! ¿Seguro que no lleva lentillas?

–No te acerques a ella –ordenó Josemi muy tajante–, ni se te ocurra.

–¿Estás interesado en ella?

–No, pero te conozco. Es una cría. Déjala en paz.

–¿Aún no me has dicho por qué la tienes aquí?

–Necesitaba trabajo y le prometí a su abuela que cuidaría de ella. Por ese mismo motivo no quiero que te acerques a ella. No es la clase de chica a la que tú estás acostumbrado.

–¿Y a qué estoy acostumbrado según tú, si se puede saber?

–A mujeres de una sola noche, o dos, lo máximo. Por eso, Natalia no es para ti. No está hecha la miel para la boca del burro. Así que déjala en paz.

–¡Vaya! Eso me ha dolido. ¿Y dices que no estás interesado en ella? Creo que me estás ocultando algo. ¿Qué es?

–Nada.

–Bueno, ya que estamos refraneros, te diré que no seas como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer –Josemi le miró con cara de póker–. Está bien, ni la miraré si es lo que quieres. Pero deberías decirle lo que sientes por ella antes de que se te adelanten –añadió su primo.

Jaime volvió a su mesa y Josemi se quedó pensando en lo que le acababa de decir su primo.

Natalia estaba en la barra con las chicas. Parecía que la cosa se había tranquilizado un poco y estaban descansando.

–Natalia, te llaman, mesa ocho –le dijo Alba.

–¡No! No quiero ir. No soporto a ese tío –replicó Natalia cuando se dio cuenta de que era la mesa de Jaime.

–¿A Jaime? –preguntó extrañada–. ¡Si está buenísimo!

–No seas exagerada.

–¿Tú le has mirado bien?

–No, ni me interesa.

–¿Puedo ir yo? Hoy está solo, y con un poco de suerte podría llevármelo a casa –acto seguido puso cara de gusto–. Aún no he olvidado la noche que pasamos juntos –añadió.

–A mí me harías un favor. Es todo tuyo.

Poco después, Alba llegó hasta la mesa de Jaime.

–¿Y la nueva? ¿No se encargaba de esta mesa? –le preguntó Jaime.

No le hacía mucha gracia que Alba les sirviera, ya que se había enrollado una noche con ella y siempre andaba revoloteando a su alrededor, y su primo tenía razón en una cosa: no le gustaba tener más de dos citas con la misma mujer, porque no le gustaban las ataduras.

–Creo que no le caes muy bien. Pero yo estoy encantada de atenderte –le pasó la mano por el hombro en una caricia.

–Puede que más tarde, guapa.

Alba volvió a la barra muy sonriente.

–¡Josemi, ponme dos cubatas y un whisky!

–Pareces muy contenta –le insinuó Natalia.

–Bueno, puede que esta noche tenga suerte. Hemos quedado para más tarde.

–Sabes que mañana pasará de ti, ¿verdad? –esta vez fue Lola la que habló.

–No me importa. Habrá valido la pena. Además, a ti te pasa lo mismo con Josemi. Cuando él quiere, tú siempre estás disponible para él.

–¿Tú y Josemi estáis juntos? –le preguntó Natalia sorprendida–. ¡Vaya!

Nunca me lo ha dicho.

–Solo de vez en cuando. No es nada serio.

–Porque él no quiere, porque tú estás loca por él –soltó Alba.

–Natalia, ¿puedes ayudar a Toni en el pub? –les interrumpió Josemi–. Está muy liado y aquí se ha tranquilizado la cosa.

–Pues claro.

CAPÍTULO 7

El *pub* tenía su propia entrada que daba al aparcamiento por la parte de atrás. Eran las doce y media, y a esa hora empezaba a llegar la juventud y se llenaba por momentos.

Natalia se había puesto detrás de la barra para ayudar a Toni a servir bebidas. Cuando este le explicó cómo debía servir los cubatas, empezó a prepararlos como una loca, porque había tanta gente que no daban abasto. A Natalia le gustaba más estar ahí. No había que andar con bandejas de arriba abajo, ni aguantar clientes pesados como ese Jaime.

Sobre las dos y media de la mañana Josemi llegó al *pub*.

–¿Cómo vas preciosa? –le preguntó después de pasar detrás de la barra.

–¡No te oigo! –le gritó Natalia.

La música estaba tan alta que tenían que gritar para poder oírse.

–Ven. Tómate un descanso –le dijo Josemi al oído, cogiéndola por la cintura.

Sin quitarle el brazo de la cintura se la llevó al bar, pues allí sí se podía hablar, y se sentaron en una mesa. Le hizo un gesto a Lola y esta le llevó un whisky.

–¿Tú qué quieres? –le preguntó acto seguido a Natalia.

–Nada, he tomado tanta Coca-Cola hoy que no creo que pueda dormir en toda la semana –bromeó, cosa que hizo reír a Lola.

–¿Estás segura? –insistió Lola.

–No quiere nada. ¿Puedes dejarnos solos, por favor, Lola? Gracias.

Estaba nervioso. No había dejado de pensar en toda la noche lo que le había dicho su primo, y no habían dejado de molestarle toda la noche los comentarios que algunos hombres le hacían cuando la miraban embobados a los ojos, algo con lo que él ya contaba, pero aun así le molestaba muchísimo. Estaba decidido a confesarle lo que sentía por ella, ya que no quería que nadie se le adelantara, como le había advertido su primo.

–No necesito un descanso. No estoy cansada. Deberías tomarte un descanso con Lola.

Él la miró frunciendo el ceño.

–¿A qué te refieres? –le preguntó.

–¿Por qué no me has dicho que tú y Lola estáis juntos?

–Porque no lo estamos.

–Pero Alba me ha dicho que tú y Lola estáis jun....

La cortó enseguida. Lo que menos le apetecía era hablar en ese momento de su relación con Lola, y mucho menos con ella.

–No hay nada, ¿vale? Alba es muy exagerada –soltó muy serio–. Solo nos hemos enrollado un par de veces. Eso es todo. No hay nada más.

–Pues es una lástima, porque ella me parece perfecta para ti. Es guapa. Lleva el bar casi mejor que tú, y está loca por ti. ¿Qué más puedes pedir?

–No quiero hablar de Lola sino de ti...

–Ya lo sé. He estado horrible, pero puedo hacerlo mejor. Te lo aseguro. Lo de tu primo no se va a volver a repetir. Te lo juro.

Él le sonrió.

–No te he traído aquí para echarte la bronca. Lo estás haciendo muy bien. Lo que ha pasado con mi primo pasa muchas veces, sobre todo cuando no has llevado una bandeja en la vida. Es más difícil de lo que parece, ¿verdad?

Natalia asintió con la cabeza.

–Pero olvidémonos de todo eso. Quiero hablarte de otra cosa, si me dejas hablar...

–Me tienes intrigada, ¿qué es?

Él la miró arqueando una ceja

–Vale, me callo. Lo siento –ella no pudo evitar reírse y le contagió de nuevo la risa.

–Quiero que sepas... –antes de seguir hablando la cogió de las manos–. ¡Uf! Esto es muy difícil, pero voy a ir al grano. Llevo mucho tiempo enamo...

–¡Hola parejita! –gritó Jaime interrumpiendo a su primo. Al verlo, a Natalia le cambió la cara. Él se sentó en una silla a su lado–. No me mires así. No me vas a guardar rencor toda la vida, ¿verdad, guapa?

–¿También vas a decirme lo que tengo y no tengo que hacer?

–No se me ocurriría, pero si tú y mi primo estáis juntos tendremos que hacer un esfuerzo por llevarnos bien. Quiero a este chico más de lo que puedas imaginarte, y pasamos, mucho tiempo juntos, así que es inevitable. Vas a tener que aguantarme –le advirtió con una sonrisa.

–Pues menos mal que entre tu primo y yo nunca va a pasar nada, porque solo somos amigos. Así que no tendré que aguantarte.

–Vamos, no me digas que no quieres a mi primito. Es adorable –soltó con una sonrisa socarrona.

Jaime miró sus manos entrelazadas, y cuando ella se dio cuenta, las quitó de

golpe.

–¡Ya basta! –gritó Josemi enfadado–. ¿Puedes dejarnos solos?

–No, no es necesario –aclaró Natalia a Josemi, y dirigiéndose a Jaime con muy mala leche le espetó–. Y, aunque no tengo por qué darte explicaciones, te diré que..., ¡sí! Que quiero mucho a tu primo. Pero no pienses mal. Para mí es como un hermano mayor. O sea, que puedes estar tranquilo. No tendremos que hacer ningún esfuerzo. No necesitamos llevarnos bien. Si en todos estos años que conozco a tu primo, no te conocía a ti, podemos seguir igual, ignorándonos mutuamente. Y ahora, si no te importa, me voy a trabajar –miró a Josemi y le sonrió–. Luego hablamos y me cuentas eso, ¿vale?

Se alejó muy enfadada, no soportaba a ese tío.

–¡Uau! ¡Qué temperamento! ¿Qué ha pasado? Estabais cogidos de la mano, muy acaramelados, así que pensé que me habías hecho caso y que te habías declarado. Por eso venía a felicitarte.

–Estaba a punto, pero justo has llegado tú y la has cagado.

–Vale, no te enfades. Más bien deberías agradecérmelo. Te hubiera dado calabazas. ¿No has oído lo que ha dicho? Te quiere como a un hermano, y mayor. Eso quiere decir que jamás se va a fijar en ti como hombre. Deberías olvidarla –cuando vio el semblante de Josemi tan triste, intentó consolarlo–. Vamos, tío, hay muchas chicas que seguro que están locas por ti, como Lola. Anda, alegre esa cara. No me gusta verte así. Vamos a emborracharnos y nos llevamos a esos dos bombones a la cama. Estoy seguro de que Lola consigue que te olvides un rato de esa chica, a la que, por cierto, no sé qué le ves. Aparte de sus ojos, es bastante normalita.

Mientras hablaba, hacía un gesto a Alba para que se acercara veloz a la mesa.

–¿En qué puedo ayudaros? –preguntó sonriente.

–¿Ves? Esta chica sí le alegra la noche a uno –le dijo a su primo–. ¿Por qué no le dices a Lola que nos acompañe, a ver si anima a mi primo un poco? –dijo, dirigiéndose a Alba.

–No seas gilipollas –protestó Josemi–. Me voy a trabajar.

Se levantó para irse a la barra, pero antes de marcharse, Jaime lo detuvo.

–Está bien. Yo me divertiré por ti. ¿Me dejas que me lleve a este bombón? –preguntó a Josemi mientras le guiñaba un ojo a Alba–. Ya no hay mucha marcha por aquí y ahora tienes camarera nueva.

–Podéis hacer lo que queráis –respondió Josemi abatido.

–Voy a cambiarme. No te muevas –sonrió y salió corriendo y entusiasmada por poder pasar otra noche con él.

A las cuatro menos cuarto Josemi volvió al *pub*. Al ver como Natalia estaba bailando con Toni dentro de la barra, se puso de muy mala leche, y empezaron a entrarle unos celos que nunca creyó que pudiera sentir por una mujer. Entonces sintió la mano de Lola acariciándole el pelo.

–¿Estás bien? –le preguntó al ver su cara mientras miraba cómo los dos bailaban una rumba.

–Por favor, no me digas “te lo advertí”. No estoy para sermones.

–Solo quiero ayudarte. No me gusta verte así. Te quiero y lo sabes, y verte sufrir por otra chica me molesta.

Le dio un beso en la mejilla, intentando consolarlo. Pretendía que dejara de mirarlos para que no siguiera torturándose. Entonces él la abrazó y empezó a besarla en la boca con mucha pasión.

–Quédate conmigo esta noche. Por favor, te necesito.

–No necesitas pedírmelo así. Sabes que me encanta estar contigo.

–No quiero que pienses que...

–¡Ssshhh! No necesito explicaciones. Tú me necesitas y yo a ti, eso es lo único que me importa –ella volvió a besarlo.

Él se sentía fatal por usarla de tiritita, pero estaba mal. Sabía que su primo tenía razón y que Natalia nunca se enamoraría de él, así que tenía que olvidarse de ella o se volvería loco, y la mejor opción era Lola.

–Voy a decirle a Natalia que se vaya. Ya no hay casi gente. Enseguida estoy contigo.

Ella le sonrió.

–Te espero en el bar.

Él le devolvió la sonrisa y se dirigió a la barra del *pub*.

–Natalia, puedes irte ya. No hay casi gente y tienes que estar cansada. Cámbiate. Te acompañaré a casa.

–Pues sí, estoy cansada, pero no hace falta que me acompañes. He traído la moto de mi abuelo.

Él se rio al oírla decir eso y ella lo miró amenazante. La moto era una Mobylette antigua, pero para ella era muy importante, ya que había sido la moto de su abuelo, y esa moto le traía muy buenos recuerdos, como cada vez que se subía detrás de su abuelo, lo abrazaba con fuerza y los llevaba a

repartir todos los pedidos que le hubieran hecho. Por esos bellos recuerdos cuidaba esa moto como si fuera un bebé, con muchos mimos y con mucho cariño, pues era lo único que le quedaba de él.

–¿Aún tienes ese cacharro? –le preguntó con un tono de burla en la voz.

–¿Quieres que te hinche un ojo? –le amenazó con el puño cerrado, golpeándole el hombro suavemente.

–Es una broma. Sé lo mucho que quieres esa moto.

Entonces ella le sonrió.

–Lo sé. Voy a cambiarme.

Cuando salió del vestuario, vio a Josemi y a Lola besándose en la barra del bar. Carraspeó y ellos se separaron.

–No quería molestaros, solo despedirme –les dijo sonriendo–. Y no tenías por qué ocultármelo. Ya te he dicho antes que es perfecta para ti, y me gusta veros juntos. Bueno, os dejo solos, que lo paséis bien. ¡Anda! Aún no me has dicho lo que querías antes.

–Ya no importa. Olvídalo. Buenas noches.

–Buenas noches.

–¿Qué quiere decir? ¿Quién es perfecta para ti? –le preguntó Lola un poco mosqueada.

–Tú. Según ella, llevas el bar mejor que yo, estás loca por mí, y por eso deberíamos estar juntos.

–¡Vaya! Me gusta esa chica. Es muy inteligente.

Los dos se rieron y volvieron a besarse.

CAPÍTULO 8

A la semana siguiente, en el vestuario, Alba no dejaba de hablar de Jaime.

–¡Dios! La otra noche fue increíble.

–Eso ya lo dijiste la otra vez que estuviste con Jaime –Inma no soportaba que su amiga se hiciera ilusiones que no la llevarían a ningún sitio.

–Tú también estarías en las nubes si pasaras la noche con él. En la cama es increíble.

–Yo estoy más que satisfecha con mi novio, no necesito a un rompecorazones, por muy bueno que sea en la cama. Aunque tengo que reconocer que está buenísimo. Y deja ya el tema. Eres una pesada –las dos se echaron a reír.

Natalia, sin embargo, estaba alucinaba oyéndolas hablar tan abiertamente de los hombres y de sexo. Para ella había sido siempre un tabú hablar de ese tema, pues estaba segura de que a su abuela le hubiera dado un ataque si ella le hubiera preguntado algo referente al sexo.

–Sí, sé que soy una pesada, pero es que jamás he estado con alguien que me haga sentir tan bien en la cama. Ya me entendéis, ¿no?

–Sí, te entendemos –respondió Lola mirándola con pena–. Pero no tardarás en venir llorando porque no te hace ni caso, igual que la otra vez. Y apostarí mi mano derecha a que esta noche viene acompañado, como casi todas las semanas, con otra chica, olvidándose de ti y de esa noche que para ti ha sido tan inolvidable.

–¿Por qué eres tan borde?

–Porque no me gusta verte sufrir, y ese hombre solo te hará sufrir.

–Vamos, dejadla en paz. Está enamorada –defendió Natalia a Alba, sonriendo.

Quería animarla después de esas palabras de Lola tan hirientes para Alba. Pensaba que ningún hombre podía hacer algo así, y que no se presentaría esa misma semana delante de Alba con otra mujer, ya que eso sería muy cruel por su parte.

–Menos mal que eres la única que me entiende.

–¡Ah no! No puedo entender cómo te gusta ese tío. Es un creído, arrogante e insoportable.

–Pero si acabas de decir...

–Solo he defendido tus sentimientos, pero no entiendo cómo puede gustarte un hombre como ese. Es un cazurro –dijo enfadada aún con él por lo que había ocurrido la semana pasada–. Aunque ya sabes lo que dicen, que el amor es ciego y tú debes estar cegada –añadió bromeando, lo que hizo reír a todas.

–Sí, reíos, pero estoy completamente segura de que si él quisiera conquistarte no podrías resistirte, y caerías como todas las demás lo hacen –le dijo a Natalia, desafiante.

–¡Dios me libre! –respondió Natalia poniendo cara de horror–. Bueno, no te enfades. Solo bromeaba. Seguro que esta noche vuelves a tener suerte y vuelves a llevártelo a casa. No creo que sea tan mala gente como para venir con otra después de estar contigo hace apenas una semana.

–Como se nota que no lo conoces –le advirtió Lola–. Es un donjuán, y después de una va otra. Pero dejemos de hablar de él. No vale la pena, así que pongámonos a trabajar.

Cuando esa misma noche Alba vio entrar a Jaime y a su amigo, muy bien acompañados con dos chicas, se quedó muy decepcionada, tal y como había dicho Lola. Natalia se acercó a ella para consolarla, pensando que Jaime era un sinvergüenza por hacerle eso a su amiga.

–Vamos, no te pongas así. Ese tío no vale la pena. Es un cerdo, y me dan ganas de mearme en su cerveza –le dijo Natalia con dulzura, mientras le ponía la mano en el hombro–. Bueno, mejor lo haces tú, así podrás vengarte –Alba se rio al oírla decir eso.

–Tienes razón. No vale la pena, y esta vez no voy a llorar.

–Así se habla. Ahora voy a ver si tenemos suerte y quiere una cerveza. Estate preparada.

Se alejó sonriéndole, y cuando llegó a la mesa, les preguntó muy seria, sin mirar a Jaime, porque le entraban ganas de estrangularlo.

–¿Qué vais a tomar?

–¡Vaya! No me digas que aún te dura el enfado –le preguntó Jaime con sarcasmo.

–Si no queréis pedir nada, me iré. Tengo mucha gente esperando, y no me apetece nada perder el tiempo contigo.

–Pues espero que con los demás seas más simpática. Si no, mi primo va a

perder la clientela.

–Te puedo asegurar que los demás están encantados conmigo, pero es que en esta mesa hay algo que no me gusta nada –miró a su amigo y a las dos chicas con una sonrisa encantadora–. Y no lo digo por vosotros –añadió sonriéndoles.

Jaime la miró muy serio, y su amigo empezó a pedir la cena para calmar el ambiente, pues parecía que entre los dos se hubiera declarado la guerra.

Después de haberles servido, y cuando estaba atendiendo a los demás, Jaime se dio cuenta de que en las otras mesas ella se reía y hablaba con todo el mundo. Por eso, aprovechó al verla sola en la barra, esperando un pedido, para levantarse, pegarse a su espalda y decirle algo.

–Mi dinero es tan bueno como el de los demás. No vuelvas a ser tan borde conmigo –ella se sobresaltó y se dio la vuelta. Jaime la miraba muy serio–. Esta vez no te he hecho nada para que seas tan desagradable –siguió diciéndole Jaime.

–No me gusta que hagan daño a mis amigas y que se aprovechen de ellas.

–Si lo dices por Alba, solo le di lo que quería. Ella fue la que me buscó –de repente, la miró con curiosidad–. ¿O es que estás celosa? No eres mi tipo –le dijo mirándola de arriba abajo con una mirada penetrante que la ponía nerviosa–, pero podría hacer una excepción.

–Eres un cerdo arrogante y antes preferiría estar muerta que enrollarme contigo.

Cogió la jarra de cerveza y, cuando iba a irse, completamente enfadada, él le cerró el paso con sus brazos sobre la barra, dejándola rodeada con ellos

–Déjame trabajar.

–Esta vez eres tú la que te has pasado y estoy esperando una disculpa. ¿Qué va a pensar esa pobre chica de mí?

–¡Pobre chica! Sí, desde luego, por caer en tus redes. Pero no creo que te importe lo que opine de ti. Total, mañana no volverás a verla. Y no pienso disculparme. No te lo mereces –no sabía por qué ese hombre la ponía tan nerviosa y tan furiosa al mismo tiempo. Solo tenía ganas de abofetearlo–. Y ahora, si no me dejas pasar, voy a tirarte esta jarra de cerveza por la cabeza.

Volvió a mirarlo con esa furia en los ojos que hacía que brillaran como dos esmeraldas.

–Si haces eso, podría conseguir que te despidieran –le amenazó sin poder dejar de mirarla a los ojos.

–El placer valdría la pena.

–Con poco placer te conformas –le susurró mientras se acercaba a ella lentamente y notaba su nerviosismo–. Yo podría darte mucho más –al oírle decir eso, se puso colorada como un tomate y eso hizo sonreír a Jaime–. Y no me mires así. Tus ojos son una provocación, dan ganas de...

–¿Ocurre algo?

Josemi estaba detrás de ellos. Jaime se giró y Natalia aprovechó para alejarse de él.

–Nada, solo estábamos aclarando unas pequeñas diferencias, ¿verdad? –le preguntó a Natalia.

–Tengo que trabajar –sin contestarle, Natalia se alejó de él como de la peste.

Desde ese momento, ella trató de ser más o menos amable con él, con tal de que no volviera a acorralarla y a arrimársele nunca más de esa manera, y él parecía ignorarla.

CAPÍTULO 9

Habían pasado ya tres fines de semana y Natalia se había adaptado muy bien, ya llevaba las bandejas como una profesional y esquivaba bastante bien los obstáculos y a los cangrejos.

Josemi también se iba acostumbrando a tenerla cerca y a no desearla cada vez que estaban juntos, ya que ella no le daba pie a otra cosa. Así que no tuvo más remedio que resignarse y olvidarse de que algo pudiera pasar entre ellos, pero, aun así no podía conseguir que sus sentimientos por ella se desvanecieran.

Eran las fiestas del pueblo y celebraban la noche de los disfraces. Todo el que fuera disfrazado tendría una consumición gratis esa noche. Era la única fiesta del pueblo que a Josemi le gustaba celebrar y la más divertida.

Cuando Natalia llegó a las ocho, todo el bar estaba decorado con farolillos y guirnaldas.

–¡Vaya! Está todo muy bonito. Si me lo hubieras dicho, habría venido a ayudarte –le gritó sorprendida a Josemi

Nada más decir eso, oyó a Jaime detrás de ella.

–Bueno, menos mal que estaba yo –cuando se giró para mirarlo, él le sonrió y se quitó la camiseta–. ¿Dónde te dejo la camiseta? Porque, no vas a hacerme trabajar más, ¿verdad? ¿Ya hemos terminado? –le preguntó a Josemi.

Le tiró la camiseta a su primo a la cabeza, bromeando y riéndose.

–Sí, ya hemos terminado. Ya puedes cambiarte. Ahora te pongo una cerveza. Te la has ganado.

Josemi se metió en la cocina y los dejó solos. Natalia nunca se había fijado en él porque siempre estaban de bronca, pero en ese momento no podía entender qué le pasaba, pues no era capaz de dejar de mirarlo. Estaba medio desnudo. Era muy alto, hombros anchos, pecho musculoso, brazos fuertes. Además, por primera vez en su vida podía admirar la típica tableta de chocolate, de la que muchas veces había oído hablar, pero que nunca había visto y nunca creyó que existieran, pues jamás había tenido a un hombre tan cerca y semidesnudo. Sus abdominales estaban perfectamente modelados y daba gusto verlos. Cuando se giró para ponerse la camisa se quedó hipnotizada, pues su espalda era impresionante. Todo él parecía haber sido esculpido a

mano y, aun así, se notaba que todos esos músculos no eran de machacarse en un gimnasio, sino más bien de practicar algún deporte a menudo. No eran excesivamente exagerados, pero lo suficiente para dejar embobada a cualquier mujer que pudiera tener el privilegio de admirarlo.

Llevaba unos vaqueros que le estaban ajustados y le hacían el culo respingón. Tenía el pelo castaño y un poco largo, y sus ojos marrones oscuros, casi negros, tenían una mirada provocadora e intensa, que siempre la ponía nerviosa. Su sonrisa era encantadora pues, cuando se reía, se le hacían unos hoyuelos en la comisura de los labios que lo hacían irresistible. Alba tenía razón, era guapísimo. Eso pensaba Natalia en ese mismo momento como una tonta mientras se lo comía con los ojos, sin poder apartar la mirada de él.

–Si no dejas de mirarme así, voy a pensar mal. No puedes tener esos ojos y mirar de esa manera. Podrías meterte en un lío.

Justo en ese momento y, al oír su voz, Natalia reaccionó.

–Solo estaba pensando en una tontería. No seas tan creído.

Pero se puso tan colorada que las mejillas le ardían. No quería ni siquiera imaginarse que él pudiera saber lo que ella estaba pensando en esos momentos, porque se moriría de vergüenza. Y lo peor era que ni siquiera ella misma sabía por qué se había quedado tan pasmada si le caía tan mal.

–¿Pensabas en mí? –le preguntó acercándose a ella mientras se abrochaba la camisa muy lentamente y le sonreía con esa sonrisa tan provocativa.

Él sabía el efecto que causaba en las mujeres cuando lo veían desnudo, y sabía el efecto que estaba causando en ella en ese momento. Por eso, empezó a reírse al ver cómo se volvía a poner colorada.

–Por favor, en la última persona que podría pensar es en ti.

–Entonces, ¿por qué no dejabas de mirarme así? –le preguntó con una voz muy sensual mientras la cogía del brazo.

–¡Suéltame!

Pero él no le hizo caso y, sin dejar de mirarla a los ojos, la acercó a él suavemente.

–¿Por qué no firmamos una tregua? Estoy seguro de que, si me conocieras, te acabaría cayendo bien.

–Porque no me interesas. ¿Puedes soltarme, por favor?

Cuando la soltó, se marchó corriendo al vestuario, donde se encontró con Inma.

–¿Qué te pasa? Estás colorada y sofocada. ¿Has corrido un maratón? –preguntó al verla entrar tan sofocada.

–Es Jaime. No sé qué me pasa con ese tío, pero me pone de los nervios.

–¿No será que te gusta? Ve con cuidado o al final acabarás perdiendo la cabeza por él, como todas. El problema es que después te arrepentirás, como todas.

–¡Gustarme! Si no lo conozco. Después de la bronca que tuvimos la primera noche, no hemos hablado ni dos veces, y siempre que lo hacemos acabamos discutiendo. Como hace un instante.

–Bueno, ya sabes lo que dicen, que del odio al amor solo hay un paso.

–Pues en este caso el paso es de gigantes –las dos se echaron a reír.

–Hoy no te pongas el uniforme. Hay que ponerse los disfraces.

–¿Los disfraces?

–Sí, Josemi se empeña en disfrazarnos todos los años cuando son las fiestas de su pueblo. Es muy divertido, ya lo verás.

Cuando llegaron Lola y Alba empezaron a disfrazarse. Todas iban de moras, con unos pantalones bombachos que empezaban en la cadera y terminaban en los tobillos, y un top que era igual que un sujetador, con unos tirantes de gasa caídos en los hombros y mucha pedrería. Llevaban muchas pulseras y una piedra brillante pegada en el ombligo. En la cara lucían un velo, que les tapaba todo menos los ojos.

Cada una llevaba un color diferente. A Natalia le habían dejado el verde porque decían que hacía juego con sus ojos. Lola iba de rojo, Inma, de morado y Alba, de azul. Estaban guapísimas y llamaban mucho la atención.

Inma había convencido a Natalia para que la dejara maquillarla. Ella nunca se maquillaba. No le gustaba, pero esa noche, y disfrazada, no le importaba.

–No entiendo cómo no te maquillas todas las noches. Si yo tuviera tus ojos, sacaría buen provecho de ellos.

–Llega un momento en que te cansas de que la gente solo se fije en tus ojos. Por eso no me maquillo, para llamar menos la atención. A veces tengo la sensación de ser solamente un trozo de carne con unos ojos bonitos. ¿Sabes cómo me pondría el velo? Así –cogió el velo y se lo puso en la frente, tapándose los ojos, haciendo reír a Inma.

–Anda, no seas tonta. Póntelo bien. Tenemos que salir ya.

Cuando llegaron a la barra, Josemi iba de jeque árabe y todas empezaron a reírse.

–No me digas que esta noche somos todas tus esclavas sumisas y complacientes –le dijo Inma entre risas.

–Bueno, eso me encantaría chicas. Creo que el sueño de cualquier hombre es

tener unas mujeres tan hermosas como vosotras, y si son sumisas y complacientes, mucho mejor –luego fijó su mirada en Natalia–. Esta noche estás deslumbrante –añadió.

–No seas exagerado. Solo es el maquillaje.

–Pues deberías maquillarte todos los días. Estás preciosa.

–No nos vas a pedir que te bailemos la danza del vientre, ¿verdad? –preguntó Alba moviendo las caderas–. Porque no la hemos ensayado.

Todos se rieron de nuevo.

–Si os empeñáis, no seré yo quien os diga que no. Podéis bailarme como queráis. No tengo problema. Pero será mejor que ahora os pongáis a trabajar, esto empieza a llenarse.

Cada una de ellas cogió una bandeja y se dirigió a sus mesas asignadas.

El bar empezaba a llenarse de gente, todos iban disfrazados y era muy divertido. Natalia nunca había estado en una fiesta de disfraces, y menos aún se había disfrazado, y aunque le daba un poco de vergüenza, se estaba divirtiendo mucho. En ese momento entró Jaime, que iba de gánster. Cuando Natalia iba a servir una mesa, tropezó con él.

–¡Huy! Lo siento –se disculpó, girándose. Cuando lo vio, suspiró–. ¡Vaya! Tenías que ser tú.

Jaime, al ver sus ojos maquillados, se quedó embobado. El resto de la cara la llevaba tapada por el velo. Él solo podía mirar esos ojos, que cada vez lo provocaban más y más. Jaime le sonrió, inclinando la cabeza un poco. Ese sombrero que llevaba de medio lado y su sonrisa socarrona hacían que su rostro tuviera ese aspecto de pícaro y sinvergüenza que enloquecía a las mujeres.

–Ya te he dicho antes que no me mires así, o acabarás volviéndome loco con esos ojos tan hermosos, y acabaré perdiendo el control.

Ella intentó ignorarlo y no prestar atención a sus palabras, así que le preguntó, como si no le importara.

–Hoy es viernes. ¿Qué haces aquí?

Jaime solo iba los sábados a ver el partido. El resto de la semana no aparecía.

–Quería ver cómo te sentaba el disfraz, y ha valido la pena. Estás fabulosa.

No dejaba de mirarla de arriba abajo, como si estuviera haciéndole una

radiografía. Su mirada era tan intensa y provocadora que la ponía muy nerviosa.

–¿Qué vais a tomar? –les preguntó sin levantar la vista de la libreta para no tener que enfrentar su mirada.

–¡Vaya! Esta noche estás más amable que de costumbre. ¿Qué te pasa hoy, nena?

–Primero, no soy tu nena, y segundo, si quieres me pongo borde, o le digo a Alba que te atienda ella.

–¡No! No lo decía por eso, y prefiero que me atiendas tú. Ella es un poco empalagosa. Y lo de nena... no sé, ¿será el disfraz?

Cuando él le sonrió y le guiñó un ojo, ella no pudo evitar devolverle la sonrisa, sin darse cuenta de que se le traspantaba por debajo del velo de gasa. A Jaime le complacía enormemente ver que por fin esa chica empezaba a caer bajo sus encantos, ya que era la primera vez que le sonreía y le gustaba su sonrisa.

–¿Vais a decirme qué queréis?

–Yo quiero una hamburguesa completa con patatas y una Voll-Damm. ¿Y tú, Kiko? –le preguntó a su amigo, que así se llamaba.

Kiko era su mejor amigo. Siempre estaban juntos. Era moreno, pelo corto, ojos azules, bastante atractivo y muy simpático. Iba disfrazado de vaquero.

–A mí me pones lo mismo. Lástima que se me haya olvidado el lazo en casa, porque si lo hubiera traído, te atraparía con él para poder acercarte a mí y ver esos ojos verdes tan hermosos un poquitito más de cerca. Hoy estás radiante, chica.

Natalia le sonrió y Jaime le dio una colleja.

–No te pases. Yo la vi primero.

–Estáis muy agradecidos esta noche.

Acto seguido, Natalia se alejó de la mesa.–No quiero tener problemas contigo y menos por una chica. No estarás interesado en ella, ¿verdad? –le dijo Jaime a Kiko muy serio.

–No. Sabes que nunca me fijo en las chicas que te gustan. Sería perder el tiempo. Todas acaban eligiéndote a ti. Pero deberías tener cuidado si no quieres tener problemas con tu primo.

–Por mi primo no te preocupes. Sé manejarlo bien. Ella es el problema. Cada vez que intento hablarle, terminamos discutiendo. Pero, ¿ves? Cuando está atendiendo a otros clientes, siempre sonríe, y hasta parece divertida.

Natalia estaba en otra mesa riéndose con los chicos, que le gastaban bromas

por su disfraz.

–Y eso es lo que a ti te fastidia, que no esté babeando por ti, como la mayoría de las chicas que conoces, por no decir todas.

–Pues sí, no estoy acostumbrado a que me ignoren, y esta lo hace de maravilla.

–Sí, la verdad es que es la primera vez que veo a una chica que no caiga rendida a tus pies. ¿Será de este planeta?

Jaime se rio al oírle decir eso. Al ratito llegó Natalia con su pedido.

–Bueno, aquí tenéis.

Mientras ella servía, él no dejaba de mirarle el canalillo, y de repente su mirada fue bajando hasta la piedra color esmeralda que llevaba pegada en el ombligo.

–¿Ahora quién es el que mira? –le preguntó ella en un tono burlón.

–Bueno, no estoy ciego y esta noche estás impresionante. Tus ojos esmeraldas hacen juego con esa baratija que llevas en el ombligo, la cual me gustaría arrancar a bocados. Y sí, no voy a negarte que lo que estoy mirando me gusta, y mucho –se apoyó en la mesa y se acercó a ella–, no como tú.

Ella se puso colorada. Sabía que se refería a cuando estaba medio desnudo y ella no podía dejar de admirar su cuerpo tan perfecto.

–¡Eres un...! Será mejor que me vaya. Ya me he cansado de discutir contigo. Cuando llegó a la barra, se dirigió a Alba.

–Alba, ¿quieres, por favor, atender la mesa de Jaime?

–¿Te lo ha dicho él?

–Sí, está deseando verte.

Alba fue corriendo a la mesa de Jaime, puesto que esa noche había llegado sin acompañante y se moría de ganas de volver a pasar una noche con él, aunque al día siguiente la ignorara. Pero, por el placer de estar una noche más en sus brazos, valía la pena ser ignorada al día siguiente.

–Me ha dicho Natalia que quieres que sea tu camarera esta noche –sonrió a Jaime, acariciando sus hombros–. ¿Os falta algo?

–No, estamos servidos. Ya te llamaremos si necesitamos algo.

–Vale. Estaré esperando impaciente por ti.

Jaime buscó a Natalia con la mirada. Ella estaba en la barra, y cuando sus miradas se encontraron, ella lo miró y le sonrió sarcásticamente.

–Creo que ha quedado bastante claro que no quiere nada contigo –dijo Kiko sonriendo.

–Pues entonces está cometiendo un error, porque cuanto más me ignora, más

interesado estoy. Lo que no entiendo es por qué a ti te divierte tanto.

–¡Hombre! Desde que te conozco, ninguna chica se te había resistido. Y sí, me divierte ver que hasta a ti te pueden dar calabazas. Eso me levanta la moral.

–Eres un capullo, ¿lo sabías? Pero te puedo asegurar que acabará babeando por mí, aunque ese término no me gusta demasiado. Solo de imaginarme a las mujeres babeándome encima, me resulta un poco desagradable. ¿No crees?

Kiko se rio y asintió con la cabeza.

–Tienes razón. Es un término desagradable, si te paras a pensar.

Natalia estaba sirviendo una mesa cuando uno de los que estaban sentados empezó a decirle tonterías. Ella estaba acostumbrada a que la gente le dijera cosas sobre sus ojos y no prestaba demasiada atención, pero estos se estaban pasando mucho.

–Oye, guapa, ¿no me has escuchado? Solo quiero que te acerques y me mires con esos ojos tan bonitos que Dios te ha dado. O mejor aún, ¿por qué no te sientas en mi regazo y así podré ver si de verdad son auténticos? Estos dicen que llevas lentillas –señaló a sus compañeros de mesa.

Era la primera vez que iban al bar, y estaban un poco borrachos. Todos se echaron a reír por el comentario de su amigo.

–Sí, enséñanos esos pedazos de ojos, guapa –añadió otro, tan borracho como su amigo.

–Si no sabéis controlaros, no deberíais beber –contestó Natalia de mala leche. Al pasar por su lado para irse, este la cogió por la cintura y la sentó en sus piernas. Ella intentó levantarse, pero no podía moverse.

–Ven aquí, preciosa...

–¡Suéltame!

Natalia seguía forcejeando para que la soltara, porque estar tan cerca de ese hombre le daba repelús.

–Vamos, cariño, solo quiero...

Las palabras se le cortaron en la garganta cuando una mano le retorció la muñeca, obligándole a soltarla. Natalia se levantó de un brinco.

–Si vuelves a tocar a una de mis chicas en contra de su voluntad, vas a tener serios problemas conmigo –seguía retorciéndole la muñeca mientras le

hablaba—. ¿Tengo que echarme del local o vas a portarte bien?

—Venga, tío, solo era una broma —aclaró sonriendo—. No iba a hacerle nada. ¿Puedes soltarme? Me portaré bien.

—Más te vale, y por tu bien no vuelvas a tocarla.

Mientras Josemi discutía con él, Jaime se acercó a Natalia, la cogió por la cintura para alejarla de allí y la metió dentro de la barra.

—¡Déjame! ¿Por qué no ayudas a tu primo?

—Mi primo sabe arreglárselas muy bien él solito. Es muy diplomático. Si voy yo, me voy a liar a hostias y no creo que eso le guste mucho. No le gustan las peleas, y menos en su bar. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien, gracias, muy cabreada pero bien. Esos capullos que se han pensado que, porque les sirvas en la mesa, tienes que entretenerles —estaba muy enfadada.

—Pues no, ni se te ocurra hacer eso. Con ellos debes ser aún más borde que conmigo, porque son unos gilipollas.

Con esa broma la hizo sonreír y cada vez le gustaba más su sonrisa. Acercándose a ella le pasó el dedo por la oreja y le desenganchó el velo para ver su cara. Entonces le acarició suavemente la mejilla.

—¿Qué haces? —le preguntó nerviosa al sentirlo tan cerca.

—Asegurarme de que estás bien —le habló con ternura.

—Estoy bien —le contestó ella con un hilo de voz, pues su cercanía no la dejaba respirar y le costaba hablar.

Justo en ese momento llegó Josemi y apartó a su primo de un empujón. Cogió la cara de Natalia con las dos manos, mirándola fijamente.

—¿Estás bien? —ella asintió con la cabeza—. ¿Seguro?

—Sí, primito, está bien. Ya lo he comprobado yo antes, aunque te sugiero que la mandes al pub para evitar problemas. Esos están bastante borrachos.

—Sí, creo que es mejor que vayas a ayudar a Toni. Tiene que estar bastante liado y aquí podemos apañarnos.

—Vale, así no tendré que ver a esos tiparracos.

—Yo te acompaño, y así me aseguro de que llegas sana y salva —bromeó Jaime.

—Mira, Jaime, te agradezco lo que has hecho antes, pero estoy muy cabreada para aguantarte a ti también, y no tengo ganas de discutir contigo.

—No tenemos por qué discutir —propuso con una sonrisa mientras esperaba una respuesta.

—Eso entre tú y yo creo que es imposible. Me voy a trabajar —le soltó ella, con

muy mala leche.

Natalia se dio la vuelta, lo dejó y se metió en la barra con Toni. De repente, toda la magia que los había envuelto apenas unos segundos antes había desaparecido, y Jaime se preguntaba por qué, si mientras le había quitado el velo para comprobar su estado hubiera jurado que la tenía en el bote. Y si no hubiera sido por la interrupción tan brusca de su primo, la hubiera besado, y estaba completamente seguro de que ella le hubiera devuelto el beso. Toda esa situación lo sacaba de quicio, y solo sentía ganas de una cosa, de llevársela a la fuerza de allí y demostrarle lo equivocada que estaba porque, por muy mal que hubieran empezado las cosas entre ellos, con él ella podría sentirse muy a gusto, y por más que ella lo negara y lo rechazara, él podía ver en su mirada que, como todas, estaba deseosa de estar con él.

Estaba cansado de ver en los ojos de las mujeres el deseo cuando lo miraban, y era el mismo deseo que había visto en sus ojos cuando estaba medio desnudo delante de ella, y cuando habían chocado al entrar esa noche en el bar. Esa pequeña hechicera de ojos verde esmeralda lo estaba volviendo loco, y no iba a parar hasta conseguir llevársela al huerto. De eso estaba completamente seguro.

En ese momento llegó Kiko, poniéndole la mano en el hombro a Jaime.

—¿Otra vez ha pasado de ti? ¿Por qué no te vienes al bar? Hay dos tías que están muy buenas, y una de ellas me ha preguntado por ti.

—Seguro que es una plasta. Prefiero estar aquí. Anda, vamos a sentarnos y a tomarnos unos whiskies.

—Coge una mesa. Vengo enseguida.

Cuando volvió, vino acompañado de las dos chicas, que le presentó.

—Te dije que no quería... —le dijo Jaime, enfadado.

Kiko le cortó enseguida.

—Venga. No seas pesado. Vamos a pasarlo bien. Voy a por las bebidas. Yo invito. Además, no puedo creer que seas capaz de rechazar una tía buena como esa, que te hará pasar una noche increíble, por esa niñata, que además pasa de ti.

Se sentaron y se pusieron a beber y hablar sin parar, pero Jaime no estaba a gusto. No quería estar con esas mujeres. Entonces se dio cuenta de que Kiko había dado en el clavo. Con quien le apetecía estar era con Natalia, que justo era la única chica que no quería estar con él, la única que no le prestaba la más mínima atención, y la única que llamaba su atención precisamente por eso, por pasar de él.

Sobre las tres de la mañana llegó Josemi al pub para ver cómo iba todo. Entró en la barra, se acercó a Natalia y le habló al oído.

–Hola, preciosa, ¿cómo estás? ¿Se te ha pasado el cabreo?

Ella le sonrió.

–Bueno, el cabreo se me ha pasado, pero me duele la cabeza de los nervios que me ha hecho pasar ese tío.

–Entonces cámbiate y te llevo a casa.

–No. Puedo aguantar. No te preocupes.

Él le apartó el velo de la cara y la miró.

–No tienes buena cara. Anda, no discutas conmigo y ve a cambiarte –ella le frunció el ceño–. Y no me pongas esa cara, que no me vas a convencer.

–Está bien. Me iré, pero no tienes que acompañarme. Tengo la moto ahí afuera. Nos vemos mañana –le dio un beso en la mejilla y se fue a los vestuarios.

–Hasta mañana.

Estaba ensimismado mirándola mientras se alejaba, cuando de pronto sintió una mano en el hombro.

–Le queda muy bien el disfraz, ¿verdad? –le preguntó Jaime.

–¡Ya te digo!

–¿Por qué no me invitas a algo? No soporto a esa chica.

Los dos se fueron al bar y dejaron a Kiko solo con las chicas.

CAPÍTULO 10

Cuando Natalia salió, ya se había cambiado y quitado el maquillaje. Pasó por el bar, se despidió de todos saludando con la mano y con una sonrisa. Se fue al aparcamiento. Estaba a punto de llegar a su moto, pero vio al hombre que la había molestado antes en el bar y empezó a ponerse muy nerviosa. Quería alejarse de allí antes de que él la viera, y con las prisas se le cayeron las llaves al suelo. Al levantarse, después de recogerlas, tenía al hombre pegado a su espalda. La agarró por la cintura y le dio la vuelta bruscamente.

—Ahora que estamos solos, vas a enseñarme esos ojos tan bonitos que tienes bien de cerca. Quieras o no quieras.

—¡Suéltame o gritaré!

Natalia lo empujó hacia atrás, pero él la apoyó en el coche que tenía al lado y la aprisionó con su cuerpo para inmovilizarla.

—Puedes gritar lo que quieras. Nadie va a oírte.

La cercanía y el aliento a alcohol la hacían sentir náuseas. Estaba tan asustada y tan rabiosa al mismo tiempo que, como pudo, lo empujó y le dio un rodillazo en la entrepierna. De la rabia y del dolor, él le dio un puñetazo en la cara y le hizo perder casi el sentido, y cogiéndola del cuello empezó a gritarle.

—¡Voy a hacer que te arrepientas de esto...!

Aún no había terminado de hablar, cuando Natalia sintió como si el hombre volara y se alejara de ella. Veía y oía a Jaime pero estaba tan aturdida y tan confusa por el puñetazo recibido que solo podía oírlo. Este, enfurecido, no dejaba de darle puñetazos y gritarle a su agresor.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Te has equivocado de chica, y si vuelves a tocarla, te mataré! ¡Yo no soy como mi primo!

No dejaba de golpearlo con furia. Cuando ella consiguió darse cuenta de lo que estaba pasando, llamó a Jaime para que dejara de golpear a ese hombre o acabaría matándolo.

—¡Jaime, por favor, no vale la pena!

Jaime se giró al oír su voz y el otro individuo aprovechó ese descuido para darle un puñetazo y echar a correr.

—¡Sí, será mejor que te vayas y no vuelvas nunca más, porque si vuelvo a ver tu careto por aquí no te va a reconocer ni tu padre!

Se acercó corriendo a Natalia, que estaba en el suelo sentada y apoyada en el coche, acurrucada y abrazada a sus rodillas, temblando de miedo. Cuando le levantó la cabeza para mirarla, ella dio un brinco asustada.

–¡Ssshhh! Soy yo. No te asustes –cuando vio su cara llena de lágrimas y el labio partido lleno de sangre, sintió una rabia y una impotencia inmensas. Le limpió las lágrimas con sus dedos y le habló dulcemente–. Entremos al bar para curarte.

–¡No! No quiero entrar. No quiero que Josemi me vea así.

–Está bien. Te llevo a tu casa.

La cogió en brazos y ella acurrucó la cabeza en su hombro.

–Gracias –le dijo en un susurro.

Había pasado tanto miedo que necesitaba sentirse segura, y entre sus brazos se sentía así. Él la llevó hasta su coche.

–¿Cuál es el nombre de tu calle? –le preguntó una vez dentro.

Cuando Natalia se lo dijo, él lo puso en el GPS del coche y lo guió directamente hasta su casa. Los dos estaban muy callados. Ella, pensando en lo que podría haber pasado si él no hubiera llegado a tiempo, y él estaba demasiado alterado para hablar después de ver cómo le había dejado ese tío la cara. Tenía ganas de volver y patearle el culo.

–Es ahí. En esa puerta.

Él aparcó el coche.

–Espera. Te ayudo.

Pero ella ya había salido del coche.

–No te preocupes. Ya estoy bien. Ya se me ha pasado el susto y la confusión.

Abrió la puerta de su casa y, cuando se giró para despedirse, le vio la ceja sangrando.

–¡Vaya! No me había dado cuenta –le dijo sorprendida–. Anda, pasa a que te cure

–No será que tendré que curarte yo a ti –bromeó, sin imaginarse por qué ella le decía eso–. No despertaremos a tus padres, ¿verdad? –le preguntó nada más entrar.

–No. Vivo sola.

–Mejor –al entrar y mirarse en el espejo de la entrada, se sorprendió–. ¡Joder! Me ha partido la ceja y no me he dado ni cuenta.

Cuando ella se miró en el espejo a su lado, clavó sus ojos en los de él a través del espejo.

–Pues yo sí me he dado cuenta. Bueno, más bien lo he notado. ¡Ostras! Cómo

vamos a estar mañana. Van a pensar que nos hemos peleado, como siempre estamos discutiendo... –se miraron a los ojos y empezaron a reírse–. ¡Au! Duele. No puedo reírme –se quejó tocándose el labio.

–Bueno, ¿vas a curarme, o mejor nos curamos mutuamente?

–Anda, vamos al baño.

Cuando llegaron, ella sacó el botiquín

–Quítate la chaqueta. No quiero manchártela.

Cuando él se quitó la chaqueta, ella no pudo evitar mirarlo. Llevaba una camisa y un chaleco. El chaleco le estaba bastante ceñido y delineaba su musculoso cuerpo. Era imposible no mirarlo. Los ojos se le iban sin darse cuenta, así que se esforzó en poner atención al botiquín para dejar de mirarlo.

–Vas a tener que sentarte. No llego a verte bien.

Jaime la tomó por la cintura y la sentó en la bancada de la pila, que era bastante alta, y acercándose a ella se coló entre sus piernas y apoyó las manos en la bancada, rozando sus muslos.

–¿Así mejor? –le preguntó.

Ella asintió con la cabeza pues no quería hablar. Tenerle tan cerca la ponía muy nerviosa, y no quería que se le notara

–¡Au! –se quejó cuando ella empezó a limpiarle con el algodón empapado en alcohol.

–Lo siento. ¿Te duele? No te muevas o te entrará el alcohol en el ojo y será mucho peor.

–No me duele. Me escuece.

Ella comenzó a soplarle suavemente la ceja y él no podía dejar de mirar sus labios. En ese momento sintió unos deseos incontrollables por besarla, pero se le pasaron cuando ella le dio un beso suave e inocente en la mejilla con mucha ternura.

–Gracias. Si no hubiera sido por ti, no quiero ni imaginar qué podría haber pasado –le dijo.

–No pienses más en eso. No vale la pena. Estás a salvo y es lo que importa.

Natalia terminó de ponerle Betadine y de colocarle unas tiritas pequeñas de esas que te ponen para no darte puntos.

–Bueno, ya estás curado. Ahora, si te apartas, y me dejas bajar, me curaré yo.

Estaba deseando que él se alejara para poder relajarse un poco.

–De eso nada. Ahora tengo que curarte yo –sonrió.

–No hace falta. Puedo hacerlo yo sola.

–¡Ah no! Yo me he dejado curar. Ahora te toca a ti.

Empezó a quitarle la sangre del labio con mucho cuidado. Ella, del dolor, cerró los ojos

–¡Ssshhh! Ya sé que duele. Aguanta un poco. Tenía que haber matado a ese gilipollas –gruñó de muy mal humor–. Si no me hubieras llamado...

–Si no te hubiera llamado, me habría sentido obligada a llevarte tabaco a la cárcel. Parecía que fueras a matarlo –añadió asustada.

–Ganas no me han faltado. Ese gilipollas te debe la vida.

–No lo creo, porque a mí también me han entrado ganas de matarlo.

–¡Vaya! ¿Ya no soy el único en tu punto de mira?

Ninguno de los dos pudo evitar reírse tras ese comentario, pero ella tenía que sujetarse el labio, ya que reírse le producía mucho dolor.

–No. Ya no. Ese te gana con creces –volvieron otra vez a reír–. ¡Au! No me hagas reír. Me duele mucho. Nunca me hubiera imaginado que un puñetazo pudiera doler tanto. No sé cómo tú no te has enterado cuando te ha partido la ceja.

–Bueno, cuando he visto a ese tío encima de ti, forzándote, me he cegado, y creo que la rabia no me ha dejado sentir el dolor –terminó de curarle–.

¿Después de todo lo que hemos pasado esta noche, ¿me vas a dar una tregua?

–le preguntó.

–Eres mi héroe –sonrió–. Puedes pedirme lo que quieras.

–No me digas eso, nena. Podría pedir demasiado.

Su mirada era tan intensa y provocadora que ella tuvo que bajar la suya, empujarlo suavemente para apartarlo y así poder bajar de la bancada para alejarse de él. Se puso a recoger las cosas para evitar seguir mirándolo y, cuando terminó, salieron del baño y fueron al comedor. Él dejó la chaqueta en el respaldo del sofá.

–Bueno, será mejor que te vayas, y no me llames nena. Hablando de nenas, deberías ir al pub y buscar a esa chica, que seguro que te está esperando, y seguro que a ella le gusta que la llames así.

–¿Estás celosa?

–¡No! No estoy celosa. Que yo sepa, entre tú y yo no hay nada. No sé por qué tendría que sentir celos.

–Porque tú no quieres. He intentado acercarme a ti muchas veces, pero siempre te pones tan arisca... –empezó a quitarse el chaleco, dejándolo encima de la chaqueta.

–¿Quieres hacerme creer que te intereso?

–¿Tan imposible te resulta que esté interesado en ti?

–Por favor, no me hagas reír. No soy tu tipo, ¿recuerdas?

–Sí, lo recuerdo, pero cuando te dije eso estaba cabreado contigo. Ahora te has convertido en una obsesión y necesito besarte.

–¿Por...por qué? –preguntó asustada al oírle decir eso.

Jaime sonrió al ver su nerviosismo.

–Porque eres la única chica que me ha dado calabazas.

–Creo que deberías marcharte –intentó disimular sus nervios–. Si lo que estás intentando es tener un rollito esta noche, deberías ir a buscar a esa chica y... –se le cortó la voz al verle desabrocharse los primeros botones de la camisa para después remangarse las mangas–. Es... es mejor que te vayas – volvió a decirle mucho más nerviosa.

–¿No vas a invitarme a un whisky? Creo que me lo he ganado.

–No, es muy tarde y tengo sueño. Además, recuerda que te están esperando.

Jaime avanzaba hacia ella, mirándola a los ojos, con un brillo malicioso en la mirada.

–Esa chica no me interesaba. Era muy pesada –la cogió por la cintura y la arrastró hacia su cuerpo. Ella puso las manos en su pecho, intentando alejarse, pero él la abrazó con más fuerza–. La única chica que me interesa esta noche eres tú. Me has hechizado cuando me has mirado con esos ojos tan hermosos. Deberías maquillarte todas las noches, estabas preciosa.

–¡¿Sí?! Y mira en el jaleo que me han metido, con ese gilipollas. Si no me maquillo los ojos es porque prefiero que la gente no se fije en ellos –intentaba soltarse de sus brazos pero no lo conseguía–. Por favor, suéltame.

Él ignoraba su ruego.

–Tendrían que estar ciegos para no fijarse en ellos. Estén o no estén maquillados, es imposible no mirarlos. Son como dos esmeraldas, radiantes y luminosos.

¡Dios mío! ¿Por qué le decía esas cosas? Le recordaba tanto a su abuelo, pensaba perdiéndose en su mirada.

–Jaime no...

–Y sí, tienes razón. Esta noche quiero tener un rollito, pero solo contigo, nena.

Cuando ella vio cómo él agachaba la cabeza poco a poco para besarla, hasta que sus narices quedaron pegadas, se puso muy nerviosa. El corazón se le aceleró como si fuera a salirse del pecho, y justo cuando sus labios estaban a punto de tocarse, empezaron a golpear la puerta con brutalidad. Ella dio un brinco asustada.

–Suéltame, tengo que abrir.

–¿Esperas a alguien? –preguntó él, cabreado por la interrupción.

–No.

–Entonces no hagas caso. No son horas de visita. Algún gilipollas que se habrá equivocado de puerta. ¿Por dónde íbamos? –preguntó sonriendo, volviendo a bajar la cabeza y buscando sus labios.

–Suéltame. Tengo que ir a abrir.

Volviéron a golpear la puerta y empezaron a oír gritos, lo cual obligó a Jaime a soltarla.

–¡Natalia, soy Josemi! ¿Estás ahí? ¡Abre la puerta!

Salieron los dos a abrir y, cuando Josemi entró y la vio, la abrazó con fuerza.

–Gracias a Dios que estás bien. Cuando he salido del bar y he visto tu moto, pensaba que algo te había pasado –al dejar de abrazarla y ver su cara, gritó–. ¡Joder! ¿Quién coño te ha hecho esto? –miró a su primo y preguntó con furia– ¡¿No habrás sido tú, verdad?!

–¡No! No ha sido él. Tranquilízate. Ya ha pasado todo.

Josemi la cogió de la barbilla y le levantó la cara para analizarla bien, pero la rabia y la impotencia le hicieron gritar de nuevo.

–¡¿Cómo quieres que me tranquilice?! ¡¿Tú te has visto la cara?! –volvió a mirar a su primo–. ¿Qué coño ha pasado? –le preguntó.

Cuando los dos le contaron lo que había sucedido, él no se lo podía creer.

–¿Por qué no me habéis avisado? ¿Sabes el susto que me he dado?

Natalia le acarició la mejilla y le dio un beso.

–Lo siento, ha sido culpa mía. Yo le pedí a tu primo que me trajera a casa, porque no quería que me vieras así. Conociéndote como te conozco, hubieras sido capaz de salir a buscar a ese hombre, y no quería más jaleos –le sonrió dulcemente–. No te enfades.

Él volvió a abrazarla.

–No te habrá hecho nada, ¿verdad? Aparte del golpe en la cara...

–No.

–Gracias a Dios. Si vuelvo a ver a ese tío, te juro que lo mataré.

–No te preocupes por él. Ese no vuelve más a acercarse por aquí después de la paliza que le he dado. ¿Por qué no sueltas a Natalia para que pueda invitarnos a un whisky y así calmar un poco el ambiente?

A Jaime no se le ocurría nada mejor para que dejara de abrazarla, no le gustaba ver que otro hombre la tocaba, aunque fuera su primo, y menos sabiendo lo que él sentía por ella. No entendía lo que le pasaba, pero quería

que su primo la soltara, ¡ya!

–No creo que Natalia tenga ganas de...

–Vamos Natalia, estoy seco.

–Está bien. No importa.

Natalia se separó de Josemi y se dirigió a la cocina. Jaime se había sentado en el sofá. Mientras, se frotaba los nudillos, que aún le dolían después de los puñetazos que le había dado a ese tío. Su primo se sentó a su lado, poniéndole la mano en el hombro.

–¡Joder! A ti también te han dado bien. No me había fijado.

–¡Ya! Ya me he dado cuenta que solo tienes ojos para Natalia –le dijo molesto.

–¿Te pasa algo? Pareces enfadado.

–Bueno, después de haberme acusado de hacerle eso a Natalia, ¿cómo quieres que esté? Yo jamás le pondría la mano encima a una mujer, a no ser que fuera para acariciarla. Ya me conoces.

–Tienes razón. Perdóname, pero estaba muy nervioso.

–Está bien. Olvídalo.

En realidad, lo que más le molestaba era esa confianza que había entre los dos, cuando él ni siquiera podía tocarla porque ella se ponía a la defensiva.

En ese momento Josemi vio la ropa de Jaime en el sofá y miró a su primo detenidamente. No le gustaba nada verle con la camisa medio desabrochada y las mangas remangadas. Parecía como si estuviera en su casa.

–¿Por qué estás a medio vestir?

–Vamos, primito, no te montes películas. Solo tenía calor.

–¡Bien! Porque te dejé bien claro que no te quería cerca de ella...

–Tú no...

–Bueno. Ya estoy aquí –dijo Natalia cortando esa conversación, puso la bandeja en la mesa y se sentó en el sillón que estaba enfrente–. ¿De qué hablabais? –preguntó.

–Estaba a punto de darle las gracias a mi primo por lo que ha hecho por ti, pero no sé lo que le pasa. Parece estar de mal humor. ¿Habéis vuelto a discutir?

–No. Después de lo que ha pasado hace un rato, hemos firmado una tregua –sonrió a Jaime arrancándole una sonrisa.

–No tienes que darme las gracias. Natalia ya me las ha dado –aclaró él a su primo–. Además, si estaba allí fue por casualidad, la chica que me interesaba se había ido, y para mí dejó de tener sentido seguir allí –mientras decía eso,

no dejaba de mirarla, y ella le sonrió tímidamente—. Por eso decidí irme. Y gracias a eso llegué a tiempo para darle una paliza a ese gilipollas.

Cuando Jaime cogió un trozo de hielo y se lo puso en los nudillos, Natalia se levantó y volvió a desaparecer por la misma puerta por la que había salido. Al regresar, llevaba algo en la mano, y sin decir nada, se sentó a su lado, cogiéndole la mano suavemente. Entonces le colocó una bolsa con un gel congelado en los nudillos. Los tenía rojos y empezaban a hincharsele.

—Lo siento, no me había dado cuenta de tu mano. ¿Te duele?

—No, no te preocupes, no es nada.

—Con esto se te bajará la inflamación.

Su voz era suave y su manera de acariciarle la palma de la mano, mientras le ponía el hielo en los nudillos, era como una caricia, una caricia aterciopelada que lo ponía muy nervioso. Lo único que deseaba era que su primo desapareciera y quedarse solo con Natalia, para poder tumbarla en ese sofá y hacerle el amor. No podía dejar de mirarla y pensar en eso hasta que su primo le hizo reaccionar.

—No se había ido. Vino preguntando por ti, y yo le dije que no sabía dónde estabas. Como no me dijiste que te ibas... —le explicó Josemi.

—¿De quién hablas? —preguntó Jaime confuso.

—Pues de la chica que estaba contigo, ¿o tú no hablabas de ella?

Jaime había olvidado por completo a esa chica.

—Chicos, será mejor que dejéis esta conversación para otro rato. Son las cuatro y media y no quiero echaros, pero tengo sueño y estoy muy cansada —mientras decía eso iba poniéndole a Jaime una venda para sujetarle la bolsa de hielo a los nudillos—. Creo que así podrás conducir, y será mejor que te tomes un ibuprofeno cuando llegues a casa. Te lo daría yo misma, pero has bebido y no quiero que te dé sueño por el camino, el alcohol y los medicamentos son peligrosos —advirtió con una sonrisa.

Jaime no tenía ni idea de por qué, pero cada vez le gustaba más que ella le sonriera.

—Tienes razón, es muy tarde, y después de lo que has pasado tienes que estar agotada. ¿Quieres que me quede a dormir? —preguntó Josemi.

Jaime los miró muy sorprendido por lo que su primo acababa de proponerle a Natalia.

—No, no es necesario, estoy bien. Además, ahora estás con Lola y no quiero que se mosquee.

Mientras hablaba, se levantaba y los obligaba a hacer lo mismo. Los

acompañó hasta la entrada.

–Olvídate de Lola. Si quieres que me quede, lo haré.

–Vamos, primito. No quiere que te quedes. No seas pesado.

–Muchas gracias a los dos, pero solo quiero dormir –les dijo a ambos mientras abría la puerta.

Dio un beso a cada uno en la mejilla y les deseó buenas noches.

–Mañana vendré a ver cómo estás y a traerte la moto. La he guardado en el bar.

Ella le sonrió.

–Vale. Gracias.

–¿No me habías dicho que entre vosotros nunca había pasado nada? – preguntó Jaime a su primo cuando Natalia cerró la puerta.

–Y así es, pero no porque yo no haya querido.

–Entonces, eso de quedarte a dormir, ¿a qué ha venido?

–Bueno, eso es algo que tú no entenderías, porque seguro que tú no eres capaz simplemente de dormir con una chica cuando se siente sola y necesita compañía.

–¿Te refieres a solo dormir? ¿Eso es lo que le estabas proponiendo?

–Sí, solo eso.

–No, yo no podría hacer eso, y más aún sintiendo lo que tú sientes por ella, yo no podría controlarme. Además, dormir es lo único que no hago con las mujeres.

–Si la quisieras de verdad y ella te necesitara, lo harías. También tengo que confesarte que es la peor noche que he pasado en mi vida. Fue muy duro tenerla entre mis brazos y tener que controlar el deseo y las ganas que me entraban de hacerle el amor.

–Puedes estar seguro de que yo no aguantaría esa tortura.

–Eso ya lo sé. Bueno, nos vemos mañana, y gracias otra vez por cuidar de Natalia.

–No tienes que dárme las. Para mí ha sido todo un placer. Eso sí, no podemos dejar que vuelva a irse sola a casa a esas horas, ¿no te parece?

–Sí, ya había pensado en eso, y no voy a dejar que vuelva a irse sola. No te preocupes, la acompañaré a casa todos los días. Bueno, hasta mañana.

Ambos se subieron en sus respectivos coches y se marcharon.

Natalia estaba metida en la cama, pero no podía dormir, y aunque estaba muy cansada, no podía coger el sueño porque no dejaba de pensar en la noche que había pasado y el miedo que había tenido por lo de ese hombre. Pero lo que más le extrañaba era lo segura que se había sentido con Jaime cuando él había aparecido para convertirse en su héroe. Parecía mentira que, con lo mal que se llevaban, en una situación como esa ella pudiera estar tan segura y a gusto a su lado.

De repente, el corazón se le aceleró recordando cuando él la había cogido por la cintura y casi la había besado. Nunca había tenido a un hombre tan pegado a ella. Bueno sí, a Josemi, pero él no la ponía nerviosa. Sin embargo, Jaime la dejaba sin respiración. Se ponía aún más nerviosa pensando en qué pasaría cuando volvieran a verse, y después de tanto pensar, al final se acabó quedando dormida.

CAPÍTULO 11

Al levantarse al día siguiente y mirarse al espejo, su primera reacción fue asustarse cuando se vio el labio totalmente hinchado y morado.

Más tarde llegó Josemi y, como le vio la cara en tal estado, le dijo que no fuera a trabajar, pero ella no le hizo caso. No iba a quedarse en casa por un labio morado.

A las ocho, cuando llegó al *pub*, todas empezaron a hacerle preguntas. Ella contó con detalle lo que había sucedido la noche anterior.

–¡Dios mío! ¿Cómo pueden algunos tíos ser tan cabrones? Mira la cara que te ha dejado. Deberían matarlo –Inma estaba muy cabreada al ver el aspecto de Natalia.

–No te preocupes. Jaime ya se ocupó de él. No creo que le queden ganas de volver a meterse con otra mujer después de la paliza que le dio. Si no le llego a llamar para que dejara de pegarle, creo que lo hubiera matado.

–Entonces, ¿ya no lo odias? –le preguntó Inma.

–Bueno, después de lo que pasó ayer se ha convertido en mi héroe, y no, ya no puedo odiarle. Nos hemos dado una tregua, aunque no creo que dure demasiado, porque entre él y yo nunca ha habido feeling.

–Si yo fuera tú, me andaría con cuidado –le advirtió Lola–. Jaime no es de tener amigas y, cuando menos te lo esperes, ya se te habrá colado en la cama.

–¡Por Dios, no digas esas cosas! Yo jamás me acostaría con él. Una cosa es que me sienta agradecida por lo que hizo ayer, y otra muy distinta es que me vaya a enrollar con él. Además, me lo ha dicho muchísimas veces. Yo no soy su tipo. O sea, que estoy salvada.

Natalia pronunciaba esas palabras engañándose a sí misma e intentando olvidar todo lo que había pasado la noche anterior. Imaginaba que él no volvería a perseguirla, ya que nunca repetía con la misma mujer. Además, ella para él debía de ser una niña, y se veía muy poca cosa para un hombre así.

–¡Ja! Tienes tetas, culo y donde meterla. Eso para él es más que suficiente. Ándate con ojo –le advirtió Inma esta vez.

–¡Qué burra eres! –Natalia no pudo evitar reírse al oír esa barbaridad.

–Pues yo te envidio. A mí me encantaría que Jaime fuera mi caballero andante, aunque tuviera que pasar ese mal rato –dijo Alba suspirando por él.

–¡Tú estás loca! –le gritó Lola, luego se dirigió a Natalia–. ¿Tú estás bien? – Natalia asintió con la cabeza y Lola volvió a preguntarle–. ¿Seguro? Deberías haberte quedado en casa esta noche. Mira cómo llevas la boca.

–No. Estoy bien. Y en casa me aburro mucho. Prefiero estar aquí.

–Ven. Intentaré disimularte ese labio.

Inma cogió su maletín de maquillaje y le retocó, como si fuera una profesional, disimulando el golpe en la cara.

–¡Vaya, podrías dedicarte a esto! –exclamó Natalia asombrada–. Casi ni se nota. Gracias.

–De nada.

Cuando ya estaban todas cambiadas y arregladas, salieron a trabajar.

Era sábado, pero no había fútbol y el ambiente estaba bastante calmado. Natalia estaba nerviosa esperando que llegara Jaime, pero él no llegaba. Los nervios se convirtieron en impaciencia, y la noche se le hizo larga y pesada. Aún no sabía por qué, pero no podía dejar de pensar en él, y más imaginando que él llegaría con alguna de sus conquistas y la ignoraría, como ya le había hecho a Alba.

Sobre las cuatro llegó Josemi al *pub*.

–¿Quieres que te lleve a casa, preciosa? –le preguntó.

–No es necesario. Puedo ir yo sola.

–De eso nada, Jaime y yo ayer hablamos de eso y no voy a dejar que vuelvas a irte sola. Te acompañaré todas las noches a casa, y no quiero discusiones o te despediré –bromeó sonriéndole.

–Está bien. Llévame a casa.

CAPÍTULO 12

Los domingos casi no iba gente. Estaban solo Josemi, Lola, Natalia y María, la cocinera. Como aún no había nadie, Lola y Natalia se pusieron a jugar una partida de billar. Estaban empatadas. Solo quedaban dos bolas y la negra, y le tocaba a Natalia tirar. Se encontraba con el taco medio tumbada en la mesa, apuntando a la bola, cuando de repente sintió un cuerpo casi encima de ella y unas manos grandes y fuertes cogiendo las suyas. Al oír la voz de Jaime en su oído, el corazón le dio un brinco.

–Así no vas a meter la bola. Si no le das aquí, para que vaya con efecto, no entrará –apretó sus manos y golpeó la bola suavemente, colándola en el agujero.

–Eso no vale. Así cualquiera –protestó Lola–. Quiero la revancha, pero esta vez Josemi y yo contra vosotros dos. Voy a buscarlo.

Natalia estaba callada. No lo esperaba porque él nunca iba los domingos, y sentirlo tan cerca de repente la había dejado sin palabras. Estaba colocando los tacos encima de la mesa cuando Jaime la cogió por la cintura y le dio la vuelta.

–¿No vas a decirme hola?

–Hola.

Él le sonrió y ella se quedó mirándole embobada. Su sonrisa le parecía encantadora, pues le salían esos hoyuelos en las comisuras de los labios y se le achinaban los ojos. Esa sonrisa era como un imán para las chicas.

–¿Qué he hecho esta vez? ¿Estás enfadada?

–No, solo que no te esperaba. Tú no vienes los domingos y me ha sorprendido.

Ella intentó alejarse de él, pero él puso las manos en la mesa de modo que la acorraló con sus brazos.

–Olvídate de cuándo me toca venir o no. Tenía ganas de verte.

Natalia se quedó sorprendida al darse cuenta de que le gustaba que él tuviera ganas de verla.

–Pero ayer no viniste.

Él volvió a sonreír.

–¿Me echaste de menos? –empezó a tocarle el labio suavemente mientras hablaba–. Vaya, solo han pasado dos días y casi no se te nota. ¿Te sigue

doliendo?

–No.

–¿Entonces puedo besarte? –ella le miró sorprendida. Jaime se acercó muy despacio, pero le tocó alejarse cuando vio entrar a su primo y a Lola–. Parece que no tenemos suerte –le susurró al oído–, pero tarde o temprano voy a besarte, nena.

–Bueno, vamos a jugar esa partida –dijo Josemi al entrar–. El que pierda paga la cena –le comentó a su primo.

–Podías haber traído unas cervezas, tío –dijo Jaime a Josemi mientras preparaba las bolas.

–Ya voy yo –se ofreció Natalia.

Necesitaba salir de allí para reponerse del encontronazo inesperado con Jaime.

–Te toca, nena. Las nuestras son las rayadas –le indicó Jaime cuando llegó con las cervezas.

Era extraño, pero a ella empezaba a gustarle que la llamara así. Agarró el taco que él le ofrecía y empezaron a jugar.

–¿A qué viene tanta confianza? –preguntó Josemi molesto– ¿Qué es eso de nena?

–Bueno, ya sabes lo malo que soy para los nombres, y su nombre no se me queda –la miró y le guiñó un ojo. Ella le sonrió–. Por eso la llamo nena.

Iban empatados. Volvían a quedar dos bolas y la negra para terminar la partida y le tocaba a Natalia tirar de nuevo.

–Vamos, nena, no metas la negra –le animó poniéndose enfrente de ella y sonriéndole.

–Si me pones nerviosa, seguro que la meto –y justo tiró y metió la negra–. ¡Ves! Por tu culpa. Me has gafado.

–Habéis perdido. Te toca pagar la cena –anunció Josemi a su primo–. Voy preparándola. ¿Os apetece caviar y langostas, chicas? –bromeó.

–No te pases –se quejó haciéndoles reír–. Anda, ve preparando la cena, que Natalia y yo recogemos las bolas y ahora vamos.

–Tendrías que haberte buscado otra pareja. Yo soy malísima –le dejó caer Natalia mientras guardaba los tacos.

–No quiero otra pareja. Me gusta estar contigo –se fue acercando a ella y esta dio pasos hacia atrás hasta que tropezó contra la pared. Él apoyó las manos en la pared y sonrió–. Estás rodeada, ¿te rindes y por fin vas a dejar que te bese? –le dijo.

Se le acercó con la intención evidente de besarla, pero ella le puso la mano en la boca.

–¡No! No quiero que me beses. No quiero ser otra de tus nenas.

–¿Eso es lo que te preocupa? Las otras no me importan. Tú eres la única a la que llamo nena. No sé si es porque a veces pareces una niña. Me gusta tu timidez y cómo te pones nerviosa cuando me acerco a ti, como ahora, que puedo sentir cómo tu respiración se acelera –entonces sonrió–. ¿Ves? Te estás ruborizando. Por eso pareces una nena.

–Basta, no sigas, por favor –le suplicó con un hilo de voz.

–¡Joder, hasta ahora no había pensado que pudieras ser menor! ¿Cuántos años tienes?

–Casi diecinueve.

–O sea, dieciocho –sonrió aliviado–. Bueno, por lo menos eres mayor de edad. Por un momento pensé que podía meterme en un lío. Hoy en día no te puedes fiar. Parecen mayores de edad y, cuando se quitan el maquillaje, son unas niñas. Menos tú. Me gusta que no te pintes. No soporto el pintalabios. Ahora fue ella la que sonrió. Sin saber por qué le tocó con la yema de los dedos la ceja, que aún tenía un poco hinchada y amoratada.

–¿Te duele? –le preguntó.

–No, eres una buena enfermera.

Ella volvió a sonreírle.

–Y tú, ¿cuántos años tienes?

Él sentía cómo ella se iba relajando con la conversación.

–Veintiséis. Por favor, no me digas que te parecen muchos porque, si no, vas a deprimirme.

A Natalia le dio la risa y se la contagió a él, y de pronto dejaron de reírse, mirándose fijamente. Cuando intentó besarla de nuevo, una voz los hizo apartarse bruscamente.

–¿Qué estáis haciendo? La cena ya está –les anunció Lola.

Natalia aprovechó la interrupción para salir corriendo detrás de Lola. Antes de entrar al bar él la frenó, cogiéndola por la cintura y pegándola a su pecho.

–¿Voy a tener que llevarte a una isla desierta para que nadie nos moleste y por fin poder besarte? –le preguntó al oído.

A ella le volvió a dar la risa.

–Vamos, la cena se enfría –informó Josemi–. ¿Qué estabais haciendo?

–Estábamos hablando y recogiendo las bolas –le respondió Natalia mientras se sentaba en la mesa.

–Me gustaba más cuando no os llevabais bien –soltó Josemi enojado.
–¿Por qué dices eso? –le preguntó sorprendida– ¿Prefieres que estemos peleando?
–No, no me hagas caso.
–Sí, no le hagas caso. Mi primo es demasiado protector en lo que a ti se refiere, y nunca va a dejar que nadie se te acerque –dejó caer Jaime muy serio.
–Pues sí, tienes razón, y más aún tratándose de ti.
–Por favor, ¿por qué no cenamos y cambiamos de tema? –aconsejó Lola, intuyendo que, si seguían así, acabarían discutiendo por ella.
–Está bien. Tienes razón. Lo siento –se disculpó Josemi al darse cuenta de que su primo tenía razón y que si fuera por él, nunca dejaría que otro hombre se le acercara.
Era demasiado protector. Además, él le había prometido que nunca intentaría nada con ella, o sea, que no tenía de qué preocuparse. Podían llegar a ser amigos. Era mejor eso a que estuvieran siempre discutiendo.

Habían terminado de cenar y ya se habían marchado los pocos clientes que habían ido esa noche. Mientras Josemi estaba revisando el local para poder cerrar, Jaime se acercó a Natalia.
–Deja que te acompañe a casa esta noche –le dijo.
Ella le miró arqueando una ceja.
–No sé. Creo que será mejor que me vaya con tu primo y con Lola. Tú tienes mucho peligro.
Él se acercó a ella, mirándola muy intensamente.
–¿No estás cansada de jugar al gato y al ratón? Porque yo sí. Además, ¿no sabes que al final el gato siempre acaba cazando al ratón? Me muero por besarte, nena. ¿Por qué hacer más larga la espera? –la miró y le sonrió, con esa sonrisa picarona, y la dejó embobada.
–No siempre gana el gato. ¿Nunca has visto Tom y Jerry?
Él comenzó a reírse a carcajadas.
–No me imaginaba que fueras tan graciosa.
–Eso es porque no me conoces.
–Lo intento, pero tú no me dejas.
–¿El qué no te deja? –les preguntó Josemi, sorprendiéndoles por detrás.

Ella sonrió.

–Nada, tu primo, que está muy loco. ¿Nos vamos ya?

–Te acompaño –insistió Jaime mientras salían del bar.

–No hace falta. Ya la llevamos nosotros –dijo Josemi muy tajante.

–Parece que no tienes suerte –le habló bajito Natalia–. Al final vas a tener que mirar eso de la isla desierta –ella le sonrió y le guiñó un ojo, a lo que él le puso cara de póker–. Vamos, no te enfades –le pellizcó la punta de la nariz con los dedos–. Te pones muy feo –añadió.

–Natalia, el coche está por aquí.

Ella miró a Jaime, que seguía bastante serio, y le dio un beso en la mejilla.

–Nos vemos el sábado. Te invitaré a un whisky si me dedicas una sonrisa –no le gustaba verlo tan serio y él le hizo una mueca en forma de sonrisa–. Me tendré que conformar con eso, pero el whisky será muy corto –bromeó frunciendo el ceño y la nariz, y entonces a él le dio la risa–. Eso está mejor. Hasta el sábado.

Josemi empezó a dar pitidos y ella echó a correr, pero aún alcanzó a oírle decir algo más.

–En este momento odio a mi primo.

Ella se echó a reír y subió al coche.

–¿De qué estabais hablando tanto rato, con lo tarde que es? –le preguntó Josemi molesto.

–¿Por qué eres tan cotilla? Deja en paz a la muchacha. Luego dicen que las mujeres somos las cotillas –sonrió Lola a Natalia.

–No soy cotilla. Solo quiero que tengas cuidado. Mi primo no suele ser tan amable con una mujer si no quiere algo con ella.

–No te preocupes. Solo somos amigos. Ya sé cómo es tu primo y no pienso caer en sus redes.

–Sí. Natalia no se va a dejar liar por tu primo, es demasiado lista para eso. ¿Verdad que sí? –le preguntó a Natalia.

–Sí, podéis estar tranquilos.

–Tienes razón, no sé por qué me preocupo. Tú eres demasiado inteligente como para caer en su juego.

Cuando llegaron a su casa, ella bajó del coche. Dio las buenas noches y se metió en su casa.

No podía dormir. Le había mentido a Josemi, haciéndole creer que no le interesaba Jaime, y eso le hacía sentirse mal. Pero sabía que a él no le haría

gracia saber que le gustaba su primo, y para qué iba a preocuparlo si ni siquiera ella podía entender qué le pasaba. Hacía unos minutos que se había despedido de él y se moría de ganas por verle de nuevo. Sabía que la semana se le iba a hacer eterna hasta que llegara el sábado y pudiera verle otra vez, pero también le daba mucho miedo.

Ella nunca había estado con nadie y él cada semana venía con una chica distinta. Por eso se decía a sí misma que tuviera cuidado y se alejara de él. Y estaba dispuesta a hacerlo. Cuando le viera la próxima vez, le diría que no le interesaba y que la dejara en paz, ya que valía la pena quedarse con las ganas que volver a perder a alguien. Ella ya había perdido a mucha gente y no quería volver a pasar por eso otra vez. Y sabía muy bien que con Jaime eso de para siempre era imposible. Lo máximo que podría llegar a durar esa relación serían dos citas, que eran las veces que lo había visto con la misma chica, o sea, con Alba.

–Parece que a Natalia le gusta tu primo –le dijo Lola a Josemi mientras iban en el coche, después de dejarla.

–No digas tonterías. ¿No has oído lo que ha dicho?

–Las mujeres tenemos un sexto sentido para esto, y estoy segura de que, si no te lo dice, es porque sabe que te vas a poner en plan protector, como dice tu primo, y no querrá preocuparte.

–Entonces tendré que hablar otra vez con mi primo para...

–No deberías meterte. Natalia es bastante adulta para la edad que tiene y ella sabrá lo que tiene que hacer.

–¿Me estás diciendo que deje que mi primo le destrozé la vida? Porque eso es lo que hará si llega a liarse con ella. Ella es una cría, y él un golfo que, cuando consigue lo que quiere, al día siguiente no se acuerda ni de su nombre. Y no voy a dejar que le haga eso a Natalia. Además, tú misma has dicho que ella era muy lista para caer en sus redes.

–Sí, es muy lista, pero las mujeres nos volvemos tontas cuando nos enamoramos. Y si te he dicho todo esto es porque te conozco, y no quería que le dieras más importancia delante de ella, porque cuanto más te opongas, más interesada estará ella. Sabes que cuando una mujer se enamora, no entra en razón y no quiere oír consejos de nadie. Si ella quiere estar con él, no lo vas a poder impedir, y si te metes en medio, la perderás.

–Por eso hablaré primero con mi primo y le obligaré a que se aleje de ella. Pero eso será cuando vuelva a verlo. Ahora solo quiero estar contigo y hacerte el amor. Olvidemos los problemas.

Una vez en casa de Lola, la cogió entre sus brazos y empezó a besarla mientras la llevaba hasta la habitación.

–Sí, olvidémoslos. Te quiero.

Ella se volvía loca entre sus brazos, pero lo que más feliz le hacía en ese momento era ver que él fuera capaz de dejar a un lado cualquier problema que tuviera Natalia para estar con ella. Eso nunca lo había hecho antes. Se preguntaba si podía ser verdad que estuvieran cambiando sus sentimientos.

CAPÍTULO 13

Cuando llegó el sábado, Natalia estaba un poco nerviosa porque sabía que él volvería a intentar algo con ella. Por eso tenía que ser fuerte para decirle que la dejara en paz y que se buscara a otra para entretenerse. Solo esperaba que él no insistiera demasiado y, sobre todo, que se enfadara, así no le pondría esa sonrisa tan maravillosa que la volvía loca.

Al llegar Jaime y sentarse en la mesa con su amigo Kiko, a ella le dio un vuelco el estómago. Estaba guapísimo. Llevaba unos vaqueros y una camiseta un poco ajustada que le marcaba los bíceps y le sentaba de maravilla.

–¡Hola! Buenas noches –saludó Natalia sonriendo–. ¿Qué vais a tomar?

–Hola. Ponme un chivito, una Voll-damm, y de picar unas bravas y sepia a la plancha –pidió Kiko.

Jaime estaba mirando la tele. El partido ya había empezado y parecía muy serio, pues casi no la había mirado.

–Jaime, ¿tú qué quieres? –le preguntó Natalia.

Kiko le dio una colleja para que prestara atención.

–Perdón –la miró y esbozó una media sonrisa–. Una brascada y una cerveza.

Después de eso siguió mirando la tele. Ella se alejó sorprendida al ver su indiferencia.

–¿Qué te pasa? Pensé que te interesaba esa chica, y no le has hecho ni caso.

–Y no sabes cuánto me interesa. Nunca he deseado tanto a una mujer como a esa chica, pero esta noche voy a cambiar de táctica.

–¿A qué te refieres? –preguntó Kiko extrañado.

–Siempre ando detrás de ella y, cuanto más me hace esperar, más loco me tiene. Hoy va a ser ella la que espere, y cuando crea que ya no me interesa, entonces ¡zas!, atacaré. Seré tierno y encantador, y así caerá rendida. Esperemos que eso no me falle porque, si no, ya no sé qué hacer.

–Vaya, pues sí que te tiene loco. Nunca te había visto tan desesperado por conseguir a una chica. Normalmente son ellas las que se te echan encima o, si no, pasas. No les das ni siquiera una segunda oportunidad. Aunque nunca antes habías necesitado planear estrategias. A ver si resulta que el que va a caer en la trampa vas a ser tú, y vas a convertirte en... ¡el cazador, cazado! – empezó a reírse a carcajadas al ver la mirada de Jaime, y este le dio un

puñetazo flojo en el brazo—. ¡Au!

—No seas capullo. Es solo que ya sabes lo que dicen, que siempre se desea lo que no se puede conseguir, y eso tiene que ser lo que me pasa con ella. Pero estoy seguro de que, en cuanto me la lleve a la cama, se me pasará, como me ocurre con todas.

—Ya viene.

Natalia dejó todo en la mesa, y cuando vio que él seguía pendiente del fútbol y que no le hacía ni caso, se quedó un poco triste y pensó: «mejor, así no tendré que decirle nada». Pero en el fondo se sentía dolida, porque podían al menos ser amigos. A ella le caía bien. ¿A quién quería engañar? Como bien decían todos, él no tenía amigas. Solo mujeres a las que usaba a su antojo. Por eso era mejor mantenerse alejada de él.

—¿Qué te pasa? ¿Estás triste? —le preguntó Josemi cuando llegó a la barra.

—No me pasa nada. ¿Tú le has dicho algo a tu primo?

—¿Por qué?

—Porque no me habla. Es como si de repente no me conociera.

—Pues mejor, así no tendré que hablar con él. Tenía pensado hacerlo. No quiero que te ronde.

—Mira, Josemi, eres la persona que más quiero en el mundo, pero no intentes manipular mi vida. Soy bastante mayorcita para decidir por mí misma y saber con quién quiero y no quiero estar.

—Jaime no te conviene y lo sabes. Lo único que te hará es daño. Creo que deberías saber que...

Ella no le dejó terminar.

—No sigas, por favor...

—Pero déjame que te diga por qué no puedes estar con él...

—¡No! No quiero que me digas nada de él. Mira, si no quieres que nuestra amistad se rompa, no te metas. Sé cómo es tu primo y es cosa mía. Tú me has dado un consejo y yo te lo agradezco. Lo que haga o no haga solo es decisión mía.

—¿Quieres que me quede de brazos cruzados sabiendo que estás cometiendo un error?

—Sí, eso quiero.

—Él nunca va a ir en serio contigo. Te usará, como hace con todas, y luego te dejará.

—Dicen que de los errores también se aprende. Además, hoy en día nadie se

casa con la primera persona con la que mantiene relaciones.

Josemi se quedó mirándola muy serio y decaído. Ella dio la vuelta y pasó detrás de la barra, cogiendo su cara entre sus manos.

–Por favor, no te enfades conmigo –empezó a decirle con mucho cariño–. No quiero que estés tan pendiente de mí. Eso es todo. Solo necesito tu cariño y que quites esa cara tan larga. Yo decidiré con quién quiero empezar una relación. Además, aún no he decidido si voy a tener algo con él y por lo que parece, él se lo ha pensado mejor, o sea, que no tienes que hacer de papá conmigo, ¿vale?

Él le hizo una mueca de resignación con la boca y ella le dio un beso en la mejilla.

–Voy a trabajar porque, si no, mi jefe me despedirá. ¡Es un ogro! –bromeó con cara de espanto y él empezó a reírse.

–Por más que quiera estar enfadado contigo, ¿por qué será que nunca lo consigo?

Natalia le sonrió y se fue a trabajar. Él, muy triste, recordaba lo que le dijo Lola. Tenía razón. Le gustaba Jaime, y bastante porque, si no, no se hubiera puesto así, hasta el punto de amenazarle con romper su amistad, y eso le dolía profundamente, pero lo que más le molestaba era que hubiera pensado en su primo para empezar a tener relaciones. Sabía que tarde o temprano ella empezaría a salir con chicos. Eso era inevitable, pero Jaime no se merecía ese privilegio. Él no sabría apreciarlo.

Natalia intentaba esquivar la mesa de Jaime. Si él no quería hablar con ella, pues muy bien, ella no iba a molestarle. Al rato la llamó Kiko para pedir los cafés.

–¿Algo más? –preguntó Natalia secamente.

–Estás muy seria. ¿Qué te pasa?

–No creo que te importe –le respondió enojada, y se marchó a por los cafés.

–Vaya. Parece que no le ha sentado muy bien que la ignores.

–Bueno, eso quiere decir que la tengo en el bote. Si esta noche no soy capaz de seducirla, es que me estoy haciendo viejo.

Cuando volvió Natalia y dejó los cafés, él la ignoró de nuevo, cosa que la enfureció más todavía.

–Josemi, me voy al pub a ayudar a Toni –le dijo al llegar a la barra.

No quería seguir allí. Estaba muy enfadada y no entendía por qué Jaime la ignoraba de esa manera. Así que prefería no verlo.

Cuando llegó al pub, eran las doce y la gente ya iba apareciendo. Se puso a

servir bebidas y se olvidó de Jaime. Al rato él apareció por el pub y le pidió un whisky, y al ir a dárselo, él la tomó de la mano diciéndole algo.

–No te oigo –se lo volvió a repetir–. No insistas. Sigo sin oírte. Además, no me interesa lo que tengas que decir. Puedes seguir ignorándome, que lo haces muy bien –estaba muy enfadada. Jaime entró en la barra y la rodeó con sus brazos por la cintura muy pegado a su espalda–. Suéltame. No puedes estar aquí. Sal de la barra. Si te ve tu primo...

–Estoy harto de mi primo y de que se meta entre tú y yo. ¿Qué estabas hablando antes con él? ¿Por qué le acariciabas la cara? ¿Por qué le has besado?

–Demasiadas preguntas, ¿estás celoso?

–¡Sí! Estoy celoso, ¿contenta?

–No te creo. Llevas toda la noche ignorándome.

–Jamás podría ignorarte, nena. Me tienes loco –la apretó más fuerte contra su cuerpo y le murmuró en el oído–. ¿No te das cuenta de que ya no puedo seguir controlándome? Si no te hubiera ignorado, habría saltado encima de ti y te habría besado delante de todo el mundo.

A ella de repente le entró un escalofrío y todo su enfado desapareció al oírle decir eso. Tenerle tan cerca, diciéndole todas esas cosas con esa voz tan melosa en el oído, era demasiado. Tanto, que con los nervios se le cayó un vaso de las manos y se cortó al intentar cogerlo.

–¡Mierda! Me he cortado.

–Deja que te vea.

Ella se volvió y él empezó a chuparle el dedo.

–¿Qué haces?

–Dicen que así se corta más rápido. No te preocupes. Es superficial –dijo mirándole la herida, y le chupó de nuevo el dedo–. ¿Ves? Ya no sangras.

Ella le sonrió.

–Gracias. ¿Eres vampiro? –con esa broma le hizo reír a carcajadas.

–No, pero me gustaría serlo.

–¿Por qué?

–Porque así te hipnotizaría con mi mirada y te obligaría a besarme.

Esa vez fue ella la que se rio a carcajadas.

–Nunca te rindes, ¿eh?

–No cuando algo me interesa, y tú me interesas mucho.

Su cercanía y esa conversación la ponían de los nervios y necesitaba alejarlo de ella.

–Jaime, estoy trabajando y tienes que irte.

Sin embargo, él no le hizo caso. Se acercó a ella poco a poco, agarrándola de la cintura para besarla. Entonces ella le puso la mano en la boca.

–Aquí no –él la miró fijamente–. Todos pueden vernos y me da vergüenza.

–Entonces, baila conmigo.

–¿Esta música? –estaba sonando música cañera y ella se echó a reír–. ¿Tú sabes bailar esto?

–¿Estás insinuando que soy demasiado viejo para esta música? Podría sorprenderte, ¿sabes?

Ella volvió a reírse

–Pero no, prefiero algo suave para que pueda tenerte entre mis brazos y así poder besarte sin que vuelvas a escaparte de mí.

–Si consigues eso, soy toda tuya. Alex jamás te pondrá una balada romántica.

–Por conseguir un beso tuyo, soy capaz de vender mi alma al diablo, y no sabes lo persuasivo que puedo llegar a ser. Siempre consigo lo que quiero, nena, y ahora quiero bailar contigo, y también quiero besarte.

Cuando se alejó para hablar con Alex, ella no podía dejar de mirarlo. Sabía que no iba a poder convencer a Alex, pero cuando vio cómo se saludaban, como si se conocieran de toda la vida, se dio cuenta de que había cometido un error al decirle que bailarían con él si conseguía una balada, porque, si la conseguía, ya no tendría escapatoria, se lo había prometido. Y si bailaba con él, no podría evitar que él la besara, de eso estaba segura. De repente empezó a ponerse muy nerviosa.

–¡Hola, Alex! –se dieron la mano y unas palmaditas en la espalda–. Tienes que hacerme un favor.

–¡Huy! Seguro que se trata de una chica.

Jaime le sonrió.

–¡Cómo me conoces! Necesito música suave, de esa para poder achuchar.

–¡Tío, no me jodas! Eso es casi imposible ahora. Me saltarían encima todos los niños si les corto el rollo.

–Vamos, tú sabes controlar a tu público. Hazlo por mí.

–Si me dices de quién se trata... ¿La conozco?

–Sí, es Natalia, la camarera.

–La de los ojos de gata –Jaime asintió con la cabeza–. ¡Qué suerte tienes!

Está muy buena, pero es un hueso duro de roer. Nunca se ha enrollado con nadie y sé que muchos lo han intentado, hasta yo lo intenté. Pero, conociéndote como te conozco, si hay alguien capaz de conseguirlo, ese eres tú. Está bien. Voy a ponerte una canción, pero a partir de las tres, antes no puedo cortarles el rollo a estos. Te haré una señal, estate atento.

–Vale. Te debo una.

–No. Estamos en paz. Si estoy aquí, es gracias a ti. Tú convenciste a tu primo para que me contratara.

Jaime se despidió de él y volvió a la barra, haciéndole un gesto de negación con la cabeza a Natalia, pues quería pillarla desprevenida.

–¿Y mi whisky? Me debes uno ¿recuerdas?

–Sabía que no ibas a poder convencerle, y eso que parece que sois amigos. ¿De qué le conoces?

–Es el hermano de un amigo. Yo le conseguí el trabajo.

–Vaya, pues no parece que esté muy agradecido, aunque tienes que entender que es difícil poner música romántica aquí. Podrían abuchearle.

Jaime sonrió.

–Más tarde vengo. Voy a buscar a Kiko.

Cuando llegó al bar, Josemi le cortó el paso y lo llevó a una mesa aparte, obligándolo a sentarse.

–¿Qué te pasa, primito? Esto no son modales, casi me arrancas el brazo.

–Déjate de tonterías. Quiero hablar de Natalia. Te dije que no te acercaras a ella.

–Aún no la he tocado, pero no creo que eso te importe.

–Me importa y lo sabes. Déjala en paz. He intentado hablar con ella, pero no me hace caso. No quiere oír nada malo sobre ti.

–¿Ibas a contarle algo malo sobre mí? No me lo puedo creer. Ya te vale.

–Iba a decirle que no puedes estar con ella, y tú sabes muy bien por qué.

–No te metas en esto, ¡primito! –le advirtió muy serio—. Yo le diré lo que tenga que decirle en su momento. Aún no sé si va a pasar algo entre nosotros.

–Prométeme que se lo dirás antes de llevártela a la cama. Si se lo dices y ella quiere seguir contigo, no tendré nada más que decir. No quiero que empiece nada contigo sin saber toda la verdad. ¿Está claro?

Esas palabras le dolían en el alma, pero era una realidad que no podía negarse a sí mismo, y más conociendo a su primo. Sabía que estaba interesado en ella y después de hablar con Natalia, era evidente que algo iba a pasar entre los dos, pero quería estar seguro de que Natalia sabía dónde se metía antes de

caer en las garras de su primo.

–No te preocupes. Voy a decírselo.

–Antes de...

–¡Sí, joder! Antes de llevármela a la cama, si es que me la llevo, se lo diré.

¿Estás contento?

–No, pero me quedo más tranquilo. Siempre que cumplas tu promesa, por supuesto.

–Lo haré. ¿Puedo irme ya? –Josemi le miró y asintió con la cabeza. Jaime se dio cuenta de que estaba hecho polvo–. Mira, tío, lo siento. Sé lo que sientes por ella y sé que no tendría ni que haberme fijado en ella. Pero no sé qué me pasa. Me está volviendo loco y necesito estar con ella. Y te juro por Dios que, si hubiera una posibilidad, por muy pequeña que fuera, de que pudieras estar con ella, jamás la hubiera mirado. Lo sabes, ¿verdad?

–Sí, lo sé. Puedes irte, y recuerda que me lo has prometido.

–¿Seguro que estás bien? –Josemi volvió a asentir con la cabeza–. Entonces me voy a buscar a Kiko.

–Se ha ido con una chica. Se me olvidó decírtelo.

–Entonces, invítame a un *whisky* y no hablemos de Natalia. No quiero discutir contigo por una chica.

Josemi aceptó y se tomaron un *whisky*.

CAPÍTULO 14

Sobre las dos y media pasadas, entró en el pub. Natalia estaba hablando y riéndose con un chico y eso no le gustó nada. Se acercó hacia donde estaban.

–¿Qué haces con mi chica? –le dijo muy serio.

Este se disculpó enseguida y se marchó.

–¿Por qué has hecho eso? Solo estábamos hablando –protestó enfadada y frunciendo el ceño–. Además, no me gustan los hombres celosos.

–No son celos.

–¡Ah no! Entonces, ¿por qué lo has hecho?

–Bueno, está bien. Estoy celoso, pero es culpa tuya.

Ella se rio a carcajadas y le acabó contagiando la risa, esa risa que la ponía tonta y que le impedía dejar de mirarlo, con esos increíbles ojos esmeraldas.

–Ya te dije que no me miraras así, a no ser que quieras que salte encima de ti y te devore como un león devora a su presa. Tus ojos deberían estar prohibidos, ¿lo sabías? Cualquier hombre podría enloquecer con tu mirada.

–No seas tonto, y deja de decirme esas cosas. Me pones nerviosa. Será mejor que siga trabajando. ¿Quieres algo? Aún te debo un whisky. Antes te has ido y no te lo he puesto. Bueno, medio, porque la sonrisa del otro día fue muy flojita, ¿recuerdas?

Él le sonrió y miró el reloj.

–Después.

Faltaban diez minutos para las tres y se moría de ganas de tenerla entre sus brazos. Nunca le había costado tanto conquistar a una chica y aún no las tenía todas consigo. Se había jurado a sí mismo que si esa noche no lo conseguía, se olvidaría de ella para siempre. Entonces fue a hablar con Alex.

–Tío, son casi las tres. No me hagas esperar más.

–Está bien, después de esta canción. Después de unas rumbas, son capaces de bailar lo que sea. Suerte y al toro.

Jaime se rio al escuchar esas palabras, pero lo cierto es que tenía esa sensación. Sentía que con ese baile se lo jugaba todo. O por fin la conseguía o se olvidaba de ella para siempre, algo que no estaba dispuesto a que ocurriera. Así que se marchó directo a la barra, entró y se dirigió a Toni.

–¿Puedes con esto tú solo? Me llevo a Natalia un momento.

–Tranquilo, no hay problema.

Jaime se acercó a Natalia. Le quitó la copa de las manos y la sacó de la barra.
–¿Qué haces? No puedo irme.

Mientras ella protestaba, la cogió de la cintura y la llevó hacia la pista de baile.

–Me prometiste que bailarías conmigo.

–Pero yo no sé bailar rumbas.

–Y no vamos a bailar una rumba. No es eso lo que quiero.

Cuando estaban en el centro de la pista, la tomó de las manos y se las colocó alrededor de su cuello, porque odiaba que ella le pusiera las manos en el pecho a modo de barrera. Volvió a cogerla por la cintura y, arrastrándola hacia él, la pegó a su cuerpo. Entonces ella empezó a ponerse muy nerviosa.

–Jaime yo... No deberíamos... Además esto no se baila así –decía Natalia con la voz temblorosa.

–¡Ssshhh! Escucha la canción.

Se quedó callado mirándola a los ojos, y en cuanto terminó la rumba, ella empezó a escuchar los acordes de la canción que decía: «Bailar de lejos no es bailar. Es como estar bailando solo...».

–Jaime... suéltame... –habló con un hilo de voz porque sabía lo que estaba a punto de suceder.

–Me lo prometiste. Me dijiste que, si lo conseguía, serías toda mía. Y te dije que siempre consigo lo que quiero. Y esto es lo que quiero. Bailar contigo y bailar pegados. Además me muero por darte un beso. Te necesito, nena.

Estaba hablándole en el oído y su voz sonaba ronca y aterciopelada. Al morderle el lóbulo de la oreja con los labios y sentir cómo ella se estremecía entre sus brazos, el deseo por ella se multiplicó. Era una sensación tan agradable que justo en ese instante comprendió que había valido la pena esperar por ella.

–Para, por favor.

Su voz era un susurro. Estaba tan nerviosa que le temblaban hasta las piernas. Él apoyó su frente en la de ella, perdiéndose en esas dos esmeraldas.

–No puedo más. Necesito besarte, nena. Es lo que más deseo en el mundo –le dijo.

Nada más decir eso, pegó sus labios a los de ella y la besó suavemente, sintiendo cómo a ella se le empezaba a acelerar el corazón. Mientras él besaba sus labios una y otra vez tiernamente, con cada beso que le daba se le aceleraba más y más, como un potro salvaje.

Cuando él abrió sus labios con los suyos propios y entró dentro de su boca, buscando su lengua, le sorprendió la reacción de ella. En el mismo instante en que rozó su lengua con la de ella, sintió cómo ella apartó instintivamente la suya e intentó liberarse de sus brazos. Pero él la sujetó con más fuerza y volvió a intentarlo. Esta vez acarició su lengua suavemente y ella le devolvió la caricia con timidez y muy lentamente. Él había besado a decenas de mujeres, e inmediatamente se dio cuenta de que esa boca nunca había sido explorada, que él era el primero en besar esa boca suave e inocente que se abría a él con timidez y le devolvía el beso con torpeza, algo que le resultaba sumamente agradable, pues nunca había sentido nada parecido a ese beso.

Normalmente las mujeres se le tiraban encima y lo devoraban. No es que no le gustara que las mujeres fueran lanzadas, le divertían y satisfacían bastante. Pero nunca había experimentado algo parecido a ese beso. Era brutal, y estaba tan excitado que empezó a besarla con pasión, pero con cuidado al mismo tiempo, pues no quería asustarla y que echara a correr. Después de lo que le había costado llegar hasta ahí, no quería que nada lo estropeará, y tenía la necesidad de seguir besándola. En realidad, podría estar besándola toda la noche, porque en ese mismo momento prefería morir que dejar de besar a esa chica que temblaba entre sus brazos como una niña asustada.

Ella no podía controlar sus emociones. Estaba tan nerviosa que de repente sintió como si le faltara la respiración, como si todo diera vueltas a su alrededor, y comenzó a marearse. Jaime sintió inmediatamente cómo a Natalia empezaron a fallarle las piernas y la abrazó con más fuerza, pues sabía que, si no lo hacía, se desvanecería. Con un gran esfuerzo dejó de besarla, apoyó su frente en la de ella y la miró a los ojos.

—¿Qué te pasa? —le dijo.

—No lo sé. Estoy mareada. Me...me pones muy nerviosa.

Tenía las mejillas sonrosadas y le costaba respirar, e incluso hablar. Entonces él le sonrió para tranquilizarla.

—Ven, sentémonos un rato.

Ella asintió con la cabeza. Él la cogió por la cintura y la llevó al fondo del pub, donde estaban los sofás, y la sentó en uno

—¿Qué quieres beber?

—Una Coca-Cola.

Cuando regresó, ella se encontraba un poco mejor. Dejó las bebidas en la mesa y se sentó a su lado.

–¿Estás mejor?

–Sí. Lo siento. Pensarás que soy una tonta.

Jaime la miró y volvió a sonreírle. Le gustaba esa timidez en ella. Parecía una niña avergonzada. Acariciándole la mejilla con sus nudillos le quitó el pelo de la cara.

–No. Lo que pienso es que nunca antes te habían besado. ¿Por qué no me lo dijiste?

–¿Para que te rieras de mí?

–¿Por qué crees que me reiría de algo así?

–No sé. Tal vez porque eres un mujeriego que cada fin de semana vienes con una chica distinta, y seguro que ahora mismo estás pensando que soy una mojigata y una niñata. Pero no me importa. Puedes irte y buscar a otra chica que esté más a tu altura. ¿Ves? Por eso no quería estar contigo. Yo...yo no soy tu tipo.

De repente él cogió su cara entre sus manos.

–¿Quieres callarte y no decir más tonterías para que pueda volver a besarte? – le dijo muy serio.

Y empezó a darle besos suaves en los labios y en la mejilla, hasta que llegó a su oído para decirle algo, con esa voz ronca y aterciopelada que la hacía estremecer de la cabeza a los pies.

–No creo que seas una niñata y ninguna de esas chicas me ponen como tú. No te llegan ni a la suela del zapato. Y no quiero ir a ningún sitio. Tú eres con la única chica que quiero estar.

Le volvió a morder el lóbulo de la oreja y ella le puso las manos en el pecho y lo apartó bruscamente.

–Odio que hagas eso.

–¡Basta! Será mejor que me vaya y no vuelvas a besarme.

Cuando hizo ademán de levantarse, él la asió por la muñeca y la sentó nuevamente de un tirón.

–¿Qué te pasa ahora? –preguntó intentando mantener la calma.

–Que no quiero ser una conquista más de tus fines de semana. Yo no soy así, Jaime, y no quiero serlo. No voy a acostarme contigo en la primera cita y ni siquiera sé cuándo podré hacerlo.

–Lo sé, y eso es lo que más me gusta de ti. No voy a pedirte que te acuestes conmigo esta noche. Ahora sé que no eres así, porque, si lo fueras, no estaría tan interesado en ti. Solo quiero besarte. Pero, si tú no quieres que lo haga, me iré y no volveré a molestarte nunca más.

Nada más oírle decir eso, ella sintió miedo. No quería que se fuera. No quería perderle.

–No, no quiero que te vayas –le dijo con timidez, mirándolo a los ojos.

Él sonrió y empezó a besarla tiernamente. Ahora entendía por qué le había costado tanto llegar hasta ese instante, y se sentía agradecido a sí mismo por haber insistido y no haberla ignorado, como hubiera hecho normalmente con cualquier otra chica, porque normalmente, cuando una mujer se le resistía un poco, pasaba inmediatamente y buscaba a otra. Mujeres siempre sobraban, o al menos eso era lo que siempre había pensado.

Pero ella era distinta. Algo siempre le había llamado la atención en ella, y ahora sabía lo que era. Era virgen e iba a ser suya, costara lo que costara. Por fin sabría lo que era estar con una. De repente, sintió mucha curiosidad y no pudo evitar preguntarle.

–¿De dónde has salido? ¿Por qué nunca has estado con un hombre?

–¿Por qué debería haber estado con alguno?

–Porque cualquier chica de tu edad ya no es virgen.

–¡Ves! Sabía que te ibas a reír de mí.

–No me estoy riendo. Solo quiero saber por qué nunca has salido con nadie, por qué nadie te ha besado.

–Porque no he tenido tiempo y ningún chico me ha gustado lo suficiente. ¿Hubieras preferido que...?

–No, joder, eres perfecta así. Para mí ha sido un honor ser el primero en besarte, y será un gran placer ser el primero en todo lo demás.

Le sonrió y comenzó a besarla con mucha pasión, estremeciéndola de nuevo entre sus brazos.

Natalia creía estar soñando. Nunca podría haberse imaginado que un beso pudiera hacerle sentir lo que estaba sintiendo. Era una sensación increíblemente placentera. Jaime no dejaba de besarla y ella no quería que ese momento terminara nunca. Estaba tan a gusto en sus brazos.... Se sentía tan bien que no le importaba lo que pasara a su alrededor.

Jaime podía sentir todas y cada una de sus emociones. Era como un libro abierto. Notaba cómo la tensión desaparecía poco a poco, cómo su cuerpo estaba relajado y, al mismo tiempo, cómo se le aceleraba la respiración. Su piel se erizaba cuando le acariciaba la espalda y sus besos tiernos e inexpertos hacían que se volviera loco.

Lo que más le gustaba de ella era saber que nunca ningún hombre la hubiera

besado, que él fuera el primero. Por eso no podía dejar de besarla. La deseaba tanto que no sabía si iba a poder aguantarse las ganas. Entonces empezó a besarle el cuello hasta llegar a su oreja nuevamente.

–¿Puedo arrepentirme de lo que te he dicho antes? No sé si voy a poder esperar. Te necesito, nena.

Cuando sus labios mordieron su oreja y su mano empezó a subir hacia su pecho, ella le detuvo, entrelazando su mano con la suya.

–Jaime, por favor –le dijo, nerviosa.

Él la miró a los ojos y sonrió.

–Está bien, esperaré. Si con solo besarte eres capaz de volverme así de loco, creo que valdrá la pena esperar hasta que estés preparada –le dio un beso en la nariz–. Pero no me hagas esperar demasiado o acabaré volviéndome loco de verdad.

Entonces ella fue la que sonrió.

–Gracias. Pero ahora tengo que volver al trabajo. Tu primo me va a matar.

Al intentar levantarse, la tomó por la cintura y la detuvo.

–Esta vez no voy a dejar que nadie te lleve a casa excepto yo –le dijo muy serio.

–Está bien. Pero deja que me vaya.

La tenía agarrada de la cintura y no la soltaba.

–No, si no me das un beso.

Ella sonrió y le dio un beso en los labios. Él le sujetó la cabeza, enredando los dedos en su pelo, y la besó apasionadamente.

–Tengo que irme.

Cuando la soltó, ella volvió a la barra e inmediatamente se disculpó a Toni por su tardanza.

–Lo siento, Toni. Sé que he tardado mucho y esto está a tope. ¿Ha venido Josemi?

–Tranquila, no ha venido. Y no te preocupes, otras veces me has cubierto tú –le sonrió–. Vaya, nunca me hubiera imaginado que tú y Jaime... pensé que te caía mal.

–Y me caía mal. No sabes cuánto. Aún no sé cómo ha pasado todo esto.

–En todo el tiempo que llevas aquí nunca te he visto con nadie. ¿Por qué precisamente con él? Siempre creí que acabarías con Josemi.

–¡Con Josemi! No. Eso es una locura. Él nunca...

–Él está loco por ti y Jaime solo quiere llevarte a la cama. Si no ves la diferencia, es que estás tonta. Pero yo nunca te he dicho nada. Josemi me

mataría.

Natalia se quedó alucinada con lo que acababa de revelarle Toni. No podía dejar de pensar en eso. No, eso era imposible. Josemi no podía estar enamorado de ella. Estaba con Lola. Sí, siempre la había tratado con mucho cariño, como ella a él, pero era un amor fraternal. O al menos eso pensaba ella.

De repente, a su mente comenzaron a venirle imágenes, como la primera noche, cuando estaban en el vestuario, y por un momento ella creyó que él iba a besarla. O cuando quiso hablar con ella sentados en el bar y le cogió de las manos. Quería decirle algo importante pero ella no le dejaba hablar, y después les interrumpió Jaime, así que nunca pudo saber qué le iba a decir. Y también la conversación que habían tenido antes en la barra del bar sobre Jaime.

«¡Oh, Dios mío! Por eso se había enfadado tanto», se decía a sí misma muy confusa. Creía que la cabeza le iba a estallar y necesitaba salir de allí.

Entonces, buscó a Jaime con la mirada, pero él estaba en el mismo sofá donde la había besado, hablando con una chica muy divertido, y de repente se sintió estúpida por haber pensado que él pudiera sentir algo por ella. Toni tenía razón. Ella solo era una aventura más para él.

En ese momento sintió una mano en el hombro que la hizo reaccionar y salir de su estado de desengaño y confusión.

–Natalia, ¿estás bien? Te estaba hablando y no me hacías caso. Parecías un zombi. No tenía que haberte dicho nada. Lo siento.

–Tengo que irme.

Salió de la barra y fue directamente a cambiarse, y cuando terminó de hacerlo, se marchó sin que nadie la viera.

–¿Dónde está Natalia? Hace un momento estaba aquí –preguntó Jaime a Toni, al ver que Natalia no estaba en la barra.

–Se ha ido. No se encontraba bien.

Jaime lo miró muy serio.

–¿Ha pasado algo? Ella no se iría sin decirme nada –volvió a preguntarle mosqueado.

Toni se encogió de hombros.

–No lo sé. No me ha dicho nada –dijo nervioso.

Jaime se dirigió directamente al vestuario. Al comprobar que no estaba allí, se marchó al bar.

–¿Has visto salir a Natalia? –le preguntó a Josemi.

–No, estará en el pub. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

–¡No! No te preocupes, voy a buscarla –no quería contarle nada porque estaba seguro de que iría como un loco a buscarla, y quería encontrarla él primero para saber qué había pasado–. Seguro que estará en el pub. Voy a llevarla a casa. Espero que no te moleste.

–Ella es la que tiene que decidir quién la lleva y quién no. Ya me lo ha dejado bastante claro antes –añadió muy decaído.

Jaime salió corriendo por la puerta del pub y se subió al coche. Estaba nervioso. No sabía qué podía haber pasado, por qué ella se había ido sin decir nada. Algo tenía que haber pasado pero, ¿qué? De repente la vio andando deprisa por la carretera. Detuvo su coche junto a ella.

–Sube al coche –le ordenó muy serio.

–¡No! Déjame en paz.

Jaime bajó del coche y la detuvo, poniéndose delante.

–¿Qué coño te pasa? ¿Por qué te has ido sin decirme nada?

–Estabas muy ocupado. No quería molestarte.

–¿De qué estás hablando?

–Cuando te he buscado porque quería irme, estabas muy a gusto con esa chica y no quería molestarte.

–No puedo creerlo. ¿Has montado todo este follón porque me has visto hablando con una chica? ¿Sabes el susto que me has dado? ¡Pensé que te pasaba algo! –gritó enfadado– ¡¿Estás loca?!

–¡Sí, estoy loca! –le gritó ella también– Por eso vete y déjame en paz.

En ese momento él se dio cuenta de que le estaba ocultando algo. Así que la cogió del brazo y la metió en el coche a la fuerza.

–¿Por qué no me dejas? Soy una loca que te monta numeritos solo porque estás hablando con una chica.

Jaime ni siquiera le contestó. Solo conducía muy deprisa. Ella se quedó callada e intentó controlar la mala leche que llevaba. Cuando llegaron a su casa, ella bajó del coche y entró deprisa, pero justo cuando iba a cerrar, Jaime puso la mano en la puerta y la abrió de golpe empujándola.

–Déjame entrar.

–¡Vete! ¡Quiero estar sola!

Él cerró la puerta de un portazo. Estaba enfadado porque pensaba que su primo se había adelantado. Había hablado con ella y por eso ella estaba así.

–¡No te he invitado, así que será mejor que te vayas! ¡No estoy de humor!

–¡¡Vaya!! ¡No estás de humor! ¡¿Me ves muy feliz a mí?!

–Entonces vete.

–No voy a irme hasta que no hablemos, hasta que no me digas qué es lo que te está pasando. Has hablado con mi primo, ¿verdad?

Ella lo miró sorprendida.

–¿Tú lo sabías?

Al oír esa pregunta, él se quedó más sorprendido todavía que ella, y entonces entendió que no sabía nada, que la cosa no iba con él.

–Ya no sé de qué estás hablando. ¿Quieres explicarme qué ha pasado?

–Necesito sentarme. Creo que me va a estallar la cabeza.

Se dirigieron al comedor y se sentaron en el sofá. Él lo hizo a su lado y la tomó de las manos, preguntándole una vez más y más calmado

–¿Qué te ha pasado?

–Si te hago una pregunta, ¿serás sincero conmigo? ¿Me dirás la verdad? Nadie mejor que tú conoce a tu primo. Yo creí conocerlo, pero me equivoqué.

–Sí, te diré la verdad.

–¿Es verdad que tu primo está enamorado de mí?

Jaime la miró muy serio.

–¡Mierda! ¿Quién te lo ha dicho?

–¿Entonces es verdad?

Jaime asintió con la cabeza.

–No me lo puedo creer. Esto es una locura.

–Vamos, tranquilízate. Tampoco es para tanto.

Cuando intentó tocarla, ella se levantó de un brinco del sofá y se alejó de él.

–No me toques. No vuelvas a tocarme.

Él se levantó y la cogió por los hombros.

–¿Por qué? ¿Por qué no puedo tocarte? ¿Estás enamorada de mi primo?

–No digas tonterías. No es eso.

–Entonces, ¿por qué huyes de mí?

–¿No te das cuenta de que, si tu primo nos ve juntos...? ¡Joder! Eres su primo y para él tiene que ser muy duro. Por eso no quiere que me acerque a ti.

–No es por eso.

–¿No? Entonces, ¿por qué es?

Él se quedó callado y la miró fijamente a los ojos. Tenía que cambiar de tema porque no quería hablar de eso. No quería que ella supiera por qué su primo no quería que estuvieran juntos, porque, si lo sabía, la perdería.

—Ahora que sabes lo que mi primo siente por ti, ¿podrías llegar a enamorarte de él algún día? Quiero que lo pienses bien antes de contestarme.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque, si hay una posibilidad, por muy pequeña que sea, de que puedas enamorarte de él, no volveré a tocarte. Pero necesito saber qué sientes por él ahora que sabes la verdad.

—Tu primo es la persona que más quiero en el mundo y no quiero hacerle daño. Por eso no podemos estar juntos

Él le cogió la cara con las manos.

—Que mi primo esté enamorado de ti no quiere decir que tú tengas que quedarte para vestir santos. Él tampoco querría eso. Créeme. Le conozco bien. Tienes derecho a estar con quien tú quieras estar, pero no me has contestado.

—No, nunca podría estar con él. Sería como cometer un incesto. Para mí es como un hermano.

—Eso es lo único que a mí me interesa.

Nada más decir eso, le dio un beso tierno en los labios.

—¿Hubieras sido capaz de irte si te hubiera dicho que podría enamorarme de tu primo? —le preguntó ella, apartándose un poco de él.

—¡Uf! Me habría costado mucho renunciar a ti, pero sí, me habría ido. Quiero mucho a mi primo y jamás le haría algo así.

—¿Por qué nunca me lo ha dicho? —le preguntó con tristeza—. Solo pensar en los momentos que hemos pasado juntos...

—No pienses en eso. Él sabe lo que sientes por él y por eso nunca te lo dirá, y si no quieres que se sienta mal, no le digas que lo sabes. Y ahora, por favor, ¿podemos dejar de hablar de mi primo? Tengo la sensación de que siempre está en medio de los dos y me muero por besarte.

Jaime empezó a besarla y la abrazó fuerte contra su cuerpo. Ella se quedó de puntillas porque casi no tocaba el suelo, así que le pasó los brazos alrededor de su cuello para no perder el equilibrio, mientras él bajó sus brazos hasta su cintura. La levantó pegándola a su cuerpo, y la llevó en volandas hasta el sofá. La dejó caer suavemente y se quedó pegado a ella.

No dejaba de besarla y eso hacía que ella perdiera el control. Cuando su mano empezó a subir por dentro de su camiseta hasta sus pechos, él sintió

cómo su respiración se aceleró y su piel se erizó bajo sus dedos. Sabía que tenía que parar, que le había dicho que podía esperar, y no quería asustarla con su impaciencia, pero el deseo por ella era tan grande que lo ponía a cien y lo descontrolaba. Era imposible dejar de besarla, de acariciarla. Se moría de ganas de hacerle el amor, y no podía parar.

Al sentir cómo él se ponía casi encima de ella y cómo sus manos recorrían sus pechos, empezó a ponerse nerviosa, y justo en ese momento recordó las palabras de Toni: «él solo quiere llevarte a la cama». Entonces le puso sus manos en el pecho y lo empujó, en un intento de quitárselo de encima.

–¡Para, basta! –le gritó. Él se detuvo inmediatamente y se apartó. Ella se levantó del sofá empujándolo y lo tiró al suelo por el impulso–. Al final Toni tenía razón, y lo único que quieres es eso, llevarme a la cama.

–Lo siento, pero no sé qué me pasa contigo. No puedo controlarme cuando te tengo tan cerca.

Se levantó del suelo y se acercó a ella cogiéndola por la cintura nuevamente.

–Entonces vete.

–No tienes que asustarte, solo decirme que pare y lo haré, como he hecho antes. No voy a forzarte, a hacer nada que no quieras hacer.

–Pero no sé si quiero esto –le dijo con la mirada en el cuello de su camiseta, pues no se atrevía a mirarle a los ojos–. Sé que cuando hayas conseguido lo que quieres me dejarás, como has hecho con Alba y con las demás...

Jaime le puso el dedo en la boca para que callara y le levantó la cara para mirarla a los ojos.

–No pienses en eso. Uno tiene que buscar para encontrar lo que quiere, y si no vuelvo a estar con ellas, es porque no me llenan y no estoy a gusto. Puede que tú seas mi talón de Aquiles, nena, pero si no me das una oportunidad nunca lo sabremos –le dio un beso en los labios con mucha ternura antes de continuar–. ¿Nos vemos el sábado?

Ella asintió con la cabeza y le acompañó hasta la puerta. Antes de salir, se dio la vuelta para hacerle una última pregunta.

–¿Es Toni el que te ha dicho lo de mi primo?

–Sí.

–Voy a matar a ese gilipollas.

–No, por favor, no le digas nada. Le prometí que no diría nada.

Él sonrió y le dio un beso.

–Buenas noches, nena.

–Buenas noches.

Cuando Natalia se metió en la cama, esa noche no podía dormir pensando en Josemi, y en cómo podía ser todo tan absurdo. Si seis años atrás ella se hubiera enterado de eso, hubiera sido la mujer más feliz del mundo, pero ahora se sentía fatal. Sabía lo que era estar enamorada de alguien que no te correspondía, como a ella le pasó con él, y no le gustaba saber que él pudiera estar sufriendo por su culpa.

¿Cómo iba a comportarse con él ahora? Tenía que intentar alejarse de él poco a poco, sin que se notara, para que se olvidara de ella y pudiera ser feliz con Lola. Sí, eso es lo que iba a hacer.

CAPÍTULO 15

Cuando llegó al día siguiente al bar y saludó a Josemi, lo hizo de lejos. No quería pararse a hablar con él. Tenía miedo de que él notara que sabía algo, pero aun así no le quedó más remedio que acercarse cuando él la llamo.

–Natalia, ven.

–¿Qué pasa?

–Hola por lo menos. ¿Te pasa algo?

–No, no me pasa nada. ¿Por qué?

–No importa. ¿Ayer te fuiste con Jaime a casa?

–Sí –cuando vio como su media sonrisa se transformó en una mueca seria, se sintió fatal, y para que se sintiera mejor prefirió mentirle–. Pero no pongas esa cara. No pasó nada. Solo me dejó en casa y se fue. Aún no sé lo que siento por él y le he pedido que me dé tiempo. De momento solo somos amigos.

–¿Y crees que mi primo va a esperar? Vamos, Natalia, no seas ingenua.

–Bueno, es su problema. Si no quiere esperar, que se busque a otra –le dedicó una gran sonrisa que acabó contagiándole, y cuando le vio sonreír se sintió mejor–. Voy a cambiarme.

La noche fue muy tranquila, como casi todos los domingos. Cuando estaban a punto de cerrar, sobre las doce y media, apareció Jaime.

–Hola, ¿y las chicas? –le preguntó a su primo.

–Están cambiándose. ¿Por qué has venido? Natalia te ha pedido tiempo y eso fue ayer. Deberías dejarla tranquila y no agobiarla. Si solo quiere ser tu amiga, será mejor que la dejes en paz. Los dos sabemos que tú no tienes amigas.

Jaime estaba alucinado. No sabía de qué estaba hablando su primo y justo en ese momento llegaron Lola y Natalia.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó Lola.

–He venido a llevar a Natalia a casa.

–¿No sabes que, cuando una chica te dice que solo quiere ser tu amiga, es que no quiere estar contigo? –insistió Josemi de muy mala leche–. Puedes irte. Yo la llevaré a casa.

Jaime miró a Natalia con cara de póker.

–Bueno, los dos sois mis amigos y yo decidiré quién me lleva a casa. Y, como no quiero molestar a la parejita, prefiero irme con Jaime. ¿Nos vamos?

–dijo Natalia a Jaime.

Jaime asintió con la cabeza. Estaba confundido y no sabía qué estaba pasando.

–¿Qué ha pasado ahí dentro? Porque aún estoy flipando –preguntó cuando llegaron al coche.

Ella empezó a reírse a carcajadas.

–Lo sé. Solo había que mirarte a la cara. Me ha costado no reírme delante de tu primo. Lo siento, pero gracias por no decir nada.

–Bueno, cuando he visto tu cara y todo ese rollo que has soltado a mi primo, sabía que ocultabas algo. Por eso me he callado. ¿Ahora vas a decirme qué ha pasado?

Cuando ella le contó todo, ya habían llegado a casa. Él aparcó el coche. Se giró hacia ella y la miró a los ojos.

–¿Me estás pidiendo que le ocultemos a mi primo lo nuestro?

–Por favor, no soporto verle triste en cuanto cree que entre tú y yo ha pasado algo.

Ella le miró tristemente, poniéndole cara de perrito abandonado. Él sonrió al ver su cara tan graciosa.

–Sabes que no puedo resistirme a esos ojos tan hermosos, ¿verdad?

Ella le dio un beso en los labios.

–Gracias –le susurró.

Jaime enredó sus dedos en su pelo, cogiéndola por la nuca, y la acercó hacia él besándola con pasión, con mucha pasión. Cuando dejó de besarla, apoyó su frente en la de ella.

–Te echaba de menos –le dijo, mirándola a los ojos con mucha intensidad.

Ella sonrió.

–No me mires así, y no te pongas romántico que no te voy a dejar pasar.

A él le dio la risa y ella se quedó boba mirándole.

–¿Sabes que me encanta tu sonrisa? Me gustan esos hoyuelos que te salen aquí –con la punta de sus dedos le tocó las comisura de los labios y le dio un beso–, y cómo tus ojos se achinan cada vez que sonrías.

Mientras hablaba iba acariciando su cara hasta llegar a sus ojos, y le dio un beso en cada ojo. Luego en la punta de la nariz, y después bajó hasta sus labios nuevamente. Era la primera vez que ella se ponía cariñosa, y eso le

ponía muy nervioso, así que la abrazó, la besó y le insinuó algo al oído.

–¿Sabes que en un coche también se pueden hacer virguerías? –volvió a besarla e intentó meter su mano por debajo de la blusa. Ella le detuvo con su mano y él sonrió con sus labios pegados a los de ella. Le mordió el labio inferior con los dientes suavemente—. Es una broma –de pronto la soltó y se sentó en su lado, pasándose las manos por la cabeza, como hacía siempre que se ponía nervioso—. ¡Dios! Es mejor que no vuelvas a achucharme, por lo menos esta noche, porque tenerte tan cerca me descontrola.

–Entonces será mejor que me vaya.

–Tenemos que hablar de lo de mi primo.

–Creí que estaba claro y que no le íbamos a decir nada de momento.

–Vamos, nena, mi primo sabe que no voy a ir todas las noches a por ti solo como un amigo. No es tonto. Y no voy a dejar que él te lleve a casa. No me pidas eso.

–Yo tampoco quiero que nadie más me lleve a casa. Déjame pensar en algo, ¿vale? –se quedó unos segundos en silencio—. ¿Te molestaría que tu primo me llevara a casa? –le preguntó, sin poder evitarlo.

–Pues claro que sí.

–¿Por qué?

–Es evidente. Está enamorado de ti, y no me gusta cómo te abraza, cómo te toca, ni cómo te mira.

Ella volvió a reírse.

–¿Estás celoso de tu primo? –le preguntó.

–No. Pero no me gusta que te toque.

–Eso son celos, ¿lo sabías? Aunque no deberías preocuparte, porque para mí solo hay un hombre que me interesa, y ese eres tú.

–Lo sé, pero aun así no me gusta que toquen mis cosas. Soy muy posesivo.

–Yo no soy una cosa y no te pertenezco.

Él cogió su mentón y la miró a los ojos.

–Ahora estás conmigo y, mientras estés conmigo, me perteneces. Y no voy a dejar que otro hombre te toque –le dijo muy serio.

Sin poder evitarlo, volvió a besarla con mucha pasión. Y su mano empezó a colarse por su falda subiendo por su entrepierna, hasta que ella volvió a frenarle, cogiendo su mano con la suya antes de que llegara a sus braguitas.

–Jaime, por favor.

–Lo sé, lo sé. Me estaré quieto. No te asustes.

–Será mejor que me vaya. Hasta el sábado.

Se bajó del coche y, cuando abrió la puerta para entrar en casa, sintió su brazo rodeándole la cintura.

–¿Te vas a ir así, sin darme un beso? –le susurró al oído, pegándola a su pecho.

–Antes me has dicho que no te achuche más esta noche, y no quiero que te descontroles.

–Esta noche no me has preguntado por qué he ido al bar. Se supone que es domingo y no debería haber ido, según tú.

–¿Por qué has venido?

Él puso sus manos en su cintura. La giró y la miró a los ojos. Estaba un escalón más abajo que ella y aun así ella tenía que levantar un poco la mirada.

–Aunque no te lo creas, te echaba de menos. Quería verte, besarte, abrazarte. Necesito todo eso para poder pasar la semana sin ti.

Empezó a besarla y ella se colgó de su cuello.

–Aun así no voy a dejarte entrar –le dijo con un hilo de voz que le hizo reír.

–¿Y si te prometo que solo voy a besarte y que voy a portarme bien?

–¿Serías capaz?

Él le sonrió con una sonrisa picarona.

–No. Intentaría de nuevo colarme entre tus piernas –con esa insinuación consiguió ruborizarla y, sonriendo por su reacción, volvió a besarla. Después, se apartó de ella–. Será mejor que me vaya. Nos vemos el sábado.

–Se me va a hacer eterno –le dio un beso muy tierno en los labios.

–Así no voy a irme nunca. No seas mala.

–Tienes razón. Eres muy pesado –le sonrió–. Vete ya. Hasta el sábado –le dio un empujón al despedirse, haciéndole reír.

Entró y cerró la puerta suspirando. Él volvió al coche sonriendo. Nunca se divertía con ninguna mujer, y ninguna le hacía reír como Natalia. Le gustaba estar con ella y eso era bastante peligroso.

CAPÍTULO 16

La semana se le hizo eterna. No podía dejar de pensar en él. Tenía tantas ganas de verle que no sabía si, cuando lo viera, podría disimular o se le tiraría a los brazos para que él no dejara de besarla como hacía siempre.

Cuando al fin llegó el sábado, no dejó de mirar la puerta cada vez que se abría, para ver si era él el que entraba. Y al entrar él por fin, los dos se miraron. Ella le sonrió muy emocionada y él le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo. Se sentó en una mesa con su amigo Kiko y ella se acercó enseguida para atenderles.

–¡Hola! ¿Qué queréis?

–Yo quiero un beso, y a él ponle cualquier cosa.

Ella se rio.

–Vaya, parece que me he perdido algo –bromeó Kiko.

Después pidieron la cena.

–¿Vas a contarme lo que ha pasado? –preguntó Kiko cuando ella se marchó.

–Bueno, ya sabes, por fin ha caído.

–¡Joder, tío! Eres mi ídolo. Yo que pensé que no ibas a conseguirla. Pero bueno, no hay ninguna que se te resista, ¿verdad?

–No seas exagerado.

–Vamos, cuéntame cómo es en la cama. Espero que no sea tan sosa como parece.

–No te pases. Además no voy a contarte nada, y te puedo asegurar que de sosa no tiene nada.

Kiko le miró muy extrañado. Era la primera vez que no quería hablar de una chica. Entonces se dio cuenta de lo que ocurría.

–No puede ser –se rio–. Aún no te la has tirado.

–No, pero aunque lo hubiera hecho, no te lo diría.

–Vamos, ¿qué te pasa con esta chica? ¿Por qué no me lo cuentas? Tiene que tener algo muy especial cuando se te resiste tanto y no pasas de ella. ¿Qué es?

–No te lo vas a creer. Si no fuera porque cuando la besé, reaccionó así y me di cuenta, ni yo me lo creería.

–Me tienes muy intrigado. ¿Vas a soltarlo ya o tengo que obligarte? Yo te lo cuento todo, tío. ¿Qué puede tener esa chica de especial para que tú sigas como un perrito detrás de ella? Y lo más sorprendente, que aún no te la hayas

llevado a la cama.

–Tú eres la persona que mejor me conoce. Parece mentira que no sepas qué es lo que siempre he deseado en una mujer y que aún no he podido conseguir.

–¡No puedo creerlo! ¿Es virgen? –cuando lo vio asentir con la cabeza, volvió a preguntar– ¿De dónde ha salido esa chica? Ahora entiendo por qué eres capaz de aguantarle cualquier cosa.

–Cállate. Se acerca.

Natalia dejó todos los platos en la mesa.

–Que aproveche. ¿Queréis algo más?

–Sí, que te vengas conmigo ahora –la cogió de la mano y ella se soltó enseguida, mirando para todos lados.

–Para. Pueden vernos. Tengo que irme.

–¿Cuántos años tiene? –le preguntó Kiko en cuanto ella desapareció–. No te irás a meter en un lío, ¿verdad? Porque hoy en día, para pillar una virgen, tienes que convertirte en un pederasta.

Jaime empezó a reírse.

–Hubo un momento en que yo también pensé eso, pero no, no te preocupes. Tiene dieciocho años.

–¡Uf! Me has asustado. ¡Ves, tío! Tienes suerte hasta para eso. ¿Por qué ha dicho eso de que pueden veros? –Jaime le explicó lo de su primo–. Bueno, eso te viene bien, mientras tu primo no piense que estás con ella, no te dará la tabarra.

–Sí, y tú vas a ser mi tapadera. Si mi primo ve que nos vamos todos juntos, no sospechará.

Cuando Josemi mandó a Natalia al pub, eran las doce y media. Ella, antes de irse, se acercó a la mesa. Jaime estaba solo.

–Te dejo la cuenta. Tengo que irme al pub.

Le dio la cuenta y él volvió a cogerla de la mano.

–¿Cuándo nos vamos?

Ella intentó soltarse, pero no lo consiguió.

–Para. Sabes que no puedo irme aún. Tendrás que esperar –se agachó y le habló al oído–. Después podrás besarme todo lo que quieras.

–Te gusta torturarme, ¿verdad? –ella comenzó a reírse. Él suspiró y le miró intensamente–. Después voy a comerte a besos, y vas a ser mía.

Cada vez que él le decía esas cosas, ella se ponía muy nerviosa y se ruborizaba. A él le divertía ver como, con una mirada y unas palabras subidas de tono, ella perdía los nervios.

–Suéltame. Tengo que irme. Después te invito a un whisky. Ya sabes dónde estoy.

–Luego voy a buscarte.

Sobre las tres de la madrugada Natalia miró el reloj y le parecía muy raro que él no hubiera aparecido por allí en toda la noche. Entonces empezó a ponerse muy nerviosa y a pensar que él se habría cansado y que se habría ido con cualquier otra chica, ya que tener que estar esperándola cuando podría estar con cualquier chica que quisiera, debería de ser muy pesado para él, pues estaba acostumbrado a tener a cualquier mujer y no a una niñata, a la que no podía tocar en público y que le ponía el freno porque tenía miedo de acostarse con él. Le daban ganas de dejarlo todo y buscarlo, pero no podía hacer eso porque tenía que seguir trabajando.

Al rato, estaba sirviendo unos cubatas y, de repente, escuchó la música y a Alex gritar.

–¡¡Bueno, ahora vamos a ponernos un poco románticos, busca a tu chica y pégate a ella con esta canción!!

Cuando Natalia oyó la canción, sabía que era cosa de Jaime, y por más que lo buscaba entre la gente, no lo veía por ningún sitio, hasta que escuchó su voz detrás de ella.

–Estoy aquí, nena.

El corazón le dio un brinco. Se giró y él la cogió de la mano para llevarla a la pista de baile.

Cuando llegaron al centro, la tomó por la cintura y ella rodeó su cuello pegándose a él. Entonces comenzaron a bailar. Él no quería hablar, solo besarla. La semana se le había hecho muy larga y no quería esperar más. Se moría de ganas de besar esa boca cálida y temblorosa, de sentirla estremecerse entre sus brazos, y se preguntaba cuánto más podría esperar hasta llevársela a la cama. De una cosa estaba seguro: no podría esperar demasiado.

Al terminar la canción, aún seguían besándose, y la gente empezaba a bailar

tropezándose con ellos. Él la sacó de allí y se sentaron en un sofá.

–¿Cómo has conseguido que Alex vuelva a ponerte esa canción?

–Ya te lo dije el otro día, nena. Soy capaz de cualquier cosa por tenerte entre mis brazos. Además, me moría de ganas de besarte. ¿Sabes una cosa?

–¿Qué?

–Me ha gustado que me buscaras con la mirada cuando has oído la canción. Cada vez que oigas esa canción, búscame, porque andaré cerca, deseando bailar contigo, pegado a ti.

–No sigas diciéndome esas cosas.

–¿Por qué?

Ella cogió su cara entre sus manos y le besó con mucha pasión, sorprendiéndolo.

–Porque vas a conseguir que me vuelva loca. Ahora tengo que irme. Me encantaría seguir pegada a tus labios, pero tengo que volver al trabajo.

–No, aún no he terminado de comerte. Me falta por aquí.

Él empezó a morderle el cuello y ella comenzó a reírse y a estremecerse.

–Para, por favor, me haces cosquillas. Además, estoy enfadada.

–¿Por qué? ¿Qué he hecho? –le preguntó frunciendo el ceño.

–No has aparecido en toda la noche y estaba asustada. Pensé que te habías cansado de esperarme y que te habías ido –él sonrió. Parecía una niña haciendo pucheros y eso le gustaba. Le gustaba ver que esta vez era ella la que se enfadaba porque él no le había hecho caso. Entonces le dio un beso–. ¿Por qué no has venido antes? Te echaba de menos. Te hubiera invitado a un whisky y habiéramos podido hablar y pensar en algo para poder llevarme a casa sin que tu primo se mosquee.

–Sabes muy bien por qué prefiero esperar en el bar hasta que sea la hora de irnos, porque estar cerca de ti y no poder tocarte es una tortura para mí. Son casi las tres y media, hora de irnos, por eso he venido.

–Pero, hasta que tu primo no me diga nada, no puedo irme.

–Confía en mí y vuelve a la barra.

–Está bien.

Se levantaron del sofá y la acompañó hasta la barra. Entró tras ella. Se acercó a Toni y le advirtió algo al oído, muy serio.

–Espero que tengas la boca cerrada y no le digas nada a mi primo, y sobre todo no vuelvas a meterte donde no te llaman, ¿te queda claro?

–Sí, tío, no te preocupes. Lo siento. No volverá a pasar.

–Eso espero –salió de la barra y se dirigió a Natalia–. Te espero en el bar.

Natalia se quedó extrañada mientras se preguntaba por qué estaba tan seguro de que ella iba a salir ya.

Al momento vino Josemi. Entró detrás de la barra y la cogió de la cintura para decirle algo al oído.

–Jaime y Kiko se van con unas amigas. Van a pasar por tu casa y me han dicho si quieres que te lleven. Te llevaría yo mismo, pero hoy hay mucha gente aún y se va a hacer muy tarde, y no quiero que te quedes hasta tan tarde

–la cogió de la barbilla para mirarla a los ojos–. Pareces cansada, pero si no quieres ir con ellos, me escapo en un momento y te acompaño. Tampoco tardaremos tanto –añadió.

–No, no es necesario. Me iré con ellos.

Ella ya no quería estar con él a solas, y menos tenerle tan cerca. Cuando intentó apartarse de él volvió a acercarla, dejándola muy cerca, casi pegada a su cuerpo.

–¿Qué te pasa? Tengo la sensación de que estás huyendo de mí –le preguntó.

Ella comenzó a ponerse nerviosa. Solo podía pensar en que Jaime llegara y los viera así. Ahora que sabía la verdad, se daba cuenta de que sus abrazos no eran tan fraternales como ella había creído siempre, sino todo lo contrario. Cualquiera que estuviera mirándolos en ese momento podría pensar que estaban enrollándose, de tan pegados que estaban. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua y no haberse dado cuenta antes?

–No me pasa nada. Solo estoy cansada y quiero irme a casa.

Fue lo primero que se le ocurrió para que la soltara, pero cuando él agachó la cabeza, ella se quedó sin respiración. Tenía la sensación de que iba a besarla y quería morir en ese mismo instante.

–Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad, preciosa? –le dijo al oído, sorprendiéndola–. Sé que algo ha pasado con mi primo, pero no voy a insistir. Ya me lo contarás cuando quieras. Ahora será mejor que te vayas.

Le dio un beso en la mejilla y la soltó.

–Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Ella salió corriendo de allí y se fue al vestuario, intentando recomponerse un poco.

Cuando llegó al bar después de cambiarse, vio a Jaime y a Kiko con dos

chicas. Se quedó parada y bastante mosqueada, ya que una de las chicas parecía comerse a Jaime con la mirada. Jaime le guiñó un ojo.

–Vamos, Natalia, has tardado mucho –le dijo.

No le gustaba nada lo que estaba pasando, pero se marchó con ellos. Cuando llegaron al aparcamiento, Natalia estaba muy callada, y la rubia se acercó a Jaime, cogiéndole del brazo.

–¿Cuál es tu coche?

Él se soltó de su mano y se apartó de ella.

–Lo siento, guapa, pero mi corazón ya tiene dueña –cogió a Natalia por la cintura y la metió en el coche–. Encárgate de ellas –cuando entró dentro del coche, se dio cuenta de que Natalia estaba muy seria–. ¿Qué te pasa?

–No vuelvas a hacer eso –estaba muy enfadada.

–Vamos, nena, no te pongas celosa. Tú eras la que no quería que mi primo se enterara de nada, y ya te dije que mi primo no iba a creerse que soy un buen chico y que te llevo a casa sin ninguna recompensa. Es solo por eso por lo que estaba con esa chica. Ella no me interesa.

–No me refiero a eso. No estoy celosa. ¡Eres un machista insensible! ¿De verdad crees que las mujeres estamos en el mundo para complacerte?

–Eso no estaría mal –bromeó, y ella lo miró furiosa–. Es una broma, una broma, no te enfades –ella le dio un puñetazo en el brazo–. ¡Ay! Eso duele.

–¿No te has dado cuenta de cómo se ha quedado esa pobre chica? La has utilizado y eso le ha tenido que doler mucho. No quiero que vuelvas a hacer eso. Antes prefiero hablar con tu primo.

Estaban llegando y él aparcó el coche. Ella se frotaba la mano con la que le había pegado. Él le cogió la mano y comenzó a besarla.

–¿Te duele? Me has pegado con ganas. Tienes un buen gancho.

–No mientas, porque me he hecho polvo la mano y tú ni siquiera te has movido. ¿De qué estás hecho? ¿De hierro o qué?

Él le sonrió.

–Me has insultado y me has pegado. Podría denunciarte por malos tratos, ¿lo sabías? Pero me conformo con que se te haya pasado el cabreo –le acarició la cara quitándole unos mechones de pelo mientras ella seguía seria–. Vamos, nena, solo quería estar contigo, y esa era una buena excusa para sacarte de allí sin que mi primo sospechara, y eso era lo que tú querías, ¿no?

–Prométeme que no vas a volver a hacer algo parecido. No puedo estar a gusto contigo pensando que hay una pobre chica pasándolo mal por nuestra

culpa.

–No seas exagerada. Seguro que ni se acuerda de mí.

–Y tú no seas modesto, porque con esa labia que tienes es imposible que una se olvide de ti en cinco minutos. Seguro que has estado toda la noche diciéndole esas cosas tan bonitas que dices, y así es imposible que se olvide de ti, ni ella ni ninguna. Ahora entiendo por qué dicen que vuelves a todas locas.

–No he hablado con ella ni diez minutos esta noche, y quiero que sepas que no suelo hablar a ninguna chica de esa manera. Tú eres la única chica que hace salir mi vena romántica –ella empezó a reírse y él la miró muy serio–. ¿De qué te ríes? –le preguntó.

–No necesitas mentirme. Yo no tengo nada especial. Sé que soy muy poca cosa para ti, como también sé que nunca vas a enamorarte de mí.

–Eso es algo que tú no puedes saber, pero tienes razón, ¡no! No estoy enamorado de ti, y tampoco sé lo que siento por ti, pero me gusta estar contigo y eso no suele pasarme. Y no vuelvas a decir que eres poca cosa para mí porque nunca he estado con alguien como tú –la cogió de la barbilla, mirándola intensamente a los ojos–. Eres dulce... –le decía con una voz muy suave. Luego le dio un beso en los labios–, tierna... –volvió a besarla–, cariñosa... –seguía besándola una y otra vez después de cada palabra–. Me gusta hasta cuando te enfadas, y lo que más me gusta, ¿sabes qué es?

Ella hizo un gesto de negación con la cabeza pues no podía hablar. Estaba emocionada con sus palabras y, aunque no quería creérselas, le llegaban muy adentro.

–Pues es lo que te hace especial y que las demás no han tenido, saber que nunca antes has estado con nadie, que nadie te ha tocado, que nadie te ha besado excepto yo. Llámame machista si quieres, pero los hombres somos así. Nos gusta ser los primeros en todo, y eso es algo que me asusta. Tengo miedo de seguir adelante contigo por si después no puedo alejarme de ti, y eso no puede ocurrir.

–¿Por qué? ¿Porque tú eres un niño pijo y yo una simple camarera?

Él comenzó a reírse a carcajadas y le dio un beso con fuerza.

–¿Por qué crees que soy un niño pijo?

–No sé. ¿Será por tu ropa de marca y tu coche deportivo? Nadie que no tenga dinero puede llevar este cochazo.

Era un Audi TT negro y era precioso. Ella nunca había visto un coche tan bonito en toda su vida.

–Vaya, eres muy observadora, pero no, no es por eso, eso no me importa.

–¿Entonces por qué? –él empezó a besarla para hacerla callar porque no quería seguir hablando de eso, ni siquiera sabía por qué había sacado el tema–. Está bien. Si no quieres decírmelo, no importa –dijo ella, al darse cuenta.

–No, no quiero seguir hablando. Bésame, por favor, eso es lo único que quiero –cuando fue a besarla de nuevo, ella le puso los dedos en sus labios–. ¿Quieres seguir torturándome?

–No, quiero contarte una cosa.

–¿No puede esperar?

–No.

–Está bien, ¿qué es?

Le contó lo que había pasado con su primo, un poco preocupada.

–Puede que me lo esté imaginando, ahora que sé lo que siente por mí, y por eso confunda las cosas.

–He visto cómo te abraza, y no, no te lo estás imaginando. Hablaré con él.

–No, no quiero que lo hagas. Por lo que me ha dicho y lo que ha insistido en que puedo contarle cualquier cosa, creo que piensa que te has acostado conmigo. Y, si después te ha visto con esa chica... No, será mejor que no le digas nada –añadió preocupada, imaginando que los dos pudieran discutir por su culpa.

–Mira, nena, si mi primo tuviera la menor sospecha de que me he acostado contigo y luego he pasado de ti para irme con otra en tus narices, primero no te hubiera dejado venir conmigo esta noche, y segundo, me habría matado.

Ella se rio.

–No seas exagerado, y prométeme que no vas a hablar con él de momento. Solo te lo he dicho por si alguien te viene con el cuento, para que sepas que no ha pasado nada.

–Confío en ti, nena. De quien no me fío es de él. Y espero que no lo haga delante de mí porque no sé si podré aguantarme. No me gusta cómo te abraza. ¿Tienes algo más que contarme?

–No solo era...

No la dejó terminar. Estaba ansioso. Empezó a besarla con fuerza. Sus besos eran posesivos, con tanta pasión que la dejaba sin aliento. Sus manos subían muy despacio por debajo de su camiseta acariciando sus pechos, pellizcándole los pezones, haciéndola estremecer de los pies a la cabeza. Sus manos eran tan suaves que parecían terciopelo recorriendo sus pechos y

bajando poco a poco por su abdomen hasta llegar a sus pantalones.

Cuando ella sintió su mano colándose por sus bragas y acariciando su vello púbico, inmediatamente reaccionó y le quitó la mano.

–Para. No hagas eso... Por favor –le susurró con la voz entrecortada por el deseo que él había provocado en todo su cuerpo.

–Vamos a tu casa –volvió a besarla con tanta pasión que casi no la dejaba respirar–. No puedo esperar más, nena.

–No –le dijo con un hilo de voz.

–Por favor, nena, te necesito. Necesito estar dentro de ti.

Le susurraba eso en el oído mientras le lamía y mordía el lóbulo de la oreja, haciéndola estremecer de nuevo. Esas palabras la asustaban y la provocaban al mismo tiempo, el miedo y el deseo aparecían con la misma intensidad.

–No, aún no, es pronto –al oír esas palabras se apartó de ella bruscamente.

–Será mejor que te vayas –estaba muy serio y parecía enfadado.

–Siento mucho que te enfades. Buenas noches.

Ella bajó del coche y, cuando fue a abrir la puerta de su casa, sintió cómo él la cogía por la cintura y, pegándola a su cuerpo, le susurraba en el oído.

–No estoy enfadado, nena, solo que me pones a cien y, cuando estoy así, si te tengo tan cerca, no puedo controlarme. Por eso te he dicho que te fueras, porque no quiero volver a asustarte como la otra noche.

–Lo siento, pero creo que será mejor que no volvamos a vernos.

–Vamos, nena, te juro que no volveré...

–No es por eso. No quiero enamorarme de ti.

–Entonces no lo hagas. No es necesario enamorarse para tener una aventura.

–No creo que pudiera entregarme a nadie sin estar enamorada.

Nada más terminar de decir eso, él le dio la vuelta y le cogió la cara entre sus manos.

–Entonces tendrás que enamorarte de mí, nena, porque no voy a dejar que seas de otro hombre.

Empezó a besarla con tanta fuerza y tanta pasión que la volvió a dejar sin respiración. Ella sabía que jamás podría estar con otro hombre porque estaba perdidamente enamorada de él, y eso ya era irremediable. En ese mismo instante en el que se dio cuenta, le entró el pánico y lo empujó con fuerza para apartarse de él.

–¡No, no puede ser! ¡Es mejor que te alejes de mí! –le gritó desesperada.

–No voy a hacer eso. ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

–No podría soportar que te pasara algo. Tienes que dejarme. Tienes que

alejarte de mí. Suéltame, por favor –le dijo muy triste, agachando la mirada.

–No te entiendo –él le levantó la cara y vio sus ojos llenos de lágrimas–. No voy a dejarte hasta que no me digas qué te pasa.

–¡No puedo estar contigo! ¡No puedo querer a nadie! ¡Tengo una maldición! Y por tu bien es mejor que no te acerques a mí.

Le dio un empujón, entró en su casa y cerró la puerta antes de que él pudiera reaccionar después de tal confesión.

–Natalia, abre la puerta. ¡Maldita sea! ¡Abre la puerta! Por favor, tenemos que hablar. No me puedes dejar así, y más después de lo que acabas de decirme.

Por más que tocaba ella no le abría. Entonces se marchó al bar. Quería hablar con su primo. Necesitaba saber qué le pasaba a Natalia y estaba seguro de que su primo sabía lo que le ocurría.

Cuando llegó al bar, estaba vacío. Su primo estaba terminando de recoger unas mesas y Lola estaba limpiando en la barra.

–¿Quieres que te ayude? –le preguntó al verlo.

–¿Qué haces aquí? Sí que has terminado pronto con esa chica. Cada vez te duran menos –bromeó Josemi.

–Invítame a un whisky. Quiero hablar contigo.

Josemi puso dos whiskies y se sentaron en una mesa.

–Parece importante. ¿Qué te pasa?

–Júrame que no vas a enfadarte.

Sabía que su primo se pondría furioso cuando supiera que había estado con Natalia y no con la otra chica, pero no le importaba enfrentarse a su primo. Necesitaba saber qué le pasaba a Natalia, costase lo que costase.

–Está bien. No voy a enfadarme. ¿Qué has hecho?

–Quiero saber por qué Natalia dice que tiene una maldición, por qué dice que no puede quererme y que no puedo estar con ella.

Su primo le miró con el ceño fruncido y con muy mala leche.

–Se supone que estabas con esa chica. ¿Cómo coño has terminado con Natalia?

–Eso no importa.

–¡A mí sí me importa! –gritó furioso–. Te dije que la dejaras en paz. ¡Joder, no pararás hasta que no consigas llevártela a la cama! ¿Verdad?

–Mira, no sé qué me pasa con esa chica, pero no me pidas que deje de verla porque no pienso hacerlo.

Su voz era calmada. No quería enfadarlo más de lo que ya estaba y que no le dijera lo que necesitaba saber sobre Natalia.

–Yo sí sé que es lo que te pasa con ella. Sabes que es virgen, ¿verdad? Te conozco. Si no, no andarías aún persiguiéndola. Ya te habrías cansado y andarías con otras.

–Bueno, ¿vas a decirme qué le pasa o tengo que volver a preguntárselo, aunque tenga que tirar la puerta abajo?

–Que se ha enamorado de ti, y en el fondo me alegro.

–¿Y tú cómo puedes saber eso? ¿Y por qué te alegra que se haya enamorado de mí? No te entiendo.

–No entiendes nada porque no la conoces. Natalia ha sufrido mucho. Cuando tenía ocho años, sus padres murieron en un accidente y se crio con sus abuelos, a los que adoraba. Hace dos años murió su abuelo, y su abuela faltó hace apenas siete meses. No tiene a nadie. Está sola en el mundo, y lo ha pasado muy mal. Por eso le ha dado por pensar que tiene una maldición y que toda la gente a la que quiere, se muere. Aunque en el fondo yo creo que es una manera de protegerse. No quiere querer a nadie más porque no quiere volver a perder a nadie, porque cree que, si vuelve a querer a alguien, esa persona podría morir –bebió un trago largo de whisky y continuó–. Cuando su abuela murió, desde esa misma noche le dio por decir eso de que estaba maldita, y fue cuando empezó a alejarse de mí con la excusa de que yo era como un hermano para ella, y desde ese momento intenta no tener relaciones profundas con nadie. Por eso me alegro de que se haya enamorado de ti, porque cuanto más te quiera, más se alejará de ti.

–¡Joder, tío! Me has dejado hecho polvo. Me extrañaba que nunca hablara de sus padres, pero nunca me hubiera imaginado algo así. Pensé que vivía sola porque quería.

–¿Por qué crees que no quiero que le hagan daño? Ya ha sufrido bastante y tú no puedes darle lo que necesita, que es seguridad y alguien que no vuelva a dejarla. No le jodas la vida, Jaime. Déjala tranquila. Si de verdad sientes algo por ella, por muy pequeño que sea, aléjate de ella y no le hagas sufrir. Ella no se lo merece.

–¿Y se merece estar sola por esos miedos absurdos?

–No. Pero tú no puedes estar con ella, y los dos lo sabemos.

–Tengo que irme.

Antes de que pudiera moverse, su primo le agarró del brazo.

–No juegues con ella, Jaime. Los dos sabemos que no tienes ninguna

oportunidad de ser lo que ella necesita.

–Eso es algo entre ella y yo...

–¡No! Sabes que eso no es cierto. Sabes que nunca podrás estar con ella...

–Necesito estar con ella y nada me lo va a impedir.

–Jaime, no voy a dejarte ir hasta que no me prometas que vas a decirle la verdad.

Jaime lo miró muy serio.

–Te lo prometo. Ahora he de irme.

No podía dejar de pensar en ella. Lo que le había contado su primo le había impactado, y ahora podía entender por qué le costaba tanto decidirse, por qué le daba tanto miedo estar con él. Recordaba sus ojos llenos de lágrimas antes de desaparecer dentro de su casa dándole con la puerta en las narices, y necesitaba saber que se encontraba bien. Necesitaba abrazarla y darle consuelo. Y esa necesidad era más grande que cualquier deseo que pudiera sentir.

CAPÍTULO 17

Natalia se había acostado, pero no podía dormir. No dejaba de pensar en él, y por mucho que deseara estar con él, no podía. Tenía miedo de que algo le pasara, y no podría soportar perderle a él también, por eso prefería renunciar a él, ya que no se puede perder lo que no se tiene. Pero aun así, no podía dejar de sentir un vacío y un dolor en el pecho muy grande.

Se sentía tan sola que no podía dejar de llorar. Necesitaba estar en sus brazos, que él la abrazara y que le hiciera olvidar esa soledad tan grande que sentía desde que sus abuelos se murieron dejándola tan sola, tan triste y tan desamparada, tanto que muchas veces creía que nunca más iba a volver a ser feliz, y que nunca más volvería a llenar ese vacío tan grande que sentía en su corazón. Y, aunque solo fuera por unas horas, lo necesitaba. Necesitaba sentirse querida aunque supiera que él nunca la querría, que para él solo sería una más en su lista de conquistas, pero, aun así, ella lo necesitaba, lo necesitaba como el aire para respirar. Pero, al mismo tiempo, el terror de tenerlo y perderlo la aterraba y la obligaba a alejarse de él.

De repente, pegó un brinco de la cama al oír como golpeaban la puerta. Se levantó asustada y bajó las escaleras. Aún no había llegado abajo cuando volvió a oír golpes y se acercó a la puerta muy despacio. Entonces escuchó su voz.

–Natalia, abre la puerta –no podía creer que él hubiera vuelto y se quedó parada, pegada a la puerta esperando que se fuera, pero entonces volvió a oír su voz–. Natalia, ábreme por favor –sabía que si abría la puerta, estaba perdida, porque no tendría la fuerza suficiente otra vez para volver a decirle que no podían estar juntos, y tampoco para dejarle marchar–. Sé que estás ahí, nena, y no voy a irme hasta que no hablemos. Si no me abres, voy a empezar a gritar y voy a despertar a todos los vecinos.

Ella sabía que era muy capaz de hacerlo, así que se limpió las lágrimas y abrió la puerta muy despacio.

–Es mejor que te vayas. No quiero hablar contigo. Te he dicho que es mejor que...

Él empujó la puerta despacio porque no quería hacerle daño, y entró dentro, cerrando la puerta a su espalda con el pie. Le pasó los brazos por la cintura y empezó a besarla, llevándola en volandas hasta el comedor.

–No voy a morirme, nena. No me va a pasar nada. Déjame demostrarte que no tienes ninguna maldición y, si la tuvieras, estoy dispuesto a romperla o a morir en el intento –le dijo cuando consiguió dejar de besarla.

Ella le puso la mano en la boca para hacerle callar.

–No digas eso, por favor, si te pasara algo, me moriría. Por eso, no quiero arriesgarme. Es mejor que te vayas. ¿No te das cuenta de que todas las personas que quiero se mueren?

Él le sonrió y le acarició los ojos, secando sus lágrimas.

–Yo no voy a morirme, y no quiero que vuelvas a llorar.

–¿Por qué estás tan seguro?

–Solo estoy seguro de una cosa. Y es que, si no me dejas estar contigo, entonces sí voy a morir, pero de frustración.

A ella le dio la risa al verle fruncir el ceño diciendo eso. Estaba tan gracioso que no pudo evitar besarle con mucha ternura pues se sentía feliz de que hubiera vuelto.

–Estás loco.

–Quiero saber una cosa.

–¿Qué?

–¿Me quieres?

Quería comprobar si su primo tenía razón, y si la conocía tan bien como parecía.

–No. Quiero a tu primo –en ese momento él la miró con cara de póker, ella le sonrió y siguió diciéndole–, a Lola, a Alba, a Inma, hasta a Toni y a Alex, a todos menos a ti –no podía seguir conteniendo la risa al ver su cara de disgusto–. A ti te amo –le sonrió y le dio un beso muy tierno–. Se puede querer a mucha gente, pero solo se puede amar a una persona. Por eso no deberías estar aquí. Es peligroso para ti.

–Aquí es donde quiero estar, contigo. No vuelvas a intentar alejarme de ti porque no vas a conseguirlo –empezó a besarla y la cogió en brazos–. ¿Dónde está tu habitación? –le preguntó mientras subían por las escaleras.

–La segunda a la derecha.

Cuando llegaron a la habitación, la tumbó en la cama y se acostó a su lado.

–Jaime, no...

Él le puso el dedo en la boca haciéndola callar.

–¡Ssshhh! No voy a hacerte el amor, tranquila. Solo quiero dormir contigo para que veas que nada va a pasarme por estar a tu lado, y que no estás maldita.

–¿Por qué has vuelto?

–No querías hablar conmigo. Así que he ido a la única persona que podía decirme qué te pasaba y qué era eso de la maldición.

–¿Has hablado con tu primo? ¡Joder! ¿Por qué lo has hecho? Ahora sabrá que le hemos mentado –intentó levantarse, pero él no la dejó y se puso casi encima de ella.

–Estoy harto de tener que esconderme de mi primo. Además, la culpa es tuya. No puedes decirme algo como lo que me has dicho y creer que voy a desaparecer así de tu vida. Cuando mi primo me ha contado todo lo que te había pasado con tu familia, no podía dejar de pensar en ti. Quería estar contigo, y no podía quitarme de la cabeza tu mirada llena de lágrimas, porque no soporto ver esos ojos tan hermosos que me tienen loco, tristes y llorosos – le acarició los ojos nuevamente y los besó–. No quiero que vuelvas a llorar. Empezó a besarla con tanta pasión que sintió cómo ella se estremecía entre sus brazos, sabía que si no paraba ya no podría hacerlo, entonces dejó de besarla y la abrazó con fuerza.

–Vamos a relajarnos, porque si no, tendré que marcharme y no podré demostrarte que no estás maldita.

–Está bien. Será mejor que durmamos un poco. Son casi las cinco y media y tengo mucho sueño. Gracias por estar aquí.

–No tienes que agradecerme nada, solo dejarme que me quite la camisa, que me molesta mucho. No estoy acostumbrado a dormir con ropa.

Ella empezó a reírse.

–No tienes que pedirme permiso para eso.

Cuando se quitó la camisa y se volvió a tumbar a su lado, ella se acurrucó en su pecho. La abrazó y ella sintió el calor de su pecho desnudo. Empezó a ponerse nerviosa, pero le encantaba esa sensación. Sus brazos fuertes y musculosos le hacían sentirse pequeña, pero también le daban una seguridad que no había sentido desde que murió su abuelo. Tenía un cuerpo impresionante y ella no podía evitar el deseo de tocarle, entonces empezó a acariciar y a jugar con el vello de su pecho. Él enseguida le cogió de la mano y le hizo parar.

–No sigas, nena, en este tema no soy tan fuerte como mi primo, y si sigues acariciándome así, voy a perder el poco control que me queda.

–¡Dios mío! Nunca hasta ahora había pensado en eso. En esa noche en que me sentía tan sola y vacía, después de la muerte de mi abuela, que le pedí que se quedara a dormir conmigo. Aunque él nunca se quitó la ropa y yo

tampoco, le acariciaba. Solo me acercaba a él y él me acurrucaba en sus brazos. ¡Joder! Tenía que ser horrible para él, ¿verdad?

–No seas exagerada. Yo estoy aquí y tampoco es tan horrible. Bueno, un poco solamente –bromeó.

Ella le dio un puñetazo suavemente en el pecho, riéndose.

–Si te parece tan horrible estar aquí conmigo, ya sabes dónde está la puerta.

–No es horrible. Solo una tortura. Tenerte casi desnuda entre mis brazos y no poder hacerte el amor. ¡Sí, Dios mío, es una tortura! –ella empezó a reírse a carcajadas, de modo que le contagió la risa. Entonces le dio un beso en los labios–. Pero me gusta que me tortures. Jamás pensé que podría pasar toda la noche con una chica en la misma cama sin obtener sexo a cambio. ¿Qué me estás haciendo, nena?

Ella le miró extrañada.

–No lo sé, ¿dímelo tú?

–No sé qué me estás haciendo. Solo sé que estoy aquí tumbado a tu lado como un gatito, cuando en realidad me gustaría ser un león y devorarte poco a poco –empezó a morderle el cuello. Ella se estremeció entre sus brazos y, riéndose, le pidió que parase–. Aun no sé cómo consigues que me porte así. Si sigues así, vas a conseguir que me convierta en un chico bueno.

–Bueno, a lo mejor es que estás madurando, que ya es hora –bromeó riéndose de nuevo.

–¿Me estás llamando viejo e inmaduro? Ahora sí que te has pasado, y te vas a arrepentir.

Empezó a hacerle cosquillas y ella intentó escapar, pero era inútil. Él no la soltaba por mucho que ella suplicara.

–¡¡Para, para, por favor!!

De repente ella se revolvió y empezó a hacerle cosquillas a él. Este la soltó inmediatamente, apartándose de ella, porque no soportaba las cosquillas.

–¡No, estate quieta! Me rindo. No soporto las cosquillas.

–Demasiado tarde.

Se sentó encima de él, a horcajadas en su cintura, para seguir haciéndole cosquillas. Él le cogió de las muñecas para que parara y le cruzó las manos en la espalda, de modo que la dejó inmovilizada mientras la miraba intensamente. Ella de repente cesó de reírse y se perdió en su mirada, porque cada vez que él la miraba así se quedaba embobada. Sin ningún esfuerzo, como si pesara menos que una pluma, la echó en la cama y se puso encima de ella, besándola y acariciándola.

Cada beso, cada caricia, eran como un fuego ardiente recorriendo su cuerpo. Cuando sintió su piel erizándose bajo sus dedos, su respiración cortada, y cómo se le aceleraba el corazón, le soltó las manos y la liberó. Justo en ese momento, él esperaba que ella hiciera lo que tanta rabia le daba, que pusiera las manos en su pecho para detenerle, como siempre hacía cuando él se ponía demasiado intenso. Pero ella le sorprendió pasando las manos por su pecho y acariciándole suavemente, subiendo una mano hasta su pelo y enredando sus dedos en él. La otra mano la pasó por su espalda y se pegó a su cuerpo. Sabía que con ese gesto ya no tendría escapatoria, pero ya no quería seguir escapándose de él. Le deseaba tanto como él a ella, y quería estar con él, necesitaba estar con él, y llenar ese vacío tan grande que sentía.

Él se quedó muy sorprendido con esa reacción en ella, pero encantado de que diera ese paso. Comenzó a besarla con tanta pasión que casi no la dejaba respirar. Sus manos expertas le acariciaban suavemente, sin prisas, todo el cuerpo, y hacían que ella se estremeciera entre sus brazos y deseara más y más sus caricias.

—¿Seguro que estás preparada? ¿Quieres que siga? —se detuvo un momento y le preguntó, mirándola a los ojos. Ella le contestó con otra pregunta.

—¿Podrías parar ahora?

—¡Uf, no! Sería lo más difícil que jamás he hecho en la vida. Te necesito, nena —le dijo mientras le daba un beso muy tierno en los labios—, no puedes imaginar lo mucho que te necesito. Pero, si no estás preparada, puedo esperar. Será muy duro, pero puedo esperar. Solo quiero que estés segura.

Ella le besó, conmovida por lo que acababa de decirle.

—Te amo, y yo también te necesito —le susurró suavemente al oído.

Con esas palabras se lo decía todo. Él le sonrió y empezó a besarla de nuevo. Esta vez sus besos eran distintos. Ella podía sentir su pasión con una fuerza demoledora. Cada movimiento de su boca contra la de ella era fuerte y posesivo. Cada roce de su lengua era como un baile de caricias, que despertaba en ella un deseo incontrolable. Con cada beso, él se volvía más exigente y ella era incapaz de negarle nada.

Abandonó su boca para descender poco a poco por su garganta con pequeños besos y suaves mordiscos, mientras que con sus manos le subía muy despacio la camiseta rozándole con la yema de los dedos su sensible piel. Estremeciéndose bajo su cuerpo, se le escapó un gemido de placer,

haciéndole perder el control, y le quitó rápidamente la camiseta y le cogió los pechos entre sus manos, unos pechos más bien pequeños para lo que él estaba acostumbrado, pero redondos, firmes y sensibles, muy sensibles al contacto de sus dedos, ya que podía sentir cómo sus pezones se endurecían cuando los besaba y los saboreaba con calma, sin prisas, como si el tiempo se hubiera detenido y solo existieran ellos dos en todo el universo.

Mientras la enloquecía con sus besos, sus manos volvían a descender por su cuerpo. Esta vez para quitarle las braguitas y poder acariciar su zona más sensible. Esa selva inexplorada, virgen y solo para él. Al acariciar su sexualidad despacio, formando esos pequeños círculos, embriagándola de placer, podía sentirla húmeda, caliente y preparada para recibirlo, y aunque se moría de ganas de adentrarse en ella, sabía que necesitaba prepararla para poder recibirlo con mayor placer. Así que, mientras ella se retorció y gemía de placer entre sus brazos, él introducía su dedo corazón muy despacio, moviéndolo con mucho cuidado para darle ese placer que ella necesitaba para desear más, mucho más, y eso era justo lo que él estaba dispuesto a darle, porque ya no podía esperar ni un solo segundo más. Por ello, abriéndole las piernas, se colocó encima de ella.

Natalia no se había dado ni cuenta de cómo se habían desnudado, pero cuando él volvió a ponerse encima de ella y sintió su cuerpo completamente desnudo, se ruborizó y se estremeció, mirándolo sorprendida a los ojos.

Él le sonrió disfrutando de su timidez y sorprendido al notar el pudor de ella en su mirada, sin entender cómo podía ruborizarse por descubrirse desnuda ante él, cuando todo su cuerpo estaba ardiendo de placer por los besos y las caricias que él acababa de proporcionarle. Y en ese momento pudo comprobar que eso era precisamente lo que más le gustaba de ella, su pureza y su inocencia. Esa inocencia que ella le estaba regalando y que él había anhelado con cualquier mujer con la que hubiera estado anteriormente.

Empezó a penetrarla muy lentamente y sintió cómo todo su cuerpo comenzó a tensarse por el dolor, mientras que el suyo se tensaba por ese deseo de poseerla. Siendo consciente del dolor que le estaba provocando, se esforzó por no perder el control y sus besos se tornaron más tiernos, más cálidos, mientras seguía penetrándola poco a poco, disfrutando de cada centímetro de su virginidad, hasta que por fin consiguió romper su himen. Cuando lo hizo, ella se aferró a su espalda clavándole las uñas y ahogando un grito de dolor. Él sintió un placer inmenso al estar por fin dentro de ella. Podía sentir cómo su cuerpo seguía tenso y entonces le dijo algo al oído, con toda la ternura que

era capaz de demostrar en esos momentos.

–¡Ssshhh! Ya pasó, nena. Relájate.

La besó con suavidad, con ternura, dándole tiempo a reponerse de la invasión que había sufrido, hasta que sintió cómo su cuerpo volvió a relajarse y volvió a arder en deseo.

Cuando la sintió de nuevo relajada, comenzó a moverse, suavemente, lentamente, hasta sentir cómo ella le pedía más con sus propios movimientos. Justo en ese momento le hizo el amor con tanta pasión que ella creía que iba a perder la razón, y cada vez que él se movía, ella se arqueaba y se adaptaba a él con una complicidad que lo volvía loco.

Él nunca había sentido tanto placer con ninguna mujer. Nunca se había entregado tanto a una mujer, y nunca había sentido una entrega como la que estaba sintiendo con ella, porque normalmente sus aventuras eran bastante frías. Pero Natalia era puro fuego. Le gustaba cómo su cuerpo reaccionaba con el suyo, cómo se movía y se dejaba llevar. Ardía entre sus brazos, y lo consumía con su pasión y su deseo.

Tenía que controlarse para poder llevarla con él hasta lo más alto, aunque empezaba a resultarle un poco difícil pues estaba a punto de perder la cabeza. Pero justo en ese momento, cuando creía que ya no podía soportarlo más, empezó a sentir cómo ella se convulsionaba y temblaba al llegar al orgasmo. Solo entonces se dejó llevar por esa pasión arrolladora que los envolvió y los llevó hasta la cumbre del placer para dejarlos exhaustos y agotados, sin poder hablar ni moverse. Solo se oían, en el silencio de la madrugada, sus respiraciones entrecortadas, tan agitadas y excitadas como los latidos de sus dos corazones, que parecían latir a un mismo son.

Cuando él consiguió calmarse un poco, levantó la cabeza para mirarla. Sus increíbles ojos verdes estaban aún nublados por el placer y su respiración aún seguía agitada.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Ella asintió con la cabeza y él salió de dentro de ella y se tumbó a su lado, arrastrándola con él y abrazándola con fuerza. Estaban pegados y abrazados en silencio mientras él la besaba suavemente en los labios, la nariz, los ojos.

–Te amo –le susurró ella con un hilo de voz.

Él le sonrió y la besó con mucha ternura en los labios.

–He estado con muchas mujeres, nena, pero esto ha sido increíble y no creo

que pueda olvidarlo nunca –en ese momento, él se dio cuenta de que Natalia parecía triste–. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás triste? ¿Tan mal lo he hecho? ¿Te he hecho mucho daño? –le preguntó preocupado.

–No, no es eso. Ha sido maravilloso. No me ha dolido mucho. Me ha encantado, y yo tampoco voy a poder olvidarlo en toda mi vida. Nunca me imaginé que pudiera ser así, tan bonito.

–Entonces, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan triste?

–Bueno... es que ahora que has conseguido lo que querías vas a dejarme como has hecho con todas, y eso me pone triste.

–¡Joder! No puedo creer que estropees un momento como este con esa tontería. ¿Quieres que me vaya? –le preguntó enfadado–. Porque, si quieres que me vaya, solo tienes que decírmelo.

–No, no quiero que te vayas, solo que...

–Yo nunca te he comparado con ninguna otra mujer, ¿por qué lo haces tú?

La soltó y se quedó tumbado boca arriba a su lado. Natalia sabía que estaba enfadado y se sentía fatal porque tenía razón. Había estropeado un momento hermoso por esos miedos que empezaban a invadirle todo el cuerpo. El miedo de saber que con él todo lo que empezaba estaba por terminar. Pero entonces decidió olvidar esos miedos para disfrutar y aprovechar el tiempo que él decidiera darle, y se pegó a su cuerpo, apoyando la barbilla en su pecho y jugueteando con su vello.

–Lo siento. Perdóname, por favor. Soy una tonta que tiene miedo de perderte. Me da miedo despertarme mañana y que ya no estés –le dijo nerviosa, mirándole a los ojos.

Cuando la oyó decir eso, recordó todo lo que su primo le había contado, sobre cómo había perdido a su familia y lo sola que estaba, e inmediatamente comprendió su temor. Entonces cogió su cara entre sus manos, arrastrándola y obligándola a subir hasta él, y le dio un beso. Su cuerpo estaba tendido encima del suyo, y, bajando las manos lentamente, en una caricia, las dejó en su culo apretándolo contra sus caderas.

–No voy a ir a ningún sitio, nena. Cuando te despiertes mañana, seguro que estaré abrazado a tu cuerpo, deseando como un loco volverte a hacer el amor, y porque son las siete de la mañana y estoy reventado, si no te volvería a hacer el amor ahora mismo. Pero tenemos que dormir aunque sea un poco –ella le dio un beso y le sonrió–. Ser el primero ha sido tan especial para ti como para mí, y no voy a dejarte tan fácilmente, aún no he terminado contigo.

Volvió a besarla y ella no pudo evitar dar un bostezo mientras la besaba, contagiándole y haciendo que él también bostezara.

–Ves. Necesitamos descansar y recuperar fuerzas.

La tumbó a su lado, la abrazó y ella se acurrucó en sus brazos y le dio un beso.

–Te amo. Hasta mañana.

Él le devolvió el beso.

–Hasta mañana.

No habían pasado ni dos minutos y ella se había quedado dormida profundamente. Él, sin embargo, no podía dormir porque los remordimientos no le dejaban. No había podido cumplir la promesa que le había hecho a su primo, y sabía que iba a tener problemas en cuanto él se enterara. Como también sabía que, si le hubiera dicho la verdad, ella nunca se habría entregado a él, y él era un egoísta que la deseaba demasiado como para perder la oportunidad de tenerla, de disfrutar de su virginidad y de ser el primero.

Nunca se hubiera imaginado que podría volverse tan irresponsable. ¡Sí! Ella era virgen y no podía pegarle ninguna enfermedad, pero podía dejarla embarazada y, aun así, no había usado protección, porque las ganas de sentirla, de disfrutar de ella sin barreras le habían hecho olvidarse de ese pequeño detalle. Era la primera vez que le había pasado algo así, y por más que le hubiera gustado, tenía que ser la última. Se abrazó a ella y terminó quedándose dormido.

CAPÍTULO 18

Jaime se despertó sobresaltado pues le había parecido que tocaban a la puerta. Natalia estaba a su lado de espaldas a él. Se pegó a su cuerpo y empezó a besarla en el cuello. Entonces volvió a oír cómo golpean la puerta nuevamente, y la besó de nuevo para despertarla, pero ella no se despertaba. Estaba demasiado cansada.

Se puso los calzoncillos y los pantalones y bajó a abrir la puerta. Cuando la abrió, su primo le miró de arriba abajo y, dándole un empujón, pasó dentro. Jaime cerró la puerta, preparándose para el sermón que le iba a soltar su primo.

—¿Desde cuándo has perdido los modales, primito? Se dice buenos días, o al menos, ¡hola! —Josemi se giró y lo miró. Su mirada era fría como el hielo y cargada de amenazas de muerte—. Vamos, primito, no me mires así. Te equivocaste. Parece que no la conoces tan bien como crees.

—¡¡Cállate la boca!! —le gritó— ¡No estoy para aguantar tus tonterías! ¿Dónde está Natalia?

—Durmiendo, y no voy a dejar que la despiertes, está muy cansada.

Los dos se miraron desafiantes.

—Me dijiste que se lo contarías todo antes de... ¡joder! Me lo prometiste. Confié en ti.

—¿Por qué crees que no se lo he dicho?

—Porque no hubieras pasado la noche con ella, y de eso sí puedo estar seguro y tú también. De lo contrario se lo hubieras dicho. Pero no te preocupes. Voy a esperar a que se despierte y seré yo mismo quien se lo cuente todo.

—Tú no vas a contarle nada —su voz era fría y cortante, como la de su primo—. No te metas en medio porque entonces me olvidaré de que eres mi primo y tendremos serios problemas. No quiero pelear contigo, sabes que para mí eres como un hermano y no quisiera perderte. Sé que te duele mucho lo que ha pasado esta noche entre Natalia y yo, y te juro que lo siento por ti, pero ya no tiene remedio —vio que su primo no decía nada—. ¿Quieres contárselo? ¡Está bien! Cuéntaselo. Lo único que vas a conseguir es perderme a mí, porque no te lo perdonaré nunca, y a ella también por no habérselo dicho antes. Pero antes te diré que sí, que tenías razón, que está enamorada de mí, así que solo tendré que pedirle perdón, y si es necesario suplicarle, lo haré, y ella acabará

perdonándome. Pero a ti no.

–Mi tía será una santa, pero tú eres un ¡hijo de puta! Lo que me extraña es que aún estés aquí. Ya has conseguido lo que querías, ¿por qué no te has marchado?

–Eso es lo que tú quisieras, que la dejara ahora, ¿verdad? Para que tú puedas consolarla.

Josemi le miró muy serio.

–¿De verdad crees que todos somos como tú, que nos aprovechamos de las circunstancias? –le dijo con desprecio.

–¡Yo no me he aprovechado de ella! ¡Ella sabía exactamente lo que hacía!

–¡Sí te has aprovechado de ella! Es una cría, ¡joder! Y tú, demasiado hábil con las mujeres. La has enamorado hasta conseguir que haga lo que tú quieras, y así podréte llevar a la cama...

–¡Basta! Ya ha dejado de ser una cría y todo gracias a mí, y te puedo asegurar que ha sido increíble –al escucharle decir eso, Josemi lo cogió del cuello y lo arrinconó contra la pared, levantándole el puño–. Puedes pegarme si quieres, pero eso no cambiará nada. ¡Joder, tío! Lo siento. No quiero hacerte daño con mis palabras, pero me cabrea que todos penséis que lo único que me interesaba de ella era su virginidad.

–¿Y no era eso lo que buscabas? ¿Ahora me vas a decir que te has enamorado de ella? Porque no voy a creerte –le soltó y se sentó en el sofá, destrozado.

No era capaz de pegarle, por mucho que deseara hacerlo. Sí, quería a Natalia con toda su alma, pero por su primo sentía debilidad. Se habían criado juntos desde que su madre murió cuando él apenas tenía cinco años. Su padre no podía trabajar y cuidar de él al mismo tiempo, así que se pasaba los días en casa de sus tíos hasta que su padre volvía a recogerlo por las noches. Prácticamente se había criado en casa de sus tíos, y eran como hermanos en vez de primos.

–No, no me he enamorado de ella, pero ella lo sabe y aun así quiere estar conmigo. Y de momento no voy a renunciar a ella, ni por ti, ni por nadie. No entiendo por qué te resulta tan difícil creer que me guste estar con ella. Tú la conoces mejor que nadie y sabes cómo es. Es dulce, tierna, cariñosa, alegre, divertida, irresistible diría yo –le sonrió tristemente y se sentó a su lado, poniendo la mano en el hombro de su primo, apretándolo suavemente, buscando su aprobación–, y no se parece para nada a las chicas con las que yo suelo estar. En eso te doy la razón. Esas te ponen la fama de golfo y mujeriego, cuando son ellas las que, sin conocerte, se te echan encima

buscando placer, y cuando te vas te acusan de haberte aprovechado de ellas, cuando en realidad son ellas las que se aprovechan de ti. No voy a decirte que no me haya gustado estar con ellas. ¿A quién no le gusta el sexo fácil y sin complicaciones? Nunca he querido enredarme con chicas como Natalia, pero bueno, estoy con ella y, si quiero complicarme la vida, es mi problema.

–Y el mío, le prometí a su...

–Olvídate de lo que le prometiste a su abuela. Eso no te da ningún derecho sobre ella y tampoco una obligación. Ahora está conmigo y yo cuidaré de ella.

–Tú no puedes cuidar de ella...

–¿Estáis discutiendo? –preguntó Natalia detrás de ellos.

Los dos la miraron y se levantaron del sofá. Jaime se acercó a ella y le cogió la cara con las manos, al tiempo que le daba un beso en los labios.

–¡Buenos días, nena! –le dijo.

Con ese beso delante de su primo quería dejar bien claro que no iba a dejar de estar con ella y que no iba a esconderse más.

–¡Buenos días!

Ella había bajado su camisa al oír sus voces y se la dio para que terminara de vestirse.

–¿Estás bien? –le preguntó Jaime.

Ella asintió con la cabeza, al mismo tiempo que notaba la tensión que había entre los dos.

–No, no puedo estar bien si estáis discutiendo por mi culpa.

–No estamos discutiendo –la soltó y se giró hacia su primo–. ¿Verdad, primito? –le preguntó.

–No pasa nada. No te preocupes.

Quería decirle tantas cosas, pero su primo tenía razón. Ya era tarde y no valía la pena. Su voz sonaba tan triste que Natalia se acercó a él.

–Siento haberte mentado, pero cada vez que me veías hablar con tu primo, te enfadabas e intentabas manipularme para que me alejara de él, por eso te mentí. Sabes que te quiero muchísimo, pero no me hagas elegir entre tú y él porque lo elegiré a él, y no quiero perderte a ti, por favor.

Ella le dio un beso en la mejilla y él le rodeó la cintura con sus manos.

–¿Estás segura de lo que haces?

–No, pero aún está aquí. No se ha marchado a media noche y de puntillas. Eso es buena señal, ¿no crees?

Con esa broma consiguió que Josemi se riera, y ella se sintió mejor. No

soportaba que él estuviera enfadado con ella.

Jaime la tomó por la cintura apartándola de su primo, pues no le gustaba que estuviera tan cerca de ella, y mucho menos que la abrazara de esa manera. Le dio un beso en el cuello y ella se apartó de él, pues le daba vergüenza que se pusiera así de cariñoso delante de su primo.

–Para, estate quieto –sonrió–. ¿Aún no me has dicho a qué has venido? –le preguntó después a Josemi.

–¡Vaya! Se me había olvidado con tanto jaleo –se dirigió a Jaime–. Tu madre está desesperada. No le coges el móvil y no has aparecido por casa. Me pidió que te buscara y me imaginé que estarías aquí.

–¡Hostias! El móvil me lo dejé en el coche. Déjame tu móvil.

Josemi le dejó el móvil y llamó a su madre

–Sí, lo siento mamá. Me pasé bebiendo y me quedé en casa de un amigo... Sí, ya voy... Que sí, estoy bien, hasta ahora.

Cuando colgó, miró a Natalia.

–Lo siento. Tengo que irme. Mi madre es muy pesada –le dijo.

–No digas eso. Es normal. Es tu madre, y da gracias de que alguien se preocupe por ti.

Jaime se acercó a ella cogiéndola por la cintura.

–Lo siento. Soy muy bruto. Ya sé que a ti te encantaría tener una madre tan pesada como la mía –ella le sonrió–. Pero quiero que sepas que yo sí me preocupo por ti. Ahora tengo que irme. Nos vemos esta noche. Pasaré a recogerte –le dio un beso muy tierno y le susurró en el oído–. Nos han fastidiado la mañana. Me hubiera encantado despertarte a besos y hacerte el amor de nuevo.

Ella sonrió y le devolvió el beso.

–Anda, vete. Que no se enfade más tu madre y te castigue sin salir esta noche.

Los acompañó a los dos hasta la puerta y se despidió de ellos. Cuando subió a la habitación, se tumbó en la cama pensando en la noche tan rara que habían tenido, llena de discusiones, de peleas, pero también de pasión y de mucho amor. Ella sabía que él no estaba enamorado de ella y que nunca lo estaría, pero esa noche la había amado con mucha intensidad y había sido muy bonito e increíble, algo que nunca olvidaría en toda su vida, por muchos novios que llegara a tener, aunque después de esa noche no estaba segura de poder volver a estar con otro hombre que no fuera él. Se quedó abrazada a la

almohada que aún olía a él, recordando cada beso, cada caricia. Se acababa de ir y ya lo echaba de menos, y se moría de ganas de volver a estar en sus brazos. Pensando en él se quedó dormida.

CAPÍTULO 19

La noche en el bar estaba muy tranquila y Natalia estaba impaciente por ver a Jaime de nuevo. Se iban a sentar a cenar y él aún no había llegado. Una vez sentada en la mesa se encontraba triste. Los miedos volvían a invadirla pensando que a Jaime ya no le interesaría estar con ella y por eso no aparecía, puesto que una noche era más que suficiente para él.

–No te preocupes. Vendrá. Ya lo verás –le dijo Lola, acariciándole la mano.

–Eso espero, si no quiere que lo mate –dijo Josemi, haciendo reír a Natalia.

–Ya está ahí. Te lo dije –comentó Lola mirando la puerta.

Cuando Natalia se giró y lo vio, se levantó y se echó corriendo en sus brazos.

–Pensé que no ibas a venir –le dio un beso con mucha pasión.

–Vaya, me has echado de menos. Eso me gusta –le sonrió y le devolvió el beso–. Yo también te he echado de menos. No he dejado de pensar en ti en todo el día. Siento llegar tarde.

–No importa. Ya estás aquí. Yo también me he pasado el día pensando en ti.

–Bueno, ¿cenamos o qué? –preguntó Josemi, aún de mal humor con su primo.

Se sentaron a cenar y, después de hacerlo, Jaime le pidió algo a Josemi.

–Hay cuatro gatos, ¿por qué no le das la noche libre a Natalia? –Josemi miró a su primo muy serio–. Por favor.

–Está bien. Largaos.

Cuando se marcharon, Lola se acercó a él y le pasó los brazos por la cintura.

–Por mucho que te fastidie, tienes que reconocer que nunca has visto a tu primo estar así con ninguna chica. Cuando me lo contaste, me pareció que era el menos indicado para ser el primer amor de Natalia, pero parece que después de todo sí tiene su corazoncito y que le importa Natalia, si no, no hubiera vuelto. ¿No crees?

–No te digo que no, y si mi primo pudiera estar con ella, yo sería el primero en felicitarles, porque sería perfecto para ella. Es un buen tío, y Natalia estaría muy bien a su lado porque sé que cuidaría de ella por encima de todo. Pero no es así, y eso es lo que me preocupa.

–¿A qué te refieres cuando dices que no puede estar con ella?

–Eso no importa, total, ya nada se puede hacer. Olvídalo.

–Pues entonces deja de preocuparte si ya no puedes hacer nada. Lo has

intentado, pero cuando dos personas quieren estar juntas, no hay nada que pueda separarlas. Cuando llegue el momento y tengan que separarse, entonces es cuando Natalia te necesitará. Mientras, déjala que disfrute. Además, hoy en día el primer amor no es el definitivo, y Natalia va a tener muchos novios. Es demasiado guapa.

–Por favor, no me digas eso. Eso no me ayuda, Lola, riéndose, le dio un beso.

–Lo sé, pero si te lo digo es para que te vayas haciendo a la idea. No me gusta verte así.

–Tienes razón, ¡siempre tienes razón! Voy a tener que acostumbrarme a verla con otros hombres.

–¡Ese es mi chico! –bromeó haciéndole reír.

–Aún no entiendo por qué me soportas. No te merezco. Eres demasiado buena para mí.

–No digas tonterías. Eres el mejor hombre que conozco. Además, a mí me pasa contigo lo mismo que a ti te pasa con Natalia. Ninguno de los dos puede mandar sobre sus sentimientos, aunque yo tengo más suerte que tú.

–¿Ah sí? ¿Y eso por qué?

–Porque yo tengo la suerte de estar contigo aunque estés enamorado de otra.

–No digas eso. Me hace sentir mal.

–Pues no deberías. Yo soy la que quiere estar contigo y me conformo con los momentos que me regalas. Para mí es más que suficiente.

Nada más decir eso, le dio un beso muy apasionado.

–¿Por qué no cerramos y nos vamos? Yo también quiero disfrutar de ti. Además, a estas horas ya no creo que venga nadie –le propuso Josemi.

–Eso es lo mejor que has dicho en toda la noche.

CAPÍTULO 20

Cuando llegaron a su casa, Jaime cogió a Natalia en brazos y la subió a la habitación. No podía aguantarse más las ganas. Una vez allí, no podía dejar de comérsela a besos. La dejó en el suelo para poder desnudarla empezó a susurrarle al oído.

–Ahora sí eres toda mía. Ayer era muy tarde. Estábamos muy cansados, y me supo a poco, y tampoco quería forzarte demasiado, ya que era tu primera vez. ¿Te duele? ¿Estás bien?

–Sí, estoy bien. Soy toda tuya, y te amo.

Le encantaba que se preocupara así por ella. Se besaron, se abrazaron y se desnudaron mutuamente entre besos y risas. Después él la tumbó en la cama y se echó encima de ella cubriéndola con su cuerpo, que ardía ya con solo tocarla.

–¿Solo mía, nena? –le dijo con la voz ronca de deseo, mirándola a los ojos.

–Sí, solo tuya.

Su boca se apoderó de la suya y su lengua se convirtió en un torbellino, lo que la volvió loca de deseo y consiguió que le respondiera con el mismo deseo salvaje que los invadía a ambos. Hicieron el amor hasta quedarse sin fuerzas.

–¡Dios! Vas a conseguir que me vuelva loco, nena. No sé por qué cuando estoy contigo es todo tan diferente.

–¿Quieres saber por qué es diferente?

–¿Por qué?

–Porque yo también estoy loca por ti, y ya sabes lo que dicen, que solo los locos se entienden.

–Pues va a ser eso –él sonrió y le dio un beso–. Voy a tener que irme. Hoy no puedo quedarme a dormir. Mi madre me mataría.

–No, no quiero que te vayas. Quédate un rato solo hasta que me duerma. Me gusta dormirme en tus brazos. Luego, si quieres irte, te vas –entonces le miró con una mirada muy provocativa–. Y si no, me encantaría despertarme en tus brazos y darte un beso de buenos días.

–No me mires así, nena, porque entonces voy a quedarme a dormir, a desayunar, a comer y vas a tener que sacarme a patadas.

–Está bien. Entonces no te miraré y cerraré los ojos –cerró los ojos–. No

quiero que tu madre venga y te saque de las orejas como a un niño chico – añadió.

Él se rio y le dio un beso muy tierno en los labios.

–Ni siquiera necesitas esa mirada para convencerme. Voy a quedarme hasta que te duermas. Pero después no te quejes y digas que me voy a media noche y de puntillas.

–No me importa cómo te vayas. Lo importante es que vuelvas.

Él la abrazó fuertemente contra su cuerpo y la besó apasionadamente.

–Volveré. No puedo estar lejos de ti. Te necesito nena, y lo sabes.

Cuando él le decía esas cosas, ella se volvía loca. Aunque no estaba muy segura de que fueran ciertas, le gustaba cuando él sacaba su vena romántica y no podía evitar enamorarse de él, cada vez más y más. De pronto sintió el deseo de hacerle saber cuánto lo amaba, y empezó a besarle y acariciarle con tanta pasión que él se sorprendió, porque siempre era él el que tenía que seducirla, y que ella tomara la iniciativa era algo que le gustaba demasiado como para dejar que se durmiera.

–¿Quieres acabar con la poca cordura que me queda? –le preguntó entre besos y caricias–. Porque vas a conseguirlo.

–No, quiero que me ames tanto como yo te amo a ti, para que no me dejes nunca.

–Si sigues así, puede que lo consigas.

Volvieron a hacer el amor y, cuando terminaron, estaban exhaustos, agotados, tan cansados que no tenían ganas ni de hablar, así que se quedaron dormidos y abrazados el uno al otro.

A las seis de la mañana él se despertó y empezó a besarle la espalda.

–Tengo que irme. En cuanto pueda, volveré. No sé si podré entre semana. Estoy bastante liado con el trabajo.

–Vale, estaré aquí, esperándote. Siempre voy a estar esperándote –él le dio un beso y se fue.

Ella estaba tan cansada que se quedó dormida antes de que él terminara de vestirse, y antes de irse, se paró un momento para mirarla. Le gustaba contemplar su cuerpo desnudo, así abrazada a la almohada, con sus rizos negros esparcidos por la almohada. Era tan hermosa que le daban ganas de meterse en la cama otra vez y que pasara de todo.

Salió de la casa y, cuando subió al coche para irse a casa, no podía dejar de pensar en ella. Entonces comenzó a preocuparse. ¿Por qué no podía quitársela de la cabeza?, se preguntaba.

Con las otras nunca había sido un problema, antes de salir de sus casas ya ni se acordaba de sus nombres, pero con Natalia no, a ella no podía borrarla de su mente. En ese momento decidió que no podía seguir viéndola, porque cuanto más tardara en dejarla, más doloroso sería después, así que tenía que acabar, ¡ya!, con esa relación, y por más que le molestara, debía terminar con ella. Si con las otras nunca había sido un problema, con esta tampoco debía serlo.

CAPÍTULO 21

Natalia estaba sola en casa. En todos esos días no había sabido nada de él, y le echaba tanto de menos que a veces le daban ganas de ir a buscar a Josemi para que le dijera dónde podía encontrarle y así poder ir a darle una sorpresa. Pero no quería que él pensara que era una pesada. Así que tenía que esperar a que él fuera a verla, como le había dicho.

Eran las nueve y media. Tenía la tele encendida, pero no le hacía caso. Sabía que tenía que cenar, pero no le apetecía nada cenar sola, y eso que tenía mucha hambre. De pronto, llamaron a la puerta y fue a abrir. Cuando lo vio, se le echó en los brazos y le dio un beso que lo dejó sin aliento.

–Te he echado tanto de menos.

–Ya me he dado cuenta. Casi me ahogas –sonrió.

Entró y dejó las bolsas en la mesa.

–¿Qué es eso?

–¿Has cenado?

–No.

–¿Tienes hambre?

–Sí, muchísima, estaba a punto de cenar, pero no me apetecía cenar sola.

–Pues vas a tener que esperar, porque yo tengo muchísima hambre, pero de ti, nena.

Ella le sonrió.

–Puedo esperar todo el tiempo que quieras.

Él la miró con deseo y, sonriendo con esa sonrisa picarona que la volvía loca, la cogió en brazos, la subió a la habitación y le hizo el amor.

–Ahora sí que tengo tanta hambre que me comería una vaca –dijo Natalia.

Él se rio y le dio un beso.

–¿Quieres que suba la comida o bajamos a cenar?

–Mejor bajamos. Estaremos más cómodos. ¿Qué has traído?

–Es una sorpresa. Tú solo tienes que sentarte y dejar que yo te sirva.

Cuando estaban en la mesa, él empezó a sacar platos preparados y a abrirlos. Ella no dejaba de mirar con curiosidad. Había cosas que no sabía ni lo que eran.

–¿Qué es eso?

–Erizos de mar.

–¿Eso se come?

Él empezó a reírse.

–Seguro que no has comido nada tan delicioso en tu vida.

–Nunca he comido nada de lo que hay aquí. Lo único que me es familiar es el puré, y depende de lo que esté hecho.

–Es crema de cangrejo –ella frunció la nariz–. Seguro que te gusta. Confía en mí. Nunca vas a olvidar esta cena. Te va a encantar, y además es afrodisiaca.

–No creo que nosotros necesitemos eso, por lo menos de momento.

Él se rio a carcajadas.

–Tienes razón. No creo que contigo lo necesite nunca, porque solo con mirarte ya me pones a cien.

Cuando terminó de preparar los platos, la mesa parecía una pequeña marisquería. Había langosta, ostras, percebes, erizos de mar, caviar, cigalas, centollos rojos y la crema de cangrejo. Todo muy bien colocado. Daba gusto mirar la mesa, y para beber, cómo no, unas Voll-Damm.

–¿Por qué siempre bebes esa cerveza?

–Porque es la mejor. ¿Nunca la has probado? –ella negó con la cabeza–. Pues ya es hora de que la pruebes.

Le ofreció una para que la probara.

–Está muy buena, pero un poco fuerte, ¿no? ¿Podemos empezar ya? Me muero de hambre.

Empezó por el puré, que era lo más fácil, y lo encontró delicioso.

–¡Huuuummm! Está buenísimo. Lo demás me vas a tener que decir cómo se come, porque no tengo ni idea.

–No te preocupes. Haz lo mismo que yo.

Él cogió una ostra y ella, otra. Cuando vio cómo él le echaba el limón y acto seguido la absorbía, ella apretó los dientes poniendo cara de asco.

–Está muy babosa, ¿seguro que me va a gustar?

Él se la puso en los labios y ella, cerrando los ojos, se la comió.

–¡Ostras! Está buenísima.

Los dos se echaron a reír. Seguían comiendo, y a ella cada bocado le parecía más delicioso que el anterior. Él no dejaba de mirarla. Le gustaba ver cómo comía, ese pequeño gemido que hacía cada vez que probaba algo nuevo, y cómo se chupaba los dedos después. Prácticamente se lo comieron todo.

–Creo que ya no puedo comer más, voy a reventar. Estaba todo buenísimo, pero se me ha subido la cerveza a la cabeza. No estoy acostumbrada a beber.

–Ya te dije que es un poco fuerte. Siéntate en el sofá. Yo recogeré esto.

–Vale.

Cuando terminó de recoger y volvió al comedor, llevaba los cafés. Se sentó a su lado y ella le puso las piernas encima. Él empezó a hacerle unos masajes en los pies, y ella cerró los ojos por el placer que sentía con esas pequeñas caricias.

–Si sigues cuidándome así, voy a cerrar la puerta con llave, y después me la tragaré para que no puedas irte nunca más.

A Jaime le resultaba extraño verla siempre con la misma camiseta. Era vieja y le venía muy grande. Se notaba que no era de ella.

–¿Vas a contarme el misterio de esa camiseta? –le preguntó con curiosidad–. Siempre te veo con ella. No es que no me guste. Te sienta muy bien. Además me gusta ver tus piernas cuando caminas. Me pone a tono.

Al decir eso, empezó a acariciarle las piernas.

–Es lo único que me queda de mi padre, por eso no me la quito. Me gusta llevarla. Es como sentirlo cerca. En cuanto la lavo, me la vuelvo a poner y siempre la lavo a mano para que no se estropee –acarició un anillo que llevaba en el dedo y se lo enseñó, para seguir contándole–. Esto era de mi madre y tampoco me lo quito nunca. Fue el anillo que le regaló mi padre cuando se hicieron novios. Me lo dio mi abuela. Cuando estoy muy nerviosa, tengo la manía de tocar el anillo, y le doy vueltas en el dedo para que me tranquilice y me de fuerza –se quedó muy callada y un poco triste. Jaime la volvió hacia él y la abrazó muy fuerte, sin decirle nada–. Ya no recuerdo sus caras, para hacerlo tengo que mirar las fotos, pero me ponen demasiado triste. Él besó su frente.

–No quiero verte triste. No me gusta.

Le levantó la cara y la besó con mucha dulzura, y cambió de tema para que no pensara en sus padres.

–¿Cuándo quieres que te vuelva a traer la cena?

Ella sonrió.

–Todos los días. Pero me conformo con unas bravas y cualquier cosa. No es necesario que te gastes tanto dinero. Estoy segura de que te ha costado un pastón esta cena.

–Eso no importa. Ha valido la pena solo por ver cómo te chupabas los dedos, y ese gemido cada vez que probabas algo nuevo también me ha gustado mucho. Me ponía cachondo.

Ella volvió a reírse.

–Es que estaba todo muy bueno. ¿Qué pasa? ¿Los pijos no os chupáis los

dedos? –él la miró arqueando una ceja–. No me mires así. Me ha gustado mucho la cena, pero es una cena de pijos.

–Con que pijo..., ahora verás.

Empezó a hacerle cosquillas.

–Para, para, era una broma –la cogió por la cintura y la sentó encima de él para poder besarla–. Te amo, aunque seas un niño pijo.

Le sonrió acariciándole el pecho y esta vez fue ella la que lo besó. Poniendo las manos en su culo, la apretó con fuerza para que notara lo excitado que estaba. Ella movió las caderas en círculos provocándolo y haciéndole perder el control. Él se bajó los pantalones y los calzoncillos al mismo tiempo y la desnudó rápidamente, volviéndola a sentar encima para comérsela a besos. Besos cortos y aterciopelados que recorrían su cuello y bajaban muy lentamente hasta sus pechos, besándolos y pellizcando suavemente sus pezones con los dientes, haciéndola estallar de placer. Al mismo tiempo sus manos le acariciaban la espalda lentamente, para acabar en sus caderas y así poder levantarla entrando con fuerza dentro de ella, y sin dejar de mover sus caderas en círculos, embriagándolos en un placer inmenso.

Cuando ya no pudo soportar más esa tortura tan placentera, se agarró a su cuello para poder moverse mejor. Esta vez era ella la que llevaba las riendas y él, complacido, la dejó hacer. No dejaba de moverse, con movimientos lentos y sensuales, y justo cuando creía que ya no podría soportarlo más, ella empezó a acelerar el ritmo, a cabalgar con fuerza para llegar a lo más alto de la cumbre del placer, mientras él la sujetaba por las nalgas y la ayudaba a llegar hasta el final, para poder quedar los dos satisfechos y extasiados.

Natalia estaba tan agotada que se dejó caer en su pecho sin aliento, mientras él seguía acariciándole la espalda y besándole la cabeza. Cuando recuperó el aliento, seguía sentada encima de él y le besaba el cuello.

–¿Será verdad que el marisco es afrodisiaco? –le preguntó al oído.

Él se rio con fuerza, haciendo retumbar la cabeza de ella en su pecho.

–No, tú eres mi mejor afrodisiaco. Solo necesito tocarte para ponerme como una moto.

Comenzó a besarla y fue bajando por su cuello dándole besos cortos y tiernos, hasta llegar a sus pechos de nuevo. Ella le levantó la cara.

–Para, no creo que tenga fuerzas para seguir. Estoy agotada. Va a ser que a ti sí te ha hecho efecto el marisco –le dijo.

Él volvió a reírse y no pudo evitar besarla con fuerza.

–Yo también estoy agotado, pero me gusta besarte. No tiene nada que ver el

marisco. Será mejor que descansemos un poco.

Se levantó con ella encima y, cuando intentó dar un paso, volvieron a caerse en el sofá. Natalia empezó a reírse a carcajadas.

–Creo que si no te quitas los pantalones, no vas a poder caminar.

Jaime comenzó a reírse también al darse cuenta de que se había olvidado por completo de que sus pantalones y sus calzoncillos aún seguían en sus tobillos.

–¿Cómo consigues que pierda la cabeza de esta manera? –le preguntó mientras se terminaba de quitar la ropa.

Cuando ella intentó levantarse, volvió a apretarla contra él.

–No te muevas. Quiero tenerte así. Me gusta estar dentro de ti.

Y besándola de nuevo, volvió a levantarse con ella encima y se dirigió hasta la habitación. Cuando llegó, la tumbó en la cama y, sin dejar de besarla, volvieron a hacer el amor. Después se quedaron un rato callados y abrazados, hasta que de repente él rompió el silencio.

–Esta casa es demasiado grande para ti sola. ¿Nunca has pensado en venderla y comprarte algo más pequeño?

–Jamás me desharía de esta casa. Aquí nació mi abuela y mi madre. Yo nací en el hospital, pero he vivido aquí toda mi vida. Tengo demasiados recuerdos, y eso es lo único que me queda de ellos, los recuerdos. No podría vivir en otro sitio. Cuando mi abuela le vendió el huerto al vecino, cogí un disgusto muy grande, pero en el fondo entendí que no quisiera volver a ver el lugar donde murió mi abuelo. Por eso nunca le dije nada. Pero fue muy triste para mí deshacerme de un trocito de esta casa, y sobre todo, del huerto que era el sitio donde mi abuelo y yo nos pasábamos muchas horas juntos cuidándolo. Lo regábamos, lo plantábamos. Nos encantaba cuidar de ese pequeño huerto, y disfrutábamos mucho haciéndolo.

Volvió a ponerse triste otra vez recordando a su abuelo. En ese momento Jaime se dio cuenta de lo sola que Natalia se encontraba, porque cualquier cosa le hacía recordar a sus seres queridos, esos que nunca volverían, algo comprensible si uno se paraba a pensar en lo joven que era. Casi no había empezado a vivir y ya estaba completamente sola, sin padres, sin abuelos, sin hermanos. Si él perdiera a su familia, se volvería loco. Pensar en eso le hacía sentir la necesidad de cuidarla, protegerla, llenar ese vacío y no dejar que nadie más volviera a hacerle daño.

–Pero te habrás dado cuenta de que la casa está hecha polvo, y necesita una buena reforma –le dijo, abrazándola con fuerza, para que dejara de pensar en su abuelo.

–Lo sé, y es lo primero que voy a hacer en cuanto me saque la carrera y encuentre un trabajo. Voy a pedir un préstamo y voy a reformar toda la casa. He pensado muchas veces en ello y sé cómo quiero cada rincón.

–¿Por qué no me lo cuentas? –ella le miró extrañada–. No me mires así. El bar de mi primo lo diseñamos entre los dos, y no me digas que no es una pasada.

–Sí, es una pasada. ¿De verdad quieres saberlo?

Jaime asintió con la cabeza y ella le contó con pelos y señales cómo le gustaría ver su casa algún día.

–Vaya, tengo que decirte que tienes muy buen gusto –ella le sonrió–. Esta casa es muy grande y quedaría muy bonita tal y como tú la quieres. Pero se necesita mucho dinero para hacer todo lo que quieres, y no sé si va a aguantar tanto tiempo. Está muy deteriorada. Yo podría ayudarte.

–No, no quiero que me ayudes. No te preocupes, ya me las apañaré. Siempre lo he hecho.

Esa era otra de las cosas que más le gustaba de ella, que nunca le pedía nada, aun sabiendo que tenía dinero. No como las otras, que en cuanto sabían que tenía dinero querían ir a cenar a sitios caros, o algunas “baratijas”, como solían decir, que de baratas no tenían nada.

–Bueno, como quieras, pero la oferta sigue en pie. Cuando la necesites, antes de que se te caiga el techo encima –bromeó–, solo tienes que decírmelo.

–Gracias, pero la casa tendrá que esperar.

Nada más decir eso, dio un gran bostezo.

–¿Tienes sueño? –asintió con la cabeza–. Siempre acabo dejándote hecha polvo.

A ella le dio la risa.

–Me gusta que me dejes hecha polvo. Las noches que no estás, me cuesta mucho dormirte, de lo mucho que te echo de menos.

Él le dio un beso y ella se quedó dormida en sus brazos.

CAPÍTULO 22

Era sábado y Natalia estaba trabajando un poco triste, porque era el cumpleaños del padre de Jaime y esa noche no iban a ir al bar, ni él ni su primo. Pero no tenía tiempo de pensar en ello. Había mucha gente e iban todos de cabeza. Se notaba la ausencia de Josemi. Casi no daban abasto.

Sobre las tres y media de la mañana, Natalia estaba poniendo unos cubatas y de repente oyó de fondo “bailar de lejos no es bailar”. En ese momento el corazón le dio un brinco. Sabía que Jaime estaba allí y se puso a buscarlo entre la gente. Cuando lo vio sonriéndole, se quedó embobada.

Estaba guapísimo, con unos pantalones negros de vestir y una camisa de color azul eléctrico. La llevaba por fuera del pantalón, con los dos primeros botones del cuello desabrochados y con las mangas remangadas. Estaba elegante, pero informal al mismo tiempo, como un modelo de revistas, y parecía que estuviera a medio vestir, como si se hubiera quitado la mitad de la ropa. Pero, aun así, mirarlo era lo que más le gustaba en el mundo, porque con ese cuerpo y esa cara cualquier mujer se volvería para mirarlo, y saber que en ese momento era todo suyo la llenaba de orgullo. Cuando consiguió reaccionar por la impresión de verle, se dirigió hacia él y se le echó en los brazos. Se colgó de su cuello y lo besó con mucha pasión. Desde la cena del miércoles no lo había vuelto a ver, y eran muchos días. Él la llevó hasta la pista de baile y empezaron a bailar.

–Pensé que no ibas a venir.

–Me he escapado para estar contigo. Sabes cuánto me gusta ver cómo tus ojos me buscan cuando oyes esta canción.

–Bueno, es nuestra canción, y sé que si suena es porque tú estás cerca. Eres el único que consigue que Alex ponga esta balada. Me encanta que te hayas escapado. Estás muy guapo y muy elegante.

–Bueno, mi madre se empeña en ponernos a todos de etiqueta cuando da una fiesta. He tenido que quitarme la corbata, el chaleco y la chaqueta antes de entrar.

–Me hubiera gustado verte tan elegante.

–Si quieres, luego puedo hacerte un pase de modelos exclusivamente para ti. Tengo la ropa en el coche.

A ella le dio la risa y lo miró con picardía.

–Pero he de confesarte que me gusta mucho más verte desnudo. Tienes un cuerpo danone. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad? –él empezó a besarla hasta dejarla sin aliento–. A ver si tu madre se va a enfadar cuando se dé cuenta de que te has escapado –le dijo Natalia preocupada.

–No te preocupes por mi madre. Ahora solo quiero estar contigo. Vámonos a casa.

Cuando le oyó decir eso, su corazón se aceleró de alegría. ¿Era cosa suya o podía ser que él también quisiera compartir el resto de su vida con ella?

–Sí –contestó emocionada.

–Ve a cambiarte. Te espero en el bar. Y no te preocupes por mi primo, ya he hablado con él mientras veníamos.

–¿Tu primo también se ha escapado? –preguntó, haciéndole reír.

–Él tiene una buena excusa, tiene que cerrar el bar.

–Ya. Voy a cambiarme.

Cuando llegó al bar, él estaba en la barra hablando con Alba. Se puso detrás de él tocándole el hombro.

–Ya estoy –le dijo.

Al oírla, se dio la vuelta. Entonces la cogió por la cintura y empezó a besarla con pasión. Alba se quedó parada como casi todos los demás, después sin soltarla de la cintura se despidieron de su primo y se marcharon.

–¿Por qué has hecho eso? Alba me ha mirado con una cara... –le preguntó molesta, una vez fuera.

–Por eso mismo lo he hecho. Es muy pesada, y por más que pase de ella, no se da por vencida. Insiste e insiste todas las veces que me ve solo. Ahora mismo estaba invitándome a su casa.

–Pobrecita, está loca por ti. No deberías tomárselo en cuenta.

Acababan de llegar al coche y él la había soltado para abrirla la puerta.

–Si tanta pena te da, ¿quieres que vuelva y me vaya con ella? –le preguntó.

–Haz lo que quieras. Yo podría irme con otro.

Al oírle decir eso, la empujó apoyándola en el coche y pegó su cuerpo en el de ella.

–No digas eso ni en broma –le dijo, mirándola muy serio y con una voz amenazante–. No soportaría saber que otro hombre pudiera llegar a tocarte – su mirada era tan intensa que bajó la mirada. Él le cogió la barbilla

obligándola a mirarle de nuevo—. Si te encontrara en la cama con otro, sería capaz de matarlo.

—Eso nunca va a pasar —le habló con una voz suave, intentando tranquilizarle—. Tú eres el único hombre con el que quiero estar, el único al que amo y amaré el resto de mis días.

Al escucharla decir eso, la besó con una fuerza demoledora y, cuando terminó de besarla, apoyó su frente en la de ella mirándola a los ojos.

—Eso espero.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza y le dio un beso tierno en los labios. Esa misma noche, mientras le hacía el amor, le susurraba al oído con esa voz ronca y aterciopelada, haciéndole perder la razón.

—Eres como una droga para mí. Cada vez te necesito más y más, nena.

Jaime sentía cómo su cuerpo se estremecía de placer entre sus brazos, cómo vibraba con cada caricia, y cómo se entregaba a él sin reservas. Y eso lo volvía loco. Por eso no podía imaginar que otro hombre pudiera sentir con ella lo que le hacía sentir a él.

Cada noche que le hacía el amor podía sentirlo, y siempre se decía a sí mismo que, cuando dejara de sentirlo, sería el momento de dejarla. Pero eso era lo que más le sorprendía cuando estaba con ella, que todas las noches parecían la primera porque nunca se cansaba de hacerle el amor. Y eso no le pasaba cuando estaba con otras mujeres, y aunque había intentado muchas veces no volver a verla, acababa siempre buscándola. Era como un drogadicto en busca de su dosis de heroína, y cuando le entraba el mono tenía que buscarla para saciarse de ella.

CAPÍTULO 23

Cuando Natalia se despertó al día siguiente, él aún estaba a su lado profundamente dormido boca abajo. Eran las ocho de la mañana. Sabía que se iba a meter en un lío con su madre, pero no quería despertarlo. Le gustaba ver cómo dormía. Contemplar su cuerpo al despertarse era demasiado bueno para dejarlo marchar. Tenía los brazos por encima de la cabeza y, hasta dormido y relajado, su espalda y sus brazos eran puro músculo. De repente le entraron ganas de acariciarlo y no pudo evitarlo, así que cogió una crema que tenía en la mesita de noche y empezó a darle un masaje sentándose encima de él. Se despertó al sentir las caricias de sus manos.

–Buenos días, no te muevas y relájate.

No podía hablar, solo podía soltar un gemido de placer mientras ella le daba el masaje. Estaba tan relajado que no podía ni quería moverse.

–Si te das la vuelta, te doy por delante.

Ni siquiera lo pensó, se dio la vuelta enseguida sin decir una sola palabra. Ella le puso crema por el pecho y empezó a darle el masaje. No podía dejar de mirarla. Se había puesto la camiseta. Tenía el pelo todo alborotado, y sus increíbles ojos esmeraldas lo miraban con deseo. Su sonrisa era provocadora, y sentir sus manos acariciándole era como un regalo de buena mañana. Cuando empezó a masajearle el abdomen, sintió cómo se le puso duro y tenso.

–No estás relajado. Estás duro como una roca, así no puedo darte el masaje – protestó con una voz muy sensual, provocándolo, acariciando todos y cada uno de sus abdominales–. Me encanta tu tableta de chocolate, pero, si están así, es porque no estás relajado –se rio al oírlo suspirar.

Él se incorporó de golpe. Le quitó la camiseta y la abrazó.

–¿De verdad crees que puedo relajarme teniéndote encima de mí, medio desnuda, tocándome, mirándome y provocándome de esa manera? –le preguntó mirándola a los ojos.

Empezó a besarla por el cuello y fue bajando lentamente hasta sus pechos. A ella se le puso la piel de gallina.

–Para. Son las ocho. Tienes que irte. Tu madre va a matarte –le susurró.

Él subió con sus labios por su cuello de nuevo hasta su boca.

–No me importa. Sabías que no iba a irme después de ese masaje, ¿verdad?

Lo has hecho adrede.

Ella le sonrió con picardía.

–Sí. Quería que te quedaras conmigo.

–Sabes que así no puedo negarte nada, que soy capaz de hacer cualquier cosa, que podría quedarme para siempre.

–Eso es lo que quiero. Te amo tanto que ya no podría vivir sin ti...

La calló con un beso. La tumbó en la cama y entró dentro de ella con fuerza, arrancándole un grito de placer.

–¿Esto es lo que quieres? –le preguntaba mientras la castigaba bruscamente con sus movimientos de cadera.

–Síííí, síííí... no pares por favor.

–No podría hacerlo, nena... Me vuelves loco.

Nada más decir eso, se arrodilló en la cama arrastrándola con él y sentándola en su cintura, a continuación la agarró fuerte del trasero y empezó a penetrarla con una fuerza y una pasión infinita. Ella se agarró a su cuello para poder moverse mejor y recibirlo con más plenitud. Cada embestida que él le proporcionaba le llegaba hasta las entrañas. La llenaba por dentro, y podía sentirlo hasta lo más profundo de su alma. El placer de sentirlo tan suyo era tan intenso que sentía que podía enloquecer de amor.

–Jaime... no puedo más... Dios no... no...

–Yo, tampoco, nena... Déjate llevar.

El gemido de placer de ambos inundó la habitación y Jaime se dejó caer en la cama y quedó encima de ella, pero sus caderas parecían tener vida propia pues aún seguían moviéndose muy lentamente encima de ella, para culminar esa increíble sensación que sentía cada vez que se encontraba dentro de ella, esa sensación lo perseguía a todas horas, porque en realidad su mente contaba los días y las horas que faltaban para volver a estar con ella.

Nunca se había dado cuenta de ese pequeño detalle hasta ese mismo instante, y al hacerlo, un miedo recorrió todo su cuerpo, el miedo a pensar que tarde o temprano esa relación tenía que terminar, y cuando lo hiciera, iba a ser muy dolorosa, tanto para ella como para él, algo que nunca creyó que podría ocurrirle.

Jaime se apartó de ella de golpe y se levantó de la cama, cogiendo su ropa y metiéndose en el cuarto de baño. Esto dejó a Natalia desconcertada por esa frialdad y esa brusquedad tan repentina después del momento tan ardiente y apasionado que acababan de vivir. Al salir del baño, la encontró sentada en la cama, abrazada a las sábanas y con los ojos llenos de lágrimas. Cuando la vio

así, el corazón se le encogió de impotencia. Se acercó a su lado. Se sentó y la abrazó con fuerza.

–Lo siento. Nunca volveré a obligarte a que te quedes conmigo, pero no te enfades, por favor. Sé... sé que es tarde y que tu madre te va a reñir... No era mi intención... –le decía ella.

–¡Ssshhh! No seas tonta. No estoy enfadado. ¿Por qué dices eso?

–Porque te has levantado tan de golpe y parecías tan enfadado...

–Me he levantado de golpe, sí, pero no porque esté enfadado, sino porque si no lo hago así, nunca saldría de esta cama. Me tienes atrapado, nena, y cada vez me cuesta más alejarme de ti.

Al oírle decir eso, no pudo evitar agarrar su cara entre sus manos y besarla con mucha pasión.

–No vuelvas a dejarme así. Me asustaste. Si quieres, yo puedo sacarte a patadas de mi casa, pero tú no vuelvas a dejarme de esa manera. ¿Vale?

–¡¿Vale?! Serás trasto. Prefieres tirarme de tu casa a patadas a que yo me marche deprisa y corriendo.

–Sí, porque así sé que volverás.

Al ver su cara de pasmado, ella empezó a reírse a carcajadas y él no pudo evitar reírse con ella. Sin poder contenerse, le dio un beso para después dejarla sin palabras.

–Por más patadas que me des, volveré, y por más que intente huir de ti, siempre acabaré volviendo a ti. Te necesito, nena –le dijo.

Esas palabras le llegaron tan dentro del corazón que, tirándose en sus brazos, lo besó con una pasión y una ternura imposibles de resistir. Así que una vez más y sabiendo que debía marcharse, volvió a caer rendido entre sus brazos, volvió a desnudarse y volvió a hacerle el amor como si no hubiera mañana, como si el mundo fuera a desaparecer y solo tuvieran ese momento para amarse.

CAPÍTULO 24

El fin de semana siguiente, cuando entró en el vestuario y vio a Alba, las dos se miraron. Alba parecía molesta. No habían vuelto a verse en toda la semana y Natalia necesitaba hablar con ella.

–Por favor, chicas, ¿podéis dejarnos un minuto a solas? –les pidió a Lola y a Inma.

Cuando se marcharon, se sentó a su lado y se disculpó apenada.

–Lo siento, por favor, perdóname.

–No tengo nada que perdonarte. Jaime no me pertenece. Ya sabemos cómo es, detrás de una va otra. Lo que me molestó fue que no me lo dijeras, y que yo el sábado estuviera tonteando con él para ver cómo se iba contigo.

–Tienes razón, pero es que ni siquiera yo sé cómo ha llegado a pasar todo esto. Un día le odiaba y al siguiente estaba perdidamente enamorada de él, y todo eso casi sin darme cuenta.

–Te lo dije. Te dije que, si él quería conquistarte, tú no podrías resistirte.

–Y ahora sé que tenías razón. Por eso te pido perdón, por reírme de ti aquella noche.

–Ya te he dicho que no tienes que disculparte. Yo siempre supe que Jaime me utilizaba. El problema lo tienes tú, porque elegiste al peor para ser tu primer amor. Te hará sufrir y eso sí que me cabrea. Pero, cuando quieras, nos meamos en su cerveza, ¿vale? –las dos se echaron a reír.

–Vale. ¿Por qué sabes que es el primero?

–Porque eres transparente. Nada más conocerte, supe que nunca habías estado con nadie, por cómo te escandalizabas y nos mirabas cuando hablábamos de sexo y de chicos. Y estoy segura de que Jaime también se fijó en eso, por eso ha ido a por ti, o sea, que no te fíes demasiado de sus palabras. Dentro de dos días aparecerá por la puerta con otra mujer colgada de su brazo para así poder pasar de ti.

–Lo sé. Gracias.

–¿Por qué?

–Por ser una buena amiga.

Se dieron un abrazo y Natalia se quedó más tranquila después de hablar con ella.

Cuando salieron, Natalia se puso a servir las mesas. Era viernes y Jaime no

iba a ir esa noche. Se lo había dicho la última vez que habían estado juntos. Por eso estaba un poco decaída. Josemi la mandó a la sala de los recreativos para servir unos cubatas.

–Natalia, ¿podrías hacernos un favor? –le preguntó uno de los chicos que estaban jugando, cuando dejó los cubatas sobre la mesa.

–Pues claro. ¿Qué queréis?

Los conocía de ir casi todos los fines de semana.

–Aquí mis colegas y yo estamos debatiendo de que no hay ninguna chica capaz de colar esa bola que tenemos en la mesa. Ellos dicen que no, pero yo digo que sí, que una chica puede meter la bola igual o mejor que cualquier chico.

–Pues claro que podrían. ¿Por qué no iban a poder? Sois un poco machistas, ¿no? –bromeó mirando a los otros chicos.

–Demuéstranoslo –le pidió uno de ellos a Natalia–. Cuela la bola, si es que eres capaz.

–¡Uf! Yo soy malísima. Deberíais pedirselo a otra.

–¡Vamos, inténtalo! –empezaron a decirle todos, animándola– ¡Demuéstranos que una chica es capaz de hacerlo!

–Está bien. Voy a intentarlo, pero no os puedo asegurar que la cuele, ya os he dicho que soy bastante mala.

La bola estaba puesta de tal manera que, por más que mirara, no veía cómo podía darle para colarla sin tocar la de delante.

–¿Quieres que te diga cómo debes ponerte para que puedas colarla? –le preguntó el chico que la había metido en ese lío.

–¿Eso vale? ¿Puedes darme pistas? –preguntó riéndose.

–Creo que sí. ¿Verdad chicos? –preguntó a sus amigos.

–¡¡Síííí!! –gritaron todos a la vez.

Él se acercó a ella.

–Pon el taco por detrás de tu cintura –cuando Natalia lo hizo, él puso sus manos encima de las de ella, agarrando el taco–. Bien, ahora súbete a la mesa.

–No puedo.

–Yo te ayudo –él cogió su cintura y la subió a la mesa colándose entre sus piernas.

Justo en ese momento ella se dio cuenta de que estaban jugando con ella, e intentó irse.

–¡Suéltame ahora mismo! Esto no tiene gracia.

–¡Huy, huy, huy, se te va a escapar! –gritó uno de ellos.

–¡Si no la tumbas ahora mismo, perderás la apuesta! –le gritó otro.

–¡Creo que con esta no vas a conseguirlo, no es como Alba! –vociferó el último.

Natalia estaba alucinada al oírlos, e intentó escapar de los brazos de ese chico, pero antes de darse cuenta él ya estaba atrapando su boca. Natalia apretaba la boca con fuerza para que él no pudiera apoderarse de ella, e intentaba quitárselo de encima, pero él la apretó con más fuerza obligándola a tumbarse. Al caer de golpe por el impulso en la mesa, se clavó una de las bolas en la espalda, y sintió una punzada muy dolorosa. Al gritar por el dolor, acabó abriendo la boca y él aprovechó para introducir su lengua dentro de su boca, buscando la suya. Cuando ella sintió su lengua, la rabia la hizo cerrar la boca, mordiendo la lengua del chico con fuerza y consiguiendo que la soltara y se apartara de ella rápidamente.

–¡Será puta! ¡Me ha mordido! –gritó furioso.

Todos comenzaron a reírse.

–¡Has perdido! –le decían.

–¡No todas las chicas caen rendidas por tus besos!

–Eres la primera que me hace perder esta apuesta. Normalmente todas me devuelven el beso –le dijo a Natalia, volviéndose hacia ella.

Natalia se incorporó. Le dio una bofetada con todas sus fuerzas y empezó a gritarle, furiosa.

–¡Si vuelves a tocarme, os juro que ninguno volveréis a poner un pie en este local! ¡Y a ti se te quitarán las ganas de volver a besar a otra chica en tu vida! ¡¡Gilipollas!!

–¡Uau! ¡Qué carácter! –exclamó uno de ellos.

–Vamos, Natalia, no te pongas así. Solo ha sido un beso. Solo era una broma

–le dijo Salva, el que la había besado.

–Sí, solo un beso. Tampoco es para tanto –añadió otro.

–¡¡Sois todos unos capullos!! –les gritó muy enfadada.

–¡Joder, qué cabreo ha pillado! –se rio Salva–. Es la primera vez que consigo que una chica me pegue y me muerda en vez de disfrutar de un beso.

Los otros se echaron a reír.

–Igual es bollera, por eso nunca la hemos visto con un tío.

–Podría ser. Hoy en día nunca se sabe –comentó otro.

–Sea lo que sea has perdido, y esta vez pagas tú los cubatas.

Natalia salió de allí tan cabreada que no fue capaz de volver a trabajar, y se metió en los vestuarios para intentar calmarse. Sabía que tenía que ir y contárselo a Josemi, pero le asustaba su reacción. Lo veía enfrentándose a todos y ganándose una paliza, ya que eran cuatro, y no estaba dispuesta a consentir que le pasara nada por su culpa, así que decidió olvidarse de todo y hacer como que nada había pasado, aunque la mala leche, la frustración y la humillación, nadie podía quitárselas de encima. Estaba tan enfadada que sentía que la cabeza se le partía en dos, y la espalda la estaba matando. Era como si sintiera la bola de billar clavada aún en la columna vertebral.

Cuando oyó la puerta abrirse, el susto la hizo brincar. Josemi se quedó extrañado al verla llorando y con esa cara de miedo.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando? –le preguntó, acercándose rápidamente a ella.

–No es nada. Solo la cabeza, que me duele mucho. Por eso me he encerrado aquí, para ver si se me pasaba, pero no se me pasa.

–¿Por qué no has venido a buscarme? Anda, vamos, te llevaré a casa. Este no es el mejor lugar para que se pase un dolor de cabeza.

Natalia se levantó y se acurrucó en sus brazos. Él la abrazó con fuerza e inmediatamente consiguió que ella se sintiera mejor, como siempre le pasaba cuando él la abrazaba.

CAPÍTULO 25

Cuando Jaime apareció al día siguiente por el bar, ella se echó en sus brazos y le besó, pero inmediatamente empezó a sentirse mal. Tenía remordimientos por lo que había pasado con esos chicos. Sabía que tenía que contárselo, pero aún temía más su reacción que la de su primo, así que decidió no decir nada e intentar olvidarlo.

–Te he echado de menos –le dijo Jaime sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa, pero él vio algo raro en su mirada y la cogió del mentón.

–¿Qué te pasa? –le preguntó, mirándola a los ojos.

–Nada. ¿Por qué?

–Pareces triste.

–Bueno, eso es porque se me han hecho muy largos estos días sin ti.

–Pues ya estoy aquí, y quiero ver esa sonrisa que tanto me gusta.

–Tengo que trabajar –le dio un beso y se volvió a la barra, dejando a Jaime muy mosqueado por su actitud.

–¿No ves a Natalia rara? –le preguntó a Kiko.

–No. ¿Por qué?

–No lo sé. Parece nerviosa.

Jaime se pasó toda la noche observando a Natalia, pues su recibimiento lo había dejado intranquilo y el resto de la noche parecía huir de él, como si no quisiera que lo vieran con él. Pero lo que más le terminó de llamar la atención fue cuando se acercó a una mesa y la vio discutir con Salva.

–Natalia, ¿no vas a atendernos? –le dijo este.

–No, no voy a atenderos. Tendréis que esperar a otra camarera.

–¡Vamos, Natalia! No puedes seguir enfadada con nosotros. Solo era una broma. Nadie se pone así por un simple beso.

–Pues, ¿sabes qué te digo? Que tus bromas apestan, y que si no he dicho nada es porque sois unos buenos clientes, pero no volváis a tocarme. Ya os lo advertí ayer. Si queréis algo, llamad a otra camarera. Yo no estoy disponible para vosotros.

Al rato, Jaime se acercó a su primo.

–¿Dónde está Natalia? –preguntó Jaime a Josemi.

–Se ha ido al *pub*.

–¿Cuándo?

–Pues hace un rato. Vino y me pidió permiso para irse y, como no había mucha marcha, le dije que sí. Pensé que te lo había dicho. ¿Pasa algo?

–Eso es lo que voy a averiguar.

Según se dirigía hacia el *pub*, se iba poniendo nervioso. Sabía que algo le pasaba pues había estado toda la noche muy rara y distante, y estaba dispuesto a averiguar qué era.

De repente, nada más entrar en la sala de los recreativos, una chica se le colgó al cuello y empezó a besarlo.

–¡Basta, Carmen! No vuelvas a hacer eso. Ya te dije el otro día que estoy con otra chica –la apartó bruscamente, gritándole.

–¿Con quién? ¿Con la camarera de los ojos de gata? –preguntó con sarcasmo.

–Sí, con ella, pero no creo que eso sea de tu incumbencia.

–¿Tú y cuántos más? –le preguntó con mucha malicia por su rechazo.

–¿De qué estás hablando? –preguntó este a su vez, molesto.

–Ayer estaba aquí pasándoselo muy bien con Salva y sus amigos. Se ve que cuando tú no estás, ella se entretiene con otros –cuando vio la cara de Jaime sintió una gran satisfacción, e hincó más el dedo en la llaga para mayor satisfacción–. Vaya, es divertido ver como ahora eres tú el que se siente engañado. ¿Qué tal sienta cuando a uno le ponen los cuernos, como haces tú con todas nosotras?

–No te creo.

–¿No? Pues puedes preguntar a cualquiera de los que estábamos aquí y vimos como Salva la tiraba encima de la mesa de billar y le comía la boca delante de todos sus amigos. Y eso que parecía tonta la niña.

Jaime la esquivó y se dirigió a la barra del *pub*. Pasó dentro. Cogió a Natalia del brazo y la llevó bruscamente hasta los vestuarios, sin decir una sola palabra. Cuando llegaron, cerró la puerta de un portazo y la soltó de golpe. Ella no se atrevía a hablar, no se atrevía a decir nada, pues sabía exactamente por qué la había llevado allí tan bruscamente.

–¡Vas a explicarme ahora mismo qué pasó ayer!

–Jaime yo...

–¡¿No podías esperar un día más hasta que volviéramos a vernos?! ¡¿Tan desesperada estabas que eres capaz de echarte encima de la mesa de billar

delante de todo el mundo, para saciar tu lujuria?! ¿Creías que no iba a enterarme?! ¿Que podías enrollarte con cualquiera en este local y que yo no me enteraría?! ¿O simplemente querías que lo supiera?! ¡¡Contéstame, maldita sea!! ¿Por qué lo has hecho?! ¡¡Confiaba en ti, joder!!

–Yo no hice nada –le dijo llorando y con un hilo de voz–. Fueron ellos, ellos me obligaron. Por favor, Jaime, tienes que creerme. No, no puedo explicarte bien qué fue lo que pasó porque todo fue muy extraño. Solo sé que ellos hicieron una apuesta y que ese estúpido tenía que conseguir tirarme sobre la mesa, besarme y conseguir que yo le devolviera el beso. Pero te juro que yo no le devolví el beso. Solo le mordí. Le mordí de rabia e impotencia, y después le abofeteé. Eso fue todo lo que pasó. Lo juro. Yo...yo te amo, y los demás no me importan. Tú eres con el único hombre con el que deseo estar –hablaba muy deprisa y no podía dejar de llorar.

–¿Por qué no me lo has contado cuando he llegado, en vez de estar evitándome como has estado haciendo toda la noche?

–Por lo mismo que no quise decírselo a tu primo. Tengo miedo de que puedas meterte en otro lío por mi culpa.

–No voy a meterme en ningún lío. Voy a matar a ese hijo de puta.

Nada más decir eso, se dirigió hacia la puerta del vestuario. Natalia corría detrás de él.

–Por favor, Jaime, olvídalos. No vale la pena –le suplicaba.

–No puedes pedirme eso, nena. No puedo quedarme de brazos cruzados después de lo que te han hecho. Eso sería como decirles "vamos, no me importa, puedes volver a besar a mi chica cada vez que te dé la gana". Así que les voy a dar una lección que no podrán olvidar.

Jaime abrió la puerta y salió muy cabreado del vestuario. Natalia, al ver que era imposible hacerle entrar en razón, salió corriendo en busca de Josemi.

–¡Josemi, por favor, ven! –le gritó asustada cuando llegó a su lado–. Tienes que impedir que tu primo se meta en un lío por mi culpa. Si le pasa algo, nunca me lo voy a perdonar.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó asustado al ver a Natalia tan nerviosa.

Natalia le contó deprisa y corriendo lo que había pasado mientras corría hacia la sala de recreativos con él.

–¡¡Joder, Natalia!! ¿Por qué no me lo contaste?!

–Para que no sucediera contigo lo que está sucediendo con tu primo.

–¿Entonces no te dolía la cabeza ayer? ¿Por eso llorabas?

–Sí, pero...

Natalia se quedó muda cuando de repente entró en la sala y vio a Jaime con un taco de billar en las manos al fondo de la sala, arrinconando a los cuatro chicos que la habían agredido. Toda la gente se había echado a un lado y observaba la escena.

–Por lo que he oído, os gustan las apuestas –oyó que decía Jaime mientras giraba el taco muy lentamente entre sus manos–. Bien, pues yo tengo una apuesta para vosotros. Quiero ver si sois capaces de llegar hasta la puerta de una sola pieza.

–¡Oh, Dios mío! Haz algo, Josemi. Para esta locura. Son cuatro. Van a matarlo.

–Ni se te ocurra moverte. Será mejor que lo dejes. Está muy cabreado –le advirtió cogiéndola del brazo.

–Pero es tu primo. Tienes que ayudarlo.

–No pienso mover un solo dedo por esos gilipollas. Se lo han buscado y se lo merecen. Después de esto, no volverán a hacer apuestas. Por lo menos, de esa clase. De eso puedes estar segura.

Natalia se quedó alucinada al oír a Josemi decir eso. Y, de repente, lo que vio aún la dejó más sorprendida.

–Jaime, tío, solo fue un juego...

Aún no había terminado de hablar cuando ya le había dado con el taco en la boca del estómago, dejándolo doblado en el suelo por el dolor. Los dos amigos se acercaron a él, queriendo defender a su amigo y, casi sin darse cuenta, cayeron al suelo como moscas, uno detrás de otro al lado de su amigo, pues Jaime le había dado a uno de ellos con el taco entre las piernas, dejándolo enroscado en el suelo, y al otro que se abalanzaba sobre él, lo esquivó dando una vuelta sobre sí mismo, quedando de espaldas contra su contrincante y partiéndole el taco en los riñones. Después de eso, se volvió hacia Salva como si nada hubiera pasado, ya que ni siquiera se había despeinado, amenazándolo mientras se acercaba a él muy lentamente.

–Ahora vamos a ver si quieres jugar conmigo.

–Jaime, lo siento tío... No volveré a tocarla. Te lo juro –mientras hablaba andaba hacia atrás muerto de miedo.

–El problema es que ya la has tocado.

–¡Joder, tío, no sabía que era tu chica! ¡¡Perdóname!!

Jaime lo cogió de la camiseta y le dio un puñetazo en el estómago y después comenzó a darle puñetazos en la cara. Entonces Natalia reaccionó y salió corriendo hacia él.

–¡¡Jaime, por favor, suéltalo, vas a matarlo!! –le gritaba.

Josemi y Toni la seguían, y entre los dos consiguieron que Jaime lo soltase, después de dejarle la cara a Salva como un mapa, por supuesto.

–¡¡Basta, Jaime, suéltalo!! –le gritó Josemi agarrándole por detrás, atrapándole los brazos para que no pudiera seguir golpeándolo– ¡Ya les has dado su merecido, ya está bien! Seguro que no vuelven a hacer más apuestas con chicas. Ahora deja que se vayan.

–¡Sí, largaos! ¡No quiero volver a veros más por aquí!

Los cuatro se levantaron como pudieron.

–Salva y compañía, habéis oído a mi primo, ¿verdad? –les dijo Josemi antes de que salieran–. No quiero volver a veros por aquí –después le preguntó a su primo–. ¿Estás bien? ¿Te has tranquilizado? ¿Puedo soltarte ya?

–Sí, puedes soltarme –cuando lo soltó, buscó a Natalia con la mirada y la vio mirándolo aterrada y con la cara llena de lágrimas–. Nena, yo... –antes de dar un paso hacia ella, Natalia salió corriendo y se encerró en el vestuario.

Cuando Jaime abrió la puerta del vestuario, antes de que pudiera hablar, ella le empezó a gritar, llorando.

–¡Vete, no te acerques a mí! ¡No vuelvas a acercarte a mí! ¡No quiero volver a verte nunca más!

–¿Por qué? ¡Se merecían un escarmiento, no puedo creer que te importe lo que les he hecho a esos gilipollas!

–¡Lo sé, y me importa una mierda lo que les pase a esos gilipollas!

Jaime se quedó paralizado al oírla decir eso y creer que no quería que se acercara a ella porque tenía miedo de él por lo que acababa de hacer.

–Nena, por favor, no voy a hacerte daño –le dijo con una voz muy suave–. Nunca lo haría. No tienes que tener miedo de mí.

–No tengo miedo de ti, pero no podemos estar juntos. ¿No lo entiendes?

–Pues no, no lo entiendo, y no voy a dejarte ir hasta que no me lo expliques.

–¡¡Sigo estando maldita!! ¡¿No te das cuenta?! ¡Y si sigues a mi lado, acabarán matándote, y todo será culpa mía!

No dejaba de llorar y de gritar. Estaba histérica, así que Jaime se acercó y la abrazó con fuerza.

–¡Ssshhh! Nada de lo que ha pasado ha sido culpa tuya, sino de esos gilipollas.

–¡No! Es culpa mía. Gracias a mí te has metido en dos peleas y no voy a esperar a que un día te maten delante de mis narices porque alguien se meta conmigo y tú tengas que salir en mi defensa. No podría perderte, Jaime, me

moriría. Te amo, y...y toda la gente que amo se muere. Por favor, vete. No te convengo. Estarás mejor sin mí.

–No, no estaré mejor sin ti, y tú sin mí tampoco.

–Eso no importa. Prefiero morirme de pena sin tenerte, pero saber que estás a salvo lejos de mí.

A Jaime se le partía el corazón al verla tan sumamente abatida, por solo imaginar que a él pudiera pasarle algo por su culpa, y sin poder controlarse, la besó con una pasión arrebatadora, cortándole el aire y el llanto, todo al mismo tiempo.

–No voy a ir a ningún sitio y tú no vas a dejarme. No vuelvas a decir que estás maldita porque eso me cabrea. ¿Te ha quedado claro? –le dijo muy serio, cogiendo su cara entre sus manos y mirándola a los ojos.

–Sí, pero...

–No, no hay peros. Y ahora vámonos a casa.

La cogió de la mano y fueron al bar a despedirse de su primo. Todos los miraban por lo que había pasado y Natalia se sentía avergonzada y orgullosa al mismo tiempo. Avergonzada porque todos supieran lo que le había pasado con esos chicos, y orgullosa por cómo Jaime había sacado la cara por ella delante de todos.

–Josemi, me llevo a Natalia.

–¿Estás bien, preciosa? –ella asintió con la cabeza–. Cuida de ella. No tiene buena cara.

–No te preocupes. Yo me encargo de ella.

Cuando llegaron a casa de Natalia, subieron a la habitación en silencio. Natalia no había vuelto a hablar desde que habían salido del bar y, cuando por fin lo hizo, lo dejó pasmado.

–Lo siento. Siento que otro hombre me haya tocado. Siento que otro hombre me haya besado. Yo... no pude evitarlo –al decir eso volvió otra vez a llorar.

–¿Por qué dices eso? –le preguntó sorprendido y levantándole la cara para mirarla a los ojos.

–Tú me dijiste que no soportarías que otro hombre me tocara, que si alguna vez me vieras con otro hombre, lo matarías. Casi matas a ese chico. Eso quiere decir que no soportas lo que ha pasado, que no me sopor...

–Vamos, nena. No pienses tonterías. ¿Tú besaste a ese chico?

–¡¡Nooo!!

–¿Te gustó?

–¡¡Nooo!!

–¿Disfrutaste con ese beso?

–¡Nooo, fue horrible!

–Entonces no debes sentirte mal, porque lo único que yo no podría soportar es saber que tú puedas sentirte bien con otro hombre que no sea yo.

–Eso nunca va a pasar, porque tú eres el único hombre al que amo –lo besó–, el único hombre al que quiero tocar –añadió acariciando su pecho mientras desabrochaba su camisa y la dejaba caer al suelo–, el único hombre al que quiero besar –susurró llenando su pecho de besos cortos y aterciopelados–, y el único hombre al que deseo –atrapó su boca con pasión, despertando todos sus sentidos.

–¡Dios, nena! Siempre acabas volviéndome loco.

Sin dejar de besarla, la desnudó y la echó en la cama para hacerle el amor salvajemente. Sus embestidas eran duras, fuertes, algo que los dos necesitaban para poder quitarse esa tensión que llevaban encima después de esa noche tan horrible. Cuando llegaron a la cima del placer, lo hicieron juntos, y juntos se dejaron caer en la cama para poder recuperar el aire, porque estaban exhaustos.

Cuando Jaime la abrazó por la espalda para acercarla a él, ella gritó de dolor. Él la soltó de golpe.

–¿Por qué gritas? ¿Te he hecho daño? –le preguntó asustado.

–No, no has sido tú. Me duele la espalda.

–Déjame verla.

–No, Jaime, no tengo nada. De verdad.

Pero él, sin hacerle caso, la volvió de espaldas y, cuando vio el morado que tenía en el centro de la columna, una furia lo invadió de nuevo.

–¡¿Te golpearon?! ¡¿Esos hijos de puta se atrevieron a golpearte?! –le preguntó muy enfadado.

–¡No! Fue un accidente. Me clavé una bola de billar cuando me tumbó en la mesa. No lo hizo adrede. Por favor, no vuelvas a enfadarte.

–¡Tenía que haberlo matado! ¿Te duele mucho?

–Solo si me lo toco, o si me rozo con algo.

–¿Solo?

Ella le sonrió.

–Por favor, ya no quiero volver a hablar de eso. Solo necesito que me abrases y dormir. Estoy muy cansada.

Jaime la abrazó, pero muy despacio esta vez para no hacerle daño, y volvió a

besarla.

–Está bien. Olvidemos este tema. Ahora, duérmete.

–¿Vas a irte luego?

–No, no voy a ir a ningún sitio. Voy a quedarme toda la noche.

–Gracias.

–Prométeme una cosa.

–Lo que quieras.

–Prométeme que nunca volverás a ocultarme nada.

–Eso no puedo hacerlo.

–¿Por qué? –le preguntó confundido.

–Porque, si creo que es peligroso que lo sepas, nunca te lo diré.

–¿Por eso no me lo contaste?

–Sí. Me aterraba pensar que pudieras ir a darles un escarmiento y que fueras tú el que saliera escarmentado. Nunca imaginé que pudieras ser como Jackie Chan.

A él le dio la risa.

–Bueno, ahora que sabes que soy capaz de defenderte, ¿me lo contarás?

–No.

–¡¡¿Por qué?!! –gritó, haciéndole reír.

–Porque por muy fuerte que te creas, puede que haya alguien más fuerte que tú. Y prefiero tragarme mi orgullo a ponerte en peligro.

–¡Eres increíble! –exclamó dándole un beso después de oírle decir eso–. Pero quiero que sepas una cosa. Prefiero que me den una paliza y saber que he sido capaz de dar la cara por ti, a que crean que soy un cobarde que no sabe defender a su chica. Porque eso pensaría la gente si te agreden y yo no soy capaz de salir en tu defensa, y no puedo salir en tu defensa si no me lo cuentas.

–Puede que tengas razón, pero ponte en mi lugar y en cómo me sentiría yo si, por un simple beso que no tiene la mayor importancia para mí, a ti te dieran una paliza de muerte.

–Para ti no tiene importancia. Para mí, sí, nena. Y no el beso en sí, sino que te obligaran a hacerlo. Eso es lo que no puedo permitir. Además, no quieras hacerme creer que no te importó cuando pude ver cómo discutías con él cuando quiso que le atendieras.

–¿Tú nos viste discutir?

–Pues claro, no pude quitarte el ojo de encima en toda la noche al recibirme como me recibiste. Cuando te vi tan seria y distante, supe que te había pasado

algo, por eso no dejé de vigilarte –ella, sin poder evitarlo, le dio un beso.

–Gracias.

–¿Por qué?

–Por vigilarme, por defenderme, por cuidar de mí.

–No hay de qué –le devolvió el beso–. ¿Eso quiere decir que, cuando vuelvas a tener problemas, acudirás a mí?

–No, mientras crea que puedes salir mal parado –le dijo volviéndolo a dejar pasmado.

–Esto es increíble y vas a arrepentirte –empezó a hacerle cosquillas y ella comenzó a reírse.

–¡Para, para, por favor! –suplicaba Natalia.

–No, hasta que no me prometas que acudirás a mí la próxima vez.

Él no dejaba de hacerle cosquillas.

–Está bien, está bien, te lo prometo, pero estate quieto –suplicó, muerta de risa. Él dejó de hacerle cosquillas–. Te amo.

Besándolo con mucha pasión consiguió dejar ese tema zanjado, pues él inmediatamente se olvidó de todo y se entregó a ese beso haciéndole el amor nuevamente, sabiendo tan bien como ella que jamás arriesgaría su seguridad por un pequeño incidente, y que jamás cumpliría esa promesa que él le había obligado a hacer, algo que le agradaba y molestaba al mismo tiempo. Le agradaba saber que ella lo amara tanto que fuera capaz de ocultarle algo como eso para evitar que él corriera cualquier clase de peligro, pero también le molestaba que no lo hiciera y que no le diera la oportunidad de castigar a las personas que pudieran hacerle daño. Eso más bien le aterraba, e imaginar que a ella pudiera sucederle algo lo llenaba de incertidumbre.

Después de hacer el amor, ella se abrazó a él.

–Has vuelto a dejarme hecha polvo –le dijo en un susurro.

–Lo siento.

–Yo no. Me encanta quedarme hecha polvo entre tus brazos.

Con esa confesión le hizo reír.

–Bien, entonces tendré que asegurarme todas las noches, antes de irme, de que estás hecha polvo.

Natalia se sentía feliz de tenerlo a su lado, de sentirse tan protegida, tan amparada, tanto que desde esa misma noche sabía que mientras estuviera con él nada malo podía pasarle. No, después de cómo él la había defendido, de cómo había machacado a esos gilipollas por meterse con ella.

–¿Dónde aprendiste a pelear así? –le preguntó Natalia.

–De niño me encantaban las artes marciales, y las películas de Bruce Lee. Es un deporte que me gusta practicar.

–¿Sigues practicándolo?

–De vez en cuando, cuando tengo tiempo.

–¡Vaya! Recuérdame que nunca haga que te enfades conmigo. No quisiera sentir la furia del dragón sobre mí.

Jaime se rio a carcajadas.

–Yo creo que la furia del dragón las has sentido hace un momento, encima de ti, debajo, y si seguimos así volverás a sentirla en cuanto me recupere un poco.

Esta vez fue ella la que se rio a carcajadas.

–Va a ser mejor que dejemos dormir al dragón. No creo que pueda volver a sufrir su furia esta noche, tal vez mañana.

Los dos volvieron a reír.

–Duérmete –le ordenó Jaime, después de darle un beso.

–Buenas noches, dragón.

–Buenas noches, nena.

Jaime no podía coger el sueño y solo una pregunta rondaba su mente. ¿Por qué, desde que le había visto el moratón en la espalda, en lo único que podía pensar era en matar a esos gilipollas? Sentía rabia e impotencia por lo que esos chicos le habían hecho, y se preguntaba qué le estaba pasando. ¿Por qué esa chica lo tenía tan obsesionado? ¿Por qué lo único que le importaba era saber que ella estaba segura, protegida y, sobre todo, que nadie más volviera a hacerle daño?

Abrazándola con fuerza consiguió dormirse.

CAPÍTULO 26

Habían pasado casi cinco semanas y aún seguían juntos. Natalia nunca se había sentido tan feliz en toda su vida. Todo este tiempo que habían pasado juntos había sido como un hermoso sueño del que no quería despertar jamás. Estaba en la consulta del ginecólogo. Tenía un retraso de nueve días y estaba muy nerviosa. Había ido sola, aunque se había hecho la prueba y le había salido positivo, pero quería estar segura de que todo estaba bien antes de decírselo a Jaime. Cuando el ginecólogo le confirmó lo que ella ya sabía, que estaba embarazada, no supo cómo reaccionar, pero inmediatamente sintió una alegría que le invadió el corazón. Iba a tener un bebé, y de Jaime. Era lo mejor que le podía pasar, aunque en el fondo tenía miedo porque no podía imaginarse cómo iba a reaccionar él, pero no le importaba. Se lo tomara bien o mal ella estaba segura de que al final él se alegraría y estarían juntos. Aunque nunca le había dicho que la amaba, le había demostrado muchas veces que era importante para él. De lo contrario, no hubieran estado tanto tiempo juntos, ni le diría esas cosas tan hermosas que le decía.

Se moría de ganas de llamarle y decírselo, pero no quería hacerlo por teléfono, así que decidió esperarse un día más. Iba a verla todos los miércoles. Cenaban y pasaban juntos toda la noche. Sería el mejor momento para decírselo, después de una cena romántica y una noche apasionada.

Cuando volvió a casa, era ya tarde. Se desvistió y se echó en la cama tocándose la barriga. Se imaginaba casada con Jaime y teniendo muchos hijos o, por lo menos, tres. Nunca tendría solo un hijo. No permitiría que le pasara lo mismo que a ella y que se quedara solo si algo les pasara a ellos. De repente, oyó la puerta y se sobresaltó. No esperaba a nadie y le parecía raro que alguien fuera a esas horas a su casa.

—¿Quién es? —preguntó al llegar a la puerta.

—Soy yo, nena. Abre.

Abrió la puerta enseguida.

—Vaya, parece que me has leído el pensamiento. Tengo que contarte una cosa muy importante —le dijo sonriendo.

Mientras hablaba iba siguiéndole hasta el comedor. Le parecía raro que estuviera tan callado y que no le hubiera dado un beso al llegar, como hacía siempre. Cuando él se giró, inmediatamente se dio cuenta del motivo. Algo le

pasaba. Estaba muy serio, con los dientes apretados y una mirada llena de ira.

–¿Qué te pasa? –le preguntó preocupada.

–Acabo de tener una bronca horrible con mis padres.

Su voz sonaba tan triste que a ella se le hizo un nudo en la garganta.

–¿Qué ha pasado? ¿Puedo hacer algo? No me gusta verte así.

Le besó suavemente los labios para tranquilizarlo, y él la abrazó fuerte, besándola con rabia, con fuerza. Ella notaba cómo su cuerpo estaba tenso y duro como una roca. Podía sentir que, si la apretaba un poco más contra su cuerpo, podría partirla en dos. Entonces se acordó de su embarazo.

–Me haces daño, Jaime. Por favor, suéltame. Estoy embarazada –le susurró.

De repente él la soltó, mirándola confundido.

–¿Qué has dicho? –preguntó Jaime.

Su voz y su mirada eran tan frías como el hielo y a ella comenzó a entrarle el pánico. Nunca lo había visto así, ni siquiera la noche de los disfraces cuando la salvó de ese degenerado, ni cuando le dio su merecido a esos cuatro capullos en la sala de los recreativos estaba tan cabreado.

–Estoy embarazada –le confirmó asustada.

–No estoy para bromas, nena –al ver que ella no decía nada se pasó las manos por el pelo y empezó a resoplar–. ¡Joder, joder, joder! No puede ser, lo que me faltaba.

Cuando ella vio su reacción los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas, y no podía hablar porque estaba paralizada. Él se acercó y la cogió de los hombros.

–¿Estás segura? –asintió con la cabeza–. Está bien, no te preocupes. Vamos a solucionarlo, pero no llores, por favor.

En ese momento ella empezó a respirar. Él se había tranquilizado y parecía que todo se iba a arreglar.

–Buscaremos la mejor clínica. Estás de muy poco. No creo que sea complicado. Yo me haré cargo de todos los gastos –dijo Jaime.

Cuando se dio cuenta de lo que le estaba proponiendo, se apartó de él con brusquedad. Él intentó acercarse de nuevo y ella volvió a apartarse.

–¿Quieres que aborte? –le preguntó incrédula. Su voz sonaba débil y decepcionada.

–No es el momento, nena. Es lo mejor. Ahora no puedes tener ese bebé.

No podía creer lo que estaba oyendo. Podía sentir cómo el corazón se le partía en pedacitos.

–¿Por qué no lo pensaste antes? Se supone que tú eras el que tenía la experiencia en esta relación. Si no querías tener hijos, por qué no pusiste medios. Confié en ti. Creí que sabías lo que hacías –mientras hablaba no podía dejar de llorar–, y ahora me pides que...que aborte. ¡Es tu hijo, maldita sea! –le gritó–. ¿De verdad quieres matar a tu propio hijo?

Él la abrazó muy fuerte, apoyando la barbilla en su cabeza.

–No me digas eso, por favor –le dijo él, muy triste–. No puedo hacer otra cosa. Te juro que si pudiera estar contigo, querría tener ese bebé. Pero no puedo, ¡joder, nena! No puedo.

Ella lo empujó apartándose de él nuevamente.

–¿Por qué no puedes? Por lo menos me merezco una explicación –le preguntó ella, extrañada.

Él se quedó mirándola sin poder darle una respuesta.

–Será mejor que me vaya.

–¡No puedes irte así! –gritó histérica– ¡No seas tan cobarde!

–No quiero hacerte más daño...

–Ya no puedes hacerme más daño del que me acabas de hacer. Al menos ten el valor de decirme la verdad. Quiero saber por qué no puedes estar conmigo, si hasta ayer todo era perfecto entre nosotros.

Cuando Jaime la miró a los ojos se dio cuenta de que ella no iba a descansar hasta no saber la verdad, y, aunque fuera lo más doloroso que tuviera que decir en toda su vida, era mejor que lo supiera por él a que fuera a preguntárselo a su primo.

–Este sábado no, el sábado que viene voy a casarme.

De repente ella dejó de oír latir su corazón y sintió una presión en el pecho que le impedía respirar, cayendo al suelo sin sentido. Antes de tocar el suelo, él ya la tenía en sus brazos y la tumbó en el sofá.

–Vamos, nena, reacciona. Por favor, no me asustes –le estaba haciendo aire con una revista pero no reaccionaba. Fue a la cocina y mojó un trapo con agua fría. Cuando se lo puso en la frente, ella empezó a reaccionar. Apoyó su frente en la de ella aliviado al verla recuperar la conciencia–. ¡Por Dios! No vuelvas a darme otro susto así –le dijo preocupado.

Natalia apoyó las manos en su pecho y le empujó. Se levantó del sofá sin dejar de dar vueltas como un león enjaulado, muy nerviosa.

–¡¡Vete de mi casa!! ¡No quiero volverte a ver nunca más! ¡¡Déjame sola!! –le gritó histérica.

No podía dejar de llorar. Él se acercó y la cogió por los hombros.

–No voy a irme y a dejarte así como estás.

–Si...si no te importa lo que le pase a tu hijo, ¿qué más te da lo que me pase a mí? –preguntó muy triste, entre sollozos.

–¿De verdad crees que no me importas? Después de todas las noches que hemos pasado juntos, ¿cómo puedes pensar que no eres importante para mí?

–Sí, puede que fuera importante para ti, al fin y al cabo eres un egoísta, un golfo y un mujeriego que solo busca una cosa, y es pegar un buen polvo. Eso es lo que he sido para ti, muchas noches de buenos polvos.

Él la cogió de la barbilla mirándola a los ojos.

–No te voy a permitir que digas eso. Sabes que no es cierto.

Mientras le hablaba, le iba limpiando con las yemas de sus dedos las lágrimas que le caían.

–Entonces, demuéstramelo. No te cases. Estamos en el siglo veintiuno. Nadie puede obligarte a que te cases.

–No es tan fácil, nena.

–Ya me lo imaginaba –se apartó con violencia de su lado y volvió a gritarle–. ¡Será mejor que te vayas ahora, no quiero seguir escuchando tus mentiras y no quiero volverte a ver en toda mi vida!

–Eso no va a ser posible. No puedo obligarte a abortar y, si decides tenerlo, voy a hacerme cargo de él. No voy a dejarte sola en esto –le dijo acercándose a ella.

–¡¡No te necesito y no te quiero a mi lado!!

Puso las manos en su pecho y le dio un empujón, apartándose de él una vez más.

–Lo sé, pero como has dicho antes, también es mi hijo.

Ella le miró con tanta rabia al oírle decir eso, cuando apenas unos segundos antes le estaba proponiendo que abortara, que sentía ganas de matarlo, así que cogió un cenicero de cristal y se lo lanzó a la cabeza con furia y gritando.

–¡¡Vete de mi casa ahora mismo!! –él se agachó, esquivando el cenicero.

–¡¡Estás loca!! ¡Podías haberme dado! –le gritó, perplejo.

Ella se dirigió hacia él y comenzó a darle empujones, llevándolo hacia la puerta de la calle mientras le seguía gritando.

–¡Vete si no quieres que llame a la policía! ¡Te odio y no te quiero en mi vida!

Cuando consiguió sacarlo y cerrar la puerta, él le gritó desde fuera.

–¡Volveré, tenemos que hablar más tranquilamente!

Ella no le contestó. Él estaba pegado a la puerta y solo podía oír sus sollozos

y cómo se alejaba corriendo.

Cuando llegó a la habitación, no podía dejar de llorar. Se echó en la cama y se abrazó a la almohada perdiendo la noción del tiempo. En su cabeza no paraba de recordar todo. Parecía tan irreal todo lo que había pasado que quería que fuera una pesadilla y que, cuando se despertara, él estuviera a su lado, la abrazara con fuerza y le dijera que podía estar tranquila, que todo había pasado, y que solo había sido un mal sueño. La cabeza le iba a estallar. No podía seguir pensando más en eso, pero no podía remediarlo. Recordaba cada palabra, cada grito, y el corazón se le iba rompiendo en pequeños pedacitos.

CAPÍTULO 27

Cuando Jaime llegó al bar, se sentó en un taburete en la barra y le pidió a Lola un *whisky* doble.

–¡Vaya cara que traes! ¿Qué te pasa? –al ver que no le contestaba volvió a preguntarle–. ¿Estás bien, Jaime? –él negó con la cabeza–. ¿Qué te pasa? Me estás asustando –seguía sin contestar y se bebió el *whisky* de golpe, acercándole el vaso para que le pusiera otro. Lola le sirvió otro y fue a buscar a Josemi al despacho–. Josemi, tu primo acaba de llegar, no para de beber y parece un alma en pena. Por más que le pregunto, no consigo que me hable.

Josemi se levantó corriendo y fue a ver a su primo. Cuando vio su cara, se quedó muy sorprendido, ya que nunca había visto a su primo así. Siempre estaba alegre y con ganas de bromear, y esa era la primera vez que lo veía tan abatido. Le pasó el brazo por el hombro.

–Vamos a sentarnos en una mesa –Jaime no se movía–. Jaime, por favor, acompáñame –consiguió llevarlo hasta la mesa y se sentaron–. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así? Sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

–¡Déjame! Quiero emborracharme hasta perder el sentido. No quiero seguir pensando en nada. Me duele la cabeza.

Josemi le hizo una señal a Lola para que les llevara una botella y un vaso para él.

–Está bien, pues nos emborracharemos juntos. Beber solo es muy aburrido.

–No te preocupes por mí. Mejor ve con Natalia. Ella te necesita ahora mismo más que yo. Estoy seguro.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué le pasa a Natalia? –al ver que se quedaba callado, le cogió de las solapas y lo zarandeó–¿Qué ha pasado con Natalia?

–Ahora es el momento idóneo para que vayas a consolarla, con un poco de suerte hasta podrías llegar a conquistarla.

–¿Por qué dices eso? Déjate de tonterías y dime qué ha pasado.

–Porque debe de estar odiándome con todas sus fuerzas y nunca va a perdonarme. Por fin, le dije la verdad. ¿No era eso lo que querías?

–¡Joder, qué cabrón eres! Te dije que esto iba a ocurrir, que en cuanto ella lo supiera, no querría nada contigo. ¡Dios! Debe de estar hecha polvo.

Sin pensar en nada, se levantó de la mesa y se marchó al despacho. Cogió unas llaves que Natalia le había dado para alguna emergencia y salió pitando,

sin dar explicaciones a nadie.

–¿Adónde va? –preguntó Lola a Jaime, cuando lo vio salir de aquella manera.

–A hacer algo que siempre le ha gustado hacer. Consolar a Natalia.

–¿Qué quieres decir?

–Natalia y yo hemos roto, ya te puedes imaginar cómo está. Ahora, mi primito irá a consolarla. Será todo un caballero, y ya sabes lo que dicen, que un clavo saca otro clavo. Yo de ti me iría haciendo a la idea. Yo he perdido a Natalia y tú, a mi primo.

–Estás borracho y no sabes lo que dices. Josemi nunca haría algo así.

–Sí, estoy borracho y voy a estarlo mucho más, porque solo de pensar que mi primo pueda estar tocando a Natalia, me dan ganas de estrangularlo. Por eso será mejor que siga bebiendo para olvidarme de ella. Ahora puedes irte, quiero estar solo.

Mientras volvía a la barra, pensaba en lo que le había dicho Jaime, y sí, puede que él tuviera razón. Natalia estaría destrozada y sabía que Josemi se iba a volcar en ella, la consolaría y estaría a su lado cada minuto. También sabía que ella se dejaría arropar por sus brazos, y él solo tendría que tener un poco de paciencia, y eso a él le sobraba, tratándose de Natalia. Entonces ella acabaría dándose cuenta de que Josemi era el hombre más maravilloso que existía, que cometió un terrible error con Jaime, y en cuanto Natalia se diera cuenta de eso, ella lo habría perdido para siempre. De repente volvió a la realidad cuando la llamaron de una mesa, y decidió dejar de pensar en eso y ponerse a trabajar.

Natalia seguía en la cama llorando. Su llanto era muy débil porque no le quedaban fuerzas, pero aun así no podía dejar de llorar. Cuando Josemi la vio así, se le cayó el alma a los pies. Se tumbó a su lado y sintió cómo ella se sobresaltaba.

–¡Ssshhh! No te asustes, preciosa. Soy yo.

Cuando Natalia oyó su voz, se dio la vuelta y se abrazó a él. Josemi la apretó fuerte entre sus brazos y se quedaron callados un momento, ella sin dejar de llorar y él con una impotencia muy grande.

Natalia empezaba a sentirse mejor, y como siempre en sus peores momentos, él siempre estaba a su lado, porque cuando la abrazaba conseguía que sus

penas dolieran menos.

–Gracias por venir.

–Te juro que voy a matar a mi primo. Voy a matarlo.

–No quiero hablar de él, por favor, solo necesito que me abracés y estar en silencio, como cuando murió mi abuela, ¿recuerdas?

–Sí, nunca podría olvidarlo.

–Tu primo ha muerto para mí. Aunque esta vez es peor que cuando perdí a mi abuela. Es el dolor de la pérdida y la decepción tan grande que llevo dentro por sus mentiras.

–Ya, ya por favor, no sigas torturándote más. Sabes que no puedo verte así. Él no vale la pena. Relájate. Deja de llorar e intenta dormir. Lo necesitas. Yo voy a estar aquí como siempre, y no voy a dejarte.

–No deberías haber venido. Yo me lo he buscado. No te hice caso y ahora mírame. Deberías decirme "te lo advertí", y dejarme sola. No sé por qué estás aquí.

Él le dio un beso en la frente.

–Porque te quiero y me necesitas –le dijo con ternura.

Volvió a besarla en la frente y ella agachó la cabeza y se acurrucó en su pecho, quedándose en silencio. No podría soportar que él intentara en esos momentos demostrarle su amor, porque tener que rechazarle sería algo muy duro y que no podría soportar en el estado en el que se encontraba. Josemi se quedó callado, como si le hubiera leído el pensamiento.

–Josemi, yo... –la cortó inmediatamente.

–Será mejor que te duermas. Buenas noches.

–Gracias, gracias por venir. Buenas noches.

Los dos se quedaron en silencio hasta quedarse dormidos. Ella, de agotamiento, y él, de rabia y frustración al verla tan destrozada.

CAPÍTULO 28

Cuando Josemi se despertó, Natalia ya no estaba y sintió mucha rabia. Le hubiera gustado despertarse primero para poder contemplarla mientras dormía, como hizo la noche que durmió con ella después de la muerte de su abuela, y despertarla con un beso en la frente, aunque no fuera precisamente ahí donde quería besarla, pero se conformaba con eso.

Se sorprendió al descubrir que volvía otra vez a desearla como un loco. Acababa de romper con su primo y él volvía otra vez a estar loco por ella. Todo el tiempo que estuvo con su primo era intocable, y ahora daría lo que fuera porque ella recordara el tiempo que estuvo enamorada de él y tuvieran una oportunidad. Decidió levantarse de la cama e ir a buscarla.

Cuando llegó a la cocina, ella estaba con la camiseta de su padre, como siempre. A él le encantaba verla así. Le llegaba a mitad del muslo, pero cuando se agachaba, casi se le podían ver las braguitas minúsculas que llevaba. Él se puso de los nervios y contuvo el aliento, porque no quería que ella se diera cuenta de que estaba allí. Le gustaba mirar cómo se movía. De repente reaccionó al oír su voz.

—¿Qué haces ahí parado? Entra y siéntate. Ya está el desayuno.

Él se acercó a ella y, cogiéndole la cara con las manos, la miró a los ojos. Parecía como si sus ojos hubieran perdido el brillo, y su voz sonaba tan triste que se ponía de mal humor.

—¿Qué puedo hacer para que tus ojos vuelvan a ser tan hermosos como antes? No me gusta verlos así, sin brillo, tristes, apagados y con ojeras.

Sin poder evitarlo le dio un beso en la frente, y ella le sonrió sin ganas.

—No te preocupes, en cuanto consiga poder dormir dos noches seguidas, se me pasará.

Se apartó de él y siguió con el desayuno.

—Bien, entonces voy a traerme el pijama. Vestido se duerme muy mal.

—¡No! Ni se te ocurra volver a dormir otra vez aquí.

—¿Por qué? Sé que, cuando estás tan triste, te cuesta dormir y necesitas...

—¡No! Ayer no tenía fuerzas para discutir contigo y pedirte que te fueras porque sabía que no lo harías. Pero no quiero que vuelvas a hacerlo. No es conmigo con quien tienes que estar, sino con Lola. Te agradezco que vinieras, pero tengo que aprender a estar sola, y a arreglar yo misma mis

problemas.

Cuando la cogió de la cintura y la arrastró hacia él, ella puso las manos en su pecho.

–Suéltame, por favor.

–No es con Lola con quien deseo estar, sino contigo.

–No sigas, por favor, Josemi. No me hagas esto.

Intentó alejarse de él empujándole en el pecho, pero él la apretó más fuerte.

–Sé que acabas de tener una decepción muy grande y no espero que te echés en mis brazos ahora mismo, pero estoy harto de esconder lo que siento por ti. Si hubiera tenido el valor de decírtelo antes, puede que no te hubieras fijado en mi primo. Puede que si te lo hubiera dicho antes, lo que sentías por mí hace seis años hubiera vuelto a surgir, y no sabes cuántas veces me he arrepentido de callar este sentimiento que cada vez se me hace más difícil esconder. Cada vez que te veía con él...

Ella puso los dedos en sus labios para hacerle callar.

–¡Basta! Nada hubiera cambiado. Cuando se quiere tanto a alguien como yo te quiero a ti, y tú sabes muy bien a lo que me refiero, es imposible. Eres como un hermano para mí. Para mí, estar contigo sería algo incestuoso. No quiero que vuelvas a pensar en eso.

–Solo quiero que sepas que te quiero, que lo que siento por ti no va a desaparecer, y que si tus sentimientos llegaran a cambiar, yo voy a estar esperándote siempre –entonces la soltó e intentó quitar la tensión que había entre los dos–. Bueno, ¿desayunamos? Tengo hambre –dijo sonriendo.

Ella sirvió el desayuno y se sentó frente a él.

–¿Qué sientes por Lola? –le preguntó.

–La quiero. Estoy a gusto con ella, pero no estoy enamorado de ella. Sí, ya sé que estarás pensando que soy igual que mi primo, pero en mi defensa te diré que ella siempre ha sabido que estoy enamorado de ti, y no le importa.

–Tienes suerte de que alguien te quiera así. ¿Sabe que estás aquí?

–Se lo imaginará. Cuando mi primo me contó lo que había pasado, no pensé en nada. Salí corriendo hacia aquí y no le dije nada.

–¿Cómo pudiste hacer eso? Debe de estar fatal. Quiero que vayas a buscarla, que le pidas perdón y, si tienes que arrodillarte, lo haces. Las mujeres no podemos resistirnos a eso.

–¿Cómo puedes decirme eso después de lo que te he confesado?

–Está bien. Ahora sé lo que sientes, y yo también te he dicho lo que siento. Has dicho que me esperarás el tiempo que haga falta, pero no tienes por qué

hacerlo solo. Lola es la única mujer que va a estar contigo sabiendo que quieres a otra. ¿Y si mis sentimientos no cambian nunca? Quieres a Lola y, si estás con ella, por lo menos no habrás perdido la vida esperando un amor imposible. Y yo no me sentiré culpable de destrozarte la vida –Josemi la miró arqueando una ceja–. Te juro por la tumba de mis abuelos, que tú sabes que es sagrada para mí, que si mis sentimientos llegaran a cambiar algún día, tú serás el primero en saberlo. Pero mientras tienes que vivir tu vida sin mí. ¿Trato hecho?

–¿Por qué siempre acabas convenciéndome de todo?

–Porque sabes que tengo razón. Ahora ya puedes irte a pedirle perdón, y si no quiere escucharte, yo hablaré con ella –habían terminado de desayunar, así que le acompañó hasta la puerta–. También puedes probar con un desayuno en la cama –le aconsejó bromeando–. Eso debería funcionar. Seguro que aún está durmiendo. Despiértala, y haz las paces con ella. Eso me haría sentir mejor. Y si no funciona, ponte de rodillas, eso nunca falla –se rio al ver su cara de desagradado y le hizo reír a él.

–Si imaginarme de rodillas y suplicando te hace reír, valdrá la pena el esfuerzo. Cualquiera cosa, llámame. ¿Lo prometes?

Ella asintió con la cabeza y él le dio un beso en la mejilla. Cuando se quedó sola, volvió a pensar una vez más en lo que había decidido por la noche, mientras no podía dormir, y decidió llamar a Jaime.

–Hola, nena, ¿estás bien?

–Lo he estado pensando, y sí, quiero abortar –le dijo muy fría, sin contestarle.

–¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Bueno, fuiste muy inteligente cuando me dijiste que, si tenía él bebé, te harías cargo de él. Sabías que no quería verte más y eso es una forma de obligarme, porque prefiero no tener ese bebé que tener que verte la cara, y mucho menos que me ayudes económicamente. Nunca me ha interesado tu dinero y no quiero nada de ti. Por eso no quiero este bebé porque es tuyo.

–Vamos, nena, no...

–Cuando sepas el día y la hora, me avisas. Ah, eso sí, también tendrás que decirme dónde es, porque yo nunca he ido a una clínica de esas. Pero seguro que a ti ya te hacen hasta descuento y todo. Con todas las mujeres que te has tirado, incluyéndome a mí, seguro que has tenido que hacerlo muchas veces. Los hombres como tú no deberían tener hijos.

Cuando colgó el teléfono, un descanso muy grande se apoderó de ella. Jamás

se hubiera imaginado poder llegar a decir todas esas cosas tan hirientes, pero se las merecía. Lo malo es que enseguida se arrepintió de haberle hablado así, y le volvieron a entrar ganas de llorar. Se acurrucó en el sillón, sintiéndose sola y vacía, y se puso a llorar hasta quedarse dormida.

–Nena... nena, por favor escúchame. ¡Natalia!

Cuando se dio cuenta de que había colgado, estampó el teléfono contra la pared enfurecido, y justo en ese momento abrieron la puerta de su habitación.

–¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido ese ruido? –su madre vio el teléfono en el suelo hecho añicos. Lo recogió y se acercó a él–. ¿Sigues enfadado? –le acarició el pelo pero él, con un movimiento brusco, se apartó de ella y se volvió con la silla del escritorio, dándole la espalda–. Pensé que después de lo que hablamos ayer, todo estaba claro. ¿Por qué sigues enfadado? Sabes que es lo mejor para todos.

–Para todos puede que sí, no para mí. Será mejor que te vayas, no estoy de humor y no quiero faltarte al respeto.

Volvió a apoyarse en el escritorio para que su madre se fuera, pero ella se acercó a él y le dio un beso en la cabeza.

–Siento mucho que te lo tomes así, pero verás como el tiempo me da la razón. Te olvidarás de esa camarera que lo único que quiere es que un hombre de dinero como tú la saque de la pobreza. Verás que casándote con Silvia, que es tu novia de toda la vida, vas a ser mil veces más feliz que con esa muchacha que solo hace cuatro días que la conoces, que solo busca tu dinero, y ni siquiera sabes quién es. Silvia es la mujer que te conviene, y bastante te ha aguantado todas tus correrías para que encima la dejes plantada en el altar.

–Por favor, mamá, ¿puedes dejarme solo? No quiero hablar con nadie y menos de este tema. Ayer ya hablamos suficiente y ya me quedó claro. No hagas que me arrepienta de la decisión que he tomado.

–Está bien. Ya te dejo, pero intenta cambiar esa cara cuando venga Silvia. No quiero que te vea así. Y aunque ahora no lo creas, verás que el tiempo acaba dándome la razón.

CAPÍTULO 29

Jaime pasó todo el fin de semana encerrado en casa pues no tenía ganas de nada. Ya había encontrado la clínica. Se la había recomendado un amigo que estaba estudiando medicina. Era privada, carísima y muy discreta. El lunes por la tarde tenían que estar allí, y eso era lo que más le preocupaba, tener que decirle a Natalia que todo estaba arreglado.

El domingo por la tarde decidió llamarla. Había pensado ir al bar, pero sabía que eso la pondría mal y no quería empeorar más las cosas.

–¡Sí!

Cuando Natalia escuchó su voz al otro lado del teléfono se quedó sin palabras.

–Hola, nena, ¿cómo estás? Natalia, por favor, no me cuelgues como el otro día. Ya tengo la fecha para el aborto, y me dijiste que cuando lo supiera te llamara.

Sabía que si le decía eso no le colgaría.

–¡Vaya! Sí que te has dado prisa, ¿tantas ganas tienes de deshacer tu error? Claro, antes de que se entere tu novia, ¿verdad?

–No digas tonterías. Cuanto más tiempo de embarazo tengas, más peligroso es. No podría soportar que te pasara algo.

–¡Claaaro! Seguro que es eso –dijo con sarcasmo–. Bueno, dime dónde, qué día y a qué hora hay que estar allí.

–Pasaré a por ti mañana a las cuatro de la tarde.

–No, no quiero ir contigo. Yo acudiré sola.

–No voy a dejar que vayas sola. Pasaré por ti mañana a las cuatro. Estate preparada.

Esta vez fue él el que colgó el teléfono para no darle la oportunidad de protestar.

Esa noche tampoco le apeteció ir a trabajar. No había vuelto a ir desde que había roto con Jaime. Cuando llamó al bar para decirle a Josemi que esa noche tampoco iba a ir, le costó mucho convencerle para que no fuera a su casa, pero al final lo consiguió.

Estaba en el sofá tocándose la barriga y pensando en lo distinto que sería si ese bebé no fuera de Jaime sino de Josemi. Con él todo sería tan distinto. Él

estaría contento y emocionado, deseando casarse con ella y tener ese bebé. No como Jaime, que lo único que deseaba era llevarla a esa maldita clínica para que abortase, y así poder deshacerse de los dos. No quería seguir pensando en nada, así que puso la tele bastante alta para así dejar de oír sus propios pensamientos.

CAPÍTULO 30

Cuando al día siguiente llamaron a la puerta, eran justo las cuatro de la tarde. A Natalia se le hizo un nudo en el estómago, no quería verlo, no quería hablar con él, pero no tenía más remedio que abrir la puerta. Tenía que ser fuerte y que él no notara que estaba como un flan. Volvió a oír el timbre y respiró profundamente para darse valor, entonces abrió la puerta.

–Hola, ya podemos irnos –salió rápidamente y se metió en el coche sin mirarle a la cara.

Cuando se abrochó el cinturón, se giró para el lado de la ventanilla para así poder seguir sin mirarle, esperando que él se diera cuenta de que no quería hablar con él y respetara su silencio.

–¿No vas a mirarme, ni a hablar en todo el camino? –Natalia no le contestó–. Pues va a ser un camino muy largo, ¿no crees? –ella seguía sin contestarle y él insistió–. Al menos dime si estás bien. Es lo único que quiero saber.

–Perfectamente –le contestó sin mover la cabeza y fríamente–, y no vuelvas a hablarme porque no pienso contestarte. Tú y yo ya no podríamos tener una conversación sin acabar discutiendo, y estás conduciendo. No sería una buena idea. Solo te pido que pongas música y me dejes tranquila.

–Está bien, si es lo que quieres –puso la música bastante alta y se quedó callado.

Cuando volvió a mirarla se dio cuenta de que estaba jugando con el anillo de su madre y que no paraba de darle vueltas en el dedo. Entonces recordó lo que le contó acerca del anillo y de su madre, y supo que estaba muy nerviosa. Puso su mano encima de las de ella, pero ella las apartó muy bruscamente, cruzando los brazos en el pecho. El empezó a ponerse de muy mala leche. No soportaba tenerla tan cerca y a la vez sentirla tan lejana, pero decidió resignarse y no ponerla más nerviosa de lo que ya estaba. El viaje se hizo eterno con tanta tensión entre los dos.

Cuando por fin llegaron a la clínica, Natalia se quedó pasmada. Parecía un hotel de lujo, pues la entrada era toda de mármol y espejos. En la recepción había un gran mostrador y dos chicas para informarte de cualquier cosa que necesitaras. En un lado, había unas butacas de piel y unas mesas de metacrilato con revistas para entretener a la gente que esperaba. Justo

enfrente, un acuario gigantesco con peces de colores muy bonitos y plantas artificiales, que con el vaivén del agua parecían cobrar vida. El acuario animaba el ambiente frío y tosco de ese lugar.

Por un momento, quería imaginarse que en verdad era un hotel de lujo y que Jaime la había llevado allí para poder hacer las paces, pedirle perdón y subirla a una habitación para hacerle el amor toda la noche. Salió de sus pensamientos cuando sintió cómo Jaime la cogió de la mano, entrelazando sus dedos con los suyos, y volvió a la realidad. Cuando intentó soltarse de su mano, él la apretó con fuerza y le hizo daño. Entonces se dio cuenta de que no iba a soltarla, y se resignó. No tenía ni ganas ni fuerzas para discutir, así que le siguió sin protestar.

Dentro del ascensor estaban solos. Ella estaba mirando el suelo cuando Jaime la cogió de la barbilla y la obligó a mirarlo. Era la primera vez que le miraba desde que habían salido. Llevaba barba de varios días y parecía cansado. Él no le hablaba, solo la miraba a los ojos como si estuviera esperando que ella le dijera algo. De pronto, con la punta de su dedo índice empezó a acariciarle debajo de los ojos, donde se le empezaban a notar unas pequeñas ojeras de no dormir bien.

–Deberías dormir más para que no te salieran esas sombras, no te quedan nada bien –empezó a decirle con una voz muy suave–. Tus ojos son demasiado hermosos para ponerles sombras, siempre me han vuelto loco, ¿lo sabías? Desde la primera vez que los vi y parecían brillar como dos esmeraldas por el cabreo que llevabas. Pero ahora parece que han perdido todo ese brillo, y no soporto verte así, nena.

Ella comenzó a ponerse nerviosa. Tenerlo tan cerca después de tantos días era algo insoportable. Aun con esa media barba, estaba guapísimo, y olía tan bien que empezaba a perder el sentido. Cuando el ascensor paró, ella reaccionó y se alejó de él sin recordar que seguía teniéndola cogida de la mano. Estiró de ella y la acercó nuevamente.

–Suéltame.

–No puedes escapar de mí, nena. Eres mía.

Ella le miró muy seria y con mucha rabia.

–Nunca más voy a ser tuya. Así que ese cuento cuéntaselo a otra. Conmigo ya no funciona –se soltó de su mano de golpe y salió del ascensor–. ¿Podemos seguir? Cuanto antes terminemos con este asunto, será mucho mejor.

Jaime la miró muy serio y salió del ascensor a pasos agigantados. Ella casi tenía que correr para seguirlo, hasta que se paró delante de una puerta y llamó. Cuando abrió la puerta, le pasó la mano por la cintura y la hizo pasar dentro.

–Hola, soy el doctor Cifuentes –mientras se levantaba le ofreció la mano. Natalia le devolvió el gesto–. Tú debes de ser Natalia, ¿verdad? –ella asintió con una mueca en forma de sonrisa–. Vaya, tienes unos ojos preciosos.

–Eso es lo que siempre le digo –dijo Jaime detrás de ella, ofreciéndole la mano al doctor. Los dos estrecharon sus manos.

–Y tú debes de ser Jaime, el amigo de Andrés. Os estaba esperando –miró a Natalia–. ¿Cuántos años tienes? Pareces muy joven –preguntó a Natalia.

–Voy a cumplir diecinueve.

Jaime le sonrió. Siempre decía eso para aparentar ser más mayor y era algo que le hacía mucha gracia. Cuando volvió a fijarse en cómo comenzaba a darle vueltas al anillo, le cogió de la mano para que se tranquilizara, esta vez ella no se la apartó. Estaba tan nerviosa que necesitaba sentir su contacto.

–O sea, que aún tienes dieciocho, ¿estás segura de lo que vas a hacer? Si no estás segura, puedes pensártelo y volver otro día. No hay problema. Yo seguiré aquí –sonrió.

A ella le gustaba su sonrisa. Debía de tener unos cincuenta años. Era canoso, con bigote, mucho pelo y una cara muy agradable. Tenía aspecto de ser una buena persona.

–Estoy muy segura y me gustaría que fuera lo más rápido posible, por favor. Jaime apretó su mano.

–Un momento.

Ella le miró extrañada. Por un momento imaginaba que él pararía toda esa locura y que la sacaría de allí, así que su corazón empezó a palpar de emoción, pero enseguida la emoción se convirtió en desengaño.

–¿Puede usted asegurarme que todo va a salir bien, que ella va a estar bien, y lo más importante, que podrá volver a tener hijos? –le oyó decir a Jaime

–Estás de una falta, ¿no es así? –ella asintió con la cabeza–. Normalmente no hay problemas con tan poco tiempo de embarazo. Es una intervención muy pequeña y sin problemas. En cuanto terminemos, podrá irse a casa. Lo único que tendrá es una menstruación más abundante de lo normal un par de días, y un poco de molestias. Por lo demás, no hay de qué preocuparse.

Cuando todo estuvo aclarado, el médico la acompañó a una habitación. Era muy amplia, toda blanca y llena de estantes y cajones donde guardaban el

instrumental. Enfrente estaba la camilla, con un ecógrafo para hacer las ecografías. La enfermera le enseñó el cuarto de baño y le dijo que se desnudara de cintura para abajo.

El cuarto de baño no era muy grande pero no le faltaba detalle. El saneamiento era blanco, y el chapado en gris oscuro, a media altura tenía una cenefa, y el resto en gris claro. Todo en ese lugar parecía muy frío. Una pila con una bancada muy grande, llena de cestas de mimbre en las que había tampones de todas las medidas: más absorbentes, menos absorbentes, y compresas con alas, sin alas... Parecía una mini tienda, ya que usaras las que usaras seguro que alguna era de tu agrado. Había un espejo muy grande y se quedó mirándose en él.

–¿Estás segura de lo que vas a hacer? –se preguntaba a sí misma. Pero no halló ninguna respuesta, así que se desvistió.

Vio una especie de sábana. Se la enrolló y salió fuera. Se tumbó en la camilla y la enfermera, sonriéndole, la saludó y la ayudó a poner las piernas en el potro. Natalia empezó a ponerse muy nerviosa.

–Bueno, primero te voy a hacer una ecografía para ver cómo está ese bebé –le dijo el médico con mucha amabilidad.

–Bien.

Le hizo una ecografía vaginal y le enseñó en la pantalla el corazón del bebé. Era una mancha pequeña y oscura, y de pronto oyó sus latidos que parecían estar acelerados. El médico le explicó que era normal que fueran así de rápidos.

–El bebé está perfectamente. ¿Seguro que estás preparada? Porque podemos empezar ya –le explicó cuando terminó de hacerle la ecografía.

Ella asintió con la cabeza porque era incapaz de hablar. Un nudo en la garganta se lo impedía. Mientras el médico y la enfermera estaban preparando el instrumental, no podía dejar de oír esos pequeños latidos en su mente. Retumbaban una y otra vez, haciéndola sentir cada vez más miserable, y una angustia muy grande invadió todo su ser. Justo cuando el médico le puso la mano en la rodilla para que abriera las piernas un poco más, lo detuvo.

–¡Un momento! ¡Pare! –le gritó.

Natalia se quedó mirando al médico con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué ocurre?

–No puedo. Lo siento, pero no puedo hacerlo –empezó a llorar y el médico le sonrió.

–Bueno, pero no deberías llorar, sino alegrarte. Vas a tener un bebé.

–Usted no lo entiende. Jaime no es mi novio y va a casarse con otra, por eso quiere que aborte.

–Vaya, sí es una situación complicada. Pero si tú quieres tener este bebé, nadie te lo puede impedir. Es tu hijo.

Natalia se quedó pensativa un momento, y en ese mismo instante se dio cuenta de una cosa. Ese hombre tenía razón. Era su hijo, y nadie podía obligarla a deshacerse de él. Si su padre no lo quería, ella lo haría por los dos. No necesitaba a nadie para tener a su bebé. Ella sola cuidaría de él.

–Si yo le pidiera que no le dijera nada, que le hiciera creer a Jaime que el aborto se ha realizado, ¿lo haría?

–Verás. No es muy normal. No solemos engañar a nuestros clientes –cuando vio la cara de decepción que puso Natalia, siguió hablando–. Pero resulta que como él no es tu marido y tú eres mi cliente, porque tú eres la que está embarazada, no tengo por qué darle explicaciones. Eso es cosa tuya. Mi fidelidad está contigo y no con él. Pero, ¿estás segura? Esto no es algo que se pueda esconder durante mucho tiempo. En un par de meses se te notará y él sabrá que le hemos engañado.

Ella le sonrió.

–Estoy muy segura, y no se preocupe porque no pienso volver a verle en toda mi vida.

Ella le preguntó los síntomas que debería sentir para que él no sospechara nada y estuvieron un ratito hablando para hacerle creer a Jaime que el aborto se había realizado.

–El problema es que no puedo cobrarle por algo que no he hecho. Eso no es ético.

–Usted guarde el dinero. Seguro que hay muchas chicas como yo que no puedan pagar una clínica como esta, y se tienen que ir a un carnicero. Si alguna vez encuentra a alguna, acuérdesse de este momento y piense que el hombre que está ahí afuera le está haciendo un favor, sin saberlo, a una desconocida. Total, a él le sobra el dinero.

–Vaya, tienes un don para hablar y eres muy generosa. Otra en tu lugar querría el dinero para ella.

–Yo no quiero nada de ese hombre y menos su dinero.

Cuando salieron fuera, ella andaba con un poco de dificultad como si le doliera, como le había dicho el médico. Jaime se levantó enseguida y la cogió del brazo.

–¿Cómo estás? ¿Te duele mucho? –negó con la cabeza.

–Bueno, todo ha salido muy bien. No tienes por qué preocuparte. En un par de días estará como si nada hubiera pasado. Ahora lo más importante es que descansa y mucha tranquilidad. Cualquier problema que tengas solo tienes que llamarme. A cualquier hora, no importa.

Les acompañó hasta la puerta y Natalia se despidió.

–Muchas gracias, doctor, por todo –le dijo.

Él le sonrió y le guiñó un ojo.

–No hay de qué. Ha sido un placer.

Se despidieron y subieron al ascensor. Una vez dentro, él se acercó a ella. Ella cerró los ojos para no mirarlo.

–Por favor, no quiero que me toques. No quiero escucharte. Ahora no, por favor –le dijo muy triste.

Él se dio cuenta de lo dolida que estaba e hizo un esfuerzo para respetar su deseo. Abajo Jaime pagó con una tarjeta, y ella se quedó alucinada cuando vio que él ni se inmutó cuando le dijeron que tenía que pagar seiscientos euros. Pero se sintió bien al pensar que ese dinero ayudaría a alguna muchacha que lo necesitara.

Cuando llegaron al coche, él le ayudó a subir y ella se volvió a girar contra la ventana. Esta vez estaba más cabreada que dolida. Le cabreaba que él hubiera permitido que todo pasara y que no hubiera hecho nada para impedirlo. ¿Cómo podía ser tan ingenua y haber creído hasta el último minuto, cuando estaba allí espatarrada en el potro, que él entraría y que detendría esa locura? Si hubiera esperado un poco más, a esas alturas ya no estaría embarazada. De repente le entró una tristeza tan grande que no pudo evitar ponerse a llorar.

Él estaba muy callado y serio. Por dentro sentía tanta rabia que apretaba el volante con todas sus fuerzas. Si ella le hubiera dicho en algún momento que no quería seguir adelante, que no quería abortar, la hubiera sacado de esa maldita clínica y la hubiera llevado a casa. Pero no, ella prefirió abortar que tener un hijo suyo, tal y como le había dicho por teléfono, y eso le quemaba por dentro. Le dolía en lo más profundo de su ser.

Cuando se dio cuenta de que estaba llorando, sintió deseos de parar el coche y de consolarla, pero sabía que ella no querría que la tocara, y estaba muy cabreado para soportar otro desplante. Así que decidió seguir adelante y llegar cuanto antes a casa.

Cuando llegaron y aparcó el coche, ella quería abrir la puerta y salir corriendo para meterse en casa, porque no quería ni mirarlo. Pero recordó que tenía que

fingir que le dolía, y por esa misma razón no podía salir corriendo. Él dio la vuelta al coche y la ayudó a salir. Cuando abrió la puerta de su casa, se giró hacia él.

–Bueno, me alegra que todo haya terminado. Ahora espero que no tenga que volver a verte en lo que me queda de vida. Dejaré de ir los sábados a trabajar. Ya me las arreglaré con tu primo. Solo te pido que tú no vayas el resto de la semana, así no tendremos por qué vernos más. Adiós –cuando fue a cerrar la puerta, él se lo impidió poniendo el pie, y entró en la casa–. Si no te vas de mi casa, voy a llamar a la policía.

–Está bien. Llámala si quieres.

Ella se dirigió con una furia inmensa al teléfono y empezó a marcar los números. Él le pasó los brazos alrededor de su cuerpo y la cogió de las manos, obligándola a colgar el teléfono.

–Suéltame y vete, por favor.

–Antes dime por qué ni siquiera has sido capaz de luchar por ese bebé, por qué no me has pedido ni una sola vez que te sacara de allí. He estado todo el tiempo esperando que te arrepintieras. No podía creer que lo que me dijiste el otro día por teléfono fuera cierto, que no querías tener este bebé porque era mío. Pero acabas de demostrarme que era verdad, que nunca me has amado. Si no, no lo hubieras hecho –mientras le escuchaba, no podía dejar de llorar. Él la giró entre sus brazos, de modo que la dejó frente a él, y le quitó las lágrimas que le caían por las mejillas–. ¿Por qué lo has hecho, nena? –le preguntó.

De repente ella sintió tanta rabia al escuchar esa pregunta que lo empujó y empezó a gritarle, al borde de la histeria.

–¡¡No te atrevas a echarme la culpa!! ¡Tú...tú querías que abortara, tú me has llevado a esa maldita clínica, tú...tú has pagado para que mataran a tu hijo! – la cogió de los hombros y le gritó.

–¡¡No vuelvas a decir eso! –le miró asustada. Cuando él vio su cara de miedo, la abrazó y le habló al oído–. Lo siento, lo siento, lo siento. Los dos estamos muy nerviosos y decimos cosas que no sentimos. Perdóname. No creo que sea culpa tuya. Yo soy el único que tiene la culpa de todo lo que está pasando. Yo fui un irresponsable y te dejé embarazada, y no te puedes imaginar cuánto me arrepiento de todo. Tendría que haberle hecho caso a mi primo y no haberme fijado en ti. Así nos hubiéramos ahorrado muchos problemas.

No podía creer lo que estaba oyendo. Eso era ella para él ahora, un problema.

–Vete, por favor, ya no voy a seguir siendo un problema para ti. Ya no tienes de qué preocuparte. Déjame sola –le dijo, muy triste, apartándose de su lado.

Se sentía tan mal que se le empezó a nublar la vista. Intentó llegar al sofá pero no le dio tiempo y se cayó al suelo desplomada. Jaime la levantó y la cogió en brazos. Subió con ella hasta su habitación, y la tumbó en su cama, sentándose a su lado.

–Natalia, por favor, reacciona.

Le tocó la frente por si tenía fiebre, pero su temperatura era normal. Cogió una toalla y la mojó, recordando que la otra vez había funcionado. En cuanto se la puso en la frente, reaccionó al momento.

–¿Qué ha pasado?

–Que quieres matarme de un susto, a la tercera seguro que lo consigues –le sonrió, pero estaba pálido–. No volvamos a discutir más, por favor. No puedo soportarlo. Me pone muy nervioso, y a ti también porque siempre acabas desmayándote. ¿Podemos hablar sin discutir?

Natalia se dio la vuelta en la cama, dándole la espalda y abrazándose a la almohada, porque no tenía fuerzas para levantarse y echarlo de la casa a patadas, que era lo que en realidad le apetecía hacer.

–No tengo nada de qué hablar contigo. Cuando te vayas, cierra la puerta –le dijo, esperando que le hiciera caso.

Se quedó callada esperando a que se fuera, pero él se tumbó a su lado. Ella intentó levantarse, pero él la detuvo abrazándola y pegándola a su cuerpo.

–Recuerda lo que ha dicho el médico, tienes que estar tranquila y en reposo –le decía al oído–. Y yo me voy a encargar de que así sea. No vas a levantarte de esta cama. No vamos a discutir más, y no vas a volver a desmayarte.

–Vete, por favor. Déjame sola.

No soportaba tenerle tan cerca. Aunque en esos momentos lo odiaba, seguía poniéndola muy nerviosa sentir su cuerpo tan cerca.

–No estás bien y no voy a dejarte sola. Aunque no lo creas, soy capaz de dormir a tu lado sin hacerte el amor.

–Si no quieres que esté sola, llama a tu primo, pero tú vete, por favor.

–¡No! No voy a hacer eso. Es algo que no puedo soportar. La otra noche sé que pasó aquí la noche y no sabes cómo deseaba venir y sacarlo a patadas. Soy muy posesivo con mis cosas. No me gusta que nadie las toque, y tú eres

mía, nena. Me perteneces.

Ella estaba callada. No podía entender por qué le decía todas esas cosas cuando en unos días iba a casarse con otra. Pero en una cosa tenía razón, y por más que le fastidiara sabía que sí, que después de todo lo que había pasado, seguía enamorada de él como una tonta, y eso jamás iba a cambiar. Pero era algo que nunca más iba a volverle a decir.

–Yo no te pertenezco y ya no soy tuya.

–Eso no es cierto y lo sabes. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare algo?

–No, no quiero comer y no voy a moverme de la cama. Te lo prometo. Si no quieres irte, no te vayas pero, ¿podrías irte a otro sitio a dormir? Hay muchas habitaciones y no quiero dormir contigo.

–Quiero hablar contigo. Ya sé que tú no, pero te pido que me escuches. Solo eso. Sé que no me he portado bien contigo, que tenía que haberte dicho desde un principio que estaba comprometido y que iba a casarme, pero nunca creí que esto iba a llegar tan lejos. Tú sabías cómo era yo. Sabías que solo quería pasar un buen rato, tener una aventura y ya está. Nunca te dije que fuera a casarme contigo.

–Lo sé. Y al principio lo tenía claro. Fuiste tú el que me hizo creer lo contrario, cuando me decías que yo podía ser tu talón de Aquiles, que me necesitabas, que te morías por mí, que yo era como una droga para ti. ¿De verdad creíste que podías decirme todas esas cosas y pensar que yo no iba a creerlas? ¿Que tenía que saber que todo lo que me decías era mentira, que no tenía que hacerme ilusiones contigo? Pues lo siento, pero me las creí todas como una tonta, y una tonta fui al creer que te importaba. Pero si me hubieras dicho desde un principio que tenías novia y que ibas a casarte, jamás me hubiera enrollado contigo.

–Lo sé. Sé que fui un egoísta, pero te deseaba demasiado para decírtelo.

–No, nunca me has deseado a mí, sino a mi virginidad.

–Al principio sí, no voy a mentirte. Pero después fue distinto. Todas las cosas que te dije eran ciertas. Me importas, nena, aunque no te lo creas. Si no, no hubiera estado tanto tiempo contigo, y me hubiera ido la primera noche después de haber conseguido tu virginidad, como siempre hacía. Pero contigo siempre he querido más y más, y aún sigo queriendo más de ti, nena. No quiero perderte.

–Entonces, no te cases y seré tuya para siempre.

–¡Joder! Te juro que si pudiera deshacer esa boda, lo haría, pero es muy tarde, no puedo dejar a mi novia plantada en el altar.

–Claro, a ella no, pero a mí sí que puedes dejarme plantada y obligarme a abortar. Para ti es muy fácil. Estás acostumbrado a dejar a las mujeres cuando te has cansado de ellas, y si vienen con sorpresa, solo tienes que pagar para quitarte ese problema de encima.

–¡Cállate! No vuelvas a decir eso, por favor.

Ella se dio cuenta enseguida de que no tenía que haber vuelto a sacar ese tema, porque él la apretaba con tanta fuerza que casi no podía respirar.

–No puedo respirar. Suéltame.

Jaime enseguida aflojó los brazos y la volvió hacia él.

–Lo siento, ¿te he hecho daño? –ella negó con la cabeza y él le quitó un mechón de pelo que le caía por la cara–. No hablemos más de ese tema. Me pone muy mal, ¿vale?

–Vale.

–¿Crees que para mí ha sido fácil? Aunque no te lo creas, es la primera vez que dejo embarazada a una chica. Tú has sido la única mujer que me ha hecho perder el norte en la cama, con la única que he hecho el amor sin ponerme preservativo, y no me preguntes por qué, porque ni yo mismo lo entiendo. Siempre he sido muy cuidadoso con eso, pero contigo todo es distinto. Cuando estoy dentro de ti, es como estar en el paraíso. Me gusta sentirte, sin barreras, sin obstáculos. La primera vez fue porque eras virgen y deseaba tanto sentir tu virginidad que no pensé en nada, solo en disfrutar de ese momento. Y las otras veces fue por puro egoísmo, porque me gusta hacerlo así contigo, a pelo, sentirte y disfrutar de ti. Eso es lo único que me importa. El resto del mundo me la suda. Te necesito, nena, y lo sabes. Te lo he demostrado muchas veces.

Sin poder evitarlo empezó a acariciarle la cara y, cuando ella intentó protestar, le sonrió con ternura. Él sabía que ella no podía resistirse a su sonrisa. Se lo había dicho muchas veces. Así que, cuando ella volvió a ver su sonrisa, no pudo evitar dar un gran suspiro. Hacía tantos días que lo único que hacían era discutir que volver a verle sonreír la desarmaba, y sin poder contenerse le acarició los labios, mientras él le besaba la yema del dedo.

–Jaime, por favor, vete –le suplicó con un último esfuerzo.

La conocía muy bien y por su forma de mirarle sabía que ella deseaba estar con él tanto como él deseaba estar con ella. Entonces empezó a besarla. Sus besos eran suaves, tiernos y delicados, y ella comenzó a deshacerse en sus brazos.

Esos días atrás se había sentido tan sola y vacía sin él que no le importaba nada. Necesitaba un poco de cariño y quería estar en sus brazos, que él hiciera desaparecer todo el estrés que sentía y, después de lo que le había dicho, no podía resistirse. Cuando él empezó a acariciarle los pechos, ella se estremeció y él comenzó a perder el control. Hacía muchos días que no estaban juntos y la deseaba con toda su alma. Cuando su mano empezó a bajar, acariciando suavemente su barriga hasta llegar a las mallas, y sintió cómo su mano quería entrar en sus braguitas, le detuvo inmediatamente. Por mucho que lo deseara, no podía permitir que él se diera cuenta de que lo del aborto había sido mentira. Solo le diría la verdad si él no se casaba.

–Para, no podemos.

Él apoyó su frente en la de ella. La miró y dio un gran suspiro.

–Tienes razón. Me pones a cien y siempre haces que me comporte como un irresponsable.

–Entonces será mejor que te vayas.

–No, podré aguantarme. Te lo juro. Voy a portarme bien.

–Entonces, no hablemos más –él le sonrió con picardía–, y deja de sonreírme así, solo quiero dormir. Estoy cansada.

–Está bien, buenas noches –le dio un beso en la frente y apagó la luz.

Ella se giró dándole la espalda, y él se pegó a su cuerpo rodeándole la cintura con su brazo y poniendo la mano en su pecho, sintiendo los latidos de su corazón. Se odiaba a sí misma por ser tan débil y no tener el valor de hacer que se fuera de su casa, por sentirse bien entre sus brazos después de todo lo que le había hecho, y por seguir teniendo aún un poco de esperanzas y que al final él anulara la boda. ¿Cómo podía ser tan tonta? Lo único que la consolaba era pensar que siempre decían que la esperanza es lo último que se pierde. Al fin y al cabo, él estaba allí con ella y no con su prometida, así que no quería perder la esperanza. Era la persona más importante de su vida y, mientras tuviera una oportunidad, no iba a desaprovecharla.

CAPÍTULO 31

Cuando a la mañana siguiente Jaime se despertó y vio a Natalia acurrucada en su pecho, sonrió. Le gustaba despertarse con ella, verla dormir. Jamás pensó que podría dormir con una chica sin antes haber tenido sexo, y aun así, nunca se quedaba a dormir. No le gustaba. Pero, sin embargo, con ella era todo distinto. Le gustaba estar en su casa, quedarse a dormir, y lo más increíble de todo era que, en el mes que llevaban juntos, no había vuelto a estar con otra mujer.

Entonces se dio cuenta de una cosa. Kiko tenía razón. ¡El cazador había sido cazado! Si era capaz de serle fiel, de no interesarle ninguna otra mujer, ni siquiera su prometida, que cada vez que ella se ponía cariñosa él le hacía el amor sin ganas, como una obligación. Eso nunca le había pasado antes de estar con Natalia. Él quería mucho a Silvia y siempre se lo había pasado muy bien con ella en la cama, hasta ahora. ¿Cómo podía ser que ella le hubiera cambiado tanto? Entonces fue cuando se hizo la gran pregunta a sí mismo: ¿se había enamorado de Natalia? Justo en ese momento Natalia se despertó.

–Buenos días, dormilona –le dio un beso tierno en los labios–. ¿Estás bien? –ella asintió con la cabeza–. ¿Te duele? –le dijo que no con la cabeza–. ¿Cómo has pasado la noche? –volvió a besarla.

–Bien, pero será mejor que te vayas, y no vuelvas a besarme, suéltame.

–No, no voy a irme y tampoco voy a dejar de besarte –empezó a darle besos suaves y cortos en los labios.

–Para, Jaime, por favor... –pero él no le hizo caso y seguía besándola–, vas a casarte y no quiero estar contigo.

Entonces paró de besarla y la miró a los ojos.

–Sí, quieres estar conmigo, y con la única mujer con la que yo quiero estar eres tú –volvió a besarla–. Esa boda no me importa. No me alejes de ti, por favor, nena, te necesito.

Cuando volvió a besarla, ella se entregó a sus besos como siempre hacía, con tanta pasión que lo volvía loco, tanto que perdió de nuevo el control y comenzó a querer desnudarla. Ella no podía dejar de amarlo, y por más que quisiera alejarse de él, era inútil. Cuando le decía esas cosas y la besaba de esa manera, ella no podía resistirse. De repente, él dejó de besarla y de tocarla y ella le miró sorprendida.

–¿Qué pasa? –le preguntó aún más sorprendida al sentir su lejanía.

–No me mires así, nena. Me encantaría hacerte el amor. Es lo que más deseo, pero después de lo de ayer, será mejor que esperemos unos días. No me puedo creer lo que estoy diciendo, si no parezco yo –ella empezó a reírse y él no pudo dejar de mirarla–. He echado de menos tu sonrisa. Hacía muchos días que no te veía sonreír.

Mientras le hablaba le acariciaba los labios.

–La culpa es tuya.

–Lo sé, y no sabes cuánto lo siento.

–Si te hago una pregunta, ¿serás sincero conmigo? ¿Me dirás la verdad? De lo contrario, prefiero que no me contestes a que me mientas.

–Sí, no voy a mentirte nunca más. Te lo juro.

–¿Qué es lo que sientes por mí? ¿Me quieres?

Él la miró a los ojos y se quedó callado. A ella se le hizo un nudo en el estómago. Él no quería contestar. Eso significaba que no quería mentirle, o sea, que no la quería.

–No, no te quiero –ella sintió un dolor tan grande que solo quería alejarse de él, así que lo empujó poniéndole las manos en su pecho, él la apretó más fuerte contra su cuerpo–. Te amo.

Ella se quedó parada mirándole, sin poder creer lo que acababa de oír.

–¿No me lo estarás diciendo por decir, por no hacerme daño...?

–Te amo, nena –le dio un beso muy apasionado.

–Yo también te amo.

Jaime vio como sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas y la besó suavemente en los ojos, en la nariz, en los labios... Entonces sintió sus lágrimas corriendo por su cara, la miró y le quitó las lágrimas con sus dedos.

–¿Por qué lloras? –le preguntó.

–Si me amas de verdad, no te cases, por favor.

Él de repente la soltó y se levantó de la cama.

–Ya hemos hablado de eso y no quiero tocar ese tema otra vez. Será mejor que me vaya. No quiero volver a discutir contigo.

–Jaime, por favor...

–No, nena, que te haya dicho que te amo no te da ningún derecho a intentar manipularme. Ya te he dicho que no puedo romper ese compromiso, que es imposible –se agachó, la cogió de la barbilla y le dio un beso–. Tengo que irme.

–Solo dime una cosa. Si no me hubieras tenido que decir la verdad, ¿te

hubieras casado sin decirme nada? Y si no me hubiera enterado, ¿hubieras seguido conmigo después?

Él estaba muy serio, sin poder mirarla y sin querer contestarle.

–Necesito saberlo.

–No me obligues a contestarte a eso. Me voy.

Ella se levantó de la cama y fue detrás de él corriendo, bajando las escaleras. Cuando llegaron abajo, antes de que él llegara a la puerta, ella se puso delante de él, exigiéndole una respuesta.

–No vas a irte sin contestarme. Necesito saberlo. ¿Alguna vez has pensado en decirme la verdad?

–¿No te das cuenta de que no quiero hacerte más daño?

–Eso quiere decir que no me lo hubieras contado, ¿verdad? ¡Eres un cerdo! ¡Vete de mi casa! –abrió la puerta con fuerza y le gritó–. ¡¡Vete, no quiero verte más!! Cásate con tu novia y olvídate de mí, que yo haré lo mismo contigo –lo empujó fuera y cerró la puerta de golpe, se echó en el sofá y empezó a llorar sin consuelo.

CAPÍTULO 32

El miércoles no salió de casa en todo el día. Estaba deprimida y no quería moverse de la cama. No tenía hambre, pero hacía un esfuerzo por comer un poco. Pensaba en su bebé y no quería que nada malo le pasara, pues él no tenía la culpa de nada

Jaime la había llamado varias veces, pero ella le colgaba inmediatamente cuando oía su voz.

El jueves estaba en la cama cuando llamaron a la puerta. Eran las ocho y media de la tarde y, por más que golpeaban la puerta, ella no se movió de la cama. No quería ver a nadie ni hablar con nadie. De repente, se asustó cuando oyó a Josemi en la habitación.

–Vas a levantarte de esa cama, ¡ya! Te vas a vestir y vas a venir a trabajar ahora mismo.

–Déjame, no quiero ir a ningún sitio, y menos al bar. No quiero ver a tu primo.

–Mi primo no va a volver al bar. Se lo he prohibido, y tú necesitas salir y distraerte. Si no quieres trabajar, no lo hagas, pero puedes estar con las chicas y dejar de pensar en Jaime. Él no se lo merece. Ahora tienes dos opciones: o te vistes tú, o lo hago yo, pero vas a venir conmigo y vas a salir de esta casa.

–Está bien. Voy a vestirme –dijo refunfuñando–. Eres un pesado, ¿lo sabías? Espérame abajo.

Se vistió sin ganas, pero conociendo a Josemi, sabía que si no le hacía caso, él era muy capaz de hacer lo que decía. Cuando bajó, estaba esperándola.

–¿Estás preparada?

–Sí, ya podemos irnos.

–¿Cuánto hace que no comes ni duermes en condiciones? –se acercó a ella y levantó su barbilla para mirarle a la cara fijamente–. Estás muy demacrada.

–Estoy bien. No te preocupes –subieron al coche–. ¿Por qué no me dijiste que tu primo iba a casarse? –le preguntó.

–Lo intente muchas veces, pero no me dejaste. No querías que te hablara mal de él, ¿recuerdas?

–Sí, lo recuerdo. Pero tú sabes que algo como eso no se puede callar. Puede que me enfadara, pero después te lo hubiera agradecido. Jamás me hubiera liado con él sabiéndolo.

–Lo sé, y él me prometió que te lo diría antes de intentar nada contigo. Mi error fue creerle. Cuando me di cuenta de que no te lo iba a decir, estaba decidido a hacerlo yo, pero ya era demasiado tarde, ya habíais estado juntos y Lola me aconsejó que te dejara disfrutar mientras durara. Incluso tú me amenazaste con elegirlo a él por encima de mí. ¿Qué querías que hiciera?

–Tienes razón. Perdóname.

–No importa. Además, tampoco creí que mi primo fuera a estar tanto tiempo contigo. Creí que te dejaría, como hacía con todas, y que tú ni siquiera te enterarías de esa dichosa boda. También tengo que decirte que, aunque en estos momentos quisiera matarlo, nunca había visto a mi primo tan destrozado como la noche que rompisteis.

–No intentes defenderlo, por favor. Si no me hubiera enterado, ¿me lo hubieras contado? ¿Me habrías dicho que iba a casarse antes de que lo hiciera? ¿O también me habrías seguido mintiendo como pensaba hacer él? ¿Hubieras dejado que me convirtiera en su amante?

–No. Hace unos días hablé con él. Le dije que te dejara o que te lo dijera, pero que lo hiciera ya. Me dijo que iba a dejar a su novia, que no quería casarse. Ahora ya no sé si me mintió a mí también, o si no ha podido deshacer ese compromiso. No hemos vuelto a hablar desde entonces. El caso es que no hay vuelta atrás. Se casa y eso es inevitable a estas alturas.

–Mira, será mejor que no volvamos a hablar más de él, ¿vale? Porque me pongo enferma –él asintió con la cabeza–. Por cierto, es jueves, ¿por qué dices que están las chicas?

–Son las fiestas de mi pueblo y esta semana vamos a tener mucho trabajo.

Cuando entraron al bar, enseguida las chicas la abrazaron e intentaron animarla.

–Voy a cambiarme. ¿Me acompañas? –le preguntó a Lola.

Ella, cómo no, la acompañó al vestuario.

–Quería pedirte perdón, porque el otro día estaba fatal y no tuve fuerzas para hacer que Josemi volviera aquí contigo. Debiste pasarlo fatal pensando que estaba conmigo, pero te juro que no pasó nada...

–Por favor, Natalia, basta. No tienes por qué disculparte. No sigas diciendo tonterías. Sé que entre vosotros no pasó nada. Josemi me lo explicó todo al día siguiente con un desayuno en la cama increíble, y estoy segura de que eso

fue cosa tuya.

Natalia le sonrió y ella le puso las manos en los hombros.

–Lo importante es que tú estés bien, ¿estás bien? –le preguntó.

–No, estoy hecha una mierda. Y no sé si algún día voy a poder superar esto.

–Pues claro que vas a poder hacerlo, ya lo verás –le dio un abrazo muy fuerte–. En cuanto conozcas a otro hombre y vuelvas a enamorarte, verás como ya no te acuerdas de él.

–No creo que vuelva a enamorarme nunca más. Jamás voy a volver a confiar en otro hombre en mi vida, y jamás voy a volver a dejar que otro hombre se aproveche de mí. Nunca más. La próxima vez que vuelva a acostarme con otro hombre, que no sé si eso va a volver a pasar, será en mi noche de bodas, así me aseguraré de que no me deje plantada para irse a casarse con otra.

–Si esperas que hoy en día un hombre se case contigo sin antes haberte llevado a la cama, te vas a quedar solterona, y no creo que te merezcas eso. Estar sola es muy duro.

–A mí me lo vas a decir.

–Solo tienes que elegir bien la próxima vez.

–¿Y cómo saber si eliges bien? Yo creí que Jaime me quería...

–Tú sabías que Jaime era un golfo y sabías a lo que iba, solo que te enamoraste de él y le creíste todas las mentiras que te dijo. Pero no te sientas culpable. Eso nos pasa a todas. Cuando nos enamoramos, nos volvemos tontas y no entramos en razón.

–¿Eso es lo que te pasa con Josemi? Le quieres mucho, ¿verdad?

–Más de lo que debería.

–¿Por qué eres tan buena conmigo? Otra en tu lugar me odiaría.

Lola la miró y le sonrió.

–Tú no tienes la culpa de que Josemi esté enamorado de ti, y él tampoco. En el corazón no se manda, y estoy segura de que, si él pudiera mandar en el suyo, ya te habría olvidado hace tiempo. Llegará un día en que se dará cuenta de que nunca va a poder tenerte, y ese día espero que decida quererme a mí. Por eso sigo a su lado.

–Yo estoy segura de que sí y, si no lo hace, se las verá conmigo.

Las dos se echaron a reír y salieron a trabajar.

La noche se le hizo bastante amena, por lo menos estaba distraída y era la primera vez que no pensaba en Jaime desde que lo habían dejado. Al final Josemi tenía razón. Era mejor estar allí trabajando que tirada en la cama como alma en pena. Estaba poniendo unos cubatas en el pub cuando llegó

Josemi.

–Natalia, son las tres y media. Anda, cámbiate y te llevo a casa.

Se fue a cambiar sin protestar. Era más pronto que de costumbre y en otro momento le habría insistido para quedarse más rato, pero estaba cansada y, aunque sabía que en casa la cabeza no iba a parar de darle vueltas, necesitaba tumbarse en su cama.

Cuando salió de cambiarse, Josemi estaba esperándola en el bar. Dio las buenas noches a todas y se marcharon.

–Gracias –le dijo a Josemi, una vez en el coche.

–¿Por qué?

–Por traerme a rastras a trabajar. La verdad es que me ha sentado bien salir de casa. ¿Por qué me traes tan pronto?

–Tenía que haberte traído más pronto, pero se me ha ido el santo al cielo. Quería que te distrajeras, no que te quedaras hasta tan tarde. Aún no estás bien y tienes que descansar.

Ya habían llegado a su casa y aparcó el coche en la puerta. Entonces la cogió de la barbilla y la miró a los ojos.

–Y porque también quiero que mañana esos ojos estén descansados y con un poquito más de vida. Es una orden y, si no la cumples, te despediré.

Ella se rio.

–Estás loco –se dio cuenta de que la miraba con mucha intensidad y sintió cómo se acercaba para besarla, se apartó de él y salió del coche rápidamente–. Buenas noches –le dijo enfadada.

Abrió la puerta de casa y, cuando estaba a punto de entrar, él le gritó.

–¡Natalia, espera!

Ella se dio la vuelta muy enfadada.

–Creo que ya habíamos hablado de esto y que todo había quedado bastante claro entre nosotros.

–Lo sé y lo siento, pero cuando te tengo tan cerca, no sé qué me pasa. Es como si mi mente no pudiera controlar mi cuerpo. Te juro que no volveré a pasar.

–Eso espero, porque si no, no volveré al bar. Hicimos un trato, ¿recuerdas?

–Sí, lo recuerdo, y te juro que no volveré a romperlo. Hasta mañana –le dio un beso en la mejilla y se fue.

Cuando se metió en la cama estaba agotada, y de repente se dio cuenta de que ese cansancio tenía que ser por el embarazo, porque a ella nunca le había

cansado tanto trabajar. De pronto pensó que no sabía lo que iba a hacer cuando se le empezara a notar la barriga. Tenía que decírselo a Josemi, porque, cuanto más tardara en decírselo, más se iba a enfadar, pero las cosas entre él y su primo no iban bien por culpa de ella, y sabía que, cuando se lo dijera, Josemi iba a querer matarlo, pero esta vez de verdad. Entonces decidió que era mejor esperar un poco a que las cosas se calmaran entre ellos. Total, aún faltaban por lo menos un par de meses para que se le empezara a notar la barriga.

Lo que más miedo le daba era tener que enfrentarse a la verdad y saber que, desde ese mismo instante, todas sus metas estaban anuladas, que nunca más podría empezar la universidad, que nunca más llegaría a convertirse en médica, y que nunca podría cumplir la promesa que le hizo a su abuela, y eso era lo que más le dolía y lo que le hacía preguntarse a sí misma si valdría la pena tener ese bebé. Pero, en cuanto se hizo esa pregunta, la respuesta fue inmediata. Sí, valía la pena luchar y perder todos sus sueños por esa pequeña vida que crecía dentro de ella. De eso era de lo único que estaba segura, pensaba mientras acariciaba su barriga con ternura, como si ese ser diminuto y sin formar pudiera sentir sus caricias.

CAPÍTULO 33

–No seguirás enfadada, ¿verdad? –le dijo Josemi, en cuanto entró en el bar. Ella le sonrió.

–Sabes que no puedo estar mucho tiempo enfadada contigo. Olvidémoslo, ¿vale?

Él asintió con la cabeza y ella fue a cambiarse.

La noche estaba bastante movida y Natalia no paraba de ir de una mesa a otra. Aún no eran las doce cuando Natalia estaba hablando con Josemi en la barra.

–¿Quieres que vaya a ayudar a Toni? –a Josemi le cambió la cara por segundos–. ¿Qué te pasa? –le preguntó.

Cuando le oyó hablar, se le cortó la respiración.

–Te dije que no te quería ver aquí mientras ella estuviera. Quiero que te vayas ahora mismo o, de lo contrario, te echaré a patadas.

Natalia no podía moverse. Por la manera de hablar y lo que Josemi estaba diciendo, sabía que Jaime estaba detrás de ella. Rezaba para que Jaime hiciera caso a su primo y se fuera para no tener que verlo, porque no se sentía con fuerzas para enfrentarlo.

–Es mi despedida de soltero. Mañana me caso y quería celebrarlo aquí.

Natalia sintió como una puñalada en el corazón al oírle decir eso y deseó morir en ese mismo instante.

–Jaime, lárgate o te echaré a patadas –volvió a amenazarle Josemi.

–No puedo celebrar mi despedida sin ti, primito. Por eso hemos venido.

Natalia seguía de espaldas a él sin poder moverse, y de cara a Josemi. Cuando Josemi vio como a Natalia se le llenaron los ojos de lágrimas, dio un puñetazo en la barra y salió gritando como un energúmeno.

–¡¡Voy a matarte!! ¡¡Eres un hijo de puta!!

Natalia se puso delante de él, sujetándole y cortándole el paso.

–Por favor, Josemi, no le hagas caso. Pasa de él. No quiero que os peleéis por mi culpa.

–¡Él no tenía que estar aquí! ¡Se lo advertí y voy a sacarlo a patadas!

Ella le cogió la cara con las manos y lo obligó a mirarla.

–Por favor, hazlo por mí.

Él la miró y se dio cuenta de que estaba aterrada solo con pensar que los dos

pudieran pegarse por culpa de ella.

–Está bien.

–Llévame a casa. Ya no quiero estar aquí.

–¡¡Vaya!! ¡Te ha faltado tiempo para pasar de un primo a otro! ¡Seguro que aún olías a mí cuando te acostaste con él!

Nada más decir eso, Natalia se giró y le dio tal bofetada que le volvió la cara del revés, pero enseguida tuvo que cogerse la mano del dolor, pues pensaba que se la había roto. Pero valía la pena aguantar ese dolor que verlos a los dos peleándose por ella, ya que sabía que, si no hubiera hecho eso, Josemi se hubiera lanzado contra él por lo que acababa de decir. Aunque también ella necesitaba abofetearlo por las palabras que Jaime había dicho, se merecía esa bofetada y mucho más. Jaime se quedó callado mirándola con rabia y tocándose la cara que le ardía como fuego.

–Sácame de aquí, por favor.

Josemi la cogió por la cintura y se la llevó. Cuando Jaime intentó ir tras ellos, Lola le cortó el paso poniéndose delante de él.

–¿No crees que ya la has liado bastante? Déjala en paz –le preguntó enfadada.

–Mira, Lola, si tú no tienes sangre en las venas y te da igual que tu hombre se vaya con otra, es tu problema. Yo no voy a dejar que Natalia se vaya con nadie esta noche que no sea conmigo. Lo que puedes hacer es venirte conmigo y llevarte a mi primo. Será lo mejor para él.

Tras esa amenaza, Lola le siguió y le hizo una señal a Kiko para que les acompañara, pues temía por Josemi con lo cabreado que veía a Jaime.

Cuando estaban llegando al coche, Natalia oyó a Jaime gritar su nombre.

–¡¡Natalia!!

–Sube al coche –le ordenó Josemi–. Yo me encargo –se volvió y se enfrentó a su primo–. Jaime, vete de aquí, Natalia no quiere hablar contigo.

Natalia se quedó en la puerta, pues temía por lo que pudiera pasar entre ambos.

–Eso me lo tendrá que decir ella.

Jaime esquivó a su primo y fue directamente hacia Natalia. Josemi le cogió del brazo para evitar que se acercara a ella, hablándole muy cabreado.

–No voy a dejar que la molestes más, ¿te queda claro? –Jaime le cogió de la muñeca y le retorció el brazo, poniéndoselo en la espalda y apretándole con fuerza para dejarle inmovilizado–. ¡Para, joder, vas a romperme la muñeca!

–¡¡Jaime le haces daño, suéltale!! –le gritó Lola asustada.

–Tío, ¿te has vuelto loco?! ¡Es tu primo, joder! –gritó Kiko al mismo

tiempo.

–¡¡Tú no te metas en esto!! –le gritó a Kiko con toda la furia que le quemaba por dentro–. ¡No voy a hacerle daño! Solo si dejas que yo te lleve a casa, nena –dijo mirando a Natalia, que se había acercado hasta ellos. Estaba paralizada y asustada viendo a Josemi inmovilizado y enfurecido, mientras Jaime le presionaba el brazo con fuerza–. No voy a dejarte ir con él. Solo quiero que hablemos. No voy a hacerte daño y lo sabes. Tú me obligas a hacer esto. ¡Necesito hablar contigo y no me coges el puto teléfono!

–¡No le hagas caso! ¡No va a hacerme daño! ¡Solo quiere asustarte! –le gritó Josemi.

–Yo no estaría tan seguro. Estoy muy cabreado –le apretó un poco más el brazo y miró a Natalia–. ¿Quieres que siga? –le preguntó.

Cuando Natalia vio el dolor en la cara de Josemi, reaccionó y le gritó.

–¡¡Para, vas a partirle el brazo!! ¡Está bien, me iré contigo, pero suéltale! – Jaime le soltó inmediatamente, y cuando Josemi fue a volverse para atacar a su primo, ella se puso en medio de los dos–. ¡¡Basta, Josemi, no quiero más peleas!! Estaré bien. Él no va a hacerme daño, solo vamos a hablar, ¿verdad? –le preguntó a Jaime muy cabreada.

–Sí, solo hablar.

La cogió de la mano y la llevó hasta el coche, arrancó y salió chirriando ruedas. Conducía como si lo persiguiera el mismísimo diablo, y mientras conducía estaba callado, con el mentón apretado y muy serio. Era finales de julio y, dentro del coche, ella sentía el frío del mes de enero, pero no se atrevía a hablar pues le daba miedo enfadarlo más, y que tuvieran un accidente. Cuando aparcó el coche y apagó el motor, se puso las manos en la cabeza agarrándose de los pelos, y empezó a maldecir.

–¡¡Joder, nena!! ¡¿Te das cuenta de lo que me obligas hacer?! ¡Es mi primo! ¡¡Maldita sea!! ¡Y no me hubiera importado partirle el brazo!

Ella se quedó alucinada. Estaba echándole la culpa a ella. ¿Cómo podía tener tanta cara? De pronto sintió una furia tan inmensa que tenía la necesidad de salir inmediatamente del coche o, de lo contrario, sería capaz de asesinarlo. Se fue corriendo hacia la casa. Abrió la puerta y entró. Cuando estaba a punto de cerrar, Jaime puso el pie en la puerta para que no cerrara. La empujó, pasó dentro y cerró la puerta a su espalda.

Natalia estaba tan nerviosa que, cuando lo vio dentro de su casa, no pudo evitar abalanzarse sobre él y empezar a darle puñetazos en el pecho, gritándole y llorando desesperada.

–¡¡Vete, vete de mi casa!! ¡¡Te odio y no quiero que estés aquí!! –cuando él se dio cuenta del estado de nervios que llevaba, la cogió de las muñecas y se las puso en la espalda para que dejara de golpearle–. ¡¡Suéltame, suéltame, te odio!!

Sus ojos llenos de lágrimas lo miraban con tanta furia y con tanto odio, que parecían dos dagas esmeraldas clavándose en su corazón. Al verla así, sintió una presión en el pecho que lo ahogaba y le habló con una voz muy suave para tranquilizarla.

–Lo siento, nena, perdóname, por favor. No soporto verte así. Siento haberte asustado, haberme comportado como un animal, pero me estoy volviendo loco de celos. No poder verte, pensar que mi primo está cerca de ti, consolándote, durmiendo contigo...

–¡Él no duerme conmigo! –exclamó entre sollozos–. Solo estuvo la noche que rompimos y no pasó nada.

La soltó de las muñecas y pasó sus manos por alrededor de su cuello, enredando sus dedos en su pelo.

–Lo sé, y siento haber dicho todas esas tonterías en el bar. Sé que no me engañarías con otro hombre y menos aún con mi primo. Ahora entiendo por qué dicen que los celos son irracionales.

–¿Por qué crees que no te engañaría? Podría acostarme con quien me diera la gana. Ya no estamos juntos.

–Porque lo sé, porque aún eres mía, porque no serías capaz de acostarte con nadie sin estar enamorada, y esa es una de las cosas que más me gusta de ti. Sobre todo porque aún estás enamorada de mí y siempre vas a estarlo.

–Eres un engreído y un arrogante, y no, ya no estoy enamorada de ti.

–Sí lo estás.

–No, no es verdad. Te odio.

–No se te da bien mentir.

Intentó quitarle las manos de su cuello tirando de sus antebrazos, pero era inútil. A ella no le quedaban fuerzas y a él le sobraban. La levantó hacia él para besarla, haciendo que ella quedara de puntillas en el suelo.

–Por favor, Jaime, no lo hagas –le suplicó con un hilo de voz.

Él la miró muy intensamente a los ojos, haciendo que su corazón se acelerase, y le sonrió con picardía.

–¿Por qué? ¿Por qué me odias? –le preguntó con una voz muy sensual, dándole un beso suave en los labios.

En ese momento los dos sabían que estaban perdidos. Ella, porque sería

incapaz de resistirse a él, y él por qué iba a ser muy duro volver a dejarla a la mañana siguiente. Pero pasara lo que pasara entre ellos, por muy enfadados que estuvieran, cuando estaban cerca el uno del otro la atracción sexual que había entre ellos era tan fuerte que no podían escapar de ella por más que quisieran.

–Sí, te odio... déjame –susurro con voz temblorosa.

Él volvió a besarla.

–Tu cuerpo me dice todo lo contrario. Puedo sentir cómo tiembles, nena.

–Entonces, no le hagas caso –volvió a susurrar derrotada, al darse cuenta de que él tenía razón.

–No, no puedo hacer eso –sonrió–. Es superior a mí.

Empezó a besarla apasionadamente y ella dejó de luchar contra ella misma entregándose a ese beso, porque sabía que era inútil resistirse, porque él no cesaría, y ella ya no quería que parara. Él estaba tan desesperado, tan deseoso por poseerla, que la desnudó de cintura para abajo en un abrir y cerrar de ojos y, sin dejar de besarla, hizo lo mismo con él.

Cogiéndola de los muslos, la levantó y ella enredó las piernas en su cintura rodeándole con los brazos el cuello, enredando los dedos en su pelo. Él le sonrió y entró dentro de ella con un solo movimiento, haciéndola gritar y aplastándola contra la pared. Entonces se quedó quieto, apoyando su frente en la de ella con los ojos cerrados y en silencio. Cuando volvió a abrirlos y la miró, su mirada era cálida y ardiente por el deseo.

–No sabes cómo te he echado de menos –le susurró con un suspiro y la voz ronca de deseo.

–¿Por qué me haces esto? –le preguntó con voz temblorosa y llena de pasión.

Él volvió a embestirla con un solo movimiento, haciéndola gemir por el deseo que empezaba a arder en sus entrañas, sin poder evitarlo, mientras se aferraba a su espalda clavándole las uñas. Él volvió a pararse, dejándola con ganas de más y volvió a susurrar.

–Porque te necesito, nena –volvió a moverse y a pararse de nuevo–. Necesito estar dentro de ti –volvía a darle placer y a quitárselo cada vez que le hablaba–. Sigo enganchado a ti como el drogadicto a su heroína –no dejaba de mirarla, y su mirada era penetrante como sus embestidas–. No puedo estar sin ti, nena.

Ella no podía soportar más esa tortura. Necesitaba que él acelerara el ritmo, y movía sus caderas exigiéndole más.

–Jaime, por favor... no pares –no le importaba suplicar con tal de que él

apagara el fuego que le ardía por dentro. Él se paró y le agarró de las caderas inmovilizándola—. ¿Qué haces? ¿Por qué paras? —preguntó frustrada.

—¿Me deseas?

—Sííí... sabes que sí.

Su voz jadeante por el deseo lo volvía loco y le costaba un gran esfuerzo controlarse.

—¿Aún me amas? —volvió a preguntarle con un movimiento de caderas, empotrándola contra la pared, consiguiendo un gran gemido de placer.

—Sííí... Sííí, te amo.

—Júrame que nadie más que yo va a estar dentro de ti, —sus movimientos volvían otra vez a enloquecerla—, que siempre vas a ser mía.

—Lo juro... te amo y nunca voy a amar a nadie como te amo a ti... nunca.

—Yo también te amo, nena.

Con esas últimas palabras se apoderó de su boca besándola con fuerza, aplastando su cuerpo contra la pared y sujetando sus caderas con firmeza. Entonces liberó toda esa pasión que había estado conteniendo con tanto esfuerzo y se dejó llevar con fuertes embestidas, sin piedad, sin parar, volviéndola loca con su pasión y apagando por fin ese fuego ardiente que le quemaba las entrañas y que la consumía, llevándola y dejándose llevar a un orgasmo bestial, haciendo desaparecer todo ese estrés que los dos habían acumulado por la separación tan violenta que habían tenido.

Con la cabeza escondida en su cuello, y apoyando las manos en la pared para no aplastarla, le habló agitado e intentando recuperar el aliento.

—¡Dios! Soy un animal, ¿te he hecho daño?

—No, ha sido increíble.

Él levantó la cabeza para mirarla y en su cara vio exactamente lo mismo que él sentía, satisfacción.

—Siento no haberme podido contener.

Empezó a besarla suavemente y con mucha ternura, queriendo borrar la brutalidad con la que acababa de poseerla.

—Ha sido increíble. No me has hecho daño, y puedes volverme a aplastar contra la pared siempre que quieras —volvió a repetirle ella al oído, como si le leyera la mente.

A él le dio la risa.

—Sí, ha sido increíble, pero será mejor que vayamos a la cama. Aún no he terminado contigo.

—No esperaba menos de ti, muchachote —sonrió.

Él le devolvió la sonrisa y, sin dejar de besarla, la llevó hasta el dormitorio. La tumbó en la cama y se quedó mirando el top del bar con las letras “LA CUEVA” en rojo fuego que llevaba puesto.

–Siempre he querido meterme en tu cueva –le confesó.

Metió la cabeza dentro del top y comenzó a besarle los pechos. Ella empezó a reírse a carcajadas.

–Para. Vas a romperme el top.

Sacó la cabeza y, cuando vio su sonrisa, empezó a sentirse culpable. Sabía que esa sonrisa no iba a durar mucho, porque cuando tuviera que irse, ella se hundiría otra vez, y eso le cabreaba.

–¡Joder!

–¿Qué te pasa? –le preguntó al verlo tan serio, y tras el taco que acababa de soltar.

–Que tengo que irme.

–¿Por qué? –preguntó extrañada.

–Porque te amo y no quiero hacerte más daño. Si me quedo, después será peor.

–Es tarde para eso, ¿no crees?

–Lo sé, pero no soportaba un minuto más sin ti. Por eso fui al bar.

Esas palabras le llegaron al corazón y le hicieron desear estar con él por encima de todo.

–Yo también te amo y te necesito esta noche. Olvidémonos de mañana.

Empezó a besarle, y él se perdió entre sus brazos, dejando el poco sentido común que le quedaba a un lado. Ella empezó a desabrocharle la camisa y a besarle el cuello, después los hombros, y cuando consiguió desabrochársela y quitársela del todo, acarició suavemente su musculoso pecho, llenándolo de besos suaves, húmedos y ardientes, sintiendo cómo se tensaba y endurecía cada músculo de su increíble cuerpo con el paso de sus caricias, incluyendo su erección, que aún seguía dentro de ella desde que la había aplastado contra la pared.

Él la hizo parar, cogiéndole la cara entre sus manos para no perder el control. Necesitaba calmarse y serenarse. Entonces empezó a besarla con besos largos y sensuales, mientras le quitaba el top para bajar con sus labios hasta sus pechos pequeños, redondos y duros por sus caricias, y mientras se deleitaba en ellos, hacía que se volviera loca de placer, gimiendo y susurrando su nombre.

Esa noche quería hacerle el amor, con calma y sin prisas, con tanta pasión que cada caricia, cada beso que él le diera quedaran grabados en su cerebro para toda la eternidad, porque lo que más deseaba era que no pudiera olvidar esa noche jamás, para que siempre que él volviera, ella estuviera esperándolo. Su boca recorría cada centímetro de su sedosa piel, bajando lentamente por su tripa hasta llegar a su ombligo y mucho más abajo, siguiendo sus dedos que iban provocándola con sus tortuosas caricias, esas pequeñas caricias en su sensible sexualidad que parecía cobrar vida propia buscando más y más placer con cada movimiento de cadera. A él le encantaba verla arquearse mientras la castigaba con sus dedos, formando esos pequeños círculos que la descontrolaban. Deseoso y ansioso por complacerla, hundió su boca entre sus piernas y sujetó sus caderas con fuerza para poder terminar de llevarla a lo más alto del placer con su lengua viperina y salvaje, con suaves mordiscos en sus labios vaginales y sus insistentes y expertos dedos que parecían llenarla por completo, llevándola a un especie de locura tan placentera que solo podía gritar y temblar sin ninguna clase de control. Justo en ese mismo instante, cuando pensaba que nada más placentero podía sucederle, sintió su gran erección llenándola por completo, y su boca devorando la suya con mucha pasión para culminar esa increíble sensación, sintiéndolo dentro de ella una y otra vez, con fuerza, con brío, apagando todo ese fuego y dándole exactamente lo que necesitaba, al igual que él necesitaba descargar toda esa tensión que lo embriagaba al verla tan excitada por sus caricias. Con un gemido de placer ambos llegaron al éxtasis y quedaron totalmente agotados, extasiados, de modo que les costó bastante recuperarse de esa sensación de debilidad que sentían en esos momentos.

Estaban abrazados en el silencio de la noche. Ninguno quería que se rompiera ese momento de paz y de tranquilidad que últimamente era casi imposible que existiera entre los dos, hasta que él volvió a sentir ganas de ella una vez más y volvió a hacerle el amor, dejándola exhausta, agotada y tan relajada, tumbada encima de él, que no podía mover un solo músculo. Mientras, él no dejaba de acariciarla con las yemas de sus dedos, masajeándole lentamente el cuello, y después los hombros, para seguir bajando por su columna hasta llegar a sus nalgas, cerrando sus manos en un fuerte apretón, y bajar por sus muslos, para volver otra vez a empezar en sentido contrario. De este modo se quedaron dormidos, sin pensar en nada, porque esa noche no había palabras, ni reproches. Los dos preferían el silencio, antes de volver a discutir de nuevo

por algo que no tenía remedio.

CAPÍTULO 34

En el bar, Josemi estaba que se lo llevaban los demonios. Quería ir para saber si Natalia estaba bien, porque no soportaba la incertidumbre.

–Lo siento, Lola, pero tengo que ir. Necesito saber si Natalia está bien.

Lola le miró muy seria.

–Nunca me he metido entre tú y Natalia, pero esta vez no voy a dejar que hagas el ridículo.

–¿Por qué tendría que hacer el ridículo?

–¡Porque estás ciego! Eres el único que no ve que tu primo está loco por Natalia, y que jamás le haría daño. Si ha montado el pollo que ha montado, es porque quería estar con ella, y estoy segura de que en estos momentos están como locos haciendo el amor.

–Natalia nunca le perdonará todo lo que le ha hecho, y más sabiendo que mañana se casa con otra.

–Natalia está locamente enamorada de él, como a mí me pasa contigo, y si yo soy capaz de perdonarte cualquier cosa, ella también puede hacerlo. A tu primo solo le bastará ponerse un poco tierno, y los dos sabemos que eso se le da muy bien, y si es así, ella no podrá negarle nada.

–Solo quiero saber si está bien.

–Está bien, seguro. Si no, ya te habría llamado.

–Tienes razón –admitió derrotado–. Mi primo jamás le haría daño. Por lo menos, no físicamente.

–Estate tranquilo. Sabes tan bien como yo que, si Natalia estuviera mal, tú serías la primera persona a la que ella llamaría.

–Lo sé, pero me molesta pensar que están juntos y que mañana él la dejará para casarse con otra rompiéndole el corazón nuevamente.

–Pues sí, pero ni tú ni yo podemos hacer nada para evitarle ese mal trago. Eso es algo que tendrá que pasar ella. Lo único que nosotros podemos hacer es consolarla cuando llegue el momento.

–Te quiero, por estar siempre ahí, por apoyarme cuando más lo necesito, y por soportar este sentimiento absurdo que siento por Natalia, cuando es evidente que nunca seré recompensado por ello.

–Bueno, así es el amor. Unas veces duele, pero otras es tan hermoso que vale la pena pasar esos momentos malos. Y cuando estás conmigo y te olvidas de

ella, esa es mi mayor recompensa. Te quiero, Josemi, y eso nunca va a cambiar. Pase lo que pase.

El beso que Josemi le dio después de escuchar esas palabras tan hermosas borraron todo ese momento que acababan de pasar tan sumamente doloroso para ambos. Para él, por ver una vez más como su primo se salía con la suya y se llevaba a Natalia delante de sus narices, y para ella, por ver a Josemi luchar con todas sus fuerzas para que otro hombre no se llevara a la mujer que amaba. Una mujer que no era ella.

CAPÍTULO 35

A las seis de la mañana Jaime se despertó. Cuando miró el reloj, se le cayó el mundo encima. Tenía que irse. Tenía que dejarla, pero no quería más llantos ni más discusiones. Le daban ganas de irse y no despertarla. Prefería recordarla así, durmiendo entre sus brazos plácidamente. Pero sabía que si hacía eso, ella no se lo perdonaría nunca y, de todas formas, anoche no habían hablado y no quería irse sin hablar con ella. Entonces empezó a besarla suavemente hasta que consiguió despertarla.

–Vaya, por fin te despiertas. ¿Cómo puedes ser tan dormilona? Me ha costado mucho despertarte. ¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza.

–Creía que estaba soñando, que no estabas aquí y no quería despertar. ¿Qué hora es?

–Son las seis. Es muy pronto, lo sé. Después puedes dormir.

–¿Tienes que irte ya? –le preguntó muy triste.

Él la abrazó y le dio un beso.

–Te amo, nena. No quiero que olvides eso –volvió a besarla–. Tienes que prometerme una cosa, que pase lo que pase hoy, me esperarás. Te juro que en unos días volveré, y quiero que estés aquí esperándome –ella no quería mirarlo, porque no quería llorar. Él le cogió de la barbilla y la obligó a mirarlo–. ¡Prométemelo!

–Te lo prometo.

La besó y la abrazó muy fuerte. Se levantó de la cama y se vistió deprisa. Cuando estaba preparado, la miró y le sonrió. Se agachó para besarla y ella le cogió la cara con las manos mirándole y suplicándole con la mirada que no se fuera.

–Tengo que irme.

Sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

–No te cases, por favor... Te lo suplico –le imploró, con un nudo en la garganta que no la dejaba casi hablar.

–Volveré. Te lo prometo. Ahora tengo que irme, nena. Suéltame. No me lo pongas más difícil.

Le dio un beso y le quitó las manos de su cara. Se dio la vuelta y salió de la habitación sin volverse a mirarla y, mientras bajaba las escaleras, podía oír

cómo lloraba. Salió dando un portazo y, subiéndose al coche, se marchó como alma que lleva el diablo.

Natalia podía oír chirriar las ruedas desde la cama, y se quedó abrazada a la almohada oliendo su perfume sin poder dejar de llorar. Se había ido para casarse con otra. No podía creer que, después de la noche tan maravillosa que habían pasado, él se hubiera ido.

Había tenido la esperanza hasta el final de que acabaría quedándose con ella, que no se presentaría a esa boda. Pero entonces recordó sus palabras, «tienes que prometerme una cosa, que pase lo que pase hoy, me esperarás», y eso le hizo pensar que podría ser que, al final, no se casara. Que en el último momento dejara todo para volver con ella, y ella estaría esperándole. ¡Sí! Se lo había prometido, e imaginándose eso empezó a sentirse mejor y acabó quedándose dormida, deseando que él volviera y le contara todo lo que había pasado.

Por la mañana Josemi fue a verla. Eran las doce y ella aún estaba en la cama, a duras penas se pudo levantar y abrió la puerta.

–Jaime ha pasado la noche aquí, ¿verdad? –le preguntó Josemi cuando la vio con la camiseta, sin vestir y desaliñada. Ella se sentó en el sofá sin contestarle—. ¿Por qué sigues dejando que te haga esto?

–Porque le amo.

–¡¿Y porque le amas vas a dejar que te use todo lo que le dé la gana?! Esta tarde va a casarse con otra, y después de eso, ¿qué? ¿Vas a convertirte en su amante?

–¡¡Vete, déjame sola!! No me esperes esta noche. No voy a ir a trabajar.

Josemi estaba muy enfadado. Le dolía tanto verla así que prefirió marcharse para no seguir diciéndole cosas que pudieran hacerle más daño del que sentía.

–Sí, será mejor que no vayas a trabajar esta noche. Mañana vendré a verte. Intenta descansar, por favor.

Eran las ocho cuando Natalia entró en los vestuarios. Al verla entrar, las chicas fueron enseguida a consolarla.

–¿Qué haces aquí? Deberías haberte quedado en casa –le dijo Lola–. Josemi me dijo que no ibas a venir.

–No te preocupes. Estoy bien, y me aburro mucho en casa. Además, si no está Josemi, esto es un caos y me necesitáis.

–No puedo creer que estés así –añadió Alba–. Yo en tu lugar estaría hecha polvo. ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

–Porque estoy segura de que al final no habrá boda –sonrió.

Todas la miraron extrañadas.

–¿Por qué crees que no va a haber boda? –le preguntó Inma.

–Por todo lo que pasó ayer. Él me ama y quiere que le espere. Me lo dijo.

–¡¿Que le esperes?! ¿A qué? ¿A que vuelva del viaje de novios? –preguntó Alba esta vez–. Ese lo único que quiere es convertirte en su amante. Estará felizmente casado con su esposa de lujo, tan rica y pija como él, y a ti irá a verte cuando tenga ganas de echar un buen polvo. Los hombres son así y son capaces de decirte cualquier mentira para conseguir lo que quieren. Pero que se casa hoy, de eso puedes estar segura.

–¡Cállate! –le gritó Lola–. Eres una bruta. No le digas esas cosas –miró a Natalia que se había quedado muy seria y pensativa–. No le hagas caso. Es una amargada –le dijo.

–¿Y si Alba tiene razón, y yo he confundido sus palabras? Ahora que lo pienso bien, me dijo que en unos días volvería. Pensé que sería hasta que se calmaran las cosas, pero puede que ella tenga razón y que se refiriera al viaje de novios.

–O puede que no y que espere a que se calmen las cosas –mintió Lola para tranquilizarla, porque le dolía mucho verla así.

–¡Por favor! La boda era a las seis. ¿De verdad creéis alguna que, si no se hubiera celebrado, ya no nos habríamos enterado? Josemi hubiera venido y nos lo hubiera contado –aclaró Alba.

–Mira, vete a la barra y no fastidies más.

–Tiene razón, si no se hubiera celebrado, ya nos habríamos enterado. Josemi me hubiera avisado, como dice Alba –dijo Natalia con la voz rota por el dolor y los ojos llenos de lágrimas.

–Vamos, Natalia, yo he visto cómo te mira Jaime, igual que lo hace Josemi. Un hombre solo mira así cuando está enamorado –intentó animarla Lola.

–¿Y de qué me sirve eso si en estos momentos debe de estar casado con otra? He sido una tonta. En ningún momento me dijo que no iba a casarse. Cuando esta madrugada se fue, me sentí tan mal que no quise ver la realidad y me monté una película en mi cabeza. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? –las lágrimas corrían por sus mejillas.

–Deberías irte a casa y descansar –le aconsejó Lola.

Cuando iba a abrazarla para consolarla, Natalia le hizo un gesto con la mano. Se levantó y se quitó las lágrimas.

–No. Quiero trabajar y no pensar más, o acabaré volviéndome loca –dijo muy seria–. Así que voy a cambiarme y, cuando salga, ya no quiero que hablemos más de Jaime, ¿vale, chicas?

–¡¡Vale!! –gritaron las tres al mismo tiempo, y se echaron a reír.

Se cambió de ropa en la soledad del vestuario. Estaba tan triste que lo único que deseaba era echarse en un rincón y dejarse morir, pero hizo un esfuerzo y se obligó a sí misma a salir.

Cuando salió y vio el bar, que estaba empezando a llenarse de gente, se sintió mejor. Esa noche deseaba que hubiera tanta gente que no diera abasto a servir mesas, así no tendría tiempo para pensar en nada. Y así fue, había tanta gente que estaban volviéndose locas, pero a Natalia eso le venía bien.

Sobre la una de la madrugada ya no quedaba mucha gente, y se fue al pub para ver si Toni necesitaba ayuda. Toni lo tenía todo controlado, así que volvió al bar para ayudar a las chicas a recoger.

Cuando regresó, se quedó pasmada. No hacía ni diez minutos que se había ido y volvía a estar todo lleno de gente otra vez. Conforme entraba, iba percibiendo que la gente estaba demasiado elegante para un bar de polígono.

Todas las mujeres iban con vestidos de noche muy elegantes, y los hombres de esmoquin. En medio del bar vio a una mujer vestida de novia de espaldas, con una cola blanca impresionante, y se le paralizó el corazón cuando, a su lado, cogiéndole por la cintura estaba Jaime, también muy elegante con un esmoquin negro, chaleco gris, camisa blanca y corbata a rayas.

Estaba tan conmocionada que no se dio ni cuenta cuando Josemi se acercó a ella y la cogió por la cintura.

–¿Qué haces aquí? No tenías que haber venido –le dijo Josemi.

Ella no le contestaba. Seguía mirando a esa pareja de novios y seguía paralizada sin escuchar nada, solo los latidos de su corazón, que parecía que cada vez sonaban con menos fuerza. Entonces Josemi la cogió por los hombros y la zarandeó.

–¡Natalia, reacciona, por Dios! –le gritó.

Cuando lo hizo era demasiado tarde. Veía como esa mujer, vestida de novia, se acercaba a ella, y Jaime la seguía intentando pararla.

–¿Así que tú eres Natalia? –le preguntó cuando llegó a su altura–. Bueno he de alabarte el gusto. Es muy bonita –le dijo a Jaime–, pero por sus ojos, si no

sería bastante corriente –cogió a Jaime del brazo y la miró con desprecio–. Espero que dejes en paz a ¡mi marido!, y te busques a otro para entretenerte. Me prometió que después de la boda se acabarían las fulanas como tú, porque eso es lo que has sido para él, solo una fulana más, como todas las otras.

–¡Silvia, basta, cállate la boca! –le gritó Jaime– ¿Es por esto por lo que has querido venir? ¡Y tú! –miró a su primo muy cabreado–. Me dijiste que no iba a estar.

–Y no tenía que estar. Aún no sé qué hace aquí.

–Tengo que irme.

Natalia se soltó de Josemi y se marchó corriendo al vestuario. No podía dejar de llorar. Las palabras de esa mujer sonaban en su cabeza una y otra vez. «Solo una fulana más, solo una fulana más». Cuando consiguió vestirse y calmarse un poco, volvió al bar para que Josemi la llevara a casa. No quería volver a ver a esa mujer ni a Jaime, pero no tenía fuerzas para irse andando a casa, ya que se sentía mareada, desorientada y necesitaba que Josemi la llevara.

Cuando llegó, Josemi estaba hablando con Lola en la barra. Jaime se encontraba con Kiko y otro chico cerca de la puerta y no dejaba de mirarla. Su mujer estaba con unas mujeres hablando y tampoco dejaban de mirarla. Natalia en ese momento quería que se abriera la tierra y se la tragara. Sentía que todos hablaban de ella. Nunca había pasado tanta vergüenza en toda su vida, y no podía entender por qué Jaime le había hecho eso, por qué había ido esa noche.

–Josemi, ¿puedes llevarme a casa... por favor? –le dijo con la voz rota por el dolor.

Él se giró y le sonrió para levantarle el ánimo.

–Puedes pedirme lo que quieras, preciosa. Estoy a tus órdenes –le dijo.

–¿Me harías un favor? –le preguntó cuando le oyó decir eso.

–Ya te he dicho que puedes pedirme lo que quieras.

–Quiero venganza. ¿Tu primo nos está mirando?

Ella sabía que la mejor forma de hacerle daño era enrollarse con su primo delante de sus narices, ya que le había dicho muchas veces que no podría soportar verla con otro hombre, y menos aún con su primo.

–Como un búho, ¿en qué estás pensando? –Josemi la miró levantando una ceja.

–Quiero que me beses, pero de tal manera que cuando nos vayamos de aquí todos piensen que vamos a pasar la noche haciendo el amor como poseos.

Él volvió a mirarla muy serio. No sabía si hablaba en broma o estaba delirando por la ira. Entonces ella apoyó las manos en su pecho.

–Lo siento, perdóname. No me mires así –le dijo muy triste–. No tengo derecho a pedirte algo así. Sería injusto para ti –él le rodeó la cintura con sus brazos, pegándola a su cuerpo.

–No te preocupes por mí, preciosa. Mi primo nos está mirando, y si su mirada mata, ahora mismo estaría fulminado. ¿Quieres que siga? ¿Quieres que se muera de celos? Porque me gustaría vengarme de mi primo tanto como tú, y ya sabes cuánto te deseo, para mí será todo un placer. Solo dime que sí, y cuando salgamos de aquí, mi primo va a enloquecer pensando en la noche que vamos a pasar.

Ella respiró profundamente antes de contestar, sabiendo que lo que iba a decir no era lo correcto.

–Sí, quiero que tu primo se muera de... –le dejó caer, nerviosa.

Él había deseado tantas veces besarla que no la dejó acabar la frase. Le dio un beso dulce y corto en los labios, y luego otro, y otro, y cuando empezó a besarla con pasión, ella le rodeó el cuello con sus brazos, aferrándose a él. Todo el mundo se quedó mirándolos y Kiko tuvo que sujetar a Jaime, que estaba a punto de saltar encima de ellos como un animal salvaje.

–No seas loco y disimula. Solo lo hace para darte celos, ¿no te das cuenta?

–Pues lo ha conseguido. ¡Suéltame, quiero matarlo! No voy a dejar que se la lleve. Tendrá que ser por encima de mi cadáver.

–No puedes hacer nada, tu familia, la familia de Silvia, todos están aquí, no puedes montar el pollo que montaste ayer. Vas a tener que aguantarte. Además, Natalia te quiere y seguro que no pasa nada, solo lo hace para fastidiarte. Tú mismo me has dicho muchas veces que ella jamás te sería infiel, ¿recuerdas? Tranquilízate, solo es un beso.

–No puedo. Después de lo que le ha dicho Silvia, puede ser capaz de cualquier cosa para hacerme daño, y ella sabe que lo que más daño puede hacerme es que se entregue a otro hombre. ¡Maldita sea! ¿Por qué ha venido esta noche? Mi primo me dijo que no estaría.

No podía dejar de mirarlos, y cuanto más veía cómo su primo se la comía a besos, más se desesperaba, la sangre le hervía en las venas y pensaba que la cabeza le iba a explotar de la rabia que sentía, porque Josemi seguía besándola, abrazándola y acariciándole la espalda. Cuando vio como se separaban, como su primo le decía algo al oído y ella asentía con la cabeza, se le paralizó el corazón. No necesitaba leer los labios para saber lo que su

primo le estaba proponiendo, y no podía creer que ella aceptara.

–¿Quieres seguir adelante, preciosa? –le preguntó Josemi al oído cuando pudo dejar de besarla.

Cuando le dijo que sí, él la tomó por la cintura y se dirigieron a la puerta. Jaime les cortó el paso, poniéndose delante de la puerta.

–No hagas tonterías. Están tus padres, tus suegros, tu mujer. Esta vez te toca perder, primito.

Los dos estaban mirándose desafiantes.

–No me hagas esto por favor, nena. Ayer me hiciste un juramento, me prometiste que esperarías –Jaime volvió la mirada hacia Natalia, haciéndola entrar en razón.

Ella le miró muy seria, intentando disimular la tristeza y la decepción que sentía.

–Será mejor que vuelvas con tu esposa –le dijo con frialdad–. Yo ya no te pertenezco y puedo hacer lo que me dé la gana y con quien me dé la gana. Todo lo que me dijiste ayer no fueron más que mentiras, como todas las que me has dicho desde que nos conocemos. Por lo tanto, no me siento obligada a cumplir ese juramento, y tampoco tengo por qué esperarte –miró a Josemi–. Vámonos, ya no hay nada que me interese aquí –volvió a mirar a Jaime–. ¿Nos dejas pasar, por favor? –le preguntó, fríamente.

Él la miraba muy serio, con una mirada que le atravesaba el corazón, y ella le empujó para poder pasar. Cuando salieron del bar, las piernas empezaron a temblarle y comenzó a sentirse fatal. Sabía que lo que le había dicho le había dolido muchísimo, y pensar en lo que iba a hacer con su primo lo estaría matando, pero ella también estaba muy dolida y se sentía muerta por dentro, por eso necesitaba que él supiera en sus propias carnes cómo se sentía ella.

–¿Qué juramento le hiciste? –le preguntó Josemi cuando subieron al coche.

–Ayer me hizo jurarle que nunca estaría con otro hombre y que le esperaría.

–¡Qué cabrón egoísta!

Natalia no pudo evitar echarse a llorar. Josemi la cogió de la mano para tranquilizarla.

–No pensarás cumplir esa promesa, ¿verdad? Porque no se lo merece.

Ella le dijo que no con la cabeza, y se quedó callada mirando por la ventana sin volver a hablar en todo el camino. Cuando llegaron a casa, Josemi se sirvió un whisky, y se acercó a ella ofreciéndole el vaso.

–Toma un poco. Te sentará bien –ella negó con la cabeza. Él dejó el vaso en

la mesa y la cogió por la cintura—. ¿Por qué tiembles? ¿Estás nerviosa? —ella volvió a negar con la cabeza y él le quitó el pelo de la cara, acariciándole la mejilla—. Eres tan hermosa —al decir eso la besó suavemente—, si supieras cuánto tiempo llevo deseando tenerte entre mis brazos —volvió a besarla—, cuántas veces he soñado que hacíamos el amor. Te quiero, Natalia.

Cuando empezó a besarla con pasión apretándola contra su cuerpo, ella comenzó a ponerse muy triste. Él era un hombre maravilloso y la quería profundamente, de eso estaba segura. Entonces, ¿por qué sus besos y sus caricias no le hacían sentir nada? Si él era tierno y apasionado, ¿por qué no podía quitarse a Jaime de la cabeza? ¿Por qué sentía como si estuviera haciendo algo malo si Jaime no se merecía su fidelidad?

De repente recordó la noche pasada cuando estuvieron juntos. Fue tan hermosa y maravillosa que sabía que, por más años que viviera, jamás podría olvidarla. Nunca podría estar con otro hombre, porque ningún otro hombre la haría sentir lo que Jaime le hacía sentir. Ningún otro hombre la haría estremecer, y con ningún otro hombre deseaba hacer el amor. Sus palabras volvieron a su mente como un mazazo. «Júrame que nadie más que yo va a estar dentro de ti, que siempre vas a ser mía». Josemi se extrañó al sentir sus mejillas húmedas y dejó de besarla. La miró y vio que estaba llorando.

—Pensé que querías vengarte de verdad, no de apariencias.

—Y quería, pero no puedo, lo...lo siento, no puedo hacerte esto, tú mañana querrás más de mí, y yo...yo no puedo darte lo que quieres. No te amo. Lo siento. Pensé que podía hacerlo, pero no puedo. Perdóname, por favor. Nunca debí pedirte algo así. La culpa es...es mía.

No pudo evitar volver a llorar.

—Nunca pensé que pudiera sentir envidia por nadie, pero, ¡joder!, cómo envidio a mi primo —le dijo muy triste, apoyando su frente en la de ella—. Después de todo lo que te ha hecho, sigues enamorada de él. Nunca voy a poder ocupar su lugar en tu corazón, ¿verdad?

—No, ni tú ni nadie.

Ella le miró con los ojos llenos de lágrimas. Él la abrazó muy fuerte.

—No te sientas mal, preciosa. Esto me lo he buscado yo solito. Sabía que no llegarías hasta el final, y aun así quise intentarlo. Fui un egoísta y me lo tengo merecido. Lo peor de todo es que te conozco y sé que acabarás cumpliendo ese juramento, y eso me cabrea porque no te mereces ser el segundo plato de nadie. Tú vales mucho más que eso. Ahora será mejor que me vaya, pero no te preocupes, no iré al bar. Así mi primo seguirá pensando que estamos

juntos, haciendo el amor como conejos y muriéndose de los celos.

A ella le dio la risa. Lo acompañó hasta la puerta y él le besó en la mejilla.

–Buenas noches.

–¿Dónde vas a ir?

–Iré a casa de Lola y la esperaré allí. Menos mal que tengo llaves.

–Por favor, pídele disculpas a Lola de mi parte. Sé que no va a poder perdonarme y me encantaría seguir siendo su amiga.

–No te preocupes. Hablaré con ella. Seguro que lo entiende.

Cuando Josemi se marchó y se quedó sola, se echó en la cama sin poder dejar de llorar. No podía quitarse la imagen de Jaime de su cabeza mirándola con ira, y las palabras de su mujer le golpeaban como una bofetada. Había sido muy sutil, ya que le había dado a entender que, ahora que estaban casados, él le pertenecía, y no permitiría que fuera a verla de nuevo, aunque ella prefería morirse que volver a verlo. Él le había prometido que volvería, que después de unos días volvería, y estaba segura de que lo haría, aunque solo fuera para reprocharle que se hubiera acostado con su primo.

Tenía pocos días para irse, para desaparecer, porque no quería volver a verlo, porque si él volvía y quería seguir estando con ella, acabaría consiguiéndolo. Ella sabía que si él insistía, tarde o temprano acabaría cayendo en sus redes otra vez, y de una cosa estaba segura, no quería convertirse en la amante de nadie. Jamás sería el segundo plato de nadie, en eso Josemi estaba equivocado. Y mucho menos podía permitir que él se enterara que seguía estando embarazada, ni él ni nadie.

Pensando en todas las cosas que iba a hacer, se quedó dormida. Estaba derrotada por todo el estrés al que se había visto sometida.

CAPÍTULO 36

Quince días después, cuando Jaime volvió del viaje de novios, fue a casa de Natalia. Era lunes, sobre las siete de la tarde. Había terminado de trabajar y no podía soportar más la incertidumbre, ya que por más que había llamado a su primo o a ella, ninguno le había cogido el teléfono en esos días.

Se había pasado el viaje pensando en que ella y su primo estaban teniendo un romance, y los celos no le dejaban vivir. Por eso necesitaba verla, saber si había estado con su primo, porque le resultaba imposible creer que ella pudiera estar con otro hombre que no fuera él. Ella se lo había jurado, y por muy egoísta que pudiera resultar, él deseaba que fuera así.

Cuando tocó al timbre y abrieron la puerta, se quedó extrañado. No conocía de nada a esa muchacha que le había abierto la puerta.

–Hola, ¿qué quieres?

Debería de tener unos dieciséis años más o menos, y cuando lo vio, se quedó mirándolo como una tonta.

–Hola, ¿está Natalia?

–No, pero si puedo servirte yo –sonrió.

Jaime no hizo caso a la insinuación de la muchacha y levantó la cabeza para asegurarse de que no se había equivocado de puerta.

–¿Puedes decirme dónde ha ido?

–No conozco a ninguna Natalia.

–Pero no puede ser, ella vive aquí. Esta es su casa. ¿Y tú quién eres? –estaba empezando a ponerse nervioso– ¿Está tu madre?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Puedes decirle que salga un momento, por favor?

La muchacha lo dejó en la puerta y fue a buscar a su madre. Al momento salió acompañada por una mujer de unos cuarenta años.

–Hola, mi hija dice que anda preguntando por Natalia.

Él empezó a respirar al oír a esa mujer mencionar a Natalia.

–Sí. ¿Puede decirme dónde ha ido? Necesito hablar con ella. Es urgente. Pensé que Natalia no tenía familia.

–Creo que usted está confundido. No somos familiares de Natalia.

–Entonces, ¿por qué están en su casa?

Estaba perdiendo los nervios y no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

–Natalia nos vendió la casa y acabamos de instalarnos. Aún está todo hecho un desastre.

Él se quedó paralizado. No podía creer lo que estaba oyendo. Natalia jamás vendería su casa. Eso era imposible.

–No... eso no puede ser cierto.

–¿Está usted bien? –le preguntó la mujer al ver la cara de angustia que tenía y lo blanco que se había quedado.

–¿Sabe dónde ha ido? ¿Dónde puedo encontrarla?

–No, no sé nada. Le pedí que me diera su nueva dirección, por si tenía que mandarle correo o cualquier otra cosa, y me dijo que cualquier cosa que llegara para ella podía tirarla, porque se iba muy lejos y no pensaba volver nunca más. Parecía como si huyera de algo. Me dio mucha pena, ¿sabe? Jamás había visto una chica tan joven y tan llena de tristeza. Cuando se fue de aquí, se fue llorando. Solo llevaba una maleta y un bolso muy grande. Todo lo demás me dijo que podía tirarlo, pero he sido incapaz de hacer eso, por si se arrepiente y vuelve a buscarlos. Hay cuadros, retratos, cosas muy personales, tanto que me sabe mal tirarlas. Esperaré un poco y, si no las reclama, entonces las tiraré.

Jaime estaba oyendo a esa mujer y parecía que no fuera real lo que estaba diciendo, que fuera una pesadilla. Deseaba poder despertar y que todo pasara, que fuera Natalia quien le abriera la puerta y que se le echara en los brazos, diciéndole lo mucho que le había echado de menos. En ese mismo instante no le importaba lo que hubiera pasado con su primo, ya no le importaba nada, solo quería saber dónde estaba.

–¿Está segura de que no sabe cómo localizarla?

–No, no lo sé. Se lo prometo. Entonces era verdad lo que yo me imaginaba, que huía de alguien. Era de usted, ¿verdad?

Jaime estaba destrozado por todo lo que esa mujer le había contado, y su mirada era fría como el hielo. Cuando la miró, ella se quedó sin habla.

–¿Podría hacerme un favor? ¿Podría guardar sus cosas? En unos días volveré a por ellas.

–Sí, no se preocupe. Las he guardado todos estos días. Puedo aguantar un poco más.

–No sé qué habrá pasado entre este hombre y Natalia, pero se le ve bastante afectado, ¿verdad? –le dijo la mujer a su hija, cuando Jaime se despidió y se marchó.

–Esa chica debía de estar loca.

–¿Por qué dices eso?

–Tendrían que matarme para dejar a un hombre como ese. Está buenísimo. ¿Te has fijado en el cuerpo que tiene?

–Eres una bruta. Anda, tira para dentro –la empujó dentro de la casa–. La verdad es que tienes razón. Es un muchacho muy atractivo –comentó, haciendo reír a su hija.

Cuando Jaime llegó al bar, su primo se quedó mirándolo y se dio cuenta de que venía de muy mala leche.

–Si vienes buscando pelea, será mejor que te vayas. No estoy de humor –le advirtió antes de que abriera la boca.

–¿Dónde está Natalia? Solo dime eso y me iré.

–No lo sé, y si lo supiera tampoco te lo diría.

–¡No me jodas, primito! Tú eres la única persona que puede saber dónde está y quiero que me lo digas. ¡¡Ahora!!

Josemi vio en la mirada de su primo una ira que le costaba controlar. Tenía los puños apretados contra la barra y sabía que cualquier palabra podría desencadenar una pelea entre los dos.

–Si tienes que hacer cualquier reproche por lo que pasó la noche de tu boda, puedes hacérmelo a mí. Yo fui más culpable que ella. Sabía que estaba dolida y muy cabreada, y me aproveché de las circunstancias. Tú sabes lo que siento por ella y cómo la he deseado toda mi vida. Por eso no podía dejar pasar esa oportunidad. Tú hubieras hecho lo mismo, ¿verdad?

Quería hacerle daño. Por eso le decía todas esas cosas, pues le culpaba a él de que Natalia se hubiera marchado. Sabía que le iba a dar una paliza, siempre había podido con él aunque fuera dos años más pequeño. Desde pequeños siempre que se habían peleado, siempre había ganado él. Hiciera el deporte que hiciera siempre se le daba bien, y uno de sus preferidos siempre fue el kárate, que había practicado muchos años, por eso sabía que era peligroso enfadarle.

Sin embargo, al ver la reacción de su primo se quedó sorprendido. No había saltado encima de él para darle una paliza, como esperaba, sino todo lo contrario. Se había dejado caer en el taburete como si no le quedaran fuerzas, pero lo que más le sorprendió fue lo que le preguntó después.

–¿Seguís juntos?

–No, solo fue esa noche.

–Entonces, no me importa lo que haya pasado entre vosotros. Yo la empujé a hacer lo que hizo. Si hay un culpable, soy yo. Solo quiero que me digas dónde está. Necesito verla.

Josemi no podía creer lo que estaba oyendo. No podía creer que él estuviera así por una mujer.

–¿Te has enamorado de Natalia? –le preguntó sorprendido.

–Sí. ¿Ahora vas a decirme dónde está, por favor, o voy a tener que buscarla por todos los pueblos de los alrededores?

–No sé dónde está. Te lo juro. Desde el día de tu boda no he vuelto a verla. Las veces que fui a su casa no conseguí que me abriera la puerta, y no volvió a venir al bar. La última vez que hablé con ella fue por teléfono y me dijo que necesitaba tiempo, que la dejara unos días en paz, y hace tres días me dieron una carta en la que se despedía de mí. Ya no he vuelto a saber nada más de ella.

–¿Puedo leer esa carta?

Josemi le miró frunciendo el ceño, pero fue a por la carta. Cuando volvió con ella, Jaime estaba en una mesa con una botella de *whisky* y dos vasos. Ya había empezado a beber sin él. Cogió la carta y la leyó con mucho cuidado. Deseaba encontrar algo que le dijera dónde podía hallarla o, por lo menos, dónde podía empezar a buscarla.

¡Hola, Josemi!

Sé que cuando leas esta carta, yo ya estaré muy lejos de aquí. No quiero que te preocupes por mí porque voy a estar bien, y no intentes buscarme porque no me voy al pueblo de al lado.

Siempre he querido conocer las raíces de mi padre, así que voy a ver si en algún lugar de París me queda un poco de familia. Ya sabes lo sentimental que soy para esas cosas. Deséame suerte.

¡Ah! Y hablando de familia. Por favor, prométeme que harás las paces con tu primo, no quiero sentirme toda la vida culpable por haber estropeado vuestra relación. Antes de que yo me metiera entre vosotros dos, erais como hermanos, y me gustaría que eso volviera a ser igual.

Ahora tengo que dejarte. Ya sabes lo poco que me gustan las despedidas. Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

Espero que te llegue este beso tan grande que te mando. ¡Muuuaaaa!

P.D: Espero que si algún día vuelvo, estés ya casado con Lola, que tengas

muchos hijos y sobre todo que seas muy feliz. Si no, te cogeré de las orejas y te daré una paliza.

ADIÓS.

Cuando Jaime terminó de leer la carta, no pudo evitar sonreír. Era capaz de hacer chistes hasta en un momento como ese, que debió de ser muy duro para ella. Se sentía mal. Ni siquiera había dejado unas palabras para él, como si él nunca hubiera existido para ella. Se bebió el *whisky* de golpe y se puso otro.

–Si sigues así, vas a emborracharte.

–Eso es lo que quiero, emborracharme ¡Dios! Voy a volverme loco. ¡París! ¡¿Qué coño hace ella en París?! No va a volver, ¿verdad?

–No lo creo. Entre los dos le hemos destrozado la vida. Tú, por tus engaños, y yo, por mi insistencia. No creo que tenga ganas de vernos a ninguno de los dos, por mucho que nos quiera. Estará mejor sin nosotros. De eso puedes estar seguro.

Volvieron a beberse el *whisky* y a ponerse más.

–A ti sí te quiere. Te lo ha dicho bien clarito en la carta. De mí ni se ha acordado. Me prometió que me esperaría y mira, le ha faltado tiempo para salir corriendo. No te puedes fiar de las mujeres. Ninguna cumple lo que promete.

Estaba un poco borracho. Parecía un niño enfadado y malhumorado, y a su primo le hacía mucha gracia verlo así.

–No tienes por qué seguir estando celoso. Sabes perfectamente que ella está enamorada de ti, y esa ha sido una de las razones por las que se ha ido.

–Si tan enamorada está de mí, ¿por qué se acostó contigo?

Sus palabras sonaban tan tristes que su primo no soportaba verle así. Después de todo, era su primo, y después de su padre y de Natalia, era la persona que más quería, así que decidió contarle la verdad.

–Natalia nunca se ha acostado conmigo. Ese juramento sí lo respetó, aunque no te lo merecías.

–No necesitas mentirme. Ya no me importa.

–No te estoy mintiendo. Es la verdad. Cuando llegamos a su casa esa noche, después de tu boda, tengo que confesarte que lo intenté. Hubiera dado cualquier cosa porque ella hubiera pasado la noche conmigo. Pero lo único que conseguí fue un simple beso. Después se puso a llorar y me pidió que me fuera.

Cuando vio que a su primo le cambiaba la cara al escuchar esa confesión, se

sintió mejor.

–Gracias. Esto significa mucho para mí –le dijo con una sonrisa en la boca. Se sentía mucho mejor al saber que Natalia no se había entregado a Josemi, pero seguía sin saber dónde estaba y eso lo volvía loco, solo por pensar que no iba a volver a verla. ¡No! Eso no podía pasar. Él estaba seguro de que ella volvería a su lado, que cuando empezara a echarle de menos, volvería con él. Solo esperaba que no tardara demasiado porque el vacío que sentía por ella era demasiado grande. Se bebió el *whisky* de golpe.

–No me gusta verte así, tío–confesó Josemi–. Creo que es hora de que enterremos el hacha de guerra. Natalia ya no está y no quiero perderte a ti también.

Jaime le miró sonriendo y asintió con la cabeza. A continuación se dieron un abrazo.

–Cualquier cosa que pueda hacer por ti solo tienes que pedírmela.

–Puedes traerme a Natalia. Eso es lo único que quiero.

–Te juro que si pudiera hacerlo, lo haría.

–Lo sé, y yo te juro que no voy a volver a enamorarme en la vida. Para una vez que lo hago, y mira cómo ha terminado todo.

–Siempre has sido tú el que ha hecho sufrir a las mujeres, ¿cómo es estar en el otro lado?

–Es una putada. Enamorarse es una mierda –añadió brindando con el *whisky*, haciendo reír a su primo.

Los dos siguieron bebiendo y bebiendo hasta emborracharse.

CAPÍTULO 37

–¿Quieres casarte conmigo?

Nátali se había quedado tan sorprendida que no sabía qué decir, así que preguntó sorprendida y con un hilo de voz.

–¿Qué?

Estaban en el coche. Él le había regalado una cajita muy pequeña, y, antes de abrirla, jamás se hubiera imaginado que fuera un anillo de compromiso, y menos aún que él le fuera a pedir matrimonio.

–Cariño, necesito una respuesta. No me puedes dejar así. Si quieres que me arrodille, lo haré.

Nada más terminar de decir eso, salió del coche, se dirigió hacia su puerta, la abrió y se arrodilló delante de ella.

–Te quiero, Nátali. Cásate conmigo –le dijo.

Ella salió del coche.

–Anda, no seas bobo y levántate del suelo –le dijo sonriendo.

Él se levantó, la besó, la cogió de la mano y le puso el anillo en el dedo.

–Te queda muy bien, aunque deberías quitarte este otro.

Cuando se lo fue a quitar, ella le cogió de la mano.

–No, no quiero quitármelo. Puedo llevar los dos, ¿no te importa? –le dijo nerviosa.

–¿Eso quiere decir que aceptas?

–Es una locura, Carlos. Solo hace seis meses que nos conocemos. No conozco a tu familia, ¿y si no les gusto?

–No vas a casarte con ellos, sino conmigo. A mí es al único que tienes que gustar, y tú sabes que te adoro. Igual que hará mi familia cuando te conozcan a ti y a tu hija.

Ella se quedó mirándolo muy seria.

–Si solo quieres casarte conmigo porque sabes que es la única manera de llevarme a la cama, será mejor que... –le dijo.

–No quiero casarme contigo por eso, mal pensada –al oírle decir eso, Nátali se echó a reír–. Si fuera por eso, nos podríamos casar en el juzgado, y después de la noche de bodas, podría pedirte el divorcio. Pero no. Eso no es lo que quiero. Te quiero a ti. Sabes que me enamoré de ti la primera vez que esas dos esmeraldas me miraron. Estabas tan asustada que me dieron ganas

de abrazarte, y era la primera vez que me pasaba eso. Nunca me había impresionado tanto el llanto de una madre como el tuyo, y lo que me dijiste también me llegó al alma. Desde entonces ya no he podido apartarme de ti, ¿lo recuerdas?

–Jamás podré olvidarlo. Cuando pienso en eso, aún se me pone la carne de gallina. Después de seis meses, hay noches que aún tengo pesadillas.

–No me extraña. Fue un duro golpe para ti. Pero no me cambies de tema. Aún no me has contestado. Entiendo que después de lo que te pasó con el padre de Sara, te cueste confiar en otro hombre. Eso me lo dejaste bien claro la primera vez que te besé –ella se echó a reír una vez más al recordar eso, y él se rio con ella–. Pero tú me pusiste todas tus condiciones y yo las acepté, y las he respetado hasta ahora, pero quiero más de ti, te quiero, y quiero casarme contigo. No por acostarme contigo, sino porque sé que ya no podría estar sin ti y sin tu hija, que la quiero como si fuera mía –la cogió por la cintura y le dio un beso.

–Tengo miedo. ¿Y si, después de casarnos, no soy lo que esperas? Puede que solo sea una obsesión porque nunca hemos tenido relaciones, y una vez lo consigas, ya no te interese.

Él la miró fijamente a los ojos.

–Pensé que ya te habías dado cuenta de que yo no soy como ese hombre –le dijo muy serio–. Yo no voy a dejarte. Yo voy a darte lo que siempre has querido, una familia, un hogar y todos los hijos que tú quieras. Una vez me dijiste que no querías que a tu hija le pasara lo mismo que a ti, y que se quedara sola si a ti te pasaba algo. Bien, pues entonces cástate conmigo, por la iglesia y para toda la vida –ella le miró, le sonrió y le dio un beso muy apasionado–. Además, estoy seguro de que estar contigo va a ser increíble, y que la noche de bodas voy a ser el hombre más feliz del mundo, porque nadie hoy en día pasa una noche de bodas especial como antiguamente. Todos ya están hartos de tener relaciones y esa noche es como una más. Sin embargo, para nosotros no. Nuestra noche de bodas será perfecta. De eso puedo estar seguro, y te prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para hacerte la mujer más feliz del mundo.

–¡Sí, quiero! Quiero casarme contigo. ¡Te quiero!

Carlos la cogió por la cintura y la levantó, dándole una voltereta por los aires y consiguiendo que se riera a carcajadas. Después la besó.

–Vamos a decírselo a la niña. Estoy deseando ver su cara cuando se entere. Seguro que le encanta –le propuso entusiasmado.

–Con las ganas que tiene de tener un papá, seguro que en cuanto se lo digamos va a querer hacerlo. Va a querer llamarte papá.

–Pues déjala, a mí me encantará que me llame así.

Ella de repente se paró y le miró muy seria.

–Un momento.

–¿Qué pasa?

–No quiero que lo haga hasta que no estemos casados.

–¿Por qué?

–Porque si algo fallara, si por cualquier motivo la boda no se celebrara, eso sería un palo muy gordo para ella, y no quiero que pase por algo así, no con las ganas que siempre ha tenido de tener un papá. Prefiero esperar a estar casados, por favor.

–Está bien. Se hará como tú quieras. Pero nada va a impedir que seas mi esposa, eso que te quede bien clarito –con ese comentario volvió a hacerle reír.

–Vámonos. Sabes que no me gusta dejar a la niña tanto tiempo con la canguro.

Cuando llegaron a casa de Nátali, la niña ya estaba dormida. Eran las doce. La niñera les contó todo lo que habían hecho.

Habían jugado, habían visto la tele, le había contado un cuento y ya no había podido aguantar más. Había caído rendida en la cama.

–Quería esperaros despierta, pero al final se ha dormido.

–Muchas gracias, Clara.

Clara era la hija de su vecina, y cuando la necesitaba, porque tenía que trabajar o salir a algún sitio, le cuidaba a la niña. Aunque pocas veces salía sin llevársela, siempre aprovechaba al máximo el tiempo que podía pasar con su hija.

Desde que la niña nació, ella no pudo dejar de trabajar. Solo cogió un mes de baja por no perder el trabajo y tuvo que dejarla en la guardería. Se le partía el alma todos los días cuando la dejaba. Era tan pequeñita...

A las ocho de la mañana le tocaba dejarla. Era la hora que empezaba a trabajar y la recogía a las seis. Siempre pensaba que eran demasiadas horas, pero no podía hacer otra cosa. Estaban solas y no tenía elección. No podía dejar de trabajar. Así que el resto del día se lo dedicaba por completo. Aunque llegara muerta de cansancio, no le importaba. Lo primero era estar con su hija y disfrutar cada minuto que estaba con ella.

Merendaban, iban al parque, jugaban, se duchaban, veían la tele, le leía un cuento, y después, cuando la niña se dormía, entonces ella se ocupaba de la casa. Cuando ya terminaba de hacer todo, caía rendida en la cama. Le gustaba dormir con ella, sentirla cerca y despertarla todos los días con muchos besos y mimos.

–¿Quieres que la meta en la cama? –le preguntó Carlos.

–Sí, ya va pesando mucho y no puedo con ella.

Cuando la acostaron, se sentaron en el sofá y ella se recostó en su pecho.

–¿Es por esto por lo que querías invitarme a cenar esta noche y querías que fuéramos solos?

Al hacerle esa pregunta, le enseñó el anillo. Él le sonrió.

–Bueno, sabes que adoro a tu hija, pero pedirte matrimonio con ella revoloteando cerca no es muy romántico.

Nátali se rio.

–Tienes razón. Pero, ¿por qué no me lo has pedido en el restaurante y lo has hecho en el coche?

–Porque me daba miedo que me rechazaras, por eso me ha costado mucho decidirme.

Ella le sonrió y empezó a besarle. Cuando los besos de él empezaron a volverse más apasionados y sus manos comenzaron a subir por su blusa para acariciarla, ella le cogió de la mano.

–Carlos –le susurró. Él paró de inmediato.

–Lo siento. Ya paro, y será mejor que me vaya.

–Puedes quedarte si quieres –él la miró extrañado–. Me acabas de demostrar que me quieres y que puedo confiar en ti. Creo que ya te he hecho esperar demasiado y no te lo mereces –él le levantó la cara.

–Voy a hacerte una pregunta y quiero que seas sincera –le dijo, mirándola a los ojos–. ¿De verdad deseas que te haga el amor o lo haces porque te he pedido matrimonio? –ella lo miró y se quedó callada. Él le sonrió con dulzura–. No quiero que te sientas obligada. Puedo esperar hasta que seas mi esposa, pero eso sí, que sea pronto, por favor.

–Solo dime qué día, a qué hora y dónde, y allí estaré –bromeó consiguiendo que él se riera.

–El diecinueve de diciembre, a las cinco de la tarde, en la iglesia de mi pueblo.

–¡Estás loco! –grito atónita–. Eso es dentro de dos semanas. ¿Y en tu pueblo? Si no conozco a tu familia.

–Vamos, cariño, arriésgate. Di que sí. Además, creo que es lo máximo que podré aguantar para tenerte entre mis brazos –la besó dulcemente en los labios–, para hacerte el amor –volvió a besarla–, cada vez se me hace más difícil esperar –ella le miró y cuando fue a protestar, él le puso el dedo en la boca para hacerla callar–. Pero aun así, quiero esperar, puedo esperar dos semanas más. Y bien, ¿quieres arriesgarte conmigo?

Nátali le sonrió.

–Está bien. Me arriesgaré –le contestó–. Pero no tenemos tiempo de preparar una boda en tan poco tiempo. No puedo dejar el trabajo tantos días. Lo máximo que me darán serán dos semanas.

–Es suficiente, y no te preocupes por la boda, seguro que a mi madre le va a encantar organizarla. Si a ti no te importa, claro.

–No. Me parece perfecto. Yo no tengo ni idea de todas esas cosas. Andaría perdida y, además, tampoco tengo tiempo.

–Lo sé, por eso te lo digo. Y ha de ser allí porque, si no, mi familia me mataría.

Ella le sonrió al oírle decir eso.

–A mí no me importa –le dijo para tranquilizarlo–. Como no tengo familia, me da igual dónde se celebre la boda.

–Bien, porque mi madre ya tiene experiencia y le sobra tiempo. Además, es algo que le encanta. Ella fue quien organizó la boda de mis hermanos. Se le dan muy bien todas esas cosas.

–El problema es cuándo voy a conocer a tu familia. El fin de semana que viene no puedo dejar de trabajar. Tenemos una despedida el viernes, y un bautizo el domingo, y sabes que no puedo dejarles colgados.

Él se quedó pensativo un momento.

–No te preocupes. Tienen que darte dos semanas para la boda. Habla con tu jefe y pídele que te los dé a partir del miércoles día dieciséis.

–¿Por qué el miércoles?

–Es el cumpleaños de mi madre y siempre da una gran fiesta. Toda mi familia estará allí y así los conoces a todos de golpe antes de la boda. Después tenemos dos días más para terminar los pocos preparativos que falten –le miró muy sorprendida, y él le sonrió–. ¿Qué piensas? –le preguntó.

–Todo esto lo tenías ya planeado, ¿verdad? Porque es imposible que en un momento lo hayas tenido todo tan claro. Yo aún estoy alucinando.

–Hace dos semanas me llamó mi madre y me dijo que el miércoles celebraba su cumpleaños. Le dije que tenía tres semanas de vacaciones. ¿Lo recuerdas?

A ti también te lo dije –ella asintió con la cabeza–, y se empeñó en que quería que las pasara allí en el pueblo. Es muy persuasiva y nunca le puedes decir que no, así que no tuve más remedio que aceptar. Sabes que odio estar allí tanto tiempo y sobre todo estar sin vosotras. La última vez solo estuve una semana y pensé que me volvía loco. Hace muchos días que quería pedírtelo y eso me hizo decidirme. Estoy seguro de que, si estáis allí conmigo, podré aguantar todos esos días. Mi familia podrá conoceros bien a ti y a la niña, y yo podré sobrevivir allí con vosotras a mi lado.

–Es bastante comprensible –sonrió–. Pero, si no hubiera sido por eso, ¿te habrías casado conmigo? –bromeó.

–Sabes que sí, cariño. Hace ya tiempo te lo hubiera pedido, pero me daba miedo que pensaras que lo hacía por llevarte a la cama.

–Y lo hubiera pensado, no te quepa la menor duda. Es ahora y me parece que seis meses es demasiado pronto, que estamos locos.

–Si tú estabas destinada para mí, no importa el tiempo que llevemos juntos. Todo saldrá bien. Hay parejas que se pasan la vida de novios y, cuando se casan, no duran ni un año.

–En eso tienes toda la razón –le besó dulcemente.

–Tengo que irme. Mañana tenemos que trabajar.

Cuando él se marchó, ella se metió en la cama. Abrazó a su hija y se quedó pensativa. No podía dormir con todo lo que había pasado esa noche, y de repente le vino a la mente la noche en que conoció a Carlos.

CAPÍTULO 38

Nátali estaba en casa. Era de noche y la niña había salido un poco pachucha del cole. No había querido cenar y se había quedado dormida. Cuando Nátali terminó de planchar, se fue a la habitación para ver cómo se encontraba su hija, entonces se dio cuenta de que la niña tenía un poco de fiebre y le dio ibuprofeno. Después se acostó a su lado y se quedó dormida por el agotamiento.

De madrugada se despertó, pues parecía que la niña no podía respirar. Cuando encendió la luz, vio que tenía la garganta inflamada y que se estaba ahogando. Sin pensarlo dos veces, cogió a la niña y se la llevó al hospital que tenía a dos manzanas de su casa.

Mientras iba corriendo hacia el hospital, no dejaba de llorar. La niña parecía que no respiraba y a Nátali se le hizo el camino interminable. Cuando por fin llegó, entró corriendo por urgencias pidiendo auxilio.

–¡¡¡Por favor, ayúdenme, mi hija no puede respirar!!! –gritaba.

Dos enfermeras se acercaron corriendo. Le cogieron a la niña de los brazos, la tumbaron en una camilla y entraron con ella al box. Nátali iba detrás de ellas como un zombi, pues todo lo que ocurría a su alrededor parecía casi irreal, ya que no podía creer que le estuviera pasando algo así.

Sin poder controlar las lágrimas, vio como un médico se acercó a la camilla y empezó a explorarla, y de pronto escuchó al médico hablando con la enfermera.

–¿Cuánto tiempo lleva sin respirar? –le preguntó a la enfermera.

–No lo sé. Acaban de traerla.

–La estamos perdiendo. Necesito saber todo lo que ha pasado. ¡¡Ahora!!

Cuando Nátali oyó eso, se quedó paralizada. No podía moverse. No podía respirar y creía que iba a morir de la impresión.

–La madre está ahí. Puedo preguntarle.

El médico se giró y, cuando la vio, le grito a la enfermera.

–¡Sacadla de aquí! No debería estar aquí, que se vaya y que te diga todo lo que ha ocurrido antes de traerla.

La enfermera la cogió del brazo para sacarla, pero Nátali no se movía, no podía, estaba paralizada. Escuchó la voz de la enfermera y eso la hizo reaccionar.

–Tiene que salir de aquí, señora. No puede estar aquí. Venga conmigo fuera. Deje que el médico pueda trabajar tranquilamente para poder salvar la vida de su hija.

La llevó al pasillo y la sentó en un banco.

–¿Qué ha pasado? Tiene que contármelo todo. El médico necesita saber todo lo que ha pasado antes de que sea demasiado tarde –le preguntó, sentándose a su lado.

Nátali, con un hilo de voz y entre sollozos, le explicó todo lo que había pasado. Entonces la enfermera se fue corriendo, diciéndole que esperara ahí sentada hasta que el médico saliera para hablar con ella.

–Doctor, me ha dicho que la niña estaba pachucha y que, cuando le ha subido la fiebre, le ha dado ibuprofeno.

–¿A qué hora ha sido eso?

–Hace casi dos horas, más o menos.

–¡Joder! Es mucho tiempo.

Nátali estaba en el banco donde la había dejado la enfermera, ni siquiera se había movido, había subido los pies y se había acurrucado abrazándose a sus rodillas, llorando y meciéndose a sí misma. En ese momento se sentía tan sola que necesitaba abrazarse para darse a sí misma consuelo.

Desde que había tenido a la niña hacía ya cinco años, nunca más había vuelto a querer estar con Jaime. No se lo podía permitir. Le hacía mucho daño. Pero en ese momento deseaba que él estuviera ahí con ella, que la abrazara, que le diera fuerzas, y que le dijera que todo iba a salir bien. Pero no, él no estaba, y no iba a estar nunca. Justo en ese momento vino a su mente las palabras del médico, «la estamos perdiendo». Metió la cabeza entre sus rodillas y empezó a llorar de nuevo, diciéndose a sí misma que, si su hija se moría, ella ya no querría seguir viviendo.

Estaba ahí sentada, aterrorizada y pensando en lo peor. No sabía cuánto tiempo llevaba allí llorando, cuando oyó una voz que se dirigía a ella.

–¿Es usted la madre de Sara? –le preguntó.

Cuando Nátali levantó la cara y lo miró, él se quedó pasmado. Nunca había visto unos ojos tan verdes, parecían dos esmeraldas, aún llenos de lágrimas y colorados por el llanto. Eran los ojos más hermosos que él había visto en toda

su vida. Cuando Nátali vio cómo la miraba sin decir nada, se imaginó lo peor. Entonces se levantó del banco y le cogió de las solapas de la bata.

–¡¡No!! ¡No puede usted decirme eso! –empezó a gritarle–. ¡Ella no puede morirse! ¡Es lo único que tengo! ¡Yo no podría vivir sin ella, no querría vivir sin ella! ¡¿Por qué toda la gente que quiero se muere?!

De repente, las piernas le fallaron. Él la cogió por la cintura y la sentó en el banco nuevamente.

–Tranquilícese, su hija está mejor. Ya ha pasado el peligro. Ha sido un ataque de alergia muy severo, pero ya está controlado.

–Pe...pero usted dijo que la perdía.

–Por esa misma razón los familiares no pueden pasar al box. Solo fue una falsa alarma –le explicó con una sonrisa, intentando calmarla.

–¿Puedo verla? Necesito estar con mi hija, por favor, doctor.

Nátali le miraba suplicándole con los ojos, y a él le desarmaba su mirada. Ella no podía dejar de llorar y él sintió el impulso de abrazarla. Nunca le había pasado eso. Normalmente los padres de sus pacientes no le causaban ninguna emoción. Eso fue lo primero que aprendió para ser pediatra.

Cuando se sacó la carrera, se dijo a sí mismo que, si se preocupaba por los sentimientos de los padres, acabaría volviéndose loco. Por desgracia había muchísimos niños graves y enfermos, y demasiados padres destrozados para preocuparse por ellos. Por eso había decidido poner una barrera entre él y los padres. Le daban pena pero no quería involucrarse en sus vidas. A él solo le preocupaban sus pacientes.

Sin embargo, esa mujer estaba tan sola y tan asustada que no pudo evitar abrazarla, y cuando lo hizo, se quedó bastante sorprendido al ver cómo ella se acurrucó en sus brazos sin poder dejar de llorar. Parecía una niña que se hubiera despertado de su peor pesadilla, y él sentía la necesidad de consolarla. Entonces la miró y se quedó asombrado al darse cuenta de que debía de haber salido de su casa sin pensar en nada, nada más que en su hija, porque llevaba una camiseta vieja y descolorida que apenas le tapaba los muslos, el pelo totalmente alborotado como recién levantada, unas chanclas y, en las manos, unas llaves que apretaba con tanta fuerza, que tenía los nudillos blancos. No sabía el tiempo que llevaba allí sentado abrazando a esa mujer cuando le llamó una enfermera. Nátali pegó un brinco asustada.

–¡Ssshhh! No se preocupe, su hija está bien. Se lo prometo. Debe de ser otra

cosa.

Cuando Nátali volvió a mirarlo a los ojos, en ese mismo instante supo por qué la había abrazado. ¡Dios! Esos ojos lo tenían hipnotizado. No podía dejar de mirarlos. Eran tan bonitos...

–Doctor, tiene que venir. Es importante –insistió la enfermera.

–Tengo que dejarla. Volveré enseguida.

Nátali le cogió una mano con las suyas.

–Si se trata de mi hija, ¿puedo verla, por favor? –le preguntó.

Él le puso la otra mano encima de las suyas para tranquilizarla.

–Espéreme aquí. Saldré enseguida. Se lo prometo –al entrar al box le preguntó a la enfermera–. ¿Qué ha pasado? ¿Es su hija?

–No ha pasado nada –Carlos la miró muy serio–. No me mires así. Siempre nos has dicho que cuando los padres se pongan muy pesados, te llamemos poniendo una excusa, y bueno, esa madre estaba bastante pesadita.

–¿Cómo estarías tú en su lugar si creyeras que tu hija puede morir?

–¡Huy! Parece que al doctorcito le ha gustado esa mamá. Con lo reacio que eres tú para acercarte a los padres, bien abrazadito que estabas a esta –bromeó otro médico.

–No tiene mal gusto el muchacho, con esas piernas que tiene yo también me abrazaría a ella –esta vez fue un celador el que bromeaba.

–¡Bueno, ya basta! Sois muy pesados –Carlos se estaba empezando a mosquear.

–Hay que estar loca para salir así de casa. Parece una indigente –dijo una de las enfermeras en tono burlón, sacándolo ya de sus casillas.

Carlos se acercó a ella.

–Si vieras a tu hija ahogándose y pensando que puede morir, ¿te pararías a elegir un modelito o saldrías con lo puesto? –le dijo muy serio.

–Vaya, creo que Carlos se nos ha enamorado –volvió a bromear el médico.

–¿La niña está estable? –le preguntó Carlos a la enfermera, muy seco y tajante.

–Sí, está igual que la dejaste.

–Cuando tengas habitación, llámame al móvil.

–No creo que sea necesario una habitación. Con pasar la noche en el box, será suficiente. Seguro que mañana está bien y le puedes dar el alta –le dijo el médico.

–No es tu paciente, ¿verdad? Entonces no te metas.

Fue a ver a la niña y, cuando comprobó que estaba bien, volvió con Nátali.

–Este muchacho se nos ha vuelto loco esta noche.

Ella seguía en el mismo banco donde él la había dejado, nerviosa, sin poder dejar de mover las piernas, unas piernas largas y esbeltas, pensaba Carlos mientras se acercaba a ella. No dejaba de jugar con el anillo que llevaba en la mano. Parecía un anillo de compromiso.

Si tiene pareja, ¿qué hace aquí tan sola en una situación como esta? –se preguntó, de repente, a sí mismo–. ¿Qué te está pasando con esta mujer? ¿Qué te importa si tiene pareja o no? Es una madre más y mañana se irá, como todas. Deja de hacer el tonto».

Cuando Nátali lo vio, se levantó y fue en su busca.

–Es mi hija, doctor. ¿Le ha pasado algo? ¿Está bien? –le preguntó, mirándolo a los ojos.

Carlos no podía dejar de mirar sus ojos y, para tranquilizarla, la cogió de los hombros.

–No se preocupe. Su hija está bien –le dijo con ternura–. ¿Quiere acompañarme a mi despacho, por favor? Allí podemos hablar tranquilamente. Ella asintió con la cabeza y le siguió hasta un pequeño despacho. Tenía una mesa grande, muchas estanterías llenas de libros y archivadores. En un rincón había una pequeña nevera y una cafetera encima.

–¿Quiere sentarse, por favor? ¿Le apetece un café o cualquier otra cosa?

–No gracias. Estoy muy nerviosa, y tomara lo que tomara, seguro que me sentaría fatal –cuando se sentó en la butaca, la camiseta se le subió dejando todas las piernas al descubierto. Él no pudo evitar mirarlas y ella empezó a estirar de la camiseta, poniéndose colorada–. ¡Dios mío! Debe de pensar que estoy loca por la pinta que llevo, ¿verdad? Pero he salido tan deprisa y asustada que no me he dado cuenta de cómo iba vestida. ¡Qué vergüenza!

Él le sonrió. Le hacía gracia esa especie de timidez y pudor que veía en ella. Estaba apoyado en la mesa, frente a ella, mirándola. Se dirigió a un cajón y sacó una de sus batas.

–Será mejor que se ponga esto.

Ella se levantó inmediatamente de la butaca como si llevara un resorte, y se puso la bata con mucha rapidez.

–Gracias, muchísimas gracias. No sabe la vergüenza que estaba pasando. Todo el mundo me miraba y no sabía dónde meterme. ¿Ahora puede decirme

cómo está mi hija y qué le ha pasado? No soporto más esta angustia –le decía mientras se arreglaba un poco el pelo.

Él se sentó en la butaca, enfrente de ella.

–Su hija ha tenido un ataque de alergia muy grave causada por el ibuprofeno.

–Pero eso no puede ser. No es la primera vez que le doy ibuprofeno.

–Las alergias salen de repente. Puede pasarse toda la vida comiendo algo y, de la noche a la mañana, tenerle alergia a esa cosa. Cuando su hija ha llegado, tenía las cuerdas vocales tan inflamadas que no le entraba el aire, y ha estado unos minutos sin oxígeno. Si usted hubiera tardado unos minutos más en traerla, podría haber muerto –cuando vio cómo se quedó paralizada y cómo sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas una vez más, se acercó a ella poniéndose de cuclillas y le cogió de las manos–. No se ponga así. Su hija está estable y todo ha pasado. No tiene de qué preocuparse. Solo quiero que pase la noche aquí en observación para mañana hacerle unas pruebas. Después podrá llevársela a casa.

–¿Por qué tiene que hacerle unas pruebas? ¿Pasa algo que no me quiera decir?

–No es necesario preocuparse. Lo más seguro es que todo esté perfecto.

–Entonces, ¿para qué va a hacerle las pruebas? Necesito saberlo. Por favor, dígame la verdad –ella le miró muy preocupada, y él cayó rendido ante sus ojos.

–Bueno, no sabemos el tiempo que ha estado su hija sin respirar y, si el oxígeno tarda demasiado en llegar al cerebro, podrían quedar secuelas –las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas, y sin poder evitarlo, le quitó las lágrimas con los pulgares e intentó tranquilizarla nuevamente–. ¡Sssh! No llore, por favor. Es una posibilidad muy lejana. Seguro que su hija está bien y mañana va a superar las pruebas sin ningún problema.

–Prométamelo. Prométame que está seguro de que mi hija está bien y me tranquilizaré.

–Se lo prometo.

Sabía que no tenía que haber dicho eso. Sabía que nunca se tenía que adelantar un diagnóstico, por muy seguro que uno pudiera estar de ello, porque podría salir algo mal y entonces el error sería irremediable. Pero, cuando la vio sonreír, se dio cuenta de que valía la pena el riesgo por esa sonrisa, y eso que era bastante débil después del mal rato que había pasado.

–¿Cuándo podré ver a mi hija? Necesito estar con ella –dijo con impaciencia.

–Cuando esté en una habitación. Ya he dado la orden para que nos avisen y

pueda ir a verla enseguida.

En ese momento llamaron a la puerta y entró una enfermera.

–¡Anda! Venía a preguntarte por ella –le dijo a Carlos–, y resulta que está aquí.

–¿Qué quieres? –le inquirió muy serio al ver cómo miraba a Nátali de arriba abajo.

–La buscaba para rellenar los datos. No ha entregado el SIP ni el DNI. No tenemos ni idea de quién es. Podría ser una ilegal.

–Lo siento. Tiene razón, pero salí tan deprisa que no me paré a coger nada, solo las llaves. Puedo ir a casa y traerle todo lo que necesite.

–No es necesario. Mañana puede hacerlo, ¿verdad? –le preguntó a Nátali.

–Por supuesto.

Cuando la enfermera fue a protestar, él la cortó inmediatamente.

–He dicho mañana. Son las tres y media de la madrugada y no vamos a dejar que ande sola por ahí a estas horas de la noche. ¿No crees? Dame el informe y yo lo rellenaré, y si algo sale mal, yo me haré responsable. ¿Contenta? –preguntó con sarcasmo a la enfermera.

–Bueno, tú verás lo que haces. Es responsabilidad tuya –contestó la enfermera muy enfadada.

Cuando la enfermera salió, Nátali bromeó, haciéndole reír.

–¡Qué genio! Cualquiera diría que es su mujer y que no le gusta nada que usted se encierre con sus pacientes.

–¡Dios me libre! Es inaguantable –esta vez fue Nátali la que se rio–. Y no estoy casado.

No sabía por qué había dicho eso, pero era como si necesitara decirle que estaba disponible, y para que no notara su interés en ella, cogió los papeles y se dispuso a rellenar el informe. Carlos empezó a hacerle toda clase de preguntas, su nombre, su dirección, su estado civil, su teléfono. De repente le sonó el móvil y los dos se sobresaltaron, se miraron y se sonrieron. Él contestó y luego la miró a ella, sin necesidad de que le dijera nada sabía exactamente lo que quería.

–Está bien. Luego podemos seguir con el informe. Vamos a ver a su hija.

Ella se levantó de la silla de un brinco y sonriendo.

–Gracias, doctor, esta noche es usted mi ángel de la guarda.

Cuando llegaron a la habitación, Nátali se sentó en la cama y empezó a besar y acariciar la cara de su hija con tanta ternura, con tanto amor, que a él le pareció la imagen más enternecedora que había visto jamás. Entonces decidió

salir de la habitación y dejarla sola unos minutos con su hija.

Mientras esperaba fuera, no podía dejar de pensar en lo que le estaba pasando con esa mujer. Era capaz de saltarse las normas por ella y no la conocía de nada, pero al mismo tiempo sentía como si la conociera de toda la vida, como hacía un momento que, sin decir palabra, con solo una mirada, sabía que ella no podía seguir con el papeleo sin antes ver a su hija. Volvió a la realidad cuando oyó a Fernando.

–¿Qué te pasa esta noche, tío? Está muy mal dar cama a una paciente que no la necesita –le dijo.

–Sí la necesita. Tiene que estar en observación.

–Sabes que para eso está el box, para tener a los pacientes en observación toda la noche y después mandarlos a casa. ¿O vas a ingresarla?

–No, no es necesario, pero me lo estoy pensando.

Fernando lo miró y se empezó a reír.

–Entonces Julia tiene razón. Estás embobado por esa mamá. Tanto que eres capaz de robar informes y dar cama sin necesidad a una paciente. ¿Qué te está pasando?

–¿Crees en el amor a primera vista?

–No me jodas, tío. Eso no existe.

–Eso creía yo hasta que esa mujer me miró. No sé qué me pasa, pero no puedo dejar de pensar en esos ojos. Cuando me ha mirado y me ha suplicado que necesitaba ver a su hija he tenido que darle una habitación, no he sido capaz de decirle que su hija estaría toda la noche en el box y que ella no podría pasar nada más que unos minutos. Si la hubieras visto, estaba desesperada y necesitaba estar con su hija.

–Entonces tengo que ver esos ojos. Deben de ser muy especiales para hacerte perder la cabeza con solo una mirada. Nunca te he visto perder la cabeza por ninguna chica.

Abrió la puerta de la habitación y volvió a cerrarla para que no entrara Carlos.

–Buenas noches –dijo al entrar en la habitación.

–Buenas noches, ¿viene a ver a mi hija? –Nátali se giró y le miró.

–¿Es usted la señora Rodríguez? –le preguntó lo primero que le pasó por la mente, ya que también se había quedado impresionado al ver sus ojos.

Fue entonces cuando comprendió por qué su amigo acababa de sufrir un flechazo.

–No.

–Lo siento. Me he equivocado de habitación –se disculpó abandonando la habitación.

–Vaya, he de reconocer que tienes muy buen gusto, y no me extraña que sus ojos te hayan impresionado. Son preciosos. Tiene ojos de gata. Pero no te la juegues más, ¿vale? Ya está bien de tonterías por hoy. Ahora tienes que volver al trabajo, ya sabes que urgencias es un caos y el jefe ya ha preguntado por ti un par de veces.

–Dame un minuto para que hable con Nátali y bajo enseguida.

–Uno no, medio. Date prisa. Te espero aquí.

Cuando Carlos entró en la habitación de nuevo, ella estaba tumbada abrazando a su hija. En cuanto lo vio, se levantó y se dirigió hacia él sonriéndole.

–Tenía usted razón. Está bien. Respira bien y duerme muy tranquila, como siempre. Ahora estoy segura de que esas pruebas van a salir bien, y voy a estarle eternamente agradecida –se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

Carlos la miró fijamente y ella se echó para atrás, pues su mirada empezaba a ponerla nerviosa. Cuando él se dio cuenta intentó disimular.

–Tengo que seguir trabajando. Volveré dentro de un rato y terminamos el informe –dijo.

–Vale, cuando a usted le venga bien. Yo no voy a moverme de aquí en toda la noche.

Al salir, Fernando estaba esperándole.

–¿Qué ha pasado? Has tardado mucho.

Carlos se tocó la mejilla donde Nátali le había besado.

–Que me he enamorado, y no voy a parar hasta conseguir a esa mujer –dijo con una sonrisa en los labios.

–Tío, estás loco. Siempre has sido un romántico, pero ahora te has pasado. Nadie se enamora a primera vista.

–Eso mismo pensaba yo hasta esta noche.

–Anda, vamos a trabajar, que si nos pilla el jefe, nos va a echar una bronca.

Carlos se fue a trabajar, pero no podía dejar de pensar en esos ojos, y en esa mujer, y deseaba acabar su turno para correr a esa habitación y así poder volver a admirar esos hermosos ojos tan verdes como las esmeraldas.

El resto de la noche se la pasó trabajando y deseando que fueran las ocho para ir a ver a la hija de Nátali. Era extraño, no se acordaba del nombre de su

paciente pero sí del de la madre, era la primera vez que le pasaba. Nátali, un nombre precioso igual que ella, pensaba Carlos ensimismado.

CAPÍTULO 39

A las siete llegó el médico que iba a remplazarle, y rápidamente le explicó los casos de esa noche, dándole todos los informes menos uno.

–¿Qué pasa con ese informe, no me lo vas a dar?

–No, de este caso me encargo yo personalmente. No te preocupes. Yo le daré el alta ahora cuando vaya a verla.

Cuando terminó, subió a la habitación. Nátali estaba dormida, sentada en el sillón con la cabeza en la cama y la mano de su hija entre las suyas. Se acercó a ella, se agachó y le acarició el brazo para despertarla. Nátali se despertó y le sonrió desperezándose.

–Me he quedado dormida. ¿Qué hora es? –habló muy bajito para no despertar a su hija.

–Las siete y media –contestó él igual de bajito–. Venía para ver cómo estaba la niña, pero será mejor que la dejemos dormir. Puedo volver más tarde o podemos terminar el informe –de repente se oyeron las tripas de Nátali rugir de hambre–. ¿Tiene un león en la barriga? –le preguntó él, bromeando. Ella empezó a reírse a carcajadas, tapándose la boca para no hacer mucho ruido, y él se rio con ella–. ¿Tiene hambre?

–Sí, ayer no cené casi.

–¿Por qué no va a comer algo? Yo me quedo con la niña.

–No, no quiero dejarla sola, y tampoco quiero molestarle más. Ya comeré cuando llegue a casa. Puedo esperar –le volvieron a sonar las tripas.

Los dos se miraron a los ojos y volvieron a reír. Él recordó que solo llevaba las llaves cuando llegó, ni bolso, ni monedero. Así que salió al pasillo y llamó a una enfermera.

–Quiero que te quedes cuidando de esta niña como si fuera tuya, y si se despierta, me llamas al móvil inmediatamente. ¿Vale?

–Sí, doctor de la Fuente.

Él se volvió hacia Nátali y la cogió del brazo.

–Bien, vamos a apaciguar a ese león –le dijo sonriente.

–No, no puedo irme. ¿Y si mi hija se despierta?

–La enfermera nos llamará. No se preocupe.

Cuando estaban en el ascensor, se quedaron mirándose fijamente.

–¿Por qué hace esto? –le preguntó Nátali.

–Porque tiene hambre. Sus tripas lo han gritado a los cuatro vientos –ella se rio–. Yo también tengo hambre y no me gusta comer solo. Además, tenemos que terminar ese informe.

Cuando llegaron a la mesa, él le acomodó la silla y ella, un poco sorprendida, le dio las gracias. Parecía tan caballeroso y educado. Era bastante alto, moreno, delgado, unos ojos azules muy bonitos y muy guapo, era la primera vez que se fijaba en él.

–¿En qué está pensando? –le preguntó cuando se sentaron.

–En que sería mejor que me tuteara. No me gusta que me hablen de usted. Me hace sentir vieja –fue lo primero que se le ocurrió, ya que no podía decirle que estaba analizándola físicamente–. Además, queda un poco raro desayunar juntos y que me hable de usted, ¿no cree? –le miró, le sonrió y lo dejó cautivado con su mirada.

–Si tú también lo haces, ¿vale? –asintió con la cabeza.

Cuando llegó el camarero, saludó a Carlos.

–Buenos días, doctor de la Fuente. Hoy viene muy bien acompañado.

–Pues sí, tienes toda la razón –afirmó sonriendo a Nátali y mirándola a los ojos.

–¿Qué van a desayunar?

–Nos vas a traer café con leche, tostadas, cruasanes y magdalenas. ¿Te apetece algo más? ¿Un zumo de naranja? –preguntó mirando a Nátali.

–No, por Dios, es demasiado. Creo que con todo lo que has pedido vamos a reventar.

–Bueno, ese león parecía rugir muy fuerte –dijo bromeando, lo que hizo reír a Nátali–, y yo, cuando termino el turno de noche, podría comerme una vaca –miró al camarero, que sonreía con su comentario–. Será mejor que nos traigas eso solamente. No quiero asustar a la señorita comiendo como un animal –añadió, bromeando de nuevo.

–Sí, será lo mejor –advirtió el camarero, alejándose de la mesa con el pedido.

–¿De pequeño quisiste ser veterinario y acabaste siendo pediatra por alguna razón?

–No. ¿Por qué?

–Porque parece que te gusta mucho el mundo animal. Crees que tengo un león en la barriga. Te gustaría comerte una vaca, y puedes comer como un animal –bromeó esta vez ella, haciéndole reír.

El camarero trajo el desayuno y empezaron a desayunar.

–¿Por qué ayer me dijiste que todo el mundo que querías se moría? –preguntó

él.

Nátali lo miró muy seria.

–¿Por qué quieres saberlo?

–Porque me dejaste muy impresionado cuando me dijiste eso.

Ella le contó lo de sus padres y sus abuelos. Después cuando pensaba que tenía una maldición. No sabía por qué le contaba todas esas cosas, pero él le daba confianza.

–Una vez alguien me dijo que era capaz de romper mi maldición, y parece que lo consiguió. Gracias a Dios mi hija sigue viva. Ayer por un momento pensé que la maldición había vuelto y que la perdía, y te juro que, si no hubieras salvado a mi hija, me habría muerto con ella. Ella es lo único que tengo, y lo único que me importa en esta vida.

–No digas esas cosas. Eso son tonterías. ¿No crees en el destino?

–Sí.

–Pues deberías pensar que todo es por el destino. Todos tenemos la vida trazada, y el destino es el que manda.

–¿Y por qué el destino querría hacerme pasar por algo tan traumático? Eso es tener muy mala leche ¿no crees? –le preguntó.

–Puede que el destino te haya traído esta noche aquí para poder conocernos. Carlos, sin poder dejar de mirar esos ojos tan hermosos y sonriendo por su último comentario, intentó que pareciera una broma, aunque en el fondo quería creer que fuera verdad.

–¡Vaya! Pues podía haberlo hecho en la cola del súper, o un tropezón por la calle mismo. Cualquier cosa hubiera sido mejor que esta.

–Sí, pero cualquiera de esas dos hubieran sido un simple "hola", o un "lo siento". ¿No crees?

–Puede que tengas razón. ¿Cuándo empiezas el otro turno?

–¿Por qué? –preguntó extrañado.

–Para traerte la bata limpia y pagarte la mitad del desayuno. Ahora no llevo dinero –confesó un poco avergonzada.

–Al desayuno invito yo, y la bata me la puedes traer mañana cuando me traigas a la niña para que le eche un vistazo.

–Está bien, pero te debo una.

Él le sonrió e hizo un gesto de aprobación.

–Vale.

Le gustaba pensar que, si le debía una, podía volver a verla de nuevo.

–Lo siento, pero quiero volver con mi hija –le dijo ella impaciente cuando

terminaron de rellenar el informe y de desayunar.

Carlos hizo una seña al camarero. Pagó y se dirigieron a la habitación. El ascensor estaba lleno, pero él la empujó y se metieron dentro. Estaban muy cerca el uno del otro, casi pegados. Cuando se abrieron las puertas, un hombre que quería bajar la empujó, haciéndola chocar con Carlos. Ella perdió el equilibrio, pero Carlos la cogió por la cintura, la pegó a su cuerpo y la miró fijamente a los ojos. Ella tampoco podía dejar de mirarle. Era la primera vez que estaba tan cerca de un hombre después de Jaime.

–¿Estás bien? –le preguntó sin dejar de mirarla y sin soltarla de la cintura. No quería que se alejara de él ni un centímetro.

–Sí, estoy bien. ¡Qué tío más bruto! Ya puedes soltarme. No voy a caerme.

Él la soltó con muy pocas ganas y muy lentamente pues no quería que se alejara de él.

Cuando llegaron a la habitación, la enfermera seguía allí. Carlos le dio las gracias y se fue dejándolos solos.

–Bueno, será mejor que vaya a traerte el alta.

–Estoy preocupada. Duerme demasiado –dijo mirando a su hija. Se dio la vuelta y le miró–. No le pasará nada, ¿verdad? –le preguntó nerviosa.

Él la cogió de las manos e intentó tranquilizarla.

–No, no le va a pasar nada. Para eso estoy yo aquí.

Esas palabras la llenaron de una tranquilidad abrumadora. Solo hacía unas pocas horas que lo conocía y, sin embargo, al oírle decir eso, un sentimiento extraño se apoderó de ella.

Había pasado la peor noche de su vida, aún tenía el susto calado en su cuerpo hasta lo más profundo de su ser. Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que, cuando él la había abrazado en el banco del pasillo, hecha un mar de lágrimas, ella había sentido un poco de paz, y el resto de la noche, cada vez que él la consolaba o la tocaba, se sentía mejor. Sabía que era una locura, que en cuanto abandonara el hospital, no volvería a verlo, y que esos sentimientos se debían a lo sola que se había sentido en ese banco, mientras su hija luchaba por su vida en la habitación de al lado. Reaccionó y salió de sus pensamientos al notar su mano en el brazo.

–¿Estás bien? Te has quedado un poco...

–Sí, estoy bien, gracias –ella le sonrió y, de repente, volvió a pasarles lo mismo. Ninguno de los dos podía dejar de mirarse.

Él agachó poco a poco la cabeza para besarla y ella, no sabía por qué, no podía moverse. Ese hombre iba a besarla y ella no quería que la besara, pero

no podía moverse.

Al oír la voz de su hija, Nátali reaccionó y se alejó de él para abalanzarse sobre su hija y comérsela a besos.

–Mami, ¿qué hago aquí?

–Darle el mayor susto de mi vida. Si vuelves a hacer algo así, yo misma te mataré a cosquillas –comenzó a hacerle cosquillas y a comérsela a besos y, de repente, la abrazó muy fuerte–. ¿Estás bien, mi amor? –le preguntó.

–Sí, pero me estás ahogando.

Carlos no podía dejar de mirarla. Le daban ganas de ir y abrazarla él también. No entendía por qué esa mujer, que apenas conocía, despertaba en él todas esas emociones. La veía tierna, dulce, cariñosa y deseaba que fuera así con él, entre sus brazos.

–Carlos, ¡eh! Estás pasmado. ¿En qué piensas?

Cuando reaccionó, se acercó a la cama para ver a la niña mientras se decía a sí mismo que llevaba muchas horas sin dormir y que no pensaba con claridad.

–¡Hola, Sara!

–¿Quién es, mami?

–Soy Carlos, y soy tu médico.

Le ofreció la mano y la niña se la dio con una sonrisa. Cuando vio los ojos de la niña, se quedó pasmado, pues eran iguales que los de su madre, dos preciosas y pequeñas esmeraldas que lo miraban con curiosidad.

Sus ojos eran verdes, grandes y rasgados como los de su madre. Su pelo rizado no era negro azabache como el de su madre sino castaño oscuro. La nariz era un poco más respingona que la de su madre, y, para desgracia de Nátali, su boca y su sonrisa eran igual que las de su padre. Cada vez que la veía sonreír, no podía evitar pensar en él. Se le formaban esos hoyuelos en las comisuras de la boca y sus ojos se achinaban aún más que los de su padre. Tenía una sonrisa maravillosa aunque para Nátali fuera una tortura, porque por más que quisiera olvidarlo, cada vez que la veía sonreír, le recordaba a él.

–Tienes unos ojos preciosos.

–Son como los de mi mami.

–Ya lo sé. Me he fijado muy bien.

–¿Y te gustan?

–Mucho.

Nátali le miró sorprendida. No sabía qué pensar. ¿Le estaba piropeando a través de la niña o eran imaginaciones suyas?

–Sara, cariño, deja de hacer tantas preguntas. El doctor tiene que hacer su trabajo –le dijo a su hija, para que dejaran de hablar de ella, ya que empezaba a ponerse nerviosa.

–¿Y qué me vas a hacer?

–Voy a hacerte un reconocimiento.

–¿Qué es eso? ¿Me va a doler?

–No, cariño, no te va a doler –miró a Carlos y sonrió–. Tendrás que explicárselo mejor –le dijo.

–Voy a hacerte unas preguntas. Voy a mirarte la garganta, los ojos, los oídos y después, con este aparatito, oiremos tu corazón, y te prometo que no te va a doler, ¿vale?

–Vale.

Cuando terminó de hacerle la revisión, le puso el estetoscopio.

–¿Puedo oírlo yo también? –le preguntó Sara enseguida.

–Sara, mi amor, deja al doctor...

–Tranquila, no pasa nada.

Cuando Carlos le puso el estetoscopio en el oído, le gritó a su madre.

–¡Qué guay! Mami, mira, ven. Escúchalo.

Nátali se acercó a su hija y Carlos se lo puso en los oídos. Ella abrió unos ojos muy grandes y puso cara de sorprendida. Él se rio. Le gustaba ese gesto en su cara, sus ojos se veían mucho más hermosos. Bueno, todo en ella le gustaba, hasta su hija.

–Vaya, sí que va rápido tu corazón. Parece que hayas corrido un maratón.

–El corazón de los niños va más rápido que el nuestro.

–Sí, eso ya me lo dijeron una vez –dijo un poco triste recordando al doctor Cifuentes.

–¿Podemos escuchar el de mi mami?

–Vamos, mi amor, no podemos entretener tanto al doctor. Seguro que tiene ganas de irse a su casa.

–No tengo nada que hacer en casa, y me encantaría escuchar tu corazón –habló con un tono suave en la voz.

Se levantó de la cama. Se acercó a ella y le desabrochó el primer botón de la bata. Ella empezó a ponerse nerviosa y le cogió de la mano para que parara.

–Carlos, no... –le dijo nerviosa.

–¿No confías en tu médico?

–Tú no eres mi médico.

–Desde ayer sí.

Su voz y sus palabras sonaban tan seguras que Nátali quedó muy sorprendida.

–No...

–No tengas miedo, mami. No hace daño.

Él le sonrió con picardía y le bajó un poco el cuello de la camiseta acariciando con sus dedos su piel, mientras que con la otra mano se ponía el estetoscopio.

–O estás nerviosa, o tu corazón es como el de una niña de cinco años. También parece que has corrido un maratón –le dijo con una sonrisa en los labios cuando escuchó su corazón.

Ella no podía contestarle. Se había quedado muda. Su mirada intensa, sus insinuaciones, todo en él parecía provocarla, y la ponía muy nerviosa.

–Yo también quiero oírlo.

Carlos le puso el estetoscopio a Sara.

–¡Vaya! Sí que va deprisa, mami.

–Bueno, dejaos de tonterías –reaccionó ella apartando el estetoscopio de su corazón–. ¿Cómo está mi hija, doctor? –le preguntó después a Carlos.

–Carlos, por favor, llámame Carlos. Está perfectamente. Voy a daros el alta pero, eso sí, mañana tienes que traérmela.

–¡Dios mío! Se me ha olvidado. Tengo que llamar por teléfono. ¿Sabes dónde hay una cabina? –le preguntó a Carlos, que sacó su móvil y se lo ofreció.

–No, gracias, no quiero abusar.

–No seas tonta. Las cabinas siempre están ocupadas o estropeadas. Además no tienes dinero.

Ella cogió el móvil al darse cuenta de que tenía razón. No tenía dinero.

–Está bien, gracias –marcó un número de teléfono e inmediatamente saludó–. Hola, siento no poder ir a trabajar... Mi hija ha pasado la noche en el hospital... Sí, está mejor, gracias... Eres un encanto. Te lo compensaré... Mañana estaré a primera hora. No te preocupes... Vale, hasta mañana –colgó el teléfono y se lo dio–. ¿Mañana podría venir por la tarde? –le preguntó.

–¿A qué hora podrías venir?

–A las seis, más o menos.

–Está bien. Estaré aquí. Voy a traeros el alta.

–Vale. Entonces iré arreglándola.

Cuando se fue, Nátali arregló a la niña. Al momento él volvió.

–Bueno, ya está todo arreglado. Cuando queráis, podemos irnos.

Se había quitado la bata. Llevaba unos vaqueros, un polo y un maletín. Era alto y muy atractivo y, aunque estaba muy delgado, tenía buen tipo. Nátali lo

miró extrañada al verle de paisano.

–¿Ya has terminado tu turno?

–Desde las siete.

–¿Y qué hacías aún aquí?

–Bueno, quería estar con... –no dejaba de mirarla, y para no parecer un psicópata, intentó disimular su interés por ella–. No me gusta dejar las cosas a medias, y quería terminar de atender a tu hija –con esas palabras se ganó una gran sonrisa de Nátali.

–Te lo agradezco. Bueno, ahora tenemos que irnos. Así tú también podrás irte a tu casa.

–Vale. Me iré a mi casa cuando os haya dejado en la vuestra –Nátali le miró muy extrañada–. No me mires así. Tu hija va descalza y en pijama, y seguro que pesa bastante para que la lleves hasta tu casa en brazos.

–No quiero molestarte más, de verdad. Ya me las apañaré.

Él cogió a la niña en brazos.

–¿Quieres venir en mi coche, preciosa? –le preguntó.

–¡Síííí! Mami, porfi.

–No me gusta que utilicen a mi hija para presionarme –le advirtió muy seria.

Él le pasó el brazo por la cintura arrastrándola hacia la puerta.

–No volveré a hacerlo. Pero estoy cansado. Quiero irme, y no puedo dejar que os vayáis así andando. No me quedaría tranquilo. Recuerda que ya es de día y con esa bata estás bastante provocativa –bromeó.

Nátali se quedó bastante sorprendida y avergonzada, pero él tenía razón. Tenía una pinta horrorosa para andar por ahí con su hija en pijama y en brazos. La gente que las viera, pensaría que se habían escapado de un psiquiátrico, o que era una secuestradora de niños, así que no le quedó más remedio que aceptar su ofrecimiento y dejar que él las llevara a casa.

Cuando llegaron a su patio, él bajó del coche y volvió a coger a la niña en brazos.

–Ya puedo yo sola. Muchas gracias por todo, de verdad, pero ahora es mejor que te vayas a descansar. Debes estar agotado. Nos vemos mañana.

Carlos le cogió la mano y le puso un número de teléfono con un boli.

–Es mi número de móvil personal –le dijo, sorprendiéndola–. Si algo te pasara, o necesitas cualquier cosa, llámame. No importa la hora que sea,

¿vale?

Ella asintió con la cabeza pues no podía hablar. Le sorprendía tanto que le diera su número personal, y aún le sorprendía más la manera de hablarle, como si se sintiera responsable de ella y quisiera protegerla, y no entendía muy bien por qué, pero le gustaba esa sensación de tener a alguien a su lado, a alguien en quien confiar, en quien apoyarse.

–Gracias –le dedicó una sonrisa con timidez.

–Y recuerda que no debes darle ibuprofeno.

–No te preocupes. Eso no se me va a olvidar en la vida.

Cuando él iba a marcharse, en un impulso le dio un beso en la mejilla.

–Nos vemos mañana –le dijo.

Nátali no pudo evitar mirarle mientras se alejaba en el coche, pues aún seguía alucinada. No sabía cómo, en tan pocas horas que hacía que se conocían, podía haber tanta confianza entre los dos.

–Mami, es muy simpático el doctor. Me gusta.

–A mí también me gusta. Anda, vamos a casa.

CAPÍTULO 40

Al día siguiente Nátali no podía dejar de pensar en él, y en lo bien que se había portado con ellas, y recordó que le debía una invitación. Cuando recogió a la niña del colegio, se fue directamente al hospital.

Cuando llegaron a urgencias de pediatría, preguntó por él. Una enfermera le pidió que esperara sentada mientras iba a avisarle. Al instante lo vio aparecer con su bata blanca impoluta y el estetoscopio colgado al cuello. Cuando llegó a su lado, le sonrió y volvió a besarla en la mejilla. Se agachó, le dio un beso a la niña y la cogió en brazos.

–¿Cómo está mi paciente favorita? –le preguntó.

–Muy bien –sonrió Sara–. ¿Sabes que le gustas mucho a mi mami? Me lo dijo ayer.

–Pero bueno, no digas tonterías. Lo siento –se disculpó ruborizada–. No le hagas caso. Ya sabes cómo son los niños.

Él le sonrió.

–A mí también me gusta mucho tu mamá, pero no se lo digas a nadie –le habló a la niña en un tono más bajo de voz, como si fuera un secreto.

La niña se rio. Nátali le miró y se quedó muy sorprendida.

–Anda que tú eres peor que ella –dijo, para quitarle importancia–. ¿Por qué no dejáis de jugar y vamos a lo que hemos venido?

Entraron en una consulta y soltó a la niña. Después le puso la mano en la cintura a Nátali para que pasara.

–No estoy jugando, nena –le dijo al oído.

Cuando ella le oyó decir eso, se giró y le miró muy seria.

–No vuelvas a llamarme así. Te lo pido por favor.

Carlos la miró muy sorprendido, pues parecía como si le hubiera dicho el peor de los insultos.

–¿Qué te ocurre? –le preguntó preocupado.

–Nada. No soporto que me digan eso.

–Está bien. No volveré a hacerlo.

–Pues claro que no. Después de esta visita espero no tener que volver por aquí nunca más.

–Vaya, eso me duele, porque a mí sí me gustaría volver a verte.

Nátali le sonrió tras ese comentario y le dio una bolsa.

–Toma, aquí tienes la bata. La he lavado y planchado. También he traído el SIP por si necesitabas algún dato más, y dentro de la bolsa te he dejado una tarjeta del restaurante donde trabajo, por si quieres pasarte algún día a comer, yo invito. Te dije que te debía una.

Carlos sonrió feliz al darse cuenta de que, con esa invitación, lo que había dicho antes no iba en serio, y que sí quería volver a verlo, pero no en las circunstancias en las que se habían conocido, y eso era bastante comprensivo después de la mala noche que había pasado por lo ocurrido con su hija.

–Me encantará pasar a comer un día. ¿Puede ser mañana?

–Puedes ir, pero yo mañana libro.

–Entonces esperaré a pasado mañana. Si no estás tú, no tiene gracia.

–Pues claro –rio Nátali–. Además, si no estoy yo, no podré invitarte.

–Eso es lo de menos. Volvería a pagar por compartir mesa contigo.

Ese comentario la dejó sin palabras. Él, guiñándole un ojo, se acercó a la niña y la subió en la camilla.

–Vamos a ver cómo estás –le dijo sonriendo.

Le hizo un chequeo a la niña, aunque sabía que estaba perfectamente. Solo la había citado para volver a verla. Había pensado en volver a citarla después de esa cita, pero ya no era necesario, ella le había invitado a comer y ya no necesitaba una excusa para volver a verla otra vez. Eso le hacía feliz porque, si ella le invitaba, era porque le gustaba, tal y como había dicho la niña.

–¿Está todo bien? –preguntó Nátali nerviosa.

–Todo bien. Es la niña más sana y bonita que ha pisado esta consulta.

Sara se rio.

–¿Quieres un caramelo?

–¡Sí!

–Están ahí, en la mesa.

–Gracias, ¿puedo coger dos?

–¡Oye! No seas bicho. Coge solo uno.

–Déjala. Puede coger los que quiera.

–¡Aaay! Tú dale alas y te quedarás sin caramelos.

–Entonces, ¿cuántos puedo coger?

–Ves –le dijo a él sonriendo. Después miró a su hija muy seria–. Dos, máximo. No seas avariciosa, que después de ti pasaran otros niños que también querrán caramelos, ¿no crees?

–Está bien, mami.

–Bueno, ¿entonces podemos irnos ya? –le preguntó a Carlos.

Él no quería que se fueran, pero no podía seguir reteniéndolas. Se le acababan las excusas.

–Sí. Nos vemos el viernes en tu bar.

–Vale.

Se despidieron y él volvió a darles un beso a las dos. Le consolaba pensar que dentro de dos días la vería en el restaurante y comerían juntos, aunque esos dos días se le iban a hacer largos, muy largos.

CAPÍTULO 41

El viernes, a las dos del mediodía, Carlos llegó al restaurante. Nátali estaba en la barra, esperando que le pusieran un pedido. Él se acercó por detrás y le habló al oído.

–¿Vas a comer conmigo, preciosa? –ella dio un brinco, se giró y, cuando lo vio, sonrió–. ¿Te he dicho que me encanta tu sonrisa?

–Hola, me has asustado, enseguida te preparo una mesa. ¿Vienes solo?

–Sí, vengo solo, pero ya te dije que no me gusta comer solo, esperaba que pudieras acompañarme.

–Lo siento, pero no, es mi turno. Siempre como antes de empezar a servir las comidas.

–Eso quiere decir que nunca vamos a poder comer juntos.

–Va a ser que no.

–Entonces me pagaré la comida.

–¿No quieres que te invite? –preguntó extrañada.

–Sí, pero cuando puedas sentarte conmigo.

–Eso va a ser imposible. No puedo comer con los clientes.

–No tiene por qué ser una comida. También me gusta cenar. Mañana pasaré a buscarte por tu casa a las nueve y media.

–No puedo. Tengo una hija, ¿recuerdas?

–Está bien, reservaré mesa para tres.

Ella le miró muy sorprendida pues no podía creer lo que le decía.

–¿Estás hablando en serio? ¿De verdad quieres salir a cenar con mi hija?

–Sí, quiero salir a cenar con las dos.

Nátali se quedó muy sorprendida. Normalmente, cuando un tío se ponía pesado, solo tenía que sacar el tema de la niña, y así salían corriendo. Eso era algo que a ella le iba muy bien porque así no tenía que aguantarlos. Pero él, no. Su hija no le asustaba, y era muy distinto a los demás, porque a él no le importaba que tuviera una hija, hasta quería salir a cenar con las dos.

–Será mejor que te sientes o me echarán la bronca. No puedo hablar tanto tiempo con los clientes.

–Entonces acepta mi invitación.

–Está bien, pero siéntate y dime qué quieres comer.

Él se sentó y le pidió la comida.

Cuando ella se marchó, no podía dejar de mirarla. Era alta, delgada, pero no demasiado. Tenía buenas curvas y un pecho increíble. Cuando la vio la primera vez, nunca se hubiera imaginado que debajo de esa camiseta vieja y descolorida podía esconderse un cuerpo como ese.

Cuando le trajo la comida y se quedó solo comiendo, observó el restaurante. Era muy grande. Tenía varias camareras, aparte de Nátali. Estaba todo decorado con azulejo valenciano, y en la barra había un dibujo grabado, en el mismo azulejo, de una huerta y unos mulos labrando la tierra. En la otra pared se veía una barraca antigua, las mesas con sus manteles de cuadros blancos y rojos y las sillas de madera con el asiento de mimbre. Todo el decorado daba un ambiente clásico pero sencillo. Podía leer un cartel encima de la barra donde ponía “Se celebran cumpleaños, bautizos, comuniones, despedidas de solteros y solteras”.

–¿De verdad no me vas a dejar que te invite? –le preguntó Nátali cuando terminó de comer.

–No, así tendrás que venir a cenar conmigo para pagar tu deuda. Ahora tengo que irme a trabajar. Hasta el viernes –le dio un beso en la mejilla y se fue.

Esa misma noche, cuando cogió el teléfono, jamás se hubiera imaginado que podría ser él.

–Hola, preciosa.

El corazón le dio un brinco por la sorpresa.

–¿Cómo has conseguido mi número? Yo no te lo he dado.

–Lo busqué en el informe del otro día. Te llamo porque quería cambiar la cita, por eso necesitaba hablar contigo.

–¿Te has arrepentido? Está bien. No importa. Lo entiendo. Es complicado tener una cita con una mujer que lleva a su hija ¿verdad? No es necesario que te inventes una excusa. Adiós.

Colgó el teléfono e inmediatamente volvió a sonar. Cuando descolgó, antes de que pudiera decir nada, él empezó a hablar.

–¿Vas a dejarme hablar antes de volver a colgarme? –ella se quedó callada–. Nátali, Nátali. ¿Estás ahí?

–Sí, estoy aquí. Pensé que no querías...

–Entonces no pienses. Solo escúchame. He pensado que podríamos quedar a

las siete. Así podríamos ir al cine y después a cenar. Seguro que a tu hija le encanta –seguía callada y más sorprendida aún que en el bar cuando la había invitado a ella y a su hija a cenar–. ¿Aún sigues ahí?

–¿Por qué haces esto? Nadie quiere salir con una mujer que lleva a su hija a la primera cita.

–Yo sí, tú me gustas y tu hija me cae bien. Podemos intentarlo. Y no olvides que soy pediatra y que me encantan los niños.

–No me conoces. Será mejor que te busques a otra para entretenerte.

–No quiero entretenerme contigo. Quiero conocerte. Sé que parece una locura y que no vas a creerme, pero desde el primer momento en que te vi no he podido dejar de pensar en ti. ¿Por qué no me das una oportunidad para demostrarte que soy un buen chico? ¡Joder! A no ser que tengas pareja, en eso no había caído –ella empezó a reírse al oírle decir eso tan preocupado, y le oyó suspirar aliviado–. ¿Eso quiere decir que no tienes pareja? –le preguntó.

–No, no tengo pareja.

–¿Entonces vas a salir conmigo?

–De momento solo como amigos, ¿vale?

–¡Bien! Entonces quedamos a las siete. ¿Paso a por vosotras?

–Sí, a las siete está bien.

–Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Nátali estaba asombrada. Tenía una cita y no se lo podía creer. No había vuelto a salir con un hombre desde que Jaime la dejó. Solo pensar en eso la ponía nerviosa. Siempre había usado a su hija de escudo cuando se le acercaba un hombre, y siempre le había dado resultado. ¿Por qué con él no? Y lo más extraño era, ¿por qué le gustaba que él no echara a correr? Aunque sabía la respuesta. Cuando llegaba la noche y su hija se dormía, estaba harta de sentirse sola. Necesitaba sacar a Jaime de sus pensamientos. Necesitaba volver a enamorarse. Pero, ¿podría volver a confiar en un hombre alguna vez como para llegar a enamorarse? Eso era lo más difícil y casi imposible de conseguir.

Ese hombre le daba confianza y estaba cansada de luchar sola. Se dio cuenta la noche que lo conoció, cuando creyó que perdía a su hija y se sintió tan sola y desamparada. Él fue tan amable y atento que ella no pudo evitar sentirse bien a su lado el poco rato que pasaron juntos, y eso le hizo sentir la necesidad de tener a alguien cerca en quien apoyarse.

CAPÍTULO 42

Nátali había salido a las cuatro del trabajo. Los sábados y domingos terminaba más pronto para estar con su hija. Le había costado mucho convencer a su jefe para que la dejara salir más pronto esos días, pero lo había logrado. En cuanto terminó de servir las comidas, se fue corriendo a casa.

Tenía que dejar a la niña con la hija de su vecina, menos mal que a Sara le gustaba mucho estar con Clara, si no, habría sido muy difícil para ella tener que dejarla también los fines de semana. Solo libraba un fin de semana al mes y eso para ellas era como fiesta nacional.

Cuando Nátali recogió a su hija ese día y le dijo que iban a salir al cine y a cenar con Carlos, la niña se puso muy contenta, más de lo que esperaba. Por un momento pensó que, si su hija no hubiera querido salir con él, ella habría llamado a Carlos para anular la cita, pero parecía como si el destino quisiera unirlos. Por más que pensara en algún impedimento, no aparecía ninguno, porque él no se echaba atrás, la niña estaba encantada y ella nerviosa perdida como una niña de quince años en su primera cita.

Cuando sonó el timbre y fue a abrir la puerta, se le hizo un nudo en el estómago. Verlo allí plantado delante de ella, con el pelo engominado y de punta, la sorprendió bastante. Estaba guapísimo, vestido informal pero muy elegante. Llevaba unos vaqueros negros y un polo azulón que hacían resaltar sus ojos azules claros, que la miraban de arriba abajo con un gesto de aprobación.

Ella llevaba un vestido rojo muy sencillo, pero que le sentaba muy bien. Tenía el pecho engomado, unos tirantes que le cruzaban por los hombros y, debajo del pecho, un cinturón muy ancho negro del cual salía la falda plisada hasta encima de las rodillas.

—Estás preciosa.

Ella le sonrió tímidamente. A Carlos cada vez le gustaba más su sencillez y su timidez. Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Tú también estás muy guapo. Pasa. Sara se está poniendo los zapatos.

–¡Hola! Ya estoy lista –gritó Sara saliendo de la habitación.

Sara se le echó en los brazos. Él la cogió y le dio un beso.

–Tú también estás muy guapa.

Llevaba un vestido rosa de tirantes estrecho hasta las caderas y terminaba encima de las rodillas en forma de globo.

–Bueno, mi mami ha dicho que hoy teníamos que ponernos muy guapas para salir contigo.

–¡Pero bueno! Eso no se dice –le regaño Nátali poniéndole una mano en la boca, haciendo reír a Carlos–. Eres un bicho.

–Me gusta que os pongáis guapas para mí. Tengo la suerte de estar con las dos chicas más guapas del mundo –le dijo Carlos a Sara cuando entraron en el ascensor.

Sara se rio.

–No seas exagerado.

Él la miró intensamente.

–No estoy exagerando, para mí eres la mujer más hermosa que he visto nunca

–le dijo.

Nátali se puso colorada y salió enseguida del ascensor, ya que no quería que él se diera cuenta que la ponía tan nerviosa.

Cuando llegaron al cine, entraron a ver la película de dibujos que Sara había elegido. Compraron palomitas y bebida. Al sentarse, la niña se puso en medio de los dos.

–No veo, mami. Me tapan.

–Espera. Iré a por un alzador.

Cuando quiso levantarse, él la cogió de la mano para evitar que se levantara.

–No te preocupes. Ya voy yo –le dijo.

Se levantó y, mientras vio cómo se alejaba, Nátali no podía dejar de pensar que era adorable y un encanto con la niña.

Cuando terminó la película, Sara estaba muy emocionada. No dejaba de hablar con Carlos de la película y él la escuchaba atentamente. A Nátali le gustaba ver cómo los dos se divertían juntos, se reían y jugaban. Nunca se hubiera imaginado que algún día podría encontrar un hombre al que ella pudiera ver como un futuro padre para Sara, ella que tanto anhelaba tener un papá. De repente, se dio cuenta de que estaba pensando tonterías porque eso

nunca iba a pasar, ya que él se cansaría pronto de estar con ellas y las dejaría. Esto le hizo ponerse triste al pensar en su hija. ¿Y si se encariñaba con él?, se preguntaba. Ella no podría soportar que su hija sufriera cuando él ya no quisiera verlas. Entonces decidió que esa sería la primera y la última vez que saldrían con él.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó Carlos–. Sea lo que sea, no quiero que sigas pensando en ello. Te has puesto triste y no me gusta verte así –ella le miró y le hizo una mueca en forma de sonrisa–. ¿Qué te pasa?

–Nada, no te preocupes. ¿Dónde vamos a ir a cenar?

–Tenemos dos opciones: un restaurante o una bocadillería con juego de bolas para la niña. Yo opto por lo segundo. En un restaurante la niña se va a aburrir.

Ella lo miró sorprendida al oírle decir eso.

–Donde tú decidas, estará bien.

Cuando llegaron a la bocadillería, Sara se puso muy contenta al ver las bolas y empezó a dar la lata por entrar a jugar.

–Mami, por favor, déjame ir.

–Está bien, puedes entrar mientras pedimos la cena. Eso sí, tienes que salir en cuanto te llamemos, ¿vale? –la niña aceptó y entró corriendo a jugar, dejándolos solos–. Debes de estar harto hoy de cosas de niños, ¿verdad? Peli de dibujos, cena en un sitio donde solo se oyen gritos de niños. Seguro que tus otras citas han sido más románticas y divertidas que esta, y se te han quitado las ganas de salir otra vez con nosotras.

–Estás muy equivocada. Esta es la cita más divertida que he tenido en años. Tu hija es muy graciosa, y el romanticismo lo podemos dejar para cuando acostemos a la niña –solo de pensar en esa posibilidad, se ponía nerviosa–, y tengo que confesarte que venir aquí a cenar ha sido un poco egoísta –cuando Nátali le miró extrañada, él sonrió y le explicó–. ¡Sí! En un restaurante tu hija no se podría mover de la mesa, y aquí tengo la oportunidad de estar contigo a solas. Ella se divierte y yo puedo intentar conquistarte –le cogió la mano y comenzó a acariciarle suavemente.

Cuando llegó la camarera, ella se alejó de él. Acto seguido pidieron la cena.

–Voy a llamar a la niña –dijo Nátali.

Carlos la cogió de la mano y le hizo sentarse de nuevo.

–Déjala que siga jugando. Se lo está pasando muy bien y la cena aún tardará un poco.

Nátali no quería estar a solas con él, pero al ver cómo disfrutaba la niña,

decidió dejarla. Él le apartó el pelo de la cara acariciándole el cuello. Poco a poco bajaba sus dedos por el hombro. Entonces, se acercó y le dio un beso en el hombro. Ella se puso muy tensa.

–Para, por favor, tenemos que hablar.

Él volvió a besarla en el hombro.

–¿Qué te pasa? Desde hace un rato estás muy seria. ¿He hecho algo que te ha molestado?

–No, pero no tenía que haber salido contigo. Ha sido un error. Será mejor que no volvamos a salir.

–¿Por qué? Tu hija se lo está pasando genial y pensé que tú también.

–Ese es el problema.

–No te entiendo.

–No quiero que mi hija se encariñe contigo. Ella siempre quiere que me eche novio, y que me case. Está loca por tener un papá. Por eso nunca he salido con nadie. No quiero darle falsas esperanzas y estar contigo. Podría hacerle creer que tú y yo...

Justo en ese instante vino la camarera y puso los platos. Sara también acudió a la mesa. Nátali aprovechó y se levantó para ir al servicio con la niña.

Cuando se quedó solo, no podía dejar de pensar en lo que le había dicho Nátali. No, no iba a dejar que se le fuera así de las manos sin intentarlo. Tenía que luchar. Tenía que hacer que el miedo que ella sentía desapareciera. Porque de eso estaba seguro. Ella tenía miedo. Más bien estaba aterrada por volver a tener una relación. Por eso usaba a su hija de excusa. Cuando volvieron a la mesa y empezaron a cenar, él estaba muy serio.

–Carlos, ¿tú y mi mami sois novios? –le preguntó

–¡Mierda! Te lo dije –le dijo Nátali muy bajito.

–¿A ti te gustaría que tu madre y yo fuéramos novios?

–Sí, me encantaría. Me lo he pasado muy bien contigo.

Cuando él vio la cara de Nátali, estaba seguro de que si no arreglaba ese lío inmediatamente, Nátali no querría volver a salir con él.

–Verás, preciosa, tu madre y yo no somos novios, solo amigos. Tú tienes amigos en el cole, ¿verdad?

–Sí, muchos. Pero también tengo un novio.

–No me extraña. Con lo guapa que eres, seguro que todos los niños quieren ser tus novios.

–Sí, pero yo solo quiero a Diego.

Carlos se rio.

–Tendré que ver yo cómo es ese Diego, a ver si te interesa y si es bueno para ti.

Nátali comenzó a reírse al oírle decir eso.

–No la harás cambiar de opinión –le dijo, divertida–. Son novios desde la guardería. La cosa va en serio.

–Lo nuestro también podría ir en serio –mirándola a los ojos le habló muy bajito solo para ella–. Podemos hacerle creer a la niña que somos amigos y, si todo va bien, le diremos la verdad.

–¿Por qué habláis tan bajito? Escuchitas en reunión es de mala educación. ¿Verdad, mami?

–Sí, mi amor –le dijo Nátali a su hija mirando a Carlos y sonriendo–. No puedo esconderle nada... –le dijo.

–¿Qué le estabas diciendo a mi mami? –preguntó a Carlos esta vez.

–Le estaba diciendo que, si tú quieres, podemos salir más veces los tres juntos, así como amigos solamente.

–¡Sí, mami! Yo quiero salir más veces con él. *Porfi, mami, porfi, porfi, porfi.*

–Está bien. Saldremos más veces con él, pero no quiero que te confundas. No somos novios.

–Síííí, ya lo sé, solo sois amigos. Ya he terminado el sándwich, ¿puedo ir a las bolas?

–Anda, ve.

–¿Vas a mirarme como me tiro por la cuerda? –le preguntó a Carlos.

–Claro que sí, preciosa.

Nátali no quería estar a solas con Carlos, pero no podía decirle que no fuera a jugar.

–Te dije que no quería que me presionaras a través de la niña –le dijo muy seria, cuando la niña se marchó.

–No me has dejado otra opción.

–A lo mejor no me gustas y por eso no quiero salir contigo. ¿No has pensado en esa posibilidad?

–Entonces dímelo. Dime que no te gusto. O sé sincera y dime por qué tienes miedo de salir conmigo.

–No tengo miedo.

–Sí tienes miedo. El padre de Sara tuvo que hacerte mucho daño para que no quieras volver a salir con nadie. Por eso usas a tu hija para espantar a los hombres. ¿Es eso verdad?

Ella lo miró y él vio cómo su mirada se volvió triste en cuestión de segundos.
–No quiero hablar de eso. Antes de ser pediatra, ¿estudiaste psicología? –le preguntó.

Intentaba sonreír para que pareciera una broma, pero no podía. Él se dio cuenta y cambió de tema, así que se pusieron a hablar de cosas del trabajo y de la niña, y pasaron una velada bastante agradable.

Al llegar a casa, la niña se había dormido. Aparcó el coche y cogió a la niña en brazos.

–No hace falta que subas. Ya la subo yo. Será mejor que nos despedamos aquí.

–Pesa mucho y vas con tacones. Podrías caerte. Yo la subiré –lo miró muy seria–. Tranquila, no voy a comerte.

–Está bien, como quieras.

Cuando estaban en el ascensor podía sentir sus nervios y su frialdad, y decidió que no era el momento de intentar nada con ella porque la perdería para siempre. Tenía que conseguir que confiara en él, y tenía que ir despacio. Y sobre todo, averiguar qué le había pasado con el padre de Sara para que fuera tan reservada. Solo así podría saber cómo actuar con ella sin meter la pata.

Después de dejar a la niña en la cama, Nátali lo acompañó hasta la puerta.

–Nos vemos mañana.

Se giró y se quedó en medio de la puerta de la calle. No era una pregunta sino una afirmación. No quería darle la oportunidad de rechazarlo, y a Nátali le sorprendió su seguridad, tanto que fue incapaz de protestar. Entonces la cogió de la barbilla y la miró a los ojos muy intensamente. Nátali sabía que iba a besarla.

–Carlos, será mejor que... –le dijo con un hilo de voz.

Pero él no le dejó terminar la frase y le espetó.

–Solo quiero que sepas que, cuando estés preparada para contarme lo que pasó con ese hombre, no dudes en hacerlo. Me importas y quiero estar contigo. No me eches de tu lado y dame una oportunidad –le dio un beso en la mejilla muy suave, rozando con su nariz la de ella–. ¿Vas a querer salir de nuevo conmigo mañana? –volvió a besarla de nuevo, pero esta vez a unos milímetros de su boca. Ella asintió con la cabeza pues no le salían las palabras. Él le sonrió–. Vendré por la tarde y daremos un paseo. Buenas noches –le dio otro beso, esta vez en la boca muy tiernamente, y se fue.

Nátali cerró la puerta y se tiró en el sofá, aún sentía el calor de su beso en los

labios. No podía creer lo que había pasado. Nunca pensó que volvería a besar a nadie y lo más extraño era que le había gustado y mucho, aunque no quisiera reconocerlo.

Carlos se metió en el coche. Se sentía como un quinceañero que acabara de dar su primer beso. Estaba contento. La había besado y ella no le había echado a patadas a la calle, sino todo lo contrario. Estaba seguro de que le había gustado. Se había quedado con las ganas de darle un beso en condiciones de esos apasionados, pero era mejor no arriesgarse. Ya había sido un riesgo besarla esa noche después de la conversación que habían tenido, pero no lo había podido resistir. Cuando iba a darle el beso en la mejilla de buenas noches, sus labios habían ido a parar a los de ella sin darse cuenta.

CAPÍTULO 43

Al día siguiente, sobre las siete, él fue a buscarlas y salieron a pasear. El reencuentro había sido muy formal. Se habían besado en la mejilla y nada más.

Ella había pasado toda la mañana nerviosa, pensando que cuando fuera por la tarde a por ellas, no se le ocurriera darle un beso delante de la niña porque eso no se lo iba a permitir. Pero una vez más, él había vuelto a sorprenderla y se había comportado como todo un caballero. Eso era una de las cosas que más le gustaban de él.

Habían pasado toda la tarde en el parque jugando, paseando, hablando. Los tres habían disfrutado mucho.

–Es hora de cenar. Mañana hay cole y hay que acostarse pronto –dijo Nátali, sobre las nueve.

–Os invito a cenar. Sabes que no soporto comer solo, ya te lo he contado, ¿verdad?

Nátali le sonrió.

–No. Ayer ya nos invitaste y eso que tenía que haber pagado yo. Te debía una y al final no me dejaste pagar.

–No seas tonta. El que me invitaras por el desayuno en el hospital solo era una excusa para volver a verte. Espero que ya no necesite excusas para verte ahora.

Ella volvió a sonreírle.

–Bueno, ya veo que, cuando salgamos por ahí, no voy a poder pagar, así es que saldaré mi deuda con una cena en casa. ¿Quieres subir a cenar? Así no cenarás solo.

–¡Sííí, bien! La cena de hoy te va a encantar –le dijo Sara.

–¿Ah, sí? ¿Y qué hay para cenar?

–Huevos y patatas. Es mi cena favorita, todos los domingos cenamos eso.

–Bueno, hoy tenemos un invitado. Tendremos que cambiar el menú. ¿No te parece?

–No, por mí no lo hagas. Me encantan los huevos con patatas.

Miró a Sara y le guiñó un ojo.

–Sí, mami, huevos con patatas, *porfi*.

Cuando Nátali se metió en la cocina, Carlos y Sara se quedaron viendo la televisión. Estaba cortando las patatas cuando sintió sus brazos rodeando su cintura.

–¿Quieres que te ayude? –le preguntó al oído, dándole un beso en el cuello.

–No, no es necesario. La cena no tiene mucha faena. ¿De verdad no te apetece otra cosa? Podría...

–No, es perfecto así. No me importa la cena. Lo que me gusta es que me hayas invitado. Me conformo con cualquier cosa.

La cogió de la barbilla y le volvió la cabeza hacia él. Entonces le dio un beso en los labios. Ella le dio un empujón y lo apartó.

–Para, la niña podría vernos –le dijo nerviosa.

Él miró donde estaba la niña, a quien se podía ver perfectamente. La cocina estaba dentro del comedor, separada por una barra americana. El piso era muy pequeño, aparte de la cocina y el comedor tenía una habitación y un cuarto de baño. Por no tener, no tenía casi pasillo, ni entrada, se pasaba directamente de la calle al comedor. Pero, como ella decía siempre, era perfecto para las dos.

–Está muy entretenida con los dibujos, pero tienes razón, me estaré quieto. Es que llevo toda la tarde queriéndote besar y, si no lo hacía ahora mismo, me hubiera dado algo.

–Anda, no seas loco. Dile a Sara que ponga la mesa que enseguida está todo.

Entre los dos pusieron la mesa y se sentaron a cenar. Cuando terminaron, Carlos la ayudó a quitar la mesa y, mientras se hizo el café, Nátali recogió la cocina. Después se sentaron en los sofás para ver un poco la tele. Sara se le echó en los brazos y se quedó dormida encima de él.

–No me lo puedo creer. Se ha dormido.

–Eso es porque se duerme muy bien entre mis brazos. Deberías probarlo.

Ella lo miró y él se rio.

–No me mires así. Solo es una broma. Voy a llevarla a la cama.

–Vale.

Cuando volvió, ella estaba en la cocina terminando de arreglarla. Él la cogió de la cintura y le dio la vuelta.

–Por fin solos. ¿Ahora puedo besarte?

Ella empezó a ponerse muy nerviosa. Le puso las manos en el pecho y lo apartó.

–Será mejor que te vayas.

Él volvió a acercarla y le dio un beso, y otro, y otro. Cuando empezó a besarla con pasión, ella no pudo evitar ponerse tensa.

De repente, comenzó a pensar en Jaime. Odiaba tener que pensar en él en esos momentos, pero no podía evitarlo y sus palabras le vinieron a la mente. «No podría soportar que otro hombre te tocara». Entonces se apartó de él bruscamente.

–Lo siento, pero es mejor que te vayas, y por tu bien, no vuelvas más. Yo no te convengo.

–Eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees?

Al darse cuenta de que estaba muy nerviosa, la cogió de la mano, la llevó al sofá y se sentó, pero ella se negó a hacerlo a su lado.

–Solo quiero hablar, cariño. No voy a tocarte.

Le sorprendió muchísimo que él la llamara así, pero cuando le miró a los ojos, acabó sentándose a su lado. Su mirada le daba confianza. Le recordaba mucho a Josemi.

–Cuéntame qué te pasó con ese hombre, porque sé que me estás rechazando por él. ¿Sigues viéndole?

–¡No, por Dios! Él está muy lejos y no quiero volver a verle en mi vida. Dejé mi pasado atrás y todas las cosas que me importaban, mi casa, mis amigos, todo, con tal de no volver a caer en sus redes, y me fui sin decir a nadie adónde iba.

–¿A qué te refieres cuando dices que no querías volver a caer en sus redes?

Cuando la miró, sus ojos reflejaban una tristeza muy grande, y eso era algo que él no podía soportar, así que la abrazó y la acurrucó en sus brazos.

–No quiero verte tan triste, si no quieres contármelo, no lo hagas, pero no me eches de tu lado, por favor. Te quiero.

–No puedes quererme. Nos acabamos de conocer. No seas mentiroso.

Intentó apartarse de él, pero la abrazó más fuerte todavía.

–No te estoy mintiendo. Te juro que no sé qué es lo que me pasa contigo. Bueno, sí. ¿Crees en el amor a primera vista?

–Si eso me lo hubieras preguntado hace seis años, puede que te hubiera dicho que sí. Pero ahora ya no creo en nada, y menos en la palabra de un hombre. Sois capaces de inventar cualquier cosa para conseguir a una mujer.

–¡Vaya! Debió de ser horrible lo que te pasó para que hables así. ¿Abusó de ti?

–¡No! No es eso. Está bien. Voy a contártelo todo, pero estoy segura de que

después no vas a querer estar conmigo.

–Eso lo dudo mucho, pero aun así, quiero saberlo.

–Conocí a un hombre hace seis años. Era mayor que yo ocho años. Un mujeriego que cada semana iba con una chica distinta. En eso no puedo decir que me engañara porque lo veía con mis propios ojos. Era guapo, simpático, encantador, y yo una ingenua que nunca había tenido novio. Me enamoré de él como nunca creo que pueda volver a enamorarme en lo que me queda de vida. Han pasado seis años y, después de tanto tiempo, tengo miedo de volver a verle porque no sé si he podido olvidarle, porque aun después de todo lo que me hizo, estoy segura de que si volviera a buscarme otra vez, yo volvería a caer en sus brazos como una tonta.

–¿Qué es lo que te hizo y por qué dices si volviera a buscarte?

–Vivimos un romance muy intenso, y cuando le dije que estaba embarazada, me dijo que estaba casado. En ese momento quise morirme.

Nátali no quería contarle que Jaime la dejó para casarse con otra, porque después de tantos años, aún le dolía demasiado y no había podido superarlo.

–Después de eso tuvimos muchas peleas, pero él siempre volvía a buscarme y cada vez que lo hacía, yo caía en sus brazos sin poder evitarlo. Él solo necesitaba decirme que me quería y yo le creía todas sus mentiras y le perdonaba cualquier cosa. Por eso me fui, porque sabía que por más que me mintiera, siempre terminaría perdonándole y no quería convertirme en su amante permanente, porque eso hubiera ocurrido si me hubiera quedado. Sabía que él no dejaría de buscarme y no quise seguir cayendo en sus redes, por eso me marché. Fue lo más difícil que he hecho en mi vida, dejar todo lo que quería y venir a la ciudad, sola, embarazada y sin conocer a nadie. Fueron los meses más difíciles de mi vida.

Él la abrazó con fuerza y le dio un beso en la frente.

–No me extraña. Debiste de pasarlo fatal. Pero fuiste valiente y saliste tú sola adelante. Y lo hiciste muy bien, por cierto. Sara es un encanto y eso es admirable, sobre todo con lo joven que eras.

–Lo peor fue cuando nació la niña y vine del hospital. No tenía ni idea de bebés y no dejaba de llorar. En ese momento no te puedes imaginar lo que eché en falta una madre que me enseñara y me dijera lo que había que hacer. Pero aún fue peor tener que volver al trabajo y tener que dejarla en la guardería con apenas un mes de vida. Siempre que la dejaba, pensaba que si me pasaba algo, quién cuidaría de ella. Y aún sigo haciéndome esa pregunta cada vez que me alejo de ella. Antes de que pasara todo esto, siempre decía

que me casaría y tendría muchos hijos para que no les pasara como a mí, para que nunca estuvieran solos, y ni siquiera eso voy a poder conseguir. Mi hija va a tener la misma mala suerte que yo, y va a estar sola como yo. Solo espero que el día de mañana ella sí consiga un hombre bueno que la quiera de verdad, que se case con ella y le dé una gran familia.

–Tú también podrías conseguir eso.

–No has escuchado nada de lo que te he dicho, ¿verdad?

Intentó levantarse para alejarse de él, pero él la abrazó más fuerte evitando que se alejase.

–¿De verdad crees que voy a salir corriendo por lo que me has contado? Lo que te ha pasado a ti, por desgracia le pasa a millones de chicas y todas vuelven a enamorarse, a casarse y forman un hogar. No estamos en el siglo dieciocho. Hoy en día los hombres no buscamos una muchacha pura y virginal para casarnos, y no nos importa que tengan un hijo, o dos, o los que sea.

–Puede que tengas razón, pero yo no sé si podré volver a confiar en un hombre. El padre de Sara se encargó de convertirme en una persona fría y desconfiada.

–Yo no creo que seas fría. Desconfiada puede ser, pero, después de lo que has pasado, no me extraña. Si me dejaras, yo podría lograr que confiaras en mí, y jamás te mentiría.

–No quiero hacerte daño. ¿Y si no lograra enamorarme de ti? ¿Y si jamás logro olvidar a ese hombre? Yo sé que tú vas a querer más de mí. ¿Y si no puedo llegar a acostarme contigo? Cuando nació mi hija, me juré a mí misma que no iba a volver a acostarme con nadie hasta no estar casada, porque no quiero que nadie más vuelva a engañarme para llevarme a la cama. Al fin y al cabo, eso es lo que queréis todos los tíos. Y después, si te he visto no me acuerdo. Sí, ya sé que es una locura, pero pienso que, si de verdad alguien te quiere lo suficiente, puede esperar hasta estar casados. Eso sí que sería una prueba de amor y confianza, ¿no crees? Ahora es cuando tú echas a correr pensando que estoy loca y no quieres saber nada más de mí.

–Pues te equivocas. No voy a ir a ningún sitio.

En ese momento él volvió a sorprenderla. Tenía ese don. Siempre hacía lo que ella menos se esperaba. En vez de echar a correr, le levantó la cara cogiéndole la barbilla y le dio un beso tierno y apasionado. Quería que ella supiera que no se iba a ir a ningún sitio, que quería estar con ella después de todo.

–Aún estás a tiempo de echar a correr –le dijo ella con un hilo de voz cuando dejó de besarla.

Él se rio y volvió a besarla.

–No voy a echar a correr, y no estás loca. Solo tienes un trauma que te causó ese hijo de puta, al que, por cierto, me gustaría estrangular con mis propias manos –con esa broma la hizo sonreír–. Ahora sí, voy a hablarte como médico y voy a recomendarte lo que tienes que hacer. En primer lugar, tienes que dejarme estar a tu lado e intentar confiar en mí. Y para eso es recomendable verme por lo menos una vez al día, y dejar que te trate con mis besos –entonces le dio un beso–, mis caricias –le acarició suavemente la mejilla–, para que así la cura sea lo más breve posible.

Ella no pudo dejar de sonreír cuando le oyó hablar en plan doctor de telenovela.

–Después, he de decirte que soy un hombre muy paciente y que puedo esperar el tiempo que haga falta hasta que te haga efecto el tratamiento y, si aún después de seguir todas mis recomendaciones no eres capaz de confiar en mí, entonces tendremos que pasar a un tratamiento más agresivo y tendrás que casarte conmigo.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

–Estás loco. ¿Lo sabías?

Pero le gustaban todas esas cosas que le decía y entonces fue ella la que le besó.

–¿Ves? El tratamiento va surtiendo efecto. No estás del todo perdida. Aún tenemos una pequeña esperanza –los dos se rieron–. Solo quiero saber una cosa.

–¿Qué?

–¿Hay alguna posibilidad de que vuelvas a encontrarte con ese hombre?

–No, ninguna, porque no pienso volver a mi pueblo nunca más.

–Entonces no tenemos por qué preocuparnos. Te juro que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que olvides a ese hombre, y ya verás cómo poco a poco vas a enamorarte de mí y no vas a volver a pensar en él.

–Eso sería lo mejor que podría pasarme, porque no creo que pueda encontrar a nadie mejor que tú, si todo lo que has dicho iba en serio, claro.

–Nunca en mi vida he hablado más en serio. No sé si habrá sido cosa del destino y por eso me hice pediatra para poder conocerte. A mí tampoco me gusta vivir en mi pueblo. Por eso me hice pediatra, para no quedarme allí. En

mi familia, o eres médico, que es lo que te da la posibilidad de salir del pueblo, o te metes en la construcción, que es la empresa de mi familia. Y a mí eso de llevar casco todo el día, como que no va conmigo. Eso se lo dejo a mi padre, a mi hermano y a mi cuñado. A ellos sí que les gusta eso de llevar el casco, o por lo menos, eso es lo que parece. Yo he salido a la rama de mi madre. Mi tío es el médico del pueblo.

–Vaya, tienes una familia muy grande. ¿Ves? Eso sí que me da envidia.

–Bueno, piensa que, cuando te cases conmigo, mi familia será tuya.

Ella lo miró muy extrañada. Se conocían hacía solo dos días y él le hablaba de matrimonio. Y lo más extraño es que parecía sincero. En ese momento, él empezó a besarla con tanta pasión que la asustó. Al sentir su respiración cómo se aceleraba, ella comenzó a ponerse nerviosa y a tensarse en sus brazos, pero él enseguida se dio cuenta y dejó de besarla.

–Lo siento.

–No importa. Ahora será mejor que me vaya. Voy a tener que acostumbrarme a poner el freno contigo. Pero antes, dime una cosa. ¿Te gusta el tratamiento que te ha recetado tu médico?

–Te puedo asegurar que es el mejor tratamiento que me han recetado en mi vida –sonrió–. Creo que eres un médico excelente.

–Bueno, eso está mejor. Pero ahora el doctor amor tiene que irse porque, aunque no lo creas, no soy tan fuerte como parezco.

–¿Sabes? Antes de que todo ocurriera y me quedara embarazada, yo quería ser médica.

–¿Ves? Yo tenía razón. Tú estabas predestinada para mí porque, si no te hubiera conocido así, puede que hubiéramos acabado trabajando juntos.

–Puede que tengas razón.

–¿Y sabes otra cosa?

–No. ¿Qué?

–Que me habrías hechizado igualmente con esos ojos nada más conocerte –le dio un beso de despedida–. Buenas noches, preciosa. ¿Nos vemos mañana para darte la dosis de amor recomendada?

–Te estaré esperando. A ver si resulta que este tratamiento va a ser adictivo –bromeó.

–No lo dudes, preciosa. De eso se trata, pero no te preocupes. Al ser tu médico, puedo doblarte la dosis cuantas veces lo necesites. Eso es lo bueno de tener el médico en casa.

Los dos se rieron y se besaron de nuevo. Cuando Carlos se marchó y se metió en la cama, no podía dejar de pensar en él. Le parecía increíble todo lo que había pasado esa noche entre los dos, y se sentía mucho mejor después de haberle contado todo. Le hacía feliz que él la hubiera comprendido y que le apoyara de esa manera, sobre todo que entendiera lo difícil que era para ella volver a estar con otro hombre y volver a confiar en él. Estaba casi segura de que, si él seguía siendo así tan tierno, tan cariñoso y, sobre todo, tan paciente como parecía, entonces sí podría llegar a enamorarse de él, y podría volver a tener otra oportunidad de formar una familia, y así no sentirse nunca más sola cada vez que su hija se dormía. Necesitaba tener a alguien a su lado, a alguien que la amara, la abrazara y llenara las noches vacías, porque era demasiado joven para renunciar al amor el resto de sus días. Y Carlos acababa de abrir esa pequeña ventana que ella había cerrado a cal y canto para así no volver a sentir.

CAPÍTULO 44

Cuando lo vio entrar al restaurante al día siguiente, se puso muy contenta. Él le había dicho que todos los días iba a darle su dosis de amor recomendada. Y así fue. Todos los días iba a comer al restaurante. Después, por la tarde, pasaba un rato a ver a sus dos chicas preferidas, como decía él. Cuando jugaba con la niña, a Nátali le parecía el hombre más maravilloso del mundo, y con ella era tierno, paciente y cariñoso.

Si no estaba en el hospital, quedaba con ellas y casi todas las noches cenaban juntos, a no ser que tuviera guardia. Lo más difícil era cuando acostaban a la niña y él se ponía demasiado cariñoso, pues cada vez se le hacía más difícil reprimir sus impulsos y el deseo que sentía por ella, pero al final siempre acababa controlándose, ya que le daba miedo que ella lo dejara por querer algo que aún no estaba preparada para dar.

En esos seis meses que llevaban juntos, él había conseguido hacerla feliz, e incluso había dejado de pensar en Jaime, algo que nunca creyó que pudiera conseguir. Pero, lo que más le sorprendía, era que cada vez deseaba más y más estar con él y, si no fuera por ese miedo que tenía a que cuando se entregara a él, podría dejar de estar interesado en ella y la dejara, le suplicaría que le hiciera el amor para poder demostrarse a sí misma que Jaime no era el único hombre capaz de hacer que ella vibrara entre sus brazos.

CAPÍTULO 45

Cuando al día siguiente se despertó y vio el anillo en su dedo, sonrió y pensó que ser la esposa del doctor de la Fuente era lo mejor que podía pasarle a ella y a su hija. Por fin tendría la seguridad y la familia que tanto había deseado, y su hija tendría el mejor papá del mundo, porque ni siquiera su verdadero padre podría ser mejor que Carlos. De eso estaba segura.

Al llegar Carlos por la tarde, se hallaban en el parque. Nátali estaba sentada en un banco. Él se acercó por detrás y le tapó los ojos con las manos.

–¿Quién soy? –le preguntó.

Ella sonrió y le acarició las manos.

–¡Puuueees, no sé! ¿Puede que seas mi futuro marido?

Él le echó la cabeza hacia atrás y le dio un beso.

–Acertaste. ¿Se lo has dicho a la niña?

–No. Quería hacerlo contigo...

–¿Qué tenéis que decirme? ¿Y por qué le has dado un beso a mi mami en la boca? ¡¿Ya sois novios?! –preguntó la niña muy entusiasmada.

Los dos miraron a la niña.

–Creo que esta vez no tenemos escapatoria. ¿Puedo decírselo yo? –le preguntó Carlos a Nátali.

Nátali asintió con la cabeza. Él se sentó en el banco, cogió a Sara y la sentó en su regazo.

–He besado a tu madre porque la quiero. Sí, ya somos novios, y tenemos que decirte que vamos a casarnos. Si a ti te parece bien, claro.

–¿Vas a ser mi papá?

–En cuanto tu madre y yo estemos casados, sí, seré tu papá.

Se le tiró al cuello y le dio un beso.

–Pues claro que quiero que te cases con mi mami y que seas mi papá. ¿Cuándo os vais a casar?

–Dentro de dos semanas.

–Entonces, ¿puedo llamarte papá?

Él miró a Nátali y supo que esa parte le tocaba a ella, puesto que era la que no quería que le dijera papá hasta que no estuvieran casados.

–Verás, mi amor, hasta que no estemos casados, no será tu papá. Entonces es mejor esperar.

–¡Pero yo quiero que sea ya mi papá!

–Lo sé, y dos semanas pasan enseguida. Después podrás llamarle papá todas las veces que quieras, ¿vale?

–¡Vaaale! ¿Podré llevar los anillos como Lucía llevó los de su primo?

–Pues claro que sí, preciosa. Podrás hacer todo lo que tú quieras.

–Me va a gustar mucho que seas mi papá.

Los tres se echaron a reír.

Cuando terminaron de cenar y acostaron a la niña, se quedaron sentados en el sofá. Ella se acurrucó en sus brazos.

–Tendremos que buscar un piso más grande o, por lo menos, con una habitación más.

–Eso sí, porque después de la boda, no voy a separarme de tu cama ni una sola noche. Excepto las noches que tenga guardias, que estaré deseando volver a casa para despertarte con mis besos y hacerte el amor. Después de todo, tendremos que recuperar el tiempo perdido –ella se rio–. He hablado con mi madre y esta emocionadísima. Ha dicho que mañana mismo irá a hablar con el cura, y que no tenemos que preocuparnos de nada porque ella se encargará de todo. Me ha preguntado si te había dejado embarazada.

Nátali empezó a reírse a carcajadas.

–Creo que eso es lo que va a pensar todo el mundo con una boda tan precipitada. A mí no me importa lo que piense la gente, pero si tú quieres, la aplazamos, más que nada por tu familia.

–¡No! Antes muerto, ahora que sé que dentro de dos semanas vas a ser mía, es lo máximo que podré aguantar. No creo que pueda esperar ni un solo día más sin tenerte –la besó–, sin que seas mía –volvió a besarla–. Además, a mí tampoco me importa lo que piense la gente.

–No tendríamos por qué esperar, ya te dije que...

Él le puso el dedo en la boca para hacerla callar.

–¡Ssshhh! No me tientes, cariño. Ya sé lo que me dijiste, pero ahora es una cuestión de orgullo. Te prometí que podía esperar y voy a hacerlo. Quiero que nuestra noche de bodas sea muy especial –la cogió de la barbilla para mirarla a los ojos–, y sé que tú también prefieres esperar, ¿o no es así?

Ella asintió con la cabeza y le dio un beso.

–Te quiero.

–Yo también te quiero. Pero tengo que irme –se levantó del sofá para irse y Nátali le acompañó–. ¿Cuándo vas a comprar el vestido de novia? –le preguntó cuando llegaron a la puerta.

–No lo sé.

Por la cara que le puso, así un poco melancólica, sabía que algo le pasaba. La cogió por la cintura acercándose a su cuerpo y le quitó un mechón de pelo que le caía por la cara.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara?

–Es que no me apetece ir a probarme el vestido yo sola, sin que nadie me dé una opinión. ¿Por qué no me acompañas?

–No puedo hacer eso. Da mala suerte que el novio vea a la novia con el vestido antes de la boda, y no quiero que nada nos salga mal. ¿Por qué no vas con alguien del trabajo o con la madre de Clara? –ella frunció el ceño. Él sonrió pues parecía una niña enfadada–. Y si consigo que mi madre venga para acompañarte, ¿te gustaría?

–Me encantaría. Así podré conocerla antes, al fin y al cabo ella va a ser lo más parecido que voy a tener a una madre, y en estos momentos es lo que necesito. ¿Crees que le gustaré?

–Estoy seguro de que os vais a llevar muy bien. Ahora tengo que irme, buenas noches.

–Buenas noches.

Le dio un beso y se marchó. Nátali estaba nerviosa. No podía dejar de dar vueltas en la cama sin dejar de pensar cómo sería su futura suegra. ¿Y si no le caía bien? Siempre había oído que las nueras y las suegras se llevaban a matar. ¿Y si no quería acompañarla a comprar el vestido? Bueno, era mejor que no pensara tonterías. Seguro que sería una mujer maravillosa igual que su hijo, y se iban a llevar muy bien, como había dicho él. Estaba deseando conocerla. Total, iba a ser la abuela de su hija y de los próximos niños que tuviera con su hijo.

CAPÍTULO 46

Al día siguiente, cuando llegó Carlos por la noche a cenar, ella le empezó a preguntar, muy entusiasmada y nerviosa.

–Bien, ¿cuándo va a venir tu madre? ¿Cuándo voy a conocerla?

–Me ha dicho que no puede venir –se quedó tan decepcionada que no podía hablar–. Pero me ha dicho que quiere hablar contigo.

–Si no puede venir, ¿cómo va a hablar conmigo?

Estaba muy seria y triste. Ya se veía sola en la tienda, probándose los vestidos de novia, sin alguien a su lado que la aconsejara, como un bicho raro.

–No seas tonta –la cogió por la cintura y le dio un beso–. Que no pueda venir no quiere decir que no quiera conocerte ni hablar contigo –sacó su móvil y marcó un número de teléfono–. Mamá, ya estoy aquí con Nátali... Sí, ahora te la paso.

Nátali le hizo un gesto de negación con la cabeza.

–No puedo. Me da mucha vergüenza –le dijo muy bajito.

Pero él, sin hacerle caso, le dio el teléfono y a ella no le quedó más remedio que contestar.

–Hola, soy Nátali.

–Hola, querida, soy Elena. Ya tenía ganas de conocerte aunque sea por teléfono. Quiero que sepas que ya he hablado con el cura hoy, y bueno, ya está todo arreglado. Mañana iremos mi hija y yo y concretaremos el salón. Solo nos falta el vestido de novia, y por lo que me ha dicho mi hijo, no te decides a ir tú sola y querías que te acompañara.

–Sí, pero no importa. Sé que está usted muy ocupada y que no puede venir. Ya iré yo sola.

–¡Aaaaah, no! De eso nada. Entiendo que no quieras ir sola a probarte vestidos de novia. Por eso he pensado, si te parece bien, por supuesto, que después de mi cumpleaños, el jueves, podemos ir con mi hija. Se lo he dicho y a ella también le hace mucha ilusión acompañarnos a comprar el vestido.

–Pero es que entonces solo faltarán dos días para la boda. En ningún sitio van a tener un vestido de novia en dos días. Ya me va a ser demasiado difícil encontrar uno ahora, con lo poco que falta para la boda. Igual me toca casarme en vaqueros y camiseta.

Elena se rio al oírle decir eso.

–¡Qué graciosa! Tú no te preocupes por eso, que donde yo te voy a llevar tendrás el vestido que tú elijas para el día de la boda. No voy a consentir que mi futura nuera se case en vaqueros y camiseta. De eso puedes estar segura.

Esta vez fue Nátali la que se rio al oír a Elena decir eso con tanta seguridad, porque ella no estaba segura de que pudiera conseguir un vestido en tan poco tiempo, pero no le importaba. Le gustaba imaginar que ella y su hija la acompañarían a comprar el vestido de novia. Sería como ir con una madre y una hermana, y eso le encantaba. Valía la pena arriesgarse a quedarse sin vestido antes que ir sola de tiendas a por un vestido de novia.

–Bueno, entonces lo dejo en sus manos –le dijo finalmente.

–Solo dime tu talla, y de lo demás, ya me encargo yo. Así, cuando vayamos, ya te tendrán preparados todos los vestidos que tengan confeccionados de tu talla y solo habrá que arreglarte el bajo. Y también te puedo asegurar que encontrarás uno que te enamore, porque allí hacen maravillas.

–Gracias, Elena. Me va a encantar ir de compras contigo y con tu hija.

–¡Ah! Y también necesito que me des la de la niña, porque me ha dicho Carlos que quiere llevar los anillos.

–Sí, está muy emocionada. Espero que no les importe.

–Pues claro que no, querida. Al contrario, espero que a ti no te importe que mi nieta acompañe a tu hija con las Arras.

–No, en absoluto.

–Había pensado que fueran con el mismo vestido. Por eso necesito saber la talla de la niña para hacerles el vestido a las dos iguales.

–Entiendo, seguro que estarán preciosas. Mi talla es la cuarenta y la niña usa una siete u ocho. Depende.

–Vaya, está muy grande para su edad.

–Sí, es muy grande para tener cinco años. Le va a encantar ir con su prima hasta el altar, y seguro que queda muy bonito que vayan las dos vestidas con el mismo vestido. Sara está como loca por conocer a sus abuelos, sus tíos, sus primos. ¡Ay! Lo siento. No sé si usted querrá que mi hija la llame abuela.

–No digas tonterías. Estoy deseando conocer a mi nieta, y por favor, tutéame. Dentro de nada, vas a ser como una hija. ¿Estás segura de que no puedes venir este fin de semana con mi hijo? Me encantaría teneros aquí.

–A mí también me gustaría mucho ir, pero tengo mucho trabajo. Lo siento.

–Bueno, no importa. Tendremos que conocerte el día de mi cumpleaños. Eso

sí, espero que me disculpes si ese día no puedo hacerte el caso que te mereces. Habrá muchos invitados.

–No se preocupe. Lo entiendo.

–Bueno, ahora tengo que dejarte, querida. Nos vemos el día de mi cumpleaños. Será un buen regalo. Una nuera y una nieta. ¿Qué más se puede pedir? –las dos se rieron.

–Adiós, querida.

–Adiós –cuando colgó el teléfono, se dirigió a Carlos–. Tu madre es encantadora.

–Sabía que os ibais a entender enseguida. ¿Ahora estás más tranquila?

Ella le rodeó el cuello con sus brazos y le dio un beso.

–¿Por qué siempre consigues que mis problemas desaparezcan?

–Porque te quiero –le dio un beso.

–Yo también te quiero. Sabes lo importante que es esto para mí. Me daba terror ir sola a un sitio donde todas las chicas iban a estar acompañadas por sus madres y sus suegras. Sabía que todas me mirarían como a un bicho raro al verme allí, sin madre, sin suegra y sin ningún acompañante.

–Lo sé. Por eso hablé con mi madre ayer y le dije que, como fuera, tenía que acompañarte. Y como sé que es una mujer de recursos, sabía que no iba a fallarme. ¿Y la niña?

–Con Clara. Puedes ir a por ella. La cena ya está lista.

–Voy enseguida, pero antes necesito un beso.

Nátali se rio. Se colgó de su cuello y lo besó apasionadamente. Con él se sentía feliz, segura, y sabía que estando a su lado nunca más volvería a temer por la seguridad de su hija si a ella le pasaba algo, porque él sería un padre perfecto para su hija, y un marido maravilloso para ella.

CAPÍTULO 47

Cuando Carlos llegó a su casa para pasar el fin de semana, todos estaban encantados de que se dignara a aparecer por allí. Eso le decía su madre siempre cuando lo veía, ya que tardaba mucho en ir a verlos. Después de los besos y los abrazos, lo avasallaron a preguntas sobre la boda y su futura esposa.

–Tenía la esperanza de que al final Nátali te acompañara –le dijo su madre–. No puedo entender por qué una secretaria tiene tanto trabajo el fin de semana. –Te lo he explicado, mamá, tienen inventario. Y, por favor, cuando esté aquí, no habléis con ella de su trabajo. No le gusta.

–Deja ya al muchacho –esta vez fue su padre el que habló–. Bueno, cuéntame cómo es esa chica, porque, para que tú te hayas decidido a casarte, tiene que ser muy especial, y apenas os conocéis. Si es porque la has dejado embarazada...

–No puedo creerlo, ¿tú también? –preguntó Carlos malhumorado–. ¿Qué pensáis que solo podría casarme si dejara a una chica embarazada?

–No es eso, chiquitín...

Su hermana siempre le llamaba así, desde el primer día que su madre vino del hospital con él. Sus primeras palabras fueron «qué chiquitín», y desde entonces se quedó con ese apodo. Su hermana era dos años mayor que él. Era alta, delgada, tenía el pelo castaño largo y ondulado, los ojos marrones casi negros y una sonrisa encantadora, como su padre.

–¡Ah, no! Entonces, ¿por qué todos estáis empeñados en decir que Nátali está embarazada? Y ni se os ocurra decirlo delante de ella –les advirtió muy enfadado.

–No te enfades. Yo que soy la romántica de la casa, me cuesta creer que te hayas enamorado tan pronto y que quieras casarte de un día para otro.

–Eso es porque no conocéis a Nátali. Cuando lo hagáis, comprenderéis por qué lo mío fue amor a primera vista.

–¿Tan guapa es? –preguntó su padre.

–Mucho, pero no fue su belleza en sí, fueron sus... Bueno, ya lo entenderéis cuando la conozcáis.

–¿Sus tetas? Sabías que existe la silicona, ¿verdad? –le preguntó su hermano haciendo reír a todos.

–¡Qué bestia eres, tío! Quieres mosquearme tú también, ¿verdad?

–Tú has dicho que no fue su belleza lo que te cautivó, sino sus... A mí no se me ocurre otra cosa que nos vuelva locos a los hombres nada más que unas buenas tetas. ¿Verdad, papá?

Todos comenzaron a reírse de nuevo.

–Bueno, no te puedo negar que eso ayuda mucho –dijo su padre, siguiendo la broma de su hijo.

–Anda que sois tal para cual. Un par de sinvergüenzas –añadió su madre.

–Bueno, ya basta de bromas. No os voy a contar nada más de ella. Cuando la conozcáis ya me diréis qué os parece. Pero voy a aclararte que tiene unos pechos estupendos, y que no son de silicona.

–¡Vaya! Eres un chico muy afortunado. Me muero de curiosidad por conocer a esa mujer –su hermano lo cogió por el cuello y con los nudillos empezó a deshacerle el pelo–. No te enfades, chiquitín, solo era una broma. Seguro que es preciosa y encantadora. Por eso estás loco por ella y has cometido el error de prometerte, pero aún estás a tiempo de arreglar ese error, ya que aún no has dicho “sí quiero”. Yo de ti me lo pensaría muy bien. Después de esas palabras, no podrás echarte atrás.

–¿Por qué no? Tú lo hiciste.

–Por eso mismo te lo digo, porque no quiero que cometas el mismo error que yo. Enamorarse no es nada saludable.

–No digas tonterías –le reprendió su madre–. Que a ti no te fuera bien, no quiere decir que a tu hermano le tenga que pasar lo mismo. No me lo desanimas, que quiero más nietos.

–Eso, eso, y yo también –apoyó su padre a su mujer–. Además, tengo curiosidad por conocer a esa mujer capaz de hacer que tu hermano se nos case. Ya había perdido la esperanza –volvió a bromear y todos volvieron a reírse.

–Estáis todos muy graciosos esta noche.

Cuando terminaron de cenar y de tomar café, empezaron a hablar de la boda y de los pocos preparativos que aún faltaban.

–Me voy a dormir. Me estáis aburriendo con tanta boda y tanta tontería. Vais a hacerme vomitar –dijo el hermano de Carlos de mal humor.

–¿Qué le pasa? –Preguntó Carlos a su madre cuando este abandonó el salón–. Parece molesto.

–Bueno, ya le conoces. Desde su divorcio piensa que casarse es el mayor error que un hombre puede cometer.

Al rato, cuando Carlos fue a acostarse, vio luz en la habitación de su hermano por debajo de la puerta, así que abrió.

–Hola, ¿puedo pasar? –le preguntó.

–Si ya estás dentro, ¿para qué preguntas?

Carlos se sentó en la cama.

–¿Por qué estás enfadado?

–Me duele que ya no confíes en mí. Eso es todo. Antes nos lo contábamos todo.

–¿Por qué dices eso?

–A los demás podrás mentirles si quieres, pero a mí no me vas a convencer de que esa chica no está embarazada. Solo quiero que sepas que las tías son capaces de todo, hasta de quedarse embarazadas, para cazar a un tío, y tú eres un buenazo. Por eso no te das cuenta. Aún recuerdo las dos novias que tuviste aquí que te manejaban a su antojo.

–Bueno, todos no somos como tú. Algunos aún creemos en el amor y en el matrimonio. Que a ti no te fuera bien no quiere decir que a los demás nos vaya a ir mal. Tú eres el que debería cambiar y quitarte esa coraza de hierro que te has puesto para volver a enamorarte y así volver a casarte.

–Lo siento, chiquitín, no quieras hacer de médico conmigo. Lo mío ya no tiene arreglo. Juré que no volvería a casarme, ni a enamorarme, y no pienso romper esa promesa. Con una vez es suficiente. El amor solo trae sufrimiento, y yo ahora estoy mejor que nunca, sin ataduras, ni complicaciones. Además, no me cambies el tema y confiesa. Voy a ser tío, ¿verdad?

–Bueno sí, Nátali tiene una hija. Podría decirse que vas a ser tío.

–No me estoy refiriendo a esa sobrina. ¿Qué pasó con esa niña? ¿No le salió bien la jugada? ¿Con ese embarazo no consiguió pescar al papá? Ese seguro que fue más listo que tú y salió corriendo.

Carlos estaba tan furioso con su hermano, por decir todas esas cosas de Nátali, que explotó.

–Eres un capullo y no voy a permitirte que hables así de mi prometida, y no, no está embarazada. No sé cuántas veces más tengo que decirlo. Además, si lo estuviera, entonces sería cuando no me casaría con ella, ya que ese bebé no sería mío.

Nada más decir eso, se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo, ya que su hermano era la persona menos indicada para contarle algo así. Se levantó de la cama y se fue a su habitación sin decir nada más. Pero su hermano iba detrás de él.

–¿Vas a explicarme lo que acabas de decir? –le preguntaba. Cuando entraron en la habitación, cerraron la puerta y volvió a hacerle otra pregunta–. ¿Qué quieres decir con eso de que ese bebé no sería tuyo?

–Déjame en paz. No voy a contarte nada. Lo único que harías es burlarte más de mí.

–Vamos, chiquitín, no te enfades.

–¿Cuándo vais a dejar de llamarme así? Tendré ochenta años y me seguiréis llamando así.

–Va a ser que sí. Siempre vas a ser el chiquitín de la casa, pero no vuelvas a cambiar de tema. ¿Por qué has dicho eso? Si no me lo dices tú, no me dejas más remedio que preguntárselo a tu prometida cuando la conozca.

–No serías capaz de hacer eso.

–Sabes que sí. Es lo primero que haré nada más verla.

Carlos le miró muy serio. Sabía que su hermano era muy capaz de preguntarle eso y cualquier cosa, ya que no se parecía en nada a él, que siempre fue bastante tímido con las mujeres. Su hermano, sin embargo, no se cortaba un pelo.

–Está bien. Voy a contártelo si me prometes que no le dirás nada a nadie, y sobre todo a mi prometida. Conociéndote, eres capaz de soltarle cualquier barbaridad.

–Lo juro. Seré una tumba –le dijo poniéndose la mano en el corazón y haciendo una cruz, como cuando eran pequeños.

Carlos no pudo evitar sonreír al ver a su hermano hacer eso. Le traía muchos recuerdos de su niñez.

–Ella no puede estar embarazada porque nunca me he acostado con ella.

Su hermano se quedó callado y le miró muy serio.

–¿Qué te pasa? ¿Tienes algún problema de erección? –le preguntó.

Carlos empezó a reírse.

–¿De verdad crees que, si no me he acostado con ella, el problema es mío?

Eres increíble.

–Las mujeres no tienen problemas para eso. Solo tienen que abrirse de piernas y listo. Si no hay sexo en una pareja, solo hay dos problemas, o no se quieren, que no creo que ese sea tu caso porque si no, no te casarías con ella, o el hombre no funciona en la cama, aunque a veces no es culpa de él sino de la mujer que tiene al lado, que no lo pone cachondo, y si ese es el caso, será mejor que no os caséis porque sería un desastre...

–¡Basta, tío! Estás muy loco. Primero, Nátali me pone muy cachondo y no sabes cuánto, y segundo, si no nos hemos acostado es porque se lo prometí cuando la conocí y no he querido romper mi promesa.

–¿Cómo se te ocurrió prometer algo así? ¡¿Estás loco?! ¿Quién se casa hoy en día sin probar antes la mercancía? ¿Y si después no sois compatibles en la cama? ¿Te has parado a pensar en eso?

–Eso no va a ocurrir, porque cuando estoy con ella, cuando la beso, cuando la abrazo, es todo perfecto. Ninguna otra mujer me ha hecho sentir nada parecido a eso, y sé que a ella le pasa lo mismo.

–Pues claro que nunca has sentido nada parecido a eso. Si te pone como una moto y después te echa el freno, no me extraña que estés desesperado por casarte con ella. Lo que no entiendo es cómo puedes aguantar algo así. Yo, desde luego, no lo haría.

–La quiero, y ella no quería volver a acostarse con nadie hasta no estar casados, y yo lo he respetado –vio que su hermano no decía nada–. ¿En qué piensas? –le preguntó.

–Que es muy lista, demasiado lista, y tú un tonto que has caído en su trampa.

–¿Por qué dices eso?

–No se acuesta contigo para tenerte donde quiere, y tú la deseas tanto que vas a casarte con ella para poder tenerla. Podría llegar a entenderlo si fuera pura y virginal, pero una mujer que ha tenido una hija con otro hombre, ¿cómo puede exigirte, que no será tuya hasta que no te cases con ella?

–Ella nunca me ha exigido nada. Fui yo quien lo decidió. No puedes entenderlo porque ni la conoces ni sabes por dónde ha tenido que pasar. Un hijo de puta la enamoró, la engañó haciéndole creer que ella era la mujer de su vida, pero resultó que estaba casado, y cuando se enteró de que estaba embarazada, la dejó tirada. Para ella fue muy traumático y decidió que jamás volvería a enamorarse ni a confiar en un hombre en toda su vida, hasta que me conoció a mí. Me la he ganado poco a poco y voy a casarme con ella, te guste o no.

–¿No has aprendido nada de lo que te enseñé?

–No, gracias a Dios. Tú usas a las mujeres como a ganado, y eso es algo que nunca me ha gustado de ti. Yo creo que las mujeres se merecen un respeto, sobre todo cuando te enamoras de ellas.

–Vamos, chiquitín, no seas tan injusto. Si no fuera por mí, aún serías virgen. Recuerda que tu primera vez fue gracias a mí, ya que yo te la puse en bandeja, y no puedes negarme que fue el mejor regalo de cumpleaños que te han hecho nunca.

–No estuvo mal.

–No podía permitir que mi hermano de diecinueve años siguiera sin disfrutar de una de las cosas que mayor placer nos da a los hombres, que es una buena tía en la cama. Y era muy buena, ya que primero la probé yo para asegurarme de que sería perfecta para ti.

–Eres un capullo, y no sabes lo mucho que me mosqueé cuando me enteré de que era una prostituta.

–¡Ya! Aún recuerdo la cara de satisfacción que tenías cuando bajaste de la habitación. Era una puta, sí, pero de las más caras, y no sabes la pasta que me costó. Eso sí, para mi hermanito siempre lo mejor, ya me conoces. Y si no recuerdo mal, a partir de entonces tuviste más éxito con las mujeres.

–Eso no puedo negártelo, pero siempre que me he acostado con una mujer ha sido porque sentía algo por ellas, no como tú.

–Ahí te equivocas. Yo sentí una vez algo muy profundo por una mujer y, ¿de qué me sirvió? De nada. No puedes confiar en ellas, y te puedo asegurar que con una ex mujer tengo ya bastante. No necesito darle mi apellido a otra. Por eso prefiero las chicas facilonas, las de una sola noche, esas que no te complican la vida porque saben a lo que vas.

–No todas las mujeres son iguales.

–No, ni todos los hombres somos como tú, que eres un romántico empedernido. ¡Dios! ¡Si eres capaz de estar seis meses con una tía sin llevártela a la cama! Deberías salir en el libro Guinness, seguro que ganabas. “Seis meses, el hombre que más días resiste sin tirarse a su prometida”. Eso es todo un récord, ¿no crees? –le dijo riéndose a carcajadas, consiguiendo que Carlos acabara riéndose con él.

–Puede que tú hicieras lo mismo si estuvieras enamorado de verdad.

–Ni de coña, no estoy hecho para el celibato –Carlos volvió a reírse—. Pero tú puedes hacer lo que quieras. Ya eres bastante mayorcito. Eso sí, no puedes pedirme que esté de acuerdo contigo, y solo espero que te salga bien y no

estés cometiendo el mayor error de tu vida, como hice yo al casarme. Porque al principio todo parece muy bonito, y después se convierte en una puta pesadilla. Espero que tengas más suerte que yo.

–Gracias, eso espero yo también, y te puedo asegurar que, cuando conozcas a mi prometida, entenderás por qué soy capaz de esperar seis meses para llevármela a la cama, y eso no quiere decir que me case con ella nada más que para eso. Quiero que esto te quede bien claro. La quiero y esa es la única razón.

–Seguro que sí, pero como bien te he dicho antes, ese es tu problema. Ya eres bastante mayorcito para saber lo que haces. No voy a estar siempre pendiente de ti –bromeó–. Buenas noches, chiquitín.

–Buenas noches.

Cuando se tumbó en la cama, recordó cómo era su hermano antes de casarse. Era un hombre alegre, simpático y siempre estaba de buen humor. El matrimonio lo transformó en un hombre frío y sin sentimientos, y la mayoría del tiempo estaba de mal humor, como si viviera amargado, algo que le dolía profundamente, pues echaba muchísimo de menos a su hermano. Ese hermano capaz de contratar a una prostituta, pero eso sí, antes de nada probarla él, para estar seguro de que fuera buena, y lo fue, porque fue justo lo que él necesitaba, una chica dulce y cariñosa, que le hiciera perder la timidez, aunque todo fuera una farsa.

Después de esa chica, ya tuvo el valor suficiente para acercarse a las chicas con confianza, y todo gracias a esa a la que su hermano pagó para que fuera con él dulce y cariñosa, y que así le subiera la autoestima.

Pero lo que nunca pudo hacer era acostarse con cualquier chica por puro placer, como hacía su hermano. Y, aunque siempre tuvo éxito con las mujeres porque era un hombre bueno y muy atractivo, siempre que estuvo con una chica fue porque había sentimientos, no porque se enamorara, no, eso nunca le había pasado hasta que conoció a Nátali. Pero al menos necesitaba conocerla y que le gustara lo suficiente como para compartir con ella algo tan íntimo y personal.

CAPÍTULO 48

Nátali abrió la puerta y, cuando lo vio, se tiró en sus brazos y le dio un beso.

–¿Cómo te ha ido? –le preguntó.

–¡Buuf! Ha sido un infierno. Todo han sido preguntas sobre ti, la niña, la boda, casi me vuelven loco. No vuelvas a dejar que me vaya otra vez solo.

–No te preocupes. No voy a dejar que nadie te vuelva loco, excepto yo –le sonrió y le besó–. Anda, siéntate. Ya está la cena.

–Hola, Carlos –la niña se le tiró en los brazos también y le dio un beso–. Te he echado de menos, y mi mami también te ha echado de menos.

–Tú no te puedes ni imaginar lo mucho que yo os he echado de menos a los dos.

Se pusieron a cenar y, cuando terminaron y acostaron a la niña, se sentaron en el sofá.

–¿Tienes todo arreglado para irnos? –le preguntó Carlos–. Mira que solo faltan tres días. ¿A qué hora sales de trabajar el miércoles?

–A las cinco. No puedo salir más pronto. Bea está mala y tengo que cubrirla. Lo siento. Sé que querías salir más pronto.

–No importa. Entre unas cosas y otras se harán las seis y media. Sobre las ocho estaremos allí, el tiempo justo para arreglarnos y estar a punto para cuando lleguen los invitados. Mi madre seguro que te quiere en primera fila para ir presentándote a todo el mundo.

–No me digas eso, que ya estoy bastante nerviosa. Conocer a tu familia de golpe, la boda, y ahora me dices que voy a ser esa noche el centro de atención. Creo que es mejor que nos fuguemos a Las Vegas y nos casemos allí, tú, yo y la niña. No necesitamos a nadie más.

Él se rio.

–¿No querías una familia grande? Pues todo eso tiene sus consecuencias. Y prepárate porque la mía es muy grande.

–Era broma. Estaré ahí al pie del cañón, muy, muy nerviosa, pero podré soportarlo si tú estás conmigo.

–No voy a apartarme de ti ni un segundo. Voy a ser como una lapa.

–Gracias. ¿Ves? Es por eso por lo que te quiero tanto, porque, pase lo que pase, siempre estás ahí para apoyarme.

–Tengo que decirte algo.

–¡Huy! ¡Qué serio te has puesto! ¿Qué pasa?

–Se trata de mi hermano. Puede que no sea muy amable contigo, pero no quiero que le hagas caso. Te diga lo que te diga, no se lo tomes a mal.

–¿Por qué no va ser amable conmigo? No me conoce y no le he hecho nada. ¿Qué ocurre?

–Bueno, no ha tenido mucha suerte con las mujeres y eso que siempre fue un vividor. Tuvo un desengaño amoroso, su matrimonio fue un desastre, y desde entonces solo piensa que las mujeres servís nada más que para una cosa. Puedes imaginarte cuál es, ¿verdad? –ella asintió con la cabeza–. Está en contra del matrimonio, y piensa que estoy loco al casarme contigo y cargar con la hija de otro.

–Tu hermano es un machista de mierda, ¿no? Solo espero que no sea borde con mi hija porque eso no se lo voy a permitir. De mí puede pensar y decir lo que quiera, pero de la niña no, y no me importa que sea tu hermano porque no se lo voy a consentir.

–No te cabrees. Él jamás le haría un desplante a tu hija. Le encantan los niños. No sé si será porque no puede tener. Pero no te preocupes, nunca se metería con tu hija. Además, yo tampoco se lo permitiría. Y estoy seguro de que a ti tampoco te dirá nada. Solo te he dicho eso porque seguro que está muy tirante contigo y quería que supieras el porqué. Pero estoy seguro de que, en cuanto te conozca, cambiará de opinión, ya lo verás.

–Bueno, espero que sea así, si solo está tirante podré soportarlo. ¿Por qué no puede tener hijos?

–No lo sé. No le gusta hablar de ello. Solo sé que su matrimonio se terminó precisamente por eso, porque no pudieron tener hijos.

–¿Quién no podía tener, ella o él?

–Debía de ser él, porque después del divorcio mi ex cuñada se quedó embarazada nada más casarse con su segundo marido.

–Vaya, eso debió de ser muy duro para él.

–Pues sí. Bueno, ¿y por qué no dejamos a mi familia a un lado y nos ocupamos de nosotros?

–Me parece una buena idea.

Ella se rio y él empezó a besarla. A Nátali le gustaban sus besos. Se sentía a gusto en sus brazos, pero muchas veces se preguntaba por qué con él no podía sentir esa pasión arrebatadora que antes sentía cada vez que Jaime la tocaba. No se estremecía en sus brazos, no se le erizaba la piel con sus caricias, no se volvía loca con sus besos, y lo único que se le ocurría era que

tenía que ser muy difícil para él sacar toda la pasión que llevaba dentro y quedarse a medias. Pero estaba segura de que en la noche de bodas, él le haría sentir todas esas cosas porque ya no tendría que reprimirse y entonces sería tan apasionado que la volvería loca, y todo sería perfecto.

De repente volvió a la realidad.

–Será mejor que me vaya, porque, si no, vamos a tener que adelantar la noche de bodas –le dijo él.

–Sí, será mejor que te vayas. Buenas noches.

–Buenas noches. Descansa bien porque mañana va a ser un día muy largo.

–Lo intentaré, pero no sé si los nervios van a dejarme dormir. ¿Estás seguro de que no quieres ir a Las Vegas? –le volvió a preguntar haciéndole reír.

–No, por una vez quiero compartir algo con mi familia. Hasta mañana –le dio un beso y se marchó.

CAPÍTULO 49

Eran las seis y cuarto y ya tenían todo listo para salir. Nátali se puso detrás con la niña, porque cuando era un viaje más largo, le gustaba estar con ella, jugaban, cantaban con la música del coche y la entretenía con lo que fuera para que el viaje no se le hiciera tan largo. Cuando llegaron, eran ya las ocho menos veinte. Era ya de noche y no se veía casi nada.

–Ya hemos llegado –anunció parando el coche en la puerta de un garaje. Nátali miró la casa y, por lo poco que veía, parecía la parte de atrás. Era inmensa, hacía esquina y parecía que daba la vuelta a la manzana. Cuando entraron al garaje había varios coches, por lo menos cinco, dos de ellos estaban tapados con una lona y los otros eran bastante lujosos. Había un Volkswagen coupé, un mini, y un Audi A6, todos muy bonitos.

Carlos la cogió de la mano y tiró de ella hacia una puerta, mientras en la otra mano llevaba a la niña. Salieron del garaje por una puerta que daba al patio. Cuando Nátali vio el patio, se quedó alucinada. Era inmenso y precioso. Estaba chapado a media altura con azulejo de color beige, una cenefa marrón y el resto pintado en color caramelo. El techo parecía que estaba acristalado, como si fuera desmontable. Los pilares eran de azulejo de cara vista y las vigas, de madera. El suelo era color terracota haciendo aguas, pasando de un tono más claro a otro más oscuro. Alrededor de las paredes, donde no había puertas, había unas jardineras llenas de rosas y otras flores preciosas que ella no conocía. En la terraza había tres árboles, un manzano, un olivo y un cerezo.

En una de las paredes, al fondo, estaba todo decorado con guirnaldas, farolillos, globos y un cartel muy grande que decía en letras enormes “FELICIDADES, MAMÁ”. En esa misma pared había tres mesas enormes llenas de platos con comida. Nátali podía darse cuenta de que la comida venía de catering por lo bien envuelta que estaba con papel transparente. Decenas de vasos, platos, cubiertos, parecía que se iba a celebrar una boda en vez de un cumpleaños.

En ese momento se dio cuenta de que Carlos no había exagerado y de que iba a haber mucha gente, así que empezó a ponerse nerviosa solo de pensar en todos esos ojos clavados en ella. De pronto, comenzaron a entrar varios camareros y a moverse como hormigas por todo el patio, arreglando mesas y

sillas desmontables.

Carlos seguía sin soltarla de la mano. Atravesaron una puerta doble acristalada y entraron en una especie de recibidor, que era tres veces su piso. Había varias puertas alrededor y enfrente estaba la puerta principal, que conducía a la calle. La casa daba a dos calles, por eso era tan grande. A un lado estaba la escalera para subir al piso de arriba, e incluso la escalera parecía más grande que su casa. La barandilla era de mármol rojizo igual que el suelo, que parecía un espejo de lo que brillaba. Del techo colgaban dos lámparas de cristales pequeños en forma de lágrimas, grandes y majestuosas, que hacían brillar las paredes y el techo con la luz que salían de ellas y reflejaban en los cristales. Las paredes eran de un blanco impoluto. Había varios cuadros grandes y jarrones con flores muy coloridas y llamativas. Al lado de la puerta había una mesita larga y estrecha con varias bandejas donde podían verse algunos llaveros con sus llaves y varias cartas sin abrir.

Nátali no podía dejar de mirar todo lo que había a su alrededor, y todo lo que la rodeaba le parecía carísimo, hasta las simples bandejas en las que se encontraban las llaves y las cartas, que eran de plata con un ribete en oro. Nátali acabó de darse cuenta en ese mismo instante de que la familia de Carlos era adinerada, y demasiado, pensaba ella al ver todo el lujo que los rodeaba. Pero entonces no logró entender por qué Carlos no le había dicho nunca nada. En ese momento la voz de Carlos la sacó de sus pensamientos.

—Cariño, ¿qué te pasa? No has dicho nada desde que hemos entrado, y no me has escuchado.

—¿Por qué no me dijiste que eras rico? —le preguntó aún alucinada.

—Nunca me lo preguntaste. Además, yo no soy rico. Son mis padres. Yo soy un simple médico.

Esa contestación la llenó de orgullo.

—Lo siento. Es que me ha impresionado mucho la casa. Es tan grandiosa y lujosa. No creo que les guste a tus padres. Será mejor que nos vayamos.

—No seas tonta ¿por qué dices eso?

—Porque no voy a encajar aquí. Soy muy poca cosa para ti, seguro que tus padres esperaban que te casaras con alguien de tu clase, no con una vulgar camarera.

Él le cogió la cara con sus manos.

—Cariño, tranquilízate —le dio un beso—. Tú eres la mujer que yo quiero, así

que no vuelvas a decir que eres poca cosa para mí, porque eres lo más grande que tengo y no te cambiaría por ninguna otra mujer, por muy de abolengo que fuera su familia.

Ella le sonrió y le dio un beso. Justo en ese momento su madre los sorprendió por la espalda.

–Por fin estáis aquí. Me he encontrado a esta niña tan preciosa por el camino y he supuesto que es mi nueva nieta.

Nátali no podía dejar de mirar a esa mujer que se acercaba a ellos hablando y andando con tanta elegancia. Llevaba una bata hasta los pies de raso color rosa palo y el dibujo en forma de cachemir. Los bordes y el lazo de la cintura eran gris perla. Llevaba un recogido en el pelo con unos broches de pedrería azul que resaltaban en su pelo negro, y que hacían juego con sus ojos azules, que eran tan bonitos como los de su hijo. La verdad es que se parecían mucho los dos. Era un poco más baja que Nátali y un poco entrada en carnes. Estaba apenas maquillada en unos tonos muy suaves, y era una mujer muy hermosa y elegante.

–Sara, mi amor, no puedes andar por ahí molestando...

–Tranquila, querida, no me ha molestado. Me alegro de poder conocerte al fin.

Se dieron dos besos.

–Bueno, yo también me alegro mucho de conocerla por fin.

–Mami, ¿sabes que es mi abuela? Es muy guapa, ¿verdad? Y me ha dicho que puedo llamarla yaya.

–Es encantadora, y tan bonita como su madre. ¿Por qué nunca nos dijiste que tenían unos ojos tan hermosos? –le dijo a su hijo dándole un abrazo y un beso–. Eso es algo que no se puede eludir cuando se habla de alguien que tenga estos ojos –dijo levantando la barbilla de Nátali, sonriendo y mirándola a los ojos–. Nunca había visto unos ojos tan increíblemente verdes. Es como mirar unas esmeraldas.

–Bueno, quería que os impactaran como lo hicieron conmigo.

–Yaya, ¿y mi prima? Quiero conocerla. ¿Dónde está?

–Tiene que disculparla. Está como loca por conocer a su nueva familia, como dice ella.

–Es normal, pero ahora no hay tiempo. Hay que vestirse para la fiesta. Después los conocerás a todos. Ahora todos se están arreglando y nosotras también tenemos que ponernos guapas. ¿Y vuestras maletas?

–En el coche –contestó Carlos.

–¡Pues, venga, date prisa! Tráelas inmediatamente. Voy acompañándolas a su habitación.

Subieron la escalera y pasaron por varias puertas hasta que se pararon enfrente de una. Cuando entraron, Nátali se quedó con la boca abierta. Estaba toda decorada en tonos beige y lila. La cama estaba enfrente. La colcha también era beige y tenía unas mariposas en morado oscuro. Las patas y el cabezal eran de forja gris oscuro, y a cada lado de la cama había unas mesitas con las patas de forja como la cama y la base con un cajón, que era de madera en color hueso. A los pies de la cama había una banqueta, haciendo juego con la cama, con las patas de forja y el asiento con el fondo morado y pequeñas mariposas en beige. Las dos alfombras lilas, a cada lado de la cama, haciendo también forma de mariposa, resaltaban en el suelo de mármol rojizo.

El armario era enorme, como todo en esa casa, de color hueso, con los pomos y unas mariposas grabadas en color lila, igual que las mariposas que estaban bordadas en las cortinas. Enfrente del armario, un escritorio ocupaba casi toda la otra pared debajo de unos ventanales muy grandes, con varias estanterías. Todo estaba vacío. Eso era algo que le extrañó bastante, que no hubiera nada en los estantes.

–¿Te gusta? –le preguntó Elena a Sara–. Nos la acaban de traer y montar hace apenas dos días. Es tu habitación.

–Es preciosa, yaya, ¿es para mí? –preguntó la niña muy entusiasmada.

–Sí, es para ti.

–¡Uau! Es más grande que nuestro comedor. ¿Verdad, mami? –preguntó a su madre muy emocionada–. Y es para mí, ¡que guay!

–No tenían que haberse molestado tanto. Podíamos dormir en cualquier habitación.

–De eso nada, después de la boda espero que vengáis muy a menudo y la niña tiene que tener su propia habitación. Ya más adelante tú y Carlos podréis cambiar la vuestra, si os apetece.

En ese momento entró Carlos con las maletas.

–Ya estoy aquí. Dejo aquí vuestras maletas. Yo me voy a vestir.

–Todos deberíamos estar vestidos ya –advirtió su madre mirando las maletas–. ¿Vas a dormir con la niña? Pensé que ibais a dormir juntos –le preguntó a Nátali.

Nátali no sabía qué decir y miró a Carlos.

–Queremos reservarnos hasta la noche de bodas y respetar esta casa como lo han hecho mis hermanos.

–Bueno, pues me parece estupendo. Ahora vámonos –cogió a su hijo del brazo–. Estaremos abajo. Cuando estéis preparadas, solo tenéis que bajar –le dijo a Nátali antes de salir.

–Sí, muchas gracias.

Cuando se quedaron solas, Sara estaba como loca con su habitación. No dejaba de hablar de lo bonita que era. Nátali le puso un vestido de punto que le había comprado, de manga larga, estrecho hasta la cadera, de color rojo con un cuello de bebé de color gris, y de la cadera salía una falda a tablas de cuadros escoceses rojos y grises. Era un vestido sencillo pero muy bonito.

–Estás muy guapa, mi amor. Ahora tienes que dejar que me arregle y estarte quietecita, ¿vale?

–¿Puedo irme, mami? *Porfi.*

La dejó irse y así ella podía arreglarse más tranquila. Ya estaba bastante nerviosa como para que la niña no dejara de hacerle preguntas.

Su vestido también era muy sencillo, de manga larga, con cuello de pico, y hasta las rodillas, hacía unos dibujos muy bonitos en negro, gris y azulón. Se maquilló un poco, no demasiado, pues no le gustaba ir muy pintada, y cuando estuvo preparada, respiró profundamente para darse valor. Salió de la habitación y llegó a la escalera.

Los invitados ya estaban llegando. Elena estaba en la entrada recibiendo, pero ella se había quedado paralizada. ¿Por qué Carlos no le había avisado de cómo tenía que ir vestida? Todos estaban tan elegantes que ella sería el hazmereír de la fiesta.

Los hombres iban con traje y corbata, las mujeres con unos vestidos de noche impresionantes, y ella se sentía ridícula. Entonces decidió que no podía bajar así y volvió a la habitación muy enfadada con Carlos por no avisarle. Al momento llamaron a la puerta y, cuando vio entrar a Carlos, sintió ganas de matarle.

–¿Qué te pasa cariño? ¿Por qué no bajas?

–¡¿De verdad crees que puedo bajar así?! –le preguntó gritando y señalándose a sí misma de arriba abajo–. ¡Cuando he visto cómo va la gente vestida, he vuelto corriendo a la habitación para esconderme! ¿Por qué no me dijiste que tenía que venir vestida como para una boda? ¡Si bajo con esta pinta voy a hacer el ridículo! –estaba tan enfadada que no podía dejar de gritar.

Él se acercó y la cogió por la cintura.

–Estás preciosa, cariño, para mí no va a haber otra mujer más bonita esta

noche que tú. ¿Es que aún no te has dado cuenta de que a mí no me importa la ropa que lleves? Te quiero tal y como eres, y para mí eres perfecta.

Cuando ella lo miró, vio que llevaba un traje gris perla, con una camisa azul clarita y una corbata azul eléctrico. Estaba muy guapo y muy elegante. Él sí estaba vestido para la ocasión, no como ella.

–Si no te importa la ropa, ¿por qué vas tan elegante? Porque, si no, harías el ridículo y tus padres te matarían. Lo siento pero vas a tener que disculparme, no pienso bajar así.

Él la miró, le dio un beso y se fue.

–Vuelvo enseguida –le dijo antes de salir.

Al rato apareció con una muchacha muy bonita, cargada de vestidos. Ella le sonrió y dejó los vestidos en la cama.

–Tendrás que perdonar a mi hermano. Es un desastre. Aún tenemos que prepararle la ropa que se tiene que poner cuando hay un evento. Hola, soy Helen, su hermana, y tú debes de ser Nátali.

–Hola, mucho gusto.

Se dieron dos besos y Nátali le habló aún enfadada a Carlos.

–Tenías que haberme avisado de la clase de ropa que tenía que llevar. Sabes que yo no tengo esa clase de vestidos tan elegantes, pero hubiera comprado uno.

–Bueno, no te enfades –le dijo su hermana–. No creas que él se ha puesto así de elegante solito. Mi madre se lo tenía todo preparado. Menos mal que usamos la misma talla. Te he traído unos cuantos vestidos para que escojas uno.

–No puedo hacer eso. ¿Y si lo estropeo?

–Pues tendremos que tirarlo. Solo es un vestido. Vamos, ¿cuál te gusta? Es tarde y mi madre se va a poner de los nervios si no bajamos pronto. Y tú, será mejor que nos dejes solas y vayas tranquilizando a mamá –le ordenó a su hermano.

Carlos salió de la habitación y Nátali se quedó mirando los vestidos. Eran todos tan bonitos que no sabía cuál elegir.

–Son todos muy bonitos. No me importa, el que sea. Elige tu uno. Son tuyos y prefiero que me dejes el que menos estimes por si le pasara algo.

Helen la miró y le dio uno.

–Creo que este te quedará estupendo con esos ojos tan bonitos. Ahora que te conozco, sé a lo que se refería mi hermano, y no eran tus tetas precisamente–le dijo.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Nátali muy sorprendida por lo que había dicho Helen

–No importa. Ya te lo explicaré con más calma. Ahora démonos prisa.

–No entiendo cómo tu hermano no me ha dicho en todo este tiempo que su familia era adinerada. Puede que entonces hubiera traído un vestido más apropiado –seguía protestando Nátali, enfadada aún con Carlos.

–Bueno, mi hermano es así. Nunca le ha gustado presumir de niño rico. No parece que sea de esta familia. Yo creo que lo adoptaron.

Las dos se echaron a reír.

Cuando Nátali se puso el vestido, se quedó atónita. Nunca había llevado un vestido de noche y ese era el más bonito que había visto en toda su vida. No parecía ella.

Era verde botella. El escote en forma de palabra de honor, ajustado hasta las caderas, todo con pedrería muy fina. Llevaba unos tirantes estrechos, también de pedrería, que salían cerca de las axilas y subían hasta el cuello, cruzándose por la espalda. El escote de la espalda llegaba hasta la cintura dejando la espalda totalmente descubierta, donde solo se cruzaban los tirantes, y la falda, que salía de la cadera, se iba ensanchando y haciendo vuelo, terminando detrás en una pequeña cola, formando unas aguas en tonos verdes que cambiaban de color según les diera la luz.

–Estás preciosa. Cuando te vea mi hermano, se va a quedar con la boca abierta. Pero, espera, falta un pequeño detalle. Estos vestidos requieren un recogido –le recogió el pelo en un moño italiano y le dejó algún mechón colgando, acentuándole los ojos con un poco más de maquillaje–. Ahora sí. Estás perfecta.

Cuando Nátali se miró en el espejo, se quedó pasmada.

–No serás estilista, ¿verdad? –las dos se echaron a reír de nuevo–. Si vais así en un cumpleaños, ¿qué os pondréis para la boda?

–Esto es cosa de mi madre. Le encantan las fiestas y los bailes, y en las invitaciones siempre pone: “Te invito a mi cumpleaños, etc.etc.”. Y al final en la posdata añade: “Es imprescindible venir de etiqueta”. Según dice ella, los vestidos están para lucirlos, y las mujeres debemos estar siempre bellas para que nuestros maridos no se fijen en otras.

–Pues entonces poco me va a durar tu hermano. Siempre voy con vaqueros –dijo bromeando, lo que hizo reír a Helen–. No creo que pudiera acostumbrarme a ir así. ¿No crees que me está un poco justo de aquí?

Se puso las manos en el canalillo al hacerle esa pregunta.

–Eso es porque tienes más pecho que yo. Yo no lo lleno tanto como tú. A ti te queda mejor, y ya que tienes unas buenas tetas, será mejor que las luzcas – Nátali se rio.

–Yo no estoy acostumbrada a ir tan... llamativa.

–Estás estupenda, y más de uno esta noche va a envidiar a mi hermano. De eso puedes estar segura. Anda, vámonos.

Las dos bajaban por la escalera riéndose. Carlos estaba a los pies de la escalera y, cuando la vio, se quedó con la boca abierta, tal y como había dicho su hermana.

–No tengo palabras para decirte... lo hermosa que estás –balbuceó embobado, acercándose a ella y dándole un beso–. Siento mucho lo de antes. No seguirás enfadada, ¿verdad?

–No, ya no, pero gracias a tu hermana, que acaba de hacer un milagro conmigo.

–Tú no necesitas milagros para estar espectacular, solo un poco de ayuda, y en eso mi hermana es única.

Carlos miró a su hermana y le sonrió.

–Me debes una, chiquitín. Os dejo. Voy a buscar a mi marido y así te lo presento.

Carlos la cogió por la cintura.

–Ven. Voy a presentarte a mi hermano. Es ese de ahí –le dijo.

Nátali miró hacia donde le decía Carlos y vio a dos hombres de espaldas. Los dos eran muy altos y, mientras se acercaban a ellos, se iba poniendo muy nerviosa recordando todo lo que le dijo Carlos acerca de su hermano. ¿Cuál de los dos sería, el delgado o el otro que parecía un armario? Nátali iba pensando eso mientras caminaban hacia ellos.

–¿Por qué no lo dejamos para más tarde? Estoy muy nerviosa para aguantar un desplante de tu hermano.

–No digas tonterías. No va a hacerte ningún desplante. Y ya sabes lo que dicen, que hay que coger al toro por los cuernos.

Ella le sonrió y le cogió de la mano. Cuando llegaron, Carlos puso la mano en el hombro de su hermano.

–Bueno, hermanito, ¿quieres conocer a mi prometida? –le dijo entusiasmado. Los dos hombres se giraron al mismo tiempo y Nátali se quedó petrificada. No podía moverse. No podía respirar. Sentía que el corazón se le había parado y que iba a morirse en el mismo instante en que lo vio.

–Pues claro... –le oyó decir.

–Cariño, este es mi hermano Jaime.

Nátali no podía oír nada. Era como si todo a su alrededor hubiera desaparecido y solo pudiera escuchar los latidos de su corazón, que cada vez sonaban más y más despacio. De repente se le hizo de noche y cayó desplomada.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecerle a mi editora Bartomeva Oliver, a Xisca M. Esteva, y a todo el equipo de Romantic Ediciones, por darme una nueva oportunidad. Será mi segunda novela con vosotros y me siento muy feliz.

Agradecerles a mis lectoras 0, como no: Antonia y Lola, y a Segundo Brufal su colaboración en esta novela.

A mis chic@s Romantic, que he conocido gracias a este mundo literario y que aunque no nos veamos mucho, siempre es divertido y agradable guasapear con vosotras.

A mi familia, mis amigos, y a toda esa gente que tenga este libro entre sus manos. Mil gracias.

Table of Contents

<u>PRÓLOGO</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>
<u>CAPÍTULO 21</u>
<u>CAPÍTULO 22</u>
<u>CAPÍTULO 23</u>
<u>CAPÍTULO 24</u>
<u>CAPÍTULO 25</u>
<u>CAPÍTULO 26</u>
<u>CAPÍTULO 27</u>
<u>CAPÍTULO 28</u>
<u>CAPÍTULO 29</u>
<u>CAPÍTULO 30</u>
<u>CAPÍTULO 31</u>
<u>CAPÍTULO 32</u>
<u>CAPÍTULO 33</u>

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)